JERÓNIMO TRISTANTE

1973



CONTRALUZ

JERÓNIMO TRISTANTE

1973



Quiero expresar mi agradecimiento a
Fernando de la Cierva y José Belmonte
por sus correcciones.

Vera, Almería, 25 de septiembre de 1971

Blas se despertó y miró el enorme despertador que tenía junto a la mesita de noche. Era lo único que había heredado de su abuelo. Su tictac continuo hubiera bastado para no dejar dormir al más templado, pero a él le relajaba. Era meterse en la cama, escuchar el rítmico sonido producido por aquel engendro que le amargaba la vida al sonar en los días de colegio y caer sumido en un profundo sueño.

La escuela acababa de empezar y era sábado, el verano se moría ya y, con él, las aventuras en bici, la caza de ranas o el jugar en la calle hasta las doce de la noche. Reparó en que había quedado con sus amigos para acercarse a Puerto Rey, junto a la laguna, a jugar a piratas. Había que aprovechar los días que quedaban.

Salió a la pequeña cocina donde su madre, Angustias, andaba trajinando como siempre. En cuanto lo vio, le dio un beso y le sirvió un enorme tazón de Cola Cao y galletas Fontaneda. Blas desayunó a toda prisa y, justo cuando iba a salir, escuchó a su madre decir:

—Anda, hijo, lávate la cara y péinate, que pareces un gitano.

El crío hizo lo que le decían, más por no escuchar los reproches de su madre que por otra cosa, y salió al patio trasero, apenas un corral por el que correteaban cinco gallinas entre restos de herrumbre y trastos que su padre revendía por los pueblos cercanos.

Juntos, habían encontrado un tesoro: su BH, apoyada junto a la valla de una de aquellas casas de los ricos, encaladas, perfectas. Los propietarios habían cerrado la vivienda tras las vacaciones para volver, quién sabe si a Madrid, Almería o Sevilla, o quizá a Alemania, y habían dejado la bicicleta allí tirada, seguramente porque el cuadro parecía algo oxidado. Para ellos aquella bici era perfectamente

recuperable. Ni su padre, Jesús, ni él mismo, Blas, entendían que alguien pudiera deshacerse de algo así, de manera que, tras mirarse el uno al otro y sin mediar palabra, la echaron entre los dos al renqueante motocarro con el que se ganaban la vida en aquella casa. Bien era cierto que Jesús podría haber sacado unos buenos dineros por ella tras remozarla: era una BH plegable que, salvo por las manchas de óxido, parecía en buen estado; pero el buen hombre, tras pasar dos tardes lijándola, reparándola y retocando con un fino pincel la pintura, decidió dársela a su hijo. Un capricho, un delirio, pues aquella bici solo podía ser de un niño rico. Aunque el concepto de riqueza para los Ruiz era relativo, claro está.

De aquello hacía ya dos años y nadie podía imaginar la de kilómetros que Blas había hecho con aquella bici, y la cantidad de veces que había reparado pinchazos, cambiado las cámaras y arreglado los frenos. Le puso una dinamo nueva, para lo que tuvo que invertir lo ahorrado con su exigua paga y lo que ganaba ayudando a las vecinas con los recados, pero había merecido la pena. Aquella bici le permitía moverse por el pueblo con sus amigos en los largos veranos y acercarse a las playas de Vera a bañarse, a jugar o a comprarse un polo, cuando podía. Además, siempre había algún turista ricachón que les daba una propina por cogerle la maleta o una señora extranjera que les daba unas pesetas por ayudarla con la bolsa de la compra.

Aquella mañana, Blas quitó la lona con la que cubría la bici en el patio y salió por la puerta trasera. Era sábado y, pese a ser solo las diez, ya hacía calor. Tenía un gran día por delante.

Salió pedaleando de la humilde vivienda situada en la calle Alfarerías, junto al camino que sube al Espíritu Santo, a todo lo que daban los pedales de la bici y acudió a donde le esperaban sus amigos.

No tardó en llegar al Ayuntamiento, en la Plaza Mayor, donde lo esperaban el Tomás y el Julio, que, al ver llegar a Blas y sin mediar palabra, emprendieron camino hacia la costa.

Les fascinaba ir allí y pasearse por Puerto Rey, ver cómo vivían los ricos: las casas bien pintadas, perfectas; los señores con niquis color granate o azul pálido, de marca Lacoste, descansando en sus tumbonas mientras tomaban sofisticados cócteles; los niños y niñas, siempre rubios, de buena familia, fuertes y sanos como robles. ¿Por qué los ricos eran siempre rubios?

A Blas y a sus amigos les fascinaban la indolencia y despreocupación con que aquella gente vivía la vida. Era, simplemente, asombroso, y ellos quedaban embobados viendo aquello.

Aquella era una zona de «gente bien», una urbanización creada por un belga en la que veraneaba gente de dinero e incluso algún que otro actor de cine extranjero. Blas y sus amigos nunca se pudieron bañar en su piscina, la primera que se conoció en aquella zona, y apenas entraban al supermercado del Emilio, que suplía de víveres a los extranjeros. Los chicos se bañaban en la inmensa playa, donde había sitio para todos, o iban a los cañaverales de la laguna a coger saltamontes. Lo pasaban bien allí.

A veces miraban de lejos cómo aquellos señores jugaban al tenis —un deporte, sin duda, para gente con dinero— y soñaban con llegar a ser ricos como ellos, con tener una mujer rubia y guapa, unos hijos perfectos y veranear en Puerto Rey.

Aquel día de finales de verano, lo primero que hicieron fue llegar a la playa y darse un chapuzón. Luego, completamente mojados, se subieron en las bicis para secarse al viento y se internaron en las calles de la urbanización que, un sábado de septiembre y a las once y media de la mañana, parecía muerta, pues bien era cierto que la mayor parte de los veraneantes habían vuelto a sus localidades de origen y se intuía ya que la temporada baja había llegado.

Así iban los tres, ocupando la totalidad de la calzada circulando en paralelo y discutiendo si Charlton Heston era más o menos fuerte que Errol Flynn, cuando llegaron a una calle que no tenía salida y al final de la cual siempre daban la vuelta para volver por donde habían venido.

Pero entonces ocurrió algo.

Blas se paró de golpe. Era un crío listo; o más que listo, vivo. Con once años era más despierto que cualquier chaval de la escuela y se fijaba mucho en los detalles. Los otros, que ya se habían dado la vuelta con sus bicis, se pararon al ver que su amigo no venía y miraron hacia atrás:

—¿Qué pasa, Blas? —preguntó el Tomás con fastidio.

El otro, como ensimismado, no contestaba. Permanecía quieto, sin bajar de la bici pero con los pies en el suelo, mirando hacia la casa que cerraba la calle Altamar.

—La puerta está abierta —dijo por toda respuesta.

—¿Y? —contestó el Julio.

—Que esa puerta está siempre cerrada. Ahí viven unos franceses.

Los dos amigos de Blas se miraron como si este estuviera loco, pero él dejó la bici en el suelo y caminó hacia la puerta de la casa señalando algo con el dedo, como hipnotizado. Subió los tres escalones que daban acceso al porche de la casa y les indicó con un gesto de la cabeza que miraran la puerta de entrada a la vivienda. Junto al marco de la misma se veía impresa una mano.

—Es sangre —indicó Blas.

Los otros críos se acercaron y vieron que en el suelo había un rastro de color rojo, espeso y de olor metálico, que se adentraba en la casa.

—¡Joder! —gritó el Julio dando la vuelta para subirse a la bici. El Tomás hizo otro tanto.

—¿Qué hacéis? —preguntó Blas.

—¿Que qué hacemos? ¡Irnos cagando leches! Coge la bici, ¡vamos! —contestó el Julio. Blas, sin moverse del sitio, miró a sus amigos, miró al suelo, miró hacia ellos de nuevo y dijo:

—Voy a entrar.

—¿Estás loco? —le pareció que decía el Tomás cuando él, como movido por un resorte, ya se adentraba en la casa.

Fue siguiendo el rastro de sangre intentando no pisarlo. Parecía como si hubieran arrastrado a alguien desde el zaguán de la puerta

al interior de la vivienda. Aquel rastro giraba a la derecha y Blas se vio, de pronto, en un gran salón decorado con muebles nuevos y hermosos cuadros. En uno de ellos reconoció la Torre Eiffel. Sabía, por la escuela, que estaba en París. Aquella gente vivía a lo grande.

En el suelo, junto a un sofá que parecía de cuero y que era de color beige, estaba la mujer. Despatarrada y en camisón, con las piernas abiertas. Se le veían las bragas y tenía el cuello seccionado de parte a parte. Una masa sanguinolenta de color rojo vivo salía de su garganta. Era horrible.

Blas dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? —escuchó que preguntaban sus amigos desde la calle. Él, paralizado, sintió que no le salía la voz del cuerpo.

Se dio la vuelta y se asomó a la cocina; nada. Se sentía como en un sueño, como si se moviera impulsado por una fuerza que lo controlaba, pero que no venía de él.

Le llamó la atención ver un magnífico frigorífico marca Kelvinator. «Qué envidia», pensó. Al fondo, en una pequeña galería, se adivinaba una lavadora que le hizo recordar a su madre estrujando la ropa y golpeándola contra el lavadero durante horas y horas mientras cantaba canciones de La Niña de la Puebla o de Pastora Imperio.

Volvió al pasillo y gritó:

—¿Hola?

Nadie contestó. A la izquierda ascendían unas escaleras y esa fuerza inexplicable que le invadía le hizo subir. Había tres habitaciones y un baño. Se encaminó hacia la que tenía enfrente; no había nadie. Dio una vuelta por el dormitorio de matrimonio. Una de las mesitas estaba volcada y la lámpara, rota. Desde el mismo se accedía a un cuarto de baño de grandes dimensiones, donde un crujido le hizo mirar al suelo para encontrarse con multitud de cristales rotos. El espejo estaba hecho añicos.

Blas supo que allí había habido una pelea y de las gordas. Imaginó que la mujer había intentado huir y había sido alcanzada

por el asesino en la puerta de la casa, donde había sido degollada para luego verse arrastrada al salón.

Las voces de sus amigos se oían a lo lejos. Como si sonaran con eco. Lo llamaban, pero él parecía sumido en una suerte de trance hipnótico. No podía hacer otra cosa que seguir mirando.

Volvió a echar un vistazo a los otros dos cuartos. En el de la derecha se encontró con el niño.

Lo habían degollado y yacía sobre la cama. No tendría más de ocho años. Los ojos, exageradamente abiertos y blancos, muy blancos, parecían salirse de las órbitas. Había una inmensa mancha de sangre junto a la almohada que había terminado por llegar al suelo.

Se dio la vuelta y vomitó.

Entonces vio la sangre en el suelo de la habitación de enfrente y, apoyándose en el marco de la puerta, asomó la cabeza. Había una niña muerta, tumbada boca abajo en el suelo en medio de otro charco de color rojo oscuro. No lo soportó más y, al fin, salió corriendo de allí a toda prisa.

PARTE PRIMERA

Librería

París, 27 de septiembre de 1973

Antes de cerrar la librería a mediodía, Julio Alsina terminó de colocar una caja llena de ejemplares de *Juan Salvador Gaviota,* obra, que, curiosamente, se vendía muchísimo. En español, sí, porque su pequeño establecimiento, poco a poco, se había inundado de títulos en castellano que la prolija comunidad española en París compraba y devoraba. Había abierto la librería con el dinero que percibió después del caso de la Tercia en el año 69, tras el que tuvo que salir de España a toda prisa protegido por las autoridades francesas. El expolicía les proporcionó una información sensible sobre una operación de los americanos que resultó ser una pifia —algo que, en cualquier momento, los franceses podrían utilizar—, a cambio de que ellos le sacaran de España y le dieran acomodo en Francia; ese fue el trato. Los americanos sabían que había quedado una copia en el despacho de un notario en un país neutral, por lo que, si algo le ocurriera, aquello se haría público.

El acuerdo entre las autoridades francesas y americanas fue firme, por lo que ni él, ni Rosa, ni Ruiz Funes, que salieron junto a él de Madrid, tuvieron que cambiar de nombre. Eso sí, disponían de pasaportes franceses. Además, le dieron una sustanciosa compensación económica que casi en su totalidad invirtió en el traspaso de un pequeño local en Montmatre, en el número 19 de la *rue* du Mont-Cenis, y se la jugó con la librería.

Habían llegado a París en plena resaca tras los sucesos del 68 y el ambiente de intelectualidad se hallaba caldeado. Decidieron que, por discreción, debían mantenerse al margen de cualquier actividad

política, aunque de inmediato entraron en contacto con la nutrida comunidad española de allí, que, en su inmensa mayoría, estaba formada por opositores al Régimen de Franco.

Alsina pensó que los libros de Simone de Beauvoir, Sartre o Milan Kundera se venderían como churros, pero, poco a poco, su librería se fue convirtiendo en un pequeño referente para tantos y tantos españoles que vivían lejos de la patria. Su obsesión por no significarse políticamente —no en vano, no debía— le vino bien al negocio, pues de inmediato vio cómo muchos de aquellos compatriotas, algunos de ellos muy izquierdistas, no consumían solo sesudos textos recomendados por la más pura ortodoxia marxista, sino, con disimulo y en voz baja para no ser escuchados, que le solicitaban novelas publicadas en España y que contaban con el beneplácito del Régimen. Cuando menos, era curioso. Alsina pensaba que, pese a que aquellos textos habían sido aprobados por la censura franquista, constituían la única oportunidad para aquella gente de enterarse de lo que pasaba en su patria, de leer lo que leían los millones de españoles que vivían subyugados por la dictadura, de sentir que no se habían ido. Además, allí, en París, tenían acceso a cualquier volumen de los que estaban prohibidos en España, de los que cualquier españolito habría dado la vida por leer a escondidas en su casa, por la noche, tras escuchar Radio Pirenaica.

Pero en Francia no resultaba tan excitante. Curiosamente, la parroquia de Alsina parecía haberse acostumbrado a disponer de aquellos libros que, quizás, al no estar prohibidos, perdían parte de su encanto.

En cualquier caso, pese a que mantenía un buen fondo de títulos en francés que vendía bien, el volumen de su negocio dependía cada vez más de los textos en castellano, de manera que su local se había convertido, sin quererlo, en una de las mejores librerías de París especializadas en textos en español. Su parroquia francesa era nutrida, no en vano aquella era una sociedad culta, muy lectora y repleta de vecinos que estudiaban español. De eso vivía Rosa,

precisamente, de dar clases de español a franceses y de francés a españoles recién llegados en una pequeña academia que regentaba junto a una gallega, Ascensión, en la *rue* Lamarck.

Su amigo Ruiz Funes, pese a su ostensible cojera, había conseguido un empleo en Galerías Lafayette que le permitía llegar a final de mes y alquilar un minúsculo apartamento no lejos de los Campos Elíseos. Solía comer con ellos todos los domingos y había apadrinado a la primera criatura de la pareja, Julito, que ya rondaba los dos añitos.

—Cierra tú —le dijo Julio a Iñaki, su único empleado, un joven vasco de diecinueve años que parecía haber huido de San Sebastián con lo puesto y que, como ellos, no quería saber nada de política. Rosa y Alsina suponían que debía de haberse visto metido en algún asunto relacionado con la ETA del que nunca más quiso saber nada.

Tras dejar atrás la puerta verde de madera que daba acceso a su establecimiento, Alsina se encaminó hacia la Brasserie de Pedro, en la misma calle, donde todos los días, como un reloj, tomaba un vermú en unas mesitas que daban a la calle, no muy ancha. Era la *rue* du Mont-Cenis, extraña y llamativa a los ojos del librero: era una calle con tránsito rodado en un tramo y peatonal en el otro, con unas empinadas escaleras que te hacían ir perdiendo poco a poco altura hasta que, al final de la misma, se hallaba el edificio donde Rosa, Julito y él vivían. Estaba enteramente empedrada y los edificios que la jalonaban le parecían muy elegantes, con un aire a veces decimonónico, a veces casi modernista. Aquello era mucho más bonito que España. Y más limpio. Y todo funcionaba mejor. Y los sueldos eran magníficos.

Cuando llegó al bar que tanto frecuentaba, regentado por un español que, en su tiempo, fue de la CNT/FAI, se encontró con que Ruiz Funes le aguardaba sentado.

—¡Dichosos los ojos, Joaquín! No te esperaba aquí —exclamó Alsina.

—Me han dado el día libre; me sobran unos cuantos de las vacaciones y, aunque me los quiero coger en Navidades, quería

hacer unos papeleos en el banco.

Alsina tomó asiento junto a él mientras veía de reojo cómo Pedro, el tabernero, sacaba ya su vermú rojo, de Reus, que le traían personalmente.

—¿Cómo van las cosas? —dijo Ruiz Funes de sopetón.

—Pues bien. Me siento imbuido por cierta sensación de rutina que me encanta. La librería funciona, la academia de Rosa es rentable y disponemos de unos ingresos más que razonables para vivir. Sin holguras, pero cómodamente.

—¿No te aburres?

Alsina se conservaba bien, tenía una abundante mata de pelo que se arremolinaba, curiosamente, en un flequillo rebelde que a muchos les recordaba al de Jesús Hermida. No había ganado peso y las sienes comenzaban a clarear. Llevaba un bigote tupido, a la moda.

Tras la pregunta de su amigo, apuró un trago del vermú y se encendió un Gauloises con parsimonia, como dejando pasar el tiempo a propósito. Exhaló el humo de la primera calada y contestó:

—Sabes que no. Ya vivimos bastantes aventuras en España. Salimos de allí por patas y salvamos el pellejo de milagro. Solo aspiro a tener una vida tranquila, Joaquín, a que cada día se parezca, milimétricamente, al anterior. Quiero estar con Rosa, con mi hijo, verte a ti, salir a comer o a cenar fuera algún viernes noche y punto. —Ruiz Funes sonrió con sorna, así que Alsina añadió—: Sí, lo sé: tú prefieres tu vida de soltero que se mueve por el centro y va a locales nocturnos. Una conquista tras otra.

—Pues mira, anoche, precisamente, conocí a alguien interesante.

—Vaya.

—Es abogado, y de prestigio.

—¿Puede ser el definitivo? —preguntó Alsina a sabiendas de que su amigo iba de hombre en hombre para llenar el vacío que dejara el forense, el amor de su vida.

—Quizá —contestó Ruiz Funes—. Pero es un tiarrón de escándalo, alto, grande y fuerte; le trae un aire a Clark Gable.

Los dos rieron la ocurrencia.

—¿Te quedas a comer? A Rosa le darás una alegría.

—Lo prefiero. ¿No te has preguntado por qué vengo yo a mediodía?

—Porque yo cocino por las noches mientras Rosa está en la academia.

—Exacto, querido, exacto. No aguanto tus tortillas, tan secas e incomestibles.

Alsina pagó la cuenta y echaron a andar cogidos del brazo. En ese momento, sintió que algo no andaba bien. Tuvo el presentimiento de que los observaban, de que los seguían. Una sensación que conocía bien, que le hizo revivir su pasado como agente de la ley. Se giró de golpe y vio que un viandante vestido de oscuro desaparecía tras la esquina de la *rue* Paul Féval. Ladeó la cabeza y sonrío pensando que, a veces, la mente le jugaba malas pasadas.

* * * * *

Después de comer, Alsina se echó una siesta mientras Rosa y Joaquín alargaban la sobremesa tomando un café. Tras un sueño reparador, se lavó la cara, se despidió de su amigo y de su mujer, y se encaminó hacia la librería. Fue en mitad de uno de los tramos de escalera que había en la *rue du* Mont Cenis cuando volvió a tener esa desagradable sensación.

¿Lo seguían? Se paró en seco y dio la vuelta. Un hombre alto, vestido de oscuro, subía tras él. ¿Sería el que había visto desaparecer tras la esquina durante el aperitivo? Alsina echó un vistazo hacia abajo, hacia el final de la calle, como el que espera a alguien, y el otro pasó junto a él caminando de la manera en que lo hacen los que se encuentran muy ocupados y van con prisa, sin pararse ni a mirar. Inclinó, eso sí, la cabeza a modo de saludo.

Se trataba de un tipo con la tez muy blanca, de pestañas y cejas rojizas, alto, de unos treinta años y vestido a la moda inglesa, como si fuera uno de esos jóvenes de las playas de Brighton, los *mods:* pantalones de pitillo cortos en los tobillos, chaqueta estilizada y camisa blanca con corbata negra, muy fina. Llevaba un sombrero

fedora, negro y de ala muy fina, como si fuera un miembro de uno de aquellos grupos de pop que tan mal se llevaban con los *rockers*.

Quedó parado, dejando que aquel hombre siguiera su camino subiendo las empinadas escaleras, y convino que no, que aquel tipo no podía ser, ni de lejos, un espía o un sicario enviado por los americanos, pues vestía demasiado a la moda europea.

* * * * *

A eso de las seis de la tarde, quedó solo en la librería, pues Iñaki había salido a tomar café con una joven francesa que acudía mucho a verle. Era obvio que estaba interesada en el joven vasco, por lo que Alsina no pudo evitar esbozar una sonrisa y ladear la cabeza al recordarse a sí mismo con aquella edad y con la misma ingenuidad.

¿Cuántas oportunidades así dejó pasar? Unas cuantas, eso seguro. ¡Qué tonto e inexperto era! Supuso que el chaval se daría cuenta en algún momento. Si no, tomó nota mentalmente, se lo haría ver él mismo. Iñaki tenía que espabilar. Estaban en París, la ciudad del amor libre y las francesas, a Dios gracias, no eran como las españolas.

Se dedicó a colocar algunos libros en sus respectivas estanterías. Era una tarde tranquila, de poco movimiento y eso le relajaba. De repente, sonó la campana de la puerta de entrada y giró la cabeza: era el tipo de las escaleras.

Ahí supo que sí, que algo pasaba, a pesar de la tranquilidad que le había aportado su deducción hacía solo un rato. Como buen policía, no creía en casualidades, y era la tercera vez en pocas horas que se encontraba con ese tipo. De hecho, este había pasado a la acción descaradamente entrando en su establecimiento. Instintivamente, dio un paso a la derecha y metió la mano bajo el mostrador, donde, en su primera época en París, había tenido una Glock sujeta con cinta adhesiva.

No estaba. La guardó en el trastero hacía más de un año.

Recordó que él mismo lo había decidido así y Rosa estuvo de acuerdo. Ya no se sentían amenazados y no pensaban que pudiera

haber represalias por lo que habían hecho en España en el 69. Aquello era agua pasada. ¿O no?

El recién llegado llevaba las manos en los bolsillos, lo que a Alsina le resultaba una postura poco amenazante, ya que en unos pantalones tan ajustados era imposible ocultar un arma. Atento por si tenía que arrojarse al suelo para esquivar una bala y mirando a su alrededor buscando algún objeto contundente, preguntó en francés:

—¿Qué desea?

El otro, con voz muy tranquila y con mucha calma, sin hacer ademanes violentos, contestó en español:

—No se asuste, señor Alsina, vengo a hablar con usted de un asunto importante. No tiene nada que temer, solo queremos consultarle sobre un caso.

Alsina, sin dejar de mirar alrededor para buscar un abrecartas o unas tijeras, repuso:

—¿Queremos?

El desconocido sonrió quitándose el sombrero. Su pelo rojo como el fuego resultó llamativo a Alsina. Era un yanqui de manual.

—Sí, queremos. He hablado en plural.

—¿Y quiénes son ustedes?

—La agencia.

Alsina puso cara de pocos amigos. La CIA otra vez. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Viejas sensaciones del pasado.

—Sí, lo sé —contestó el americano—, tenemos un compromiso con los franceses de no molestarle, pero les hemos pedido permiso y han autorizado este contacto. Llame usted a Plantard si lo desea. Me llamo Epstein.

¿Cómo sabía aquel tipo lo de Plantard? ¿Sería verdad que habían pedido permiso a los franceses? ¿Por qué aparecía de nuevo la CIA en su vida?

La campana de la puerta tintineó: era Iñaki. Epstein sonrió y dijo:

—Mire, esto es lo que haremos: ahí enfrente hay un café. Llame a su hombre y, si lo ve correcto, salga y tomaremos algo. Solo queremos, como digo, hacerle una consulta.

Y, dicho esto, se colocó el sombrero, saludó a Iñaki con una inclinación de cabeza y salió de la librería.

Alsina ya se había dado la vuelta y, sin decir nada, se encaminó a la trastienda. Marcó el número que se sabía de memoria y escuchó una voz al otro lado que contestaba en francés.

—Alsina —dijo él. Silencio.

Plantard contestó:

—Han ido a verte, ¿no?

—Sí.

—No temas, es un contacto autorizado.

—Pues podíais haberme avisado. Me he llevado un susto de muerte.

—Iba a hacerlo esta misma tarde, pero, por lo que veo, se han adelantado.

—Y tanto.

—Parece que les corre prisa.

—¿El qué?

—Quieren consultarte algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Es cosa de las altas instancias.

—¿Cómo? No entiendo.

—Julio, han autorizado el asunto desde arriba, así que tómate un café con él y escucha. No hay peligro alguno. No pasa nada.

—No lo veo tan claro.

—Van de buenas.

—¿La CIA?

—Los mismos, sí, «la Casa». Te necesitan para algo de España, pero insisto en que desconozco de qué se trata.

Alsina supo que no le quedaba otra que tomar ese café. Además, estaba intrigado. ¿Qué tenían que consultarle los americanos a aquellas alturas?

Espías

Alsina cruzó la estrecha calle sintiendo cierta aprensión y entró en el Café de l'Arc donde Epstein miraba su taza, que contenía un café solo.

El librero, que vestía pantalón azul oscuro, un jersey gris de pico, camisa blanca y corbata negra, parecía cualquier cosa menos un antiguo policía. Quizá un funcionario, un chupatintas. Ordenó un *café au lait* y, con cara de pocos amigos, tomó asiento frente al americano.

—¿Ha hablado con Plantard? —preguntó el pelirrojo sin levantar la mirada de su café mientras le daba vueltas con la cucharilla.

—Sí, me dice que hable con usted.

—¿Ve? No tiene nada que temer.

—¿De la CIA? ¿Nada que temer? ¿De verdad piensa que voy a creerme esa milonga?

—¿Milonga?

Alsina quedó parado por un momento. Aquel tipo era americano y, aunque su español parecía bueno, aquella palabra era, quizá, demasiado coloquial para él. El yanqui aparentaba ser más joven de lo que indicaban sus maneras y saber estar.

—Tontería, trola, mentira, embuste…

—Ah, ya —repuso el otro.

Hubo un silencio algo embarazoso. Trajeron el café.

—Verá, señor Alsina…, ¿o puedo llamarle Julio? —Alsina asintió, así que Epstein continuó—: Mire, Julio, entiendo que crea usted que la CIA o, como dicen ustedes, «los americanos», pueda querer eliminarlo. Pero créame, no es así. Usted era un policía que hacía su trabajo. Hubo gente que cometió muchos fallos en aquella operación, la mayoría del Régimen de Franco. Algunos de los

nuestros también cometieron errores de bulto y es algo lamentable. Verá, cuando montas una operación de esas características, sobre un tema tan sensible como aquel y en territorio extranjero, lo menos que se exige es discreción. Si vas dejando tras de ti un reguero de cadáveres puedes llamar la atención de la prensa, si es un país libre, o, peor, de un policía honrado que investigue el caso hasta sus últimas consecuencias como hizo usted, incluso trabajando para un régimen dictatorial.

—Ese era yo: un don nadie, un borracho.

—¿Cuánto lleva sin beber?

—Desde entonces, cuatro años. Bueno, miento, hace un año y medio comencé a tomar un vermú a mediodía, nada más. Pero no me he embriagado desde entonces ni me atraen los licores fuertes. Solo vermú, y muy poco.

—Bien, eso dice mucho de usted; es un estoico.

—¿Y ya no quieren matarme? —repuso Alsina con incredulidad.

—Nunca quisimos matarle, le recuerdo que usted dispone de cierta información que se haría pública en caso de que le ocurriera algo a usted o a los suyos; no somos idiotas. Además, quienes estaban enfadados con usted eran los franquistas, no nosotros. El fiasco de aquella operación fue minuciosamente analizado en Langley. Hay un informe así —explicó, e indicó el supuesto grosor del mismo dejando una pequeña separación entre el índice y el pulgar de la diestra— y las conclusiones fueron claras. La mayoría de los implicados en aquella operación están muertos, no ocultaré que algunos por su propia mano; la de usted, digo. Y los pocos que quedaron con vida fueron depurados. Nada trascendió a la prensa, solo el suicidio de una prostituta; luego… ¿dónde está el problema?

Alsina arqueó las cejas en señal de duda, pero tuvo que reconocerse a sí mismo que, tal como contaba las cosas Epstein, todo sonaba bastante convincente.

El americano siguió hablando:

—Sabemos que lleva usted una vida tranquila y permanece alejado de lo que fue su pasado como policía. Alguna vez los

franceses le han consultado sobre España, ¿no?

—Sí, dos o tres veces en todo este tiempo. Sobre temas que a sus agentes allí se les escapan, principalmente cosas de la vida cotidiana. Parecen tonterías, pero estando sobre el terreno ayudan a interpretar mejor la información.

—Exacto.

—¿Y?

—De eso se trata, tenemos un problema en su país y necesitaríamos que alguien como usted nos echara una mano. No crea, disponemos de gente buena allí. Yo mismo llevo más de veinte años en Madrid.

Alsina puso cara de sorpresa y el otro añadió:

—Sí, parezco más joven, lo sé, me lo dicen mucho. El caso es que, como bien decía usted hace un momento, nuestro nivel de infiltración, nuestra capacidad de mezclarnos con la población, de permear con cada sustrato de la sociedad es limitado.

—¿Y cómo encajo yo en eso? Le recuerdo que vivo en París desde hace años. No sé cómo siguen las cosas en España.

—Usted era policía, un buen policía, y resolvió un caso complejísimo en el 69.

—Eso me trajo aquí.

—Sí, lo sé, pero ahora tenemos un asunto que resolver y estamos perdidos. Ha sucedido algo en un pequeño pueblo, y nadie habla en un sitio así con tipos altos, rubios o pelirrojos, manifiestamente extranjeros. Sienten demasiada desconfianza. Y con las autoridades franquistas, menos aún. La gente les tiene pavor. Hay cuestiones con las que los españoles de a pie se cierran en banda y solo alguien como usted podría llegar a donde ni la Policía franquista ni nosotros llegamos.

Alsina encendió un cigarro, dio una calada y apuró un trago de su café. Estaba cremoso. En España no los hacían así.

—¿De qué se trata? —preguntó, y se recostó sobre la silla de la cafetería.

Epstein se agachó a la izquierda, donde, junto a la pata de la silla, tenía un portafolios. ¿De dónde había salido? No lo llevaba al entrar a la librería. Alsina pensó que lo debía de haber guardado en el bar. El americano extrajo una subcarpeta de cartulina marrón, la puso sobre la mesa y la deslizó hacia el expolicía.

Alsina la abrió y se encontró con una serie de documentos. Destacaba un recorte de prensa. La calidad de las fotografías era mala, pues se trataba de una fotocopia del diario sensacionalista *El Caso.*

La noticia decía: «Brutal asesinato en la localidad de Vera». Alsina echó un vistazo a las fotos. En la primera se veía a una mujer muerta, con las piernas abiertas y degollada. Sin dignidad. Había otra más desagradable, una criatura, una niña pequeña, en braguitas y boca abajo sobre un charco de sangre. Aquel era un asunto feo, uno de esos crímenes horrendos que terminaban ocupando páginas y páginas en los tabloides más amarillistas. Carnaza de la buena, de esa que tanto agrada al público y que gustaba tan poco a los policías de verdad. Sintió pena por los niños; ahora que era padre, esas desgracias le afectaban mucho más. Apenas una semana antes se había sorprendido a sí mismo al echarse a llorar tras leer que un niño de tres años había fallecido al caer desde un quinto piso en Toulouse. La paternidad le hace a uno ver el mundo de otra forma, eso está claro.

Miró a Epstein como pidiendo explicaciones y este dijo:

—Una mujer y sus dos hijos, de siete y tres años, degollados. Una carnicería.

Alsina miró el recorte y señaló la fecha:

—Hace dos años de esto.

—Lo sé, por eso estamos aquí.

Se hizo un silencio entre los dos. Alsina ordenó otro café y encendió un nuevo cigarrillo.

—Me va a perdonar, Epstein, pero no entiendo qué pinto yo en esto.

—Está muy claro. El crimen ocurrió en septiembre de hace dos años y ni la Policía española, ni la Guardia Civil, ni nosotros hemos dado con el asesino.

Alsina leyó el texto de la noticia. Decía que los cuerpos habían sido encontrados por unos niños del pueblo y que faltaba el padre, que había desaparecido y al que se suponía autor de los hechos. Era francés, René Durand. La Policía y la Guardia Civil andaban tras sus pasos, pues se había emitido una orden de búsqueda y captura. Los investigadores, que no dudaban de la culpabilidad del cabeza de familia, creían posible que este se hubiera suicidado tras cometer aquel horrendo crimen. El problema era que su cuerpo no había aparecido por ningún lado.

El expolicía quedó parado. Miraba el texto como hipnotizado. Alzó las manos y dijo:

—¿Y?

Epstein resopló:

—Solo puedo decirle que estamos muy interesados en este caso.

—¿En un crimen doméstico sucedido en la costa almeriense?

—Pues así es, en efecto. Muy interesados.

—¿Y qué puede tener que ver la CIA con un supuesto crimen doméstico?

—Es clasificado.

—Ya. Pues comprenderá que así no puedo ayudarle mucho.

Se hizo otro silencio incómodo y Alsina comenzó a deslizar su silla hacia atrás para levantarse, como queriendo decir que daba la conversación por terminada.

—Queremos que vaya a España —le anunció Epstein de sopetón.

—¿Qué? —replicó Alsina entre sorprendido y enfadado dejándose caer en la silla de nuevo.

Una misión

—Están ustedes locos —dijo Alsina.

—No.

—Pero ¿se da usted cuenta de lo que dice? Si pongo un pie en España, soy hombre muerto.

—Eso está hablado, no tiene nada que temer.

—Ya, bajo del tren y en diez minutos estoy en un piso franco de la Político-Social. Como si no lo supiera.

—Le digo que no.

—¿Y los franceses?

—Le insisto en que está todo hablado y acordado. No hay problema. Estamos todos de acuerdo.

Alsina negó con la cabeza. Estaba resuelto a no aceptar y era evidente. Epstein, muy paciente, volvió a tomar la palabra:

—Verá usted: tengo una oferta que hacerle. Escúchela al menos. ¿De acuerdo?

El librero asintió de mala gana.

—Bien, mire, estamos a oscuras en este caso y es importante. Solo le pedimos que vaya allí, a Vera, en Almería, que indague, que investigue como hacía antaño. Es posible que encuentre un hilo que se le haya escapado a la Policía española…

—Hace dos años del crimen, ¿no? ¿Qué voy a aclarar yo? Ese caso estará frío como el hielo. Es historia, créame.

—¿Y por qué piensa que estamos aquí? El asunto está frío, sí, lo sabemos. Por eso requerimos de su ayuda. Las autoridades franquistas están avisadas. Irá usted con alfombra roja, le ayudarán en todo lo que necesite. No va a tener ni una sola dificultad. ¿Qué pierde por intentarlo? Suponga que, como mucho, le lleve un mes. Como mucho, ojo. Le aseguro que le va a merecer la pena.

Alsina volvió a negar con la cabeza y sonrió irónicamente.

Epstein se echó hacia adelante y apoyó los codos en la mesa, dispuesto a hacer su oferta:

—Mire, si accede usted, las autoridades españolas le darán un nuevo pasaporte. A usted, a su mujer y a su amigo Ruiz Funes. Podrían volver cuando quisieran.

—No me interesa, tengo pasaporte francés.

—Tendría doble nacionalidad. Piense en su hijo. Franco no vivirá para siempre. Además, hay una sustanciosa cantidad para usted: cincuenta mil dólares.

Alsina emitió un silbido.

—Viven ustedes de alquiler —continuó el yanqui—. Podrían comprarse una casa aquí, en París, en una buena zona, y todavía les sobraría muchísimo dinero.

—Es una buena oferta, no se lo niego, pero me juré a mí mismo no volver allí. Es un país atrasado y cainita. La envidia es religión y el fascismo campa a sus anchas.

Epstein chasqueó los labios con fastidio.

—¿Y bien? —preguntó Alsina—. ¿Qué pasa?

—Entonces le queda a usted la opción B.

—¿Opción B? ¿Qué opción B? No le entiendo. Le he dicho que no y punto. ¿Y usted me habla de opción B?

—Sí. No se lo he dicho, pero hemos negociado con los franceses también. Si se niega, le retirarán el pasaporte.

—¿Cómo? —repuso Alsina, indignado—. ¡Tengo un acuerdo con ellos! No me van a traicionar ahora. No le creo. Es imposible.

—Sí, pero nosotros tenemos cosas que necesitan; somos aliados, ¿recuerda?

—¡Tengo las fotos!

Epstein sonrió y dijo:

—Es usted un tipo listo, piense: sí, un notario tiene las fotos. Por cierto, ya le digo yo quién es: Ignazio Meyer, que se encuentra en Nelkestrassen, Zúrich. ¿Y? Haga caso: si los franceses le retiran el pasaporte, ¿en qué situación quedan su esposa, su amigo y usted

mismo? ¿Cómo entraron en Francia? Serían requeridos por las autoridades franquistas. ¿Y si son extraditados? ¿Lo ha pensado? ¿Y su hijo?

Alsina se aferró a la mesa con fuerza. Estaba indignado.

—No se ponga así, cálmese. Piense, Julio, piense. Sea racional. Tiene ante sí usted dos opciones: una, viene a España y nos hace un favor, investiga un caso, nada más. Ni siquiera le exigimos resultados, solo que lo intente. ¿Qué gana? Una casa, mucho dinero, seguir teniendo pasaporte francés y tener la posibilidad de volver a España cuando quiera. Y, como mucho, le llevaría un mes. Enseguida estaría de vuelta a casa con su mujer, su librería y su vida sencilla. Con todos los gastos pagados, claro; le llevamos, le traemos y le cubrimos las espaldas. La segunda opción, la que yo diría que es la mala, es que sus amigos franceses le retiran su estatus y quedan ustedes como apátridas, con el agravante de que las autoridades españolas saben dónde están y ya no tendrían protección. Si elige esta segunda opción, esta misma noche usted, su mujer, su amigo y su hijo deben recoger lo que puedan y huir del país. —Alsina miró hacia el suelo, cabizbajo. Epstein siguió hablando para convencerlo—: Ni qué decir tiene que, si nos ayuda, contará con nuestra gratitud, que no es poco de cara al futuro.

Quedaron en silencio.

—No tengo mucho donde elegir, ¿no? —farfulló el expolicía pensando en cómo se lo iba a decir a Rosa. Sabía reconocer cuando una batalla estaba perdida de antemano.

—Me temo que no —repuso el americano.

* * * * *

—Sigo pensando que te has vuelto loco. ¡Loco! —gritaba Rosa fuera de sí.

—No grites, por favor, cariño. El niño duerme.

Rosa miró a Alsina con odio, como si fuera a partirlo en dos en cualquier momento.

—Julio, Rosa tiene razón —apuntó Ruiz Funes.

Alsina lo había llamado para que acudiera a casa con la absurda idea de que su amigo le apoyaría. No podía esperar una reacción tan virulenta. Había decidido ocultarles lo que Epstein había llamado «opción B». No quería asustarlos. Habían dejado el miedo atrás, en España, cuando los sacó por las bravas de aquel piso franco de la Político-Social. Así que aquello resultaba más incomprensible aún para Rosa y Joaquín.

¿Estaba loco? Volver a España a aquellas alturas no se le ocurriría ni al mayor de los suicidas.

—No lo entendéis: es la oportunidad definitiva para vivir tranquilos de por vida. Me metería a los americanos en el bolsillo. Estoy cansado de caminar mirando hacia atrás. ¿Sabéis de lo que os hablo? Se la jugué a la CIA y gané. Eso me deja en una situación delicada que ahora podría arreglar. Para siempre. ¡Y podremos comprar una casa! Joaquín podría venir a vivir con nosotros. O podríamos comprar una casa para él. ¡Es un dineral lo que nos ofrecen!

Rosa, que estaba de espaldas, se giró fulminándolo de nuevo con la mirada. Alsina se sintió mal: no podía digerir que la mujer a la que quería lo mirara con ese odio.

—Sabes que en cuanto pongas los pies en el España, eres hombre muerto —le espetó ella.

—No, querida, no. Te equivocas. Kissinger visita a Franco en diciembre. Epstein me ha dicho antes de despedirnos que las relaciones de Estados Unidos con el Régimen son excelentes. No hay nada que temer. Los americanos están enfrascados en su guerra contra el comunismo y España se ha convertido en su mejor cabeza de puente en Europa. A Franco le interesa llevarse bien con ellos como sea, porque pasa de tener un estado paria a ser aceptado en los cenáculos internacionales. Y a eso hay que sumarle la ayuda económica, claro. Los americanos pagan un dineral por las bases. No harán nada que pueda molestar a Washington. No te oculto que habrá gente del Régimen que me la tenga jurada; «los del búnker»,

como siempre. Pero son muy disciplinados y obedecen a sus jefes. La alianza con Estados Unidos es prioritaria.

—¿Y por qué son tan importantes esos crímenes? —terció Ruiz Funes. «Lo que faltaba», pensó Alsina. Ahí lo había pillado.

—No lo sé.

—¿Cómo? —repuso Rosa, indignada.

—No me lo quieren decir, es clasificado.

—Fue el marido, ¿no? El francés.

—Eso parece.

Rosa tomó la palabra de nuevo:

—Y si no lo han encontrado en dos años… ¿vas a hacerlo ahora tú?

—No. Yo no voy a buscar a ese tipo. Voy a empezar con el caso desde cero, sin prejuicios ni ideas preconcebidas. Ya veré hacia dónde me llevan mis pesquisas. Es un nuevo enfoque. A veces pasa que un nuevo investigador coge un caso que está frío y lo resuelve. Díselo tú, Joaquín.

Ruiz Funes ladeó la cabeza, como negando. Alsina entendió que no le iba a apoyar.

—Solo será un mes —insistió Alsina—. He hablado con Iñaki, y un amigo suyo, Pierre, le ayudará con la librería. El negocio va prácticamente solo. Cuando te vayas a dar cuenta, Rosa, ya habré vuelto, querida. Los americanos estarán en deuda conmigo y ese es el mejor escudo protector que podemos tener de cara al futuro.

Rosa, sin mediar palabra, salió del cuarto a toda prisa y entró el dormitorio dando un portazo. Asunto terminado.

Los dos amigos se miraron.

Ruiz Funes sacó un paquete de tabaco y ofreció un pitillo a su amigo.

Fumaron.

—¿No te acuerdas de lo que me hicieron allí, Julio? A mí me lo recuerda esta cojera todos los putos días de mi vida. ¿O crees que me gusta llevar bastón porque me hace distinguido?

—Sí, Joaquín, lo sé. Yo te saqué de aquella ratonera, ¿recuerdas?

Otro silencio.

—¿Y no has pensado que puede ser una trampa? ¿Un montaje orquestado para cazarte como un conejo?

—Sí, lo he pensado.

—¿Y?

—Todo encaja, es verosímil. Y si fuera así, los franceses no habrían autorizado la operación. Eso me tranquiliza, no creas. En cualquier caso, no lo sabremos hasta que mañana baje del avión en Barajas. Ese será el momento clave.

—¿En Barajas? ¿Has dicho mañana?

—Salgo en el vuelo de la una de mediodía.

—Veo que has tomado tu decisión.

Alsina no quiso contarle que no tenía otra opción. Los franceses los habían vendido. Se dio la vuelta y se agachó para abrir un cajón de la cómoda; necesitaba unas mantas, pues era evidente que esa noche dormiría en el sofá del salón.

* * * * *

Alsina no pudo hablar con Rosa antes de partir. Ella se despertó temprano, vistió al niño y salieron a la calle sin dignarse a dirigirle la palabra en ningún momento. A la incertidumbre de volver a España con la duda de si aquello era una trampa, tenía que sumarle que se iba con el corazón encogido por la actitud de su mujer.

A las diez y media, Epstein pasó a recogerlo en un taxi y se encaminaron al aeropuerto. Apenas habló durante el vuelo. Se sentía fatal por haber tenido que irse en aquellas circunstancias. El enfado de Rosa era monumental y no había tenido ocasión de hablar con ella con calma, de aclarar las cosas. Eso le producía una horrible sensación de impotencia que le costaba siquiera soportar. Por otro lado, tenía miedo. ¿Y si todo era una treta para hacerle pisar suelo español y ser detenido por las autoridades franquistas? Se consoló pensando que lo iba a saber pronto, en cuanto llegaran a Barajas.

De hecho, cuando bajó por la escalerilla del avión, suspiró aliviado al ver que no había ningún coche policial esperándole en la pista.

Epstein sonreía divertido, pues había percibido las reticencias de su compañero de viaje. Pasaron los trámites de aduana con una celeridad pasmosa, y comprobaron que fuera los esperaba un agregado de la embajada americana y el comisario a cargo de Barajas, Paco Jiménez, un tipo muy campechano al que Alsina había conocido en la Academia de Policía. Subieron a un sedán que los aguardaba y, en apenas media hora, el librero se encontraba en un amplio cuarto del hotel Barajas.

—Descanse y pida algo de comer. Puede hacerlo en el comedor o, si lo prefiere, se lo traerán aquí mismo. En cualquier caso, cárguelo a la cuenta de la habitación. No repare en gastos —dijo Epstein—. Yo tengo que hacer algunas cosas en la embajada y en la Dirección General de Seguridad. Esta noche iremos a cenar y le iré ultimando detalles.

Cuando Alsina quedó solo, miró el teléfono. Pensó en Rosa y descolgó para poner una conferencia. Fue imposible.

—No contestan —escuchó decir a la telefonista. Decidió llamar a recepción y encargar algo de comer. También pediría unos periódicos para irse haciendo con el pulso de la actualidad. Tenía trabajo por delante. Cuanto antes resolviera aquel asunto, antes estaría en casa y todo volvería a ser como era. O quizá mejor.

Cena

Alsina despertó tras una larga siesta y, curiosamente, comprobó que se sentía bien de ánimo. Había disfrutado de un sueño largo y reparador tras ordenar que le subieran unos huevos fritos con patatas y pimientos que le supieron a gloria. Ojeó un poco la prensa y se puso al día: nada había cambiado en aquel lugar que Franco seguía gobernando con mano de hierro. Esa misma noche jugaba el Barcelona con un equipo alemán y Cruyff era la sensación. Los periódicos se felicitaban por el provechoso encuentro entre Kissinger y Gromiko, que reanudaba las conversaciones entre rusos y americanos para frenar la escalada nuclear. *El espíritu de la colmena,* de Víctor Erice, había ganado la Concha de Oro en San Sebastián. La prensa se deshacía en elogios, pues era la primera vez que una película española ganaba el galardón.

Le llamó la atención que había muchas noticias de sucesos violentos, como un atraco a mano armada a una armería en Madrid o la muerte de un subinspector de policía en Barcelona en un enfrentamiento con unos atracadores de cajas de ahorros. Quizá la Policía franquista ya no era capaz de controlar la sociedad tanto como antes. Cuando él estaba en activo no se daban tanto ese tipo de delitos. La crisis de los carburantes preocupaba a todo el mundo y se notaba en artículos y columnas que hablaban de ello de manera repetitiva.

Entonces reparó en su situación, volvió a la realidad y recordó el enfado de Rosa. Se sintió mal. Aquello era, en parte, como revivir la pesadilla de la que escaparon en el 69.

Llamó a recepción y ordenó el envío de un telegrama a casa: «Todo perfecto. Stop. No hay nada que temer. Stop. Te quiero. Stop», debía decir la esquela.

Se dio una buena ducha y se puso el albornoz del hotel. Fumó un cigarrillo mirando por la ventana e intentó quedarse con lo bueno. No parecía que le fueran a detener y solo tenía que investigar el asesinato de Vera, cosa harto difícil, pues era evidente que, tras dos años, el asunto se habría enfriado hasta resultar irresoluble.

No le exigían resultados, luego… ¿qué problema había? Obtendría una buena suma de dinero, un pasaporte español y continuaría con el francés. ¿Qué mejor legado podía proporcionar a su hijo que la doble nacionalidad?

A eso de las ocho sonó el teléfono. Era Epstein, quien le dijo que se arreglara y bajara para ir a cenar a Madrid. Él hubiera cenado allí mismo, en el hotel. Solo deseaba llegar a Vera lo antes posible, ponerse manos a la obra con las pesquisas y volver a casa lo más pronto posible, pero entendió que se debía al americano.

Lo encontró tomando un *whisky* en el bar del hotel. Al verle llegar, le sonrió y se levantó, dando por terminada la conversación con una chica muy guapa, con minifalda y que bebía una copa junto a él. Alsina sabía que era una prostituta. Allí había varias disponibles para los hombres de negocios, sobre todo extranjeros, que hacían escala en Barajas. Le pareció escuchar que ella se despedía del americano con un «hasta luego», pero pensó, con buen criterio, que aquello no era asunto suyo.

Fuera los esperaba de nuevo el inmenso sedán, que conducía un tipo enorme de traje negro al que acompañaba otro en el asiento de al lado con una tremenda cara de malas pulgas. Ni abrían la boca. Era obvio que estaban bien aleccionados. Parecían muy profesionales.

Epstein se empeñó en que cenaran en Lhardy.

—Uno de los restaurantes más antiguos de Madrid —aclaró el americano. Era evidente que quería impresionar al expolicía.

Alsina sonrió mientras encendía un cigarro:

—Soy madrileño, ¿recuerda?

Epstein soltó una carcajada como admitiendo su error. Alsina no se lo tomó a mal: era evidente que querían agradarle y eso le

ayudaba a convencerse de que nada malo podía esperar ni de los americanos ni del Régimen. Iba mirando por la ventanilla y tuvo la sensación de que Madrid había cambiado. La M-30 estaba casi acabada y le pareció que daba a la ciudad un aire moderno, inmenso, de gran ciudad. En el fondo, le dio rabia.

Había leído en la prensa que algunos vecinos se habían manifestado en contra y que el asunto del paso de los peatones por dicha vía resultaba polémico, pero se decía que, al final, instalarían viaductos para solucionarlo.

Vio muchos más coches que cuando él vivía en Madrid —seiscientos, minis y dos caballos—, comercios nuevos y muchas más luces. En el fondo, le molestaba. Esperaba ver a la gente muriéndose de hambre por las esquinas como en la posguerra, pero parecía que el franquismo se abría paso gracias a los americanos y al turismo. «El "milagro económico" del Opus Dei», pensó para sí.

El coche los dejó en la misma puerta y, al entrar, un camarero se deshizo en elogios hacia Epstein, lo que hizo que Alsina tomara buena nota de que el americano era un asiduo.

—Tiene su mesa de siempre. Le están esperando —indicó el encargado mientras ponía la mano como un cazo para recibir una sustanciosa propina.

Cuando llegaron a la mesa, se dieron de bruces con un joven de aspecto apocado, trajeado y con gruesas gafas de pasta que se levantó en señal de respeto tirando la botella de agua sobre la mesa.

—Tranquilo, Sampedro, siéntese —dijo Epstein intentando que el joven se sintiera cómodo. Parecía realmente nervioso.

Alsina lo miró haciendo un gesto con las cejas al americano, como diciendo «¿quién es este?», pero el yanqui alzó la mano indicándole que esperara, pues enseguida lo sabría.

Acudieron varios camareros en tropel y cambiaron el mantel, las servilletas y los cubiertos en un segundo.

—Señor Alsina, quiero que sepa que es un honor conocerlo. Su trabajo es una inspiración para mí —comenzó a decir el chaval.

El expolicía volvió a mirar a Epstein que, tras ordenar una botella de vino, dijo con fastidio:

—Le presento a Ernesto Sampedro. Es un joven policía que trabaja en el archivo de la Dirección General de Seguridad.

—¿Y?

—Será su compañero.

—¿Cómo? —espetó Alsina sorprendido.

Sirvieron el vino y Epstein se bebió el contenido de toda la copa de un golpe.

—Sí, se lo que me va a decir, que usted trabaja solo —continuó—. Pero entenderá que «nuestros amigos» —explicó a la vez que remarcaba el tono en las dos últimas palabras— no van a dejarlo por ahí, a su aire, sin supervisión…

—Cuando usted dice «nuestros amigos», se refiere al Régimen, claro.

—Exacto, pero no se ponga paranoico, Alsina. Este joven le va a ayudar. Ahí donde lo ve, lo sabe todo. Lleva cinco años en el archivo de la DGS y es una auténtica enciclopedia sobre el delito patrio en los últimos veinticinco años.

—Es cierto —confirmó el chaval, que se arrepintió al instante de haber abierto la boca, pues Alsina le estaba fulminando con la mirada.

—Va a necesitar usted ayuda. Ernesto conoce el caso y es portador de las órdenes escritas pertinentes para que se le abran todas las puertas.

—Y me espiará.

—Le digo que no sea paranoico, esa no es su función. ¿O acaso no ve que tanto nosotros como los españoles vamos a tener información de primera mano sobre sus andanzas? Ernesto es un joven inteligente y bien formado, tiene buenas relaciones. Va a ayudarle, y mucho.

—¿Un chupatintas?

—Le recuerdo que usted hacia renovaciones de DNI.

—Pero porque en aquella época ya era un borracho. A su edad, estaba pateándome las calles.

—Mi padre no lo quiso así.

—¿Su padre? —añadió Alsina con fastidio.

—Sí, Blas Sampedro. Fue gobernador civil de Guipúzcoa.

—¡Acabáramos! ¡Un enchufado!

Se hizo un silencio. Epstein se puso, entonces, muy serio:

—Mire, Alsina, quiero este caso resuelto y para eso le quiero a usted, pero Sampedro es un joven preparado. ¿Lo destinaron al archivo por su padre? Probablemente. Pero eso ha provocado que el chaval sea una enciclopedia andante. Nos viene bien y está a su servicio. Y usted lo va a aceptar.

* * * * *

Poco a poco, el ambiente de la cena fue cambiando hacia un tono algo más cordial. Al menos, educado por parte de Alsina. Epstein era un tipo que al que le gustaba convencer por las buenas, pero que, cuando tenía que mandar, mandaba.

Se empeñó en agasajar a sus compañeros de mesa casi obligándolos a probar el *foie-gras* de Alsacia o la ternera Príncipe Orloff. Ordenó vinos franceses que Alsina ni conocía y que no probó, y se habló de vaguedades. Había decidido evitar el alcohol en su estancia en España, para no tener problemas.

Curiosamente, Epstein, un tipo de Texas, era un ferviente seguidor del Atlético de Madrid, cosa que chocó mucho a Alsina. El americano estaba muy contento de que los colchoneros hubieran ganado la anterior liga en la España de Franco, donde solo parecía existir espacio para el Real Madrid. No parecía afectarle mucho el alcohol, aunque sus mejillas fueron adoptando poco a poco un color rojizo que le hacía parecer algo achispado.

Alsina le cogió manía al instante a Sampedro, ya que era todo lo contrario a él. Mientras que el expolicía tuvo que abrirse camino en un mundo difícil siendo hijo de represaliado político, aquel chaval

imberbe era un enchufado y un chupatintas al que todo se le había dado hecho.

Le sorprendió, en efecto, que hacía gala de vastos conocimientos sobre el mundo del crimen; era leído, se declaró un fan empedernido de las novelas de Sherlock Holmes (se autodenominó «holmesiano») y se sabía la vida y el expediente de Alsina de memoria. Parecía admirarle mucho. Conocía a la perfección el caso que, en el 69, le había hecho tener que salir de España, aunque Epstein dejó claro que de ese tema ni se hablaba. Al parecer, el chico andaba ennoviado con una costurera de Carabanchel y soñaba con ser «un policía de relumbrón».

Epstein les entregó un grueso sobre con las llaves y documentación de un mil quinientos de color negro que les habían alquilado y veinte mil pesetas para gastos. Les dijo que debían salir al día siguiente para Vera y presentarse al alcalde y al comandante de la Guardia Civil. Debían empezar la investigación de inmediato.

Cuando tomaban un café, tras los postres, Alsina se atrevió a preguntar:

—Ese René Durand…

—¿Sí?

—¿Por qué es tan importante?

Epstein ordenó un puro al camarero, un Montecristo, y dijo:

—Julio, no se pase de listo. Su objetivo no es Durand, es el crimen. No parta de premisas preconcebidas. No queremos empezar pensando que fue él. Empiece de cero.

—Pero… ¿no lo han encontrado en dos años?

Epstein negó con la cabeza:

—Desapareció, como si se hubiera evaporado.

—Eso me suena a que debe de estar muerto. ¿No sería un ajuste de cuentas por temas turbios?

—No consta que Durand anduviera relacionándose con delincuentes comunes, pero no me pregunte a mí. Empiece de cero, insisto.

Vera

Sampedro recogió a Alsina un poco después de las ocho de la mañana. Quisieron salir pronto porque tenían por delante un largo viaje. Tras estudiar el itinerario en un mapa de carreteras, concluyeron que la mejor ruta pasaba por Albacete, para llegar después a Murcia y, desde allí, a la costa almeriense. Pero Epstein tenía claro que Alsina no debía ni acercarse a la ciudad donde investigó el caso que, en el 69, le hizo tener que salir de España, así que optaron por ir por la N-IV, que debía llevarlos hasta Bailén, y desde allí por la comarcal 323 hasta Vera. Decidieron turnarse al volante del mil quinientos que les habían proporcionado. El coche tiraba bien, era de lo mejorcito que podía encontrarse en la España de Franco. Hacía tiempo que Alsina no conducía. En París iba andando de su casa a la librería y de la librería a su casa. Cuando debía cubrir trayectos más largos, cogía el transporte público, que, dicho sea de paso, era excelente. En un par de ocasiones fueron con un coche de alquiler a Bretaña y Toulouse, Rosa, Ruiz Funes y él, y no podía evitar comparar las excelentes carreteras francesas con la situación de las vías españolas, donde los atascos se producían en cuanto se averiaba un camión y obstruía la calzada. A diferencia del país vecino, aquí apenas había autopistas. En su lugar, había vehículos de gran tonelaje que iban a paso de tortuga, que tiraban un humo negro y espeso que te irritaba la garganta y a los que, en determinados tramos, era muy difícil adelantar.

A pesar de eso, y de los desesperados intentos de Sampedro por entablar conversación, a Alsina le agradó recorrer el paisaje que formó parte de su infancia y juventud. Francia era preciosa, toda verde, con campos bien cuidados que rezumaban riqueza; había agua por todas partes y eso evidenciaba que era un país rico. Pero

aquel paisaje de color pardo, aquellas llanuras que bajaban hacia Andalucía, secas e inhóspitas, le producían un no sé qué, una sensación a caballo entre la nostalgia y la ilusión, esa que sentía de joven, cuando todo era posible.

Había un abismo entre Francia y España, y no solo era por las libertades o porque miles de españoles viajaran al país vecino a ver el *Último tango en París,* no. No solo era cuestión de dictadura o democracia: lo era también de diferencia de renta de los ciudadanos, de riqueza, de bienestar. Eran muchos los españoles que, en los sesenta, habían emigrado para tener un futuro. Trabajando como esclavos, con varios empleos, pero ahorrando para volver alguna vez a aquella tierra inhóspita y atrasada que, incomprensiblemente, añoraban. Muchos pasaban por su librería, ellos y sus hijos, que parecían ya más franceses que otra cosa, pero que no se terminaban de quitar la nostalgia de encima.

Pararon en una venta antes de llegar a Bailén, donde pidieron dos bocadillos de jamón. Alsina dijo que no era cuestión de hacer una comida copiosa, como apuntaba el menú con ensalada, primer plato a elegir y chuletas de cordero, pues tenían que seguir conduciendo.

—¿Crees que fue el marido? —preguntó Alsina de sopetón.

—¿Cómo?

—Sí, Durand... ¿crees que los mató él?

El chaval puso cara de pensárselo:

—Me he leído todo lo que hay sobre la investigación en la DGS —comenzó a decir Ernesto—, y, ¿sabe?, hay una cosa que me ha llamado la atención.

—¿Sí?

—Que todo, curiosamente, apunta a que fue él. Pero de una manera casi indiscutible. Es como si todo estuviera preparado para que pareciera que, sin ningún género de duda, ese tipo había matado a su propia familia.

Alsina quedó pensativo. Al final, iba a resultar que el chico era mucho más listo de lo que aparentaba en un principio. Esptein le había dado un archivador de cartón, de esos de acordeón, bastante

grueso, donde, se suponía, podía consultar todos los documentos referentes al caso. Le había dicho que no comenzara a leerlos hasta llegar a Vera, que esperara a familiarizarse con el ambiente. Le daba pereza ponerse a ello, la verdad, pero pensó en el momento en que pudiera volver a París con el dinero y se animó un poco.

Un paisano se acercó a la máquina de discos y puso una canción de Manolo Escobar. Alsina recordó a los emigrantes españoles que conocía en París. A la mínima que podían, en un pícnic, un guateque o una comida, se arrancaban a cantar viejas canciones de la tierra, muchas del cantante almeriense. Él, cuando eso pasaba, sentía algo de pena por ellos.

Volvió a la conversación con Sampedro y dijo:

—No te falta razón: cuando se produce un suceso de estas características, lo normal es que el asesino se quite la vida.

—Se llaman «asesinos en masa».

—¿Cómo?

—Es un término americano.

—¿Hablas inglés? —repuso Alsina, sorprendido.

—Leo cosas, sí. En el archivo de la DGS no puedo hacer gran cosa salvo leer.

Alsina recordó aquella época en la que, sumido en una nebulosa de Licor 43, solo hacía renovaciones de DNI, como bien le había recordado Epstein poniéndolo en su sitio de un plumazo. Por un momento, entendió cómo se sentía el chico.

—¿Y? —dijo, esperando que el otro le explicara.

—Un asesino en masa es, según los yanquis, el que mata a más de dos personas en un solo acto y luego se quita la vida. Este mató a tres.

Alsina asintió:

—Por eso, hijo, lo lógico sería que se hubiera volado la cabeza en el mismo lugar de los hechos o lo hubieran encontrado ahorcado en un olivo por esos campos de Dios. No tiene lógica. Y que no lo hayan encontrado en dos años…

—Eso también es raro.

—¿Y por qué interesa este suceso a los americanos?

—Ni idea —dijo Sampedro. Alsina arqueó las cejas—. No, jefe, no me mire así. Pensé lo mismo que usted e hice mis indagaciones, incluso metí a mi padre en el asunto, y nada. Nosotros no tenemos ni idea de por qué les interesa tanto el asunto.

—Vaya.

Quedaron en silencio por un momento. ¿Le había llamado «jefe»?

Decidieron pedir unos cafés antes de seguir camino. El chaval pidió un carajillo, pero para Alsina ordenó un cortado. Era evidente que conocía su historia y había visto que no quería probar el alcohol.

* * * * *

Un poco antes de Pozo Alcón se dieron de bruces con un camión lleno de naranjas que había volcado. Una pareja de motoristas de la Guardia Civil se hizo cargo de aquel caos, pero eso no evitó que perdieran dos horas de viaje entre que llegó la ambulancia para atender al camionero, que presentaba una herida en el rostro que sangraba profusamente, y hasta que trajeron una grúa para retirar el vehículo, que había quedado atravesado en la carretera. Durante ese tiempo, Alsina, sentado en el asiento del copiloto, abrió el carpetón de Epstein y se puso a ojear el sumario del caso, contraviniendo así las indicaciones del americano. Le apeteció comenzar a leer y así lo hizo. Quizá solo fue por aburrimiento.

Llegaron a Vera pasadas las siete de la tarde. Los días comenzaban a ser más cortos en aquella época del año. Acudieron de inmediato a un restaurante llamado Terraza Carmona, donde Sampedro pidió una cerveza y Alsina una cocacola. Les pusieron unas almendras y unas aceitunas rellenas y reservaron una mesa para cenar a las nueve de la noche.

Como en los pueblos se sabía todo al momento, apenas transcurridos veinte minutos de que aparcaran su coche en la calle del Mar, apareció ante ellos un guardia civil flaco como un franciscano y alto como un mástil. Llevaba el uniforme muy ceñido al talle con el ancho cinturón reglamentario, pero su extrema delgadez

provocaba que la guerrera le quedara un poco holgada. Portaba el tricornio de rigor y un poblado bigote e iba acompañado por una niña, a la que llevaba de la mano, que supusieron sería su hija.

Se identificó como Gutiérrez y les dijo que le enviaba el comandante Soria y que ya tenían preparado acomodo en la pensión de doña Angustias, en la calle Mayor, a un paso del ayuntamiento, donde iban a estar mejor que en la posada. Gutiérrez los acompañó en el coche y dejaron las maletas en la pensión. La patrona resultó, cómo no, viuda de un agente de la Policía Armada que ejerció en Madrid y que falleció en un accidente de tráfico. Ella se había vuelto al pueblo y abierto la pensión en la casa de sus padres, donde se hospedaban un par de maestros y un funcionario del Ayuntamiento.

Alsina le preguntó a Gutiérrez por el caso y este le dijo que él fue el primero en ver los cadáveres. «Después del chiquillo, claro». El expolicía le pidió que acudiera a Terraza Carmona aquella misma noche, tras los postres, para que les contara lo que recordara.

Descansaron un rato, se asearon un poco y a las nueve estaban en el restaurante. Era un negocio familiar donde se comía muy bien y a un precio razonable. Cenaron con hambre, pues el largo viaje había sido extenuante. Alsina disfrutaba tanto que Sampedro no pudo evitar mirarlo con cierta sorpresa.

—¡Cómo la echo de menos, joder! —exclamó el expolicía tras degustar las torticas de avío con boquerón.

—¿A quién? —preguntó Ernesto.

—A la comida, coño, a la comida. Me jode reconocerlo, pero en Francia no se come como aquí. ¡No sabes cómo lo echo en falta!

—No es malo que recuerde usted cosas de su tierra, don Julio, no es malo.

—Apéame el don, anda. Lo que más nostalgia me produce son los bocadillos de calamares de Madrid, de cuando era joven, y de Murcia… cómo recuerdo los michirones. ¡Si en Francia no hay pimentón!

—Pero la cocina francesa es muy celebrada, ¿no?

—¡Mariconadas! —exclamó Alsina—. Cuatro mariconadas, eso sí, con muchas salsas.

Los dos rieron divertidos el comentario del expolicía.

En el restaurante había un escenario a medio desmontar, y uno de los camareros les explicó que habían estado de fiestas patronales y que habían actuado allí nada menos que Los Puntos. Sampedro emitió un silbido de admiración, porque, al parecer, le gustaban.

De postre tomaron natillas, y a eso de las diez y media apareció Gutiérrez. Sampedro pidió una copa de Soberano y Alsina, un cortado. Se sorprendió cuando al preguntar al guardia civil que qué quería tomar este dijo, así, como si nada:

—Un cubalibre.

Debió de ver la cara de sorpresa de sus interlocutores porque al instante, aclaró:

—He salido de turno. Llevo el uniforme porque me vine directo a verlos, pero no estoy de servicio.

Alsina alzó las manos como indicando que todo estaba bien y sacó un bloc de notas.

—Estuvo usted en la casa el día de autos, ¿no?

—Sí, el crío que los encontró…

—Blas.

—… Sí, el Blasico, llegó a la comandancia en bici, con otros dos zagales. Estaba blanco como la cera. Nos dijo lo que había encontrado y algunos no le creyeron. El comandante Soria me dijo: «Acércate, anda», así que cogí mi vespino y allí que me planté. Me quedé de piedra al llegar. Aquello era horrible, no se hacen una idea.

Los dos recién llegados lo miraban expectantes, así que el agente bebió un trago de su cubalibre y siguió hablando:

—Cuando vi la puerta abierta y el reguero de sangre, supe que no era una broma de críos. Vi a la mujer en el salón, *despatarrá,* y luego subí al primer piso. Allí me encontré a las criaturas. Tengo tres hijos, no hace falta que les diga que se me revolvió el estómago. Salí a toda prisa y me fui al restaurante; allí hay teléfono. Llamé a

comandancia y pedí refuerzos. Volví a la casa a echar un vistazo más detallado.

—¿Vio usted algo que le llamara la atención? —preguntó Alsina—. Ya sabe, dentro de la barbaridad que suponía aquello, algo que resultase raro, fuera de lugar.

Gutiérrez encendió un pito. Tenía mala cara:

—No sabría decirle. En este trabajo nuestro se ven cosas muy duras, pero eso ha sido lo peor con lo que he tenido que lidiar. A veces, me despierto hasta con pesadillas. Lo recuerdo todo así, como si hubiera sido un mal sueño.

—Es un mecanismo defensivo de la mente —apuntó Ernesto, que sintió cómo la mirada de Alsina le taladraba. Estaba claro que no le agradaban los listillos.

—Me gustaría hablar con el crío. Blas —pidió Alsina.

—Imposible —contestó Gutiérrez.

—¿Y eso?

—La familia se trasladó a Francia.

—Vaya.

—Sí. Como tantos, el padre era chatarrero y hacía chapuzas, pero tiene un primo en Grenoble que trabaja para un taller. Creo que está allí de mecánico y gana mucho.

—Qué oportuno todo, claro —dijo Alsina con retintín mirando de reojo a Sampedro. Entonces decidió continuar con las preguntas al agente—: ¿Sospechó usted de alguien?

—La verdad, no.

—¿Conocía al marido? ¿El fugado?

—No especialmente. El del 36 no era de las personas más conocidas en Puerto Rey.

—¿Cómo?

—Sí, allí la gente se refiere a los demás por el número de su chalet, ya sabe: «Mira, por ahí va el del 14» o «he quedado a cenar con los del 25».

—Ya. ¿Vive mucha gente en la urbanización?

—Fijos, fijos, no tanto.

—Mañana iré a echar un vistazo.

—Es un sitio de gente de mucho dinero, no crean. La playa es muy buena, los ricos dicen que paradisíaca. Tienen restaurante, pista de tenis y la única piscina de la comarca. Hacen fiestas en verano, de mucho postín, a las que viene gente de Madrid y de Bélgica.

—¿De Bélgica?

—Sí, el constructor que cogió el proyecto y le dio un empujón es belga, don Leon. Aquello al principio era un cortijo, luego metieron dinero y construyeron cuatro o cinco casas, poco más. Muy bonitas, eso sí. Ahora ya es una señora urbanización. Vienen hasta famosos: Orson Welles estuvo aquí el año pasado, cuando vino a rodar *La isla del tesoro*. En el chalet El Timón.

—Vaya.

—Sí, esa gente vive muy pero que muy bien. Ahora en septiembre la mayoría ya se han ido, pero sí que los hay fijos que viven aquí todo el año. Les resulta muy barato al cambio. Los críos van a la escuela de doña Ángela. El turismo nos trae mucho dinero, pero la cosa se paró mucho con lo de Palomares…

—Lo de las bombas.

—Exacto. Me tocó pasar aquella noche junto a una. Enrollé un trozo del paracaídas que iba enganchado a la misma, como si fuera una almohada, y apoyé la cabeza en la bomba. Me tuve que acercar con mi vespino para poder vigilarla toda la noche, no fuera que algún gamberro hiciera una barbaridad.

—¿Durmió usted pegado a la bomba atómica? —preguntó Alsina, horrorizado.

—¡Claro!

—Y… ¿está usted bien de salud? —quiso saber mirando incrédulo a su ayudante, que parecía muy sorprendido por la imprudencia de aquel hombre.

—¡Como un roble! Mi mujer dice que no sabe qué hacer para quitarme de encima, ya saben… —aclaró el guardia soltando una tremenda risotada.

—Al día siguiente —continuó Gutiérrez—, ya estaban aquí todos los americanos, incluso de Madrid. Y más y más y más. Llegaron barcos, removieron tierras… hasta que encontraron la última bomba.

—La de Paco.

—Esa. Estaba bajo el agua. No crean, metieron mucho dinero en el pueblo, ¡dólares a manta! Movieron tierras de sitio, limpiaron a fondo y lo aseguraron todo. Hasta Fraga vino a bañarse.

—Sí, lo sabemos —dijo Alsina con cierto fastidio.

—Ahora eso ya se va olvidando. Han vuelto los turistas. Por eso el incidente de Durand molestó tanto. Un crimen tan atroz nunca viene bien. Aunque los turistas vienen y van y ni se acuerdan.

—Y Durand…, digo, el del 36, ¿vivía aquí todo el año?

—Sí, desde hace unos ocho años. Llegó con la mujer, no sé si tenían ya a uno de los críos. Se instalaron con una *roulotte* junto a la playa de Puerto Rey. Luego alquilaron la casa.

—¿Está ocupada la vivienda donde se produjo el crimen?

—Sí, no tienen problema para alquilarla porque los extranjeros vienen sin saber nada de lo que pasó allí. Gracias a Dios.

—Ya. ¿Diría que Durand era un tipo taciturno?

—¿Cómo? —preguntó el agente.

—Un *malafollá* —aclaró Sampedro, que esta vez no se ganó ningún reproche de su jefe. El guardia asintió.

—Sí, sí, un poco malaje, no se juntaba con nadie. Era un tío un poco raro. Para mí que bebía.

—¿A qué se dedicaba?

—¿Que a qué se dedicaba? ¡Era rico! Como todos los que viven allí —exclamó Gutiérrez como el que dice una obviedad—. Pero eran raros, eso sí. Los críos no iban al colegio, aunque eran pequeños. Pero no tenían amigos, lo comprobamos cuando ocurrió el suceso.

—¿Y dónde cree que está él?

—No lo sé. No pudimos saber dónde había estado ni la tarde ni la noche de los hechos. No se le vio ni en los bares ni en ningún comercio. No tenemos ni idea de cuándo se escapó.

—Ni si estaba esa noche en la casa…

—Pues no, pero es cosa segura que fue él. Porque, de no ser así, ¿por qué desapareció? —insistió Gutiérrez—. ¿Saben lo que creo? Que los mató, cruzó hacia la playa y se internó en el mar. Allí murió ahogado, y por eso no hemos encontrado su cuerpo. Porque… ¿qué va a hacer un tío así después de degollar a su propia familia, sino matarse?

Sampedro miró a su jefe como diciendo: «¿Ve?».

Terminada la conversación, decidieron irse a dormir. Le dijeron al guardia que al día siguiente irían a comandancia para presentarse ante su superior. También tenían que acudir a ver al alcalde.

La comandancia

Tras desayunar en la pensión, Alsina y Sampedro decidieron acudir a la comandancia de la Guardia Civil.

—¿Va a usted a ir así? —preguntó Ernesto a su jefe, que llevaba un Pulligan amarillo, de cuello redondo, con una camisa de cuadros debajo y pantalones vaqueros Lee acampanados. Se estaba dejando unas gruesas patillas, demasiado a la moda para su edad.

—Sí —repuso Alsina mirando a su subordinado, que vestía camisa blanca, traje negro y corbata fina del mismo color. Los zapatos, acharolados, brillaban en exceso.

—No parece usted un policía.

—No soy un policía, querido. Tú, en cambio, pareces un notario del Opus.

Tras ese intercambio de pareceres, dieron un paseo hasta el cuartelillo.

El comandante Soria resultó ser un tipo campechano, que rondaría los cuarenta y cinco años y que se conservaba bien. Llevaba bigote, cómo no, y desde el primer momento se mostró cordial y muy colaborador. Les ofreció de fumar, Ducados, y no pudieron decir que no.

—Aquel caso fue una locura. Nosotros no hicimos gran cosa, las pesquisas preliminares y poco más. Vinieron unos inspectores de Madrid y estudiaron todo lo que recogimos de casa de los difuntos. Nos hicieron preguntar por el pueblo, lo de siempre. Pero el tal Durand no se relacionaba mucho con la gente de aquí. Y ya saben que, en el momento del crimen, en septiembre, pocos turistas quedaban ya para interrogar.

—¿Y los que residen aquí siempre? —preguntó Alsina.

—Aportaron poca cosa. El marido era un tipo raro, huraño. Bebía demasiado y decía tonterías. Se pasaba el día tirado en el chiringuito de la playa, bebiendo sangría y vino tinto.

—¿Qué clase de tonterías?

—Pues no sé, delirios de borracho, idioteces… No sabría decirle.

—¿Y ese chiringuito?

—En esta época estará a punto de cerrar, si es que no lo han cerrado ya. Aunque los fines de semana hay gente, sí. Es el chiringuito de Maruja y Paco Rifá. Vayan y pregunten.

—Dice que ustedes recogieron las pruebas…

—Sí, claro, las tenemos en el sótano.

—¿Cómo?

—Sí, cuatro o cinco cajas. Los inspectores de Madrid hicieron una gran investigación; lo miraron todo muy minuciosamente.

—Y esas cajas…

—¿Sí?

—¿Qué hay en ellas exactamente?

—Contienen todo lo que este tipo tenía en su despacho, un anexo al garaje. Una leonera, no crea. Era un tipo raro, guardaba muchos papeles, mapas, cosas así. Alguna foto de material bélico: cañones, tanques… Creo que estuvo en la Legión Francesa.

—¿Y no se sabe de qué vivía?

—Aquí muchos de los extranjeros que residen todo el año son rentistas. ¿Ha visto usted a cómo está el franco? Ganan un buen dinero que, al cambio con la peseta, supone una fortuna y viven como marqueses el resto de su vida. Aquí, claro. La mayoría tiene inversiones o alguna pensión. Tampoco se les pregunta mucho por el tema, ¿entiende? Vienen, gastan unos buenos dineros, no dan problemas y encima traen a sus amigos.

—¿Y de la familia? ¿No conservan enseres?

—No, no, eso quedó en la casa y la dueña lo tiró todo. Cambió los muebles e incluso puso parqué.

—¿Está seguro de eso?

—Claro, mi mujer es la corredora que alquila la finca.

—¿Cómo?

Sampedro intervino haciendo una aclaración a su jefe:

—Un corredor es un intermediario que alquila o vende fincas, terrenos o casas, ¿entiende?

—Ya, lo que hace una inmobiliaria.

—Aquí no tenemos de eso —aclaró Soria—. Aunque los constructores que van creando urbanizaciones suelen poner un chalet piloto en el que instalan su oficina de ventas. Hay mucho movimiento por el turismo.

—¿Podría ver la casa? —dijo Alsina.

—Claro, ya lo hablé con mi parienta porque sabía que venían. Pueden ir esta misma mañana. La dueña vive en Madrid y los inquilinos son suecos, no hablan ni papa de español ni de inglés. Ya les digo que la casa está muy cambiada. Los esperan a las once. Disimulen, ojo. Les hemos dicho que son ustedes arquitectos del Gobierno Civil haciendo revisiones. No nos interesa que los suecos salgan por patas de la casa.

—Perfecto. Está usted en todo. Y otra cosa: sobre esos inspectores de Madrid que vinieron a llevar el caso…

—Diga, señor Alsina.

—¿Cuánto diría usted que duró esa investigación?

—Estuvieron en el pueblo por lo menos unas dos semanas.

Alsina y Sampedro se miraron.

—¿Y luego?

—Se volvieron a Madrid. El juez ya había emitido orden de búsqueda y captura por Durand.

—Podría decirse que la conclusión de la investigación de estos señores fue que…

—Estos investigadores del Cuerpo General de Policía, que, según me dijeron, son de lo mejorcito en Madrid, llegaron a la conclusión de que el padre los mató a todos y luego, o se fugó a otro país, o se suicidó.

—¿Y el cuerpo?

—¿Ha visto qué cerca y qué hermoso está el mar, señor Alsina? —preguntó el comandante.

—Me va a resultar difícil hablar con los dos detectives. ¿Sabe sus nombres?

—No lo recuerdo, la verdad.

—Vaya.

—Pero no los necesita en absoluto. Cuando estuvieron aquí me ordenaron ponerles un ayudante, el cabo Ferrández, que estudió mecanografía en una academia de Almería y nos hace todos los atestados. Se sabe el caso de pe a pa. ¿No ve usted que pasó a máquina todos los informes?

—Ya veo. ¿Y podría hablar con él?

—Está de viaje con la mujer, en Mallorca. Aprovechamos la temporada baja para que la plantilla descanse. Pero no tema, vuelve pasado mañana. Le avisaré.

—Y, mientras tanto, ¿podría echar un vistazo a esas cajas?

—Claro. ¿Le acompaño?

—No, luego, ahora quiero acercarme a la casa y echar un vistazo a Puerto Rey, si no le molesta.

—En absoluto. Como le he dicho, los esperan. Lleve usted su investigación como vea. A mí me han ordenado que le dé todo tipo de facilidades. Estoy a su total disposición.

Alsina no pudo evitar la comparación de aquella buena actitud del Régimen con el caso de Durand con los obstáculos y dificultades con que se enfrentó en su investigación en Murcia, en el año 69.

—Luego volveremos a echar un vistazo a las cajas.

—Son inconfundibles —apuntó Soria—; en todas pone «DURAND» con rotulador, y están exactamente donde los americanos las dejaron. No tienen pérdida.

—¿Ha dicho usted, «los americanos»?

—Sí, después de que los inspectores de Madrid se fueran, llegaron ellos, un equipo de diez o doce tíos, altos como templos, fuertes, bien alimentados y rubios. Gente competente. Esos sí que saben hacer bien las cosas. Estuvieron dos días y lo repasaron todo,

fotografiaron hasta el más mínimo detalle y, con las mismas, se fueron.

—¿Recuerda el nombre de alguno de ellos?

—Claro, del jefe, venía recomendadísimo de Madrid, por el propio ministro de la Gobernación nada menos. Se llamaba Epstein.

Alsina y Sampedro intercambiaron una mirada de complicidad. Decidieron ir a por el coche para acercarse a ver la casa de los Durand.

* * * * *

Alsina se sorprendió mucho al llegar a Puerto Rey. Dieron una vuelta con el coche por la urbanización, que le pareció preciosa, y de inmediato indicó a Sampedro que fuera a la playa.

—¿Y la casa? —preguntó el joven

—Luego —sentenció el jefe.

Era un día claro de septiembre, pero no hacía calor. Apenas se veían una o dos sombrillas en aquella enorme playa. Más allá, continuaban las de Playazo y la de Vera. Eran kilómetros y kilómetros de extensiones de blanca arena con el Mediterráneo delante, aseguraban un baño estupendo, no tan frío como el de las playas del norte de España o las de Bretaña, donde él apenas si pudo meter un pie porque sentía que se congelaba.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo Ernesto.

—Sí, el mar sobrecoge… ¿Sabes? Recuerdo una cosa que decía un compañero que tuve en la comisaría de Murcia, Jesús, el Animal. Sus reflexiones eran brutales. Decía que cuando a los ricos les da por hacer algo, es que ese algo es cojonudo. «Nunca verás a un rico dándole a la azada. En cambio, les gustan cosas como el tenis, el golf o los yates».

—No son tontos, no.

—¿Me sigues?

—Pues más bien… no.

—Quiero decir que cuando se vienen aquí a vivir, cuando montan esta urbanización al lado de un pueblo como Vera, no muy rico, en

la última provincia de la ya de por sí olvidada Andalucía, es por algo. Fíjate qué playa y chalets hemos visto, con sus paredes encaladas, sus bignonias, sus buganvillas. Aquí se vive de puta madre, toma nota. Un lugar hermoso y tranquilo al que retirarse.

—O en el que quitarse de en medio.

Alsina se detuvo.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—Repite eso, Sampedro.

—¿El qué?

—Lo que has dicho, ¡joder!

—Que si te quieres quitar de en medio, este es buen lugar. Se vive bien, es paradisíaco y está lejos del mundo.

Alsina señaló a su ayudante con el dedo y asintió como diciendo «tienes razón». Entonces tomó la palabra de nuevo:

—¿Recuerdas? El francés llegó antes de que se construyera todo a esto; vivían en una *roulotte*.

Quedaron en silencio por un momento.

—Como si quisiera ocultarse o huyera de algo, ¿no? —apuntó Sampedro.

Alsina asintió. Entonces, echó un vistazo al chiringuito y dijo:

—Vamos.

Los dos llegaron caminando con dificultad sobre la arena a una pequeña construcción de madera con el techo oscuro, como hecho de hojas de palmera. Dos guiris disfrutaban del desayuno mirando al mar en un día tranquilo, laborable y de finales de septiembre.

Una joven delgada, con pantalones vaqueros cortos, una camiseta descolorida y chanclas de dedo se les acercó:

—¿Qué va a ser?

—Dos cafés y hablar con el encargado —dijo Alsina mirando sus notas—. Maruja o… Paco Rifá.

—Están de vacaciones, ahora solo estoy yo y, en unas horas, el cocinero.

—¿Atiende usted las mesas habitualmente?

Ella asintió.

—Somos policías —dijo Sampedro enseñando su placa—. Estamos intentando aclarar lo de hace dos años. Lo del francés que degolló a la familia.

—René —confirmó ella, circunspecta.

Llevaba el pelo, que tenía muy liso, recogido en una coleta. A Alsina le llamó la atención que llevara dos pendientes en una oreja. ¿Era una *hippy?*

—¿Se llama usted? —preguntó, preparando el boli Bic para tomar nota.

—Mila.

—¿Lo conocía?

—¿Y quién no?

—Tengo entendido que no era muy popular.

Ella sonrió.

—No, no, popular no era. A ver si me explico: se tiraba los días muertos aquí, en esa tumbona. Pedía tinto de verano, uno detrás de otro. A veces vino. Rioja. Se le notaba que tenía pasta. Luego se pasaba al *whisky*. No siempre, pero ahí era cuando se ponía peor.

—¿Solo?

—Sí, venía solo. Pero era problemático. Decía cosas en voz alta; sobre todo, en francés. A veces, asustaba a la clientela. Otras, los parroquianos le reían la gracia y les pagaba las rondas.

—¿Y qué cosas decía?

Ella puso cara como de pensar, haciendo memoria:

—No sé… en francés solía decir: «¡Viva la Legión Francesa!»; también repetía mucho «putos comunistas», pero eso lo decía en español, ¿eh? Y alguna cosa rara.

—¿Cosa rara? ¿Como qué?

—No recuerdo bien.

—Haga memoria, Mila. Esto es importante.

La joven asintió.

—Un día que se puso muy mal tuvieron que llevarlo a su casa entre cuatro porque iba *desmayao*… Ya saben, como un Cristo

yacente. Dijo una cosa antes de perder el conocimiento.

—¿El qué? —dijeron los dos hombres al unísono mirando expectantes a la joven.

—«*J'ai tué Kennedy*».

Alsina y Sampedro se miraron perplejos. El jefe murmuró:

—«Yo maté a Kennedy».

La joven, que ya se había dado la vuelta para ir a la barra, dijo:

—Cosas de borrachos. Voy a por sus cafés.

La casa

No tardaron mucho en llegar a la casa dando un paseo. Definitivamente, a Alsina aquello le pareció un paraíso. Al ver la luz del Mediterráneo y el cielo azul salpicado aquí y allá por alguna que otra pequeña nube blanca y algodonosa, se dio cuenta de lo duro que se le hacía vivir en París. Allí, hasta los atardeceres en primavera eran tristes y él sabía que era por la luz. No es que hubiera poca, sino que esta era como triste, a veces mortecina. La luz del Mediterráneo era otra cosa, y el cielo, siempre azul pálido, precioso.

Les abrió una mujer sueca muy grande, ancha. No era como aquellas que Landa o López Vázquez perseguían en las películas por las playas de Benidorm. Se llamaba Elke o algo así. Se hicieron entender por señas para que comprendiera que iban a echar un vistazo. Como estaba avisada, los dejó entrar muy amablemente y los atendió bien.

La casa era preciosa. Ya la fachada les llamó la atención: blanca, encalada y jalonada por una hermosa enredadera, una hiedra que, saliendo de una fina jardinera que había en el porche, subía por la pared principal llegando hasta un tejado de tejas color rojo, como barnizadas, que brillaban con el sol.

—Parece la casa de quesitos El Caserío —apreció Sampedro.

Como les había informado el comandante de Vera, la casa había cambiado con respecto a las fotografías que había visto Alsina: el salón no se parecía al de la foto del periódico. Habían puesto parqué y la pared del fondo había sido forrada en madera. Alsina miró hacia el lugar donde apareció la mujer. Ahora, ahí había un sofá.

La sueca, con señas, les hizo comprender que les ofrecía café. Rechazaron amablemente la oferta. Tres o cuatro críos, rubios como el trigo, pasaron corriendo junto a ellos en bañador. Aquella gente

no sabía que la temporada de veraneo había terminado. Para ellos la vida eran unas vacaciones constantes, mientras que la gente del pueblo, de Vera, siempre andaba trabajando para servir a estos tipos que se daban la vida padre.

Tras la cocina, por la que Alsina pasó sin prestar mucha atención, vieron en una de las tumbonas exteriores a un sueco que en su época debió ser atlético. Estaba roncando y sin camiseta, con una inmensa barriga cervecera que brillaba como si se la hubieran frotado con Nivea.

Subieron al piso de arriba. Alsina quería sentir aquellas malas vibraciones que persisten en los lugares donde se han cometido hechos horrendos, pero nada de eso quedaba allí. La distribución era distinta. Había un solo baño, muy grande, un dormitorio con literas para los chiquillos y otro de matrimonio. Nada se parecía a las fotos que Alsina había podido repasar en el informe que le entregara Epstein.

—Han reformado la casa de arriba abajo —confirmó Sampedro.

Alsina ladeó la cabeza con fastidio. Sabía que no había mucho más que ver allí.

—Es normal, hijo. Vámonos, que de aquí no vamos a sacar nada en claro.

Se despidieron de la sueca entre parabienes, con gestos amables, enormes sonrisas y cabeceando agradecidos como los japoneses de las pelis. Decidieron acercarse a comandancia a echar un vistazo a las cajas, aunque Alsina suponía que todo lo que podían observar debía estar en la carpeta que ya traían desde Madrid. Le había dedicado media madrugada a leer aquel tocho, pues no podía dormir. Era prolijo y detallado, y contenía fotocopias de todo, fotografías de lo hallado en las cajas, documentos y pasaportes del matrimonio. En cambio, la instrucción oficial del juez y la investigación policial eran exiguas, apenas dos diligencias y una orden de búsqueda y captura. El caso no es que estuviera frío, es que estaba muerto.

* * * * *

Se acercaron a la comandancia y comprobaron que el comandante Soria se había ido a Almería a despachar con la superioridad. Un agente, López, muy amable, les indicó unas escaleras que arrancaban hacia el sótano y les dijo:

—Abajo tienen las cajas; pone «Durand».

Bajaron después de darle las gracias y, tras encender el interruptor, se vieron en una estancia con estanterías metálicas. Ni siquiera habían pintado las paredes y se veían los ladrillos rojizos, algunos veteados de verde por la humedad. Dos solitarias bombillas alumbraban aquel almacén o cajón de sastre donde vieron bicicletas sin ruedas, quincalla, dos inmensos archivadores y muchos cachivaches. Al fondo se veía incluso un ciclomotor medio desmontado por piezas.

—Aquí —señaló Sampedro girándose para agacharse y coger una caja de la estantería. Estaba a nivel del suelo, al entrar a la derecha. En rotulador negro se leía «Durand».

—Vamos.

Subieron y pusieron la caja sobre una mesa en una especie de sala común donde un guardia se comía un bocadillo de atún. La caja estaba precintada. Alsina sacó una pequeña navaja que había rescatado de sus tiempos de policía y se dispuso a abrirla cuando una voz le hizo girarse:

—¿Solo esa? —Era López, el guardia al que Soria había dejado de encargado.

—¿Cómo? —acertó a responder el expolicía.

—Sí, hombre, que hay lo menos siete cajas. El francés tenía el despacho lleno de papeles. Están todas al fondo del almacén a la izquierda, junto a la puerta que da a la caldera. Súbanlas todas, hombre.

Alsina y Sampedro se miraron.

Bajaron donde les había indicado y vieron, en efecto, otras siete cajas, todas rotuladas con el apellido del supuesto asesino. Estaban

todas abiertas. Cuando las subieron y las pusieron junto a la primera, se miraron.

—¿Te das cuenta? —dijo Alsina a Sampedro.

—Sí —respondió el otro.

Miraron a su alrededor. El guardia del bocadillo ojeaba el *Marca;* otros agentes pasaron sin prestar atención, ocupados en sus cosas.

En voz baja, Alsina dijo:

—Me temo que hemos dado con una caja que nadie examinó. Seguía precintada y estaba aparte de las demás.

Sampedro asintió.

Quedaron en silencio. Alsina parecía pensativo. Al final, habló cogiendo la caja en cuestión:

—Te diré lo que haremos: vete al coche y trae tu portafolios y el mío. Voy a abrir esta caja y meteremos su contenido en ellos. Luego lo miraremos, discretamente, en la pensión. No digas nada. Pasaremos la mañana echando un vistazo al contenido de las otras siete, las que ya estaban abiertas. ¿Entendido?

Sampedro asintió y salió a toda prisa a hacer lo que se le decía.

* * * * *

Pasaron el resto de la mañana trabajando en el contenido de las cajas y, para comer, encargaron unos bocadillos que les trajeron de Casa Carmona. Hicieron una breve pausa para dar cuenta de ellos y luego continuaron. No había demasiado material: las diligencias previas de los primeros guardias civiles que llegaron a la casa y las fotografías que se hicieron en aquel momento por parte de un agente de la comandancia que, dicho sea de paso, no era fotógrafo profesional; también pudieron ojear el atestado judicial de levantamiento de los cuerpos y algún material del trabajo hecho por los dos inspectores venidos de Madrid. Eran, sobre todo, entrevistas con vecinos de Puerto Rey o del pueblo de Vera que no aportaban nada nuevo.

—Hay una cosa que me llama la atención… —dijo Alsina.

—¿Sí? —contestó su ayudante, que estaba enfrascado en la lectura de un informe.

—¿No te parece curioso que enviaran a dos tíos de Madrid?

—¿Cómo?

—Sí, que lo lógico sería que los hubieran enviado desde Almería, ¿no?

Sampedro quedó pensándolo por un momento. Asintió.

—Sí, es raro.

—¿Por qué es tan importante este caso? Me llamó mucho la atención. A veces leo *El Caso,* en París; allí nos llega prensa española con algo de retraso. Y veo casos más truculentos que este. ¿Por qué tanto interés? ¿Por qué enviar a alguien de Madrid? ¿Y qué les importa esto a los americanos, que hasta mandaron un equipo?

—Se ha respondido usted con la última frase.

—¿Cómo? No te sigo, hijo.

—Que no me da la sensación de que el caso importe mucho al Régimen. Si se da usted cuenta, la actuación de los dos inspectores no fue demasiado minuciosa. Vinieron, hicieron cuatro preguntas, dictaminaron que era cosa del padre y se fueron. Como especialista en el asunto, y le aseguro que de chupatintas sé un rato, da la sensación de que se intentó cumplir el expediente. Es evidente que los americanos, y ahí reconozco que estoy perdido, son los que verdaderamente tienen interés en esto. Y me da la sensación de que, desde Madrid, se procuró contentar a los yanquis haciendo como que, al menos, se estaba intentando resolver el asunto.

Alsina apoyo la cara en la mano como pensando y asintió.

—Tienes razón, hijo, tienes razón. Buen análisis.

Y, dicho esto, abrió una subcarpeta y se puso a ojear el informe de las autopsias.

* * * * *

Salieron de comandancia a eso de las siete de la tarde. A Alsina le dolía la cabeza y Sampedro dijo que necesitaba estirar las piernas. Decidieron dejar el coche en la puerta del cuartel y volver a la

pensión dando un paseo. Pararon a comprar chicles en una tienda con puertas de madera llamada Los Panchos. Allí había de todo: se vendía la *Pronto*, sobrecitos con pequeños muñecos de hazañas bélicas, pipas, chupachups… Les atendió una joven de apenas dieciocho años.

—Son ustedes los policías, ¿no?

Los dos hombres se miraron y rieron, no sin cierta complicidad.

—Vaya, aquí se sabe todo —dijo Alsina.

La joven sonrió también y contestó:

—Supongo que es lo mismo en todos los pueblos.

Alsina sacó el dinero del monedero para pagar los cinco chicles Cheiw a dos pesetas cada uno y preguntó:

—¿Qué se decía en el pueblo sobre el crimen?

—Que el francés estaba loco, que era un borracho que tenía delirios y que una mala noche degolló a su familia.

—¿Y adónde fue entonces? ¿Tiene la gente alguna teoría?

—Todo el mundo cree que se metió en el mar y se ahogó. A propósito, claro.

Sampedro y Alsina se miraron, hicieron una inclinación de cabeza a modo de despedida y salieron a la calle.

—Me temo que aquí todo el mundo lo tiene clarísimo —dijo el expolicía.

—Menos los americanos, jefe. Porque, si fuera así, no se habrían empleado en traerle a usted desde París.

—Empieza a ser costumbre que tengas razón, Sampedro. —Y sonrió a su compañero.

Una vez en la pensión, dejaron los portafolios en el cuarto de Alsina y cerraron con llave. Julio intentó establecer una conferencia con París, pero, una vez más, la telefonista le dijo que no cogían el teléfono. Rosa seguía enfadada con él. Sampedro hizo otro tanto, pero tuvo más suerte y pudo hablar con su novia. Alsina, al verlo, sintió una mezcla de envidia y pena por él. Gente sencilla que vivía vidas sencillas, poco más. ¿Acaso no era eso a lo que él aspiraba en París?

Salieron a cenar a la Terraza Carmona y luego dieron un paseo. Cuando llegaron a la pensión, todos dormían, así que se sentaron en la gran mesa del comedor principal alumbrados por dos flexos y comenzaron a ojear el contenido de sus portafolios: el contenido de la caja perdida de René Durand.

Allí había muchos papeles, recuerdos y fotografías viejas de aquel tipo. Estas últimas les llamaron la atención: en una se veía al hombre en pleno desierto con el gorro característico de la Legión Francesa; en otra, junto a un grupo de soldados, sin gorra, de verde y, al fondo, un helicóptero.

Alsina tendió la foto a su ayudante:

—¿Dónde dirías que se hizo esta foto?

Sampedro la ojeó, le dio la vuelta por si tenía alguna anotación, y dijo:

—Yo juraría que Durand está con soldados americanos y que eso es Vietnam.

Se miraron el uno al otro, en silencio. Asintieron.

También había mapas con marcas extrañas: uno de Indochina, demasiado ampliado, otro de algún lugar que no supieron identificar, con los nombres en árabe, y un plano de Dallas.

En ese momento Sampedro, dijo:

—Jefe.

—¿Sí?

—¿Usted ha visto los pasaportes?

—Claro, están en comandancia y fotocopiados en el informe de Epstein, a nombre de René Durand e Yvette Ferry.

—Pues aquí hay otro —dijo Ernesto lanzándole un documento.

Alsina cogió la pequeña libreta color oscuro: era un pasaporte francés. Lo abrió. Estaba expedido a nombre de Maxim Bonnet.

—La foto es suya, no hay duda: es Durand —dijo, sorprendido.

—¿Y por qué tenía este tío dos pasaportes?

—Ni idea, pero está claro que se les pasó por alto porque esto estaba en la caja precintada. —Alsina fue pasando páginas, ojeando el documento a fondo, y concluyó—: Fíjate, este tío tiene sellos de

medio mundo: Estados Unidos, Checoslovaquia, India, Vietnam, Indonesia, Chile…

Los dos hombres volvieron a mirarse con cara de preocupación.

—¿No sería un espía? —preguntó Sampedro.

—No, son anotaciones de entrada y salida con sus sellos correspondientes. Fíjate: del año 61, del 62, del 63…

De repente, Alsina quedó parado como una estatua. Sampedro lo miró con curiosidad y le preguntó:

—Jefe, ¿qué pasa?

—El último sello….

—¿Sí?

—Que no está, mira: sale de Estados Unidos y va a Canadá. 23 de noviembre de 1963. Sello de salida de un sitio, sello de entrada de otro, como debe ser. Luego, sale de Canadá el 29 de noviembre…

—Una semana después.

—Pero no hay sello de entrada en España ni en ningún otro país.

—Aquí hay un billete de avión, jefe: 29 de noviembre, voló de Montreal a Madrid. Entró en España. No consta en en el pasaporte, pero... ¿y en el otro?

—Solo tenía una entrada aquí, en enero de 1964. Cuando la familia se vino definitivamente a Vera. Desde entonces no salió de España. Vino de Francia con la mujer, pues ella tiene la misma fecha de entrada.

Volvieron a quedarse callados.

—Creo que esto empieza a parecerme algo gordo, Ernesto, y créeme, conozco sobremanera la sensación.

Durand

Alsina apenas pudo pegar ojo. Tenía muchas cosas rondándole la cabeza: ¿quién era René Durand? Un hombre que había estado en la Legión Francesa. Había visto una foto en la que aparecía, como uno más, con militares americanos. ¿Vietnam? En las fotografías de la caja se veían los tatuajes de sus antebrazos, que a Alsina le recordaban a los que había visto en España en miembros de la Legión. Era evidente que el tipo tenía un pasado como militar y, probablemente, como mercenario.

Aunque, por otra parte, un tipo tan viajado, que había estado en tantos sitios y alguno de ellos en conflicto, bien podía ser de la CIA. Bebía mucho, de manera autodestructiva, como muchos de aquellos que han vivido situaciones difíciles en guerras aquí y allá. Él mismo lo había visto en gente que había estado en la División Azul o en la Legión española. Gente dura, bragada, pero a la que al final su mente les decía basta.

Los mapas, las fotos, su otro pasaporte, todo apuntaba a que Durand era algo más que un simple rentista. Y de ahí el interés de Epstein y de la agencia americana. Quizá fue un exagente que, en su retiro dorado en la costa almeriense, había escapado de su control. De ser así, ¿dónde estaba? Porque si hubiera muerto… ¿para qué querría la CIA averiguar nada? Comenzaba a pensar que el interés de los americanos por que resolviera el asesinato no era tal, sino que lo que realmente buscaban era localizar a Durand. Pero este llevaba dos años desparecido, escondido o, quizá, muerto. Supo que debía andar con tiento; ahora que lo tenía todo de cara, no debía meter la pata.

Pensó en Rosa y su enfado; no conseguía hablar con ella. No le había quedado otra opción, pero eso ni ella ni Joaquín lo sabían.

Por la ventana entraba un aire fresco que mecía la cortina blanca de su habitación. Alsina se arrebujó bajo las sábanas y quedó dormido.

* * * * *

A la mañana siguiente, tras el desayuno, se dirigieron al ayuntamiento. El alcalde, Práxedes Melendreras, resultó ser un hombre mayor, muy delgado, de aspecto ascético y calvo, con fino bigotillo como el de Franco y que pasaría ya los setenta. Una auténtica metáfora del Régimen, que se hacía viejo sin poder impedir que se intuyeran las reformas.

Sorprendentemente, en cuanto los vio entrar, se levantó y fue a saludarles con una energía que no se esperaba en alguien de su edad.

—No han venido ustedes a verme nada más llegar —dijo a modo de reproche.

—Nos va a disculpar usted —terció Alsina—. Era una de las primeras cosas que teníamos previsto hacer, don Práxedes, pero nos liamos con el caso, ya sabe, examinando la casa y las cajas que sacaron de la misma.

—¡Nada, nada! —contestó el otro, conciliador—. Lo primero es lo primero. El caso es prioritario. Me avisó el mismísimo gobernador civil y tengo orden de facilitarles al máximo su labor. ¡Siéntense, por favor!

—Muchas gracias —contestó Alsina.

—¿Están bien hospedados? ¿Bien comidos? ¿Bien servidos?

A Alsina no se le escapaba que, siendo jefe local del Movimiento y, por ende, alcalde, aquel tipo sabía perfectamente dónde se hospedaban y qué comían y cenaban.

—Nos atienden muy bien, gracias.

—Es una pena que no llegaran ustedes la semana pasada: estuvimos de fiestas. Hemos tenido de todo: toros, desfile de modelos, actividades infantiles y actuaciones musicales de relumbrón.

—Sí, nos dijeron que habían actuado Los Puntos en la Terraza Carmona.

—Y Luis Aguilé.

—¡Vaya!

—Hemos tenido de todo y, bueno, debo decir que estoy muy satisfecho. Vera va prosperando. Hemos entregado, incluso, un premio de investigación científica, el Montoro-Betes, con setenta mil pesetas de dotación. Estoy orgulloso, tengo que decirlo. Pero ustedes están aquí por lo suyo… ¿Hay algo que pueda hacer por ayudarles? —quiso saber aquel preboste entrecruzando las manos.

—Tenemos toda la documentación sobre el caso, así que no necesitamos gran cosa. Parece que el tal Durand no se relacionaba mucho con la gente del pueblo.

—Verá, señor Alsina, es lo normal. Puerto Rey es un lugar magnífico, impulsado por don Leon como un lugar de descanso para gente de posibles. Ni siquiera las familias más pudientes del pueblo podrían comprarse allí una casa. Aquí no se vive mal, la gente no pasa hambre, eso es cosa de otra época. Y las casas han ido mejorando los últimos años, pero no tienen para lujos. Los veraneantes nos vienen muy bien, ¿saben? Gastan mucho y eso beneficia al pueblo. Pero la cosa no pasa más allá de que algunas mujeres limpien en sus casas o de que algunos hombres hagan chapuzas o trabajen de jardineros para esos ricos. Compran en los ultramarinos; bueno, ellos no, sus criadas, y comen en el restaurante, en el chiringuito…

—Una inyección de dinero.

—Así es. ¿Sabe? Yo tengo una teoría.

—¿Sí?

—Durante décadas se habló mal del Régimen del Generalísimo. Al principio vinieron hasta los maquis, ya saben, por los Pirineos. Pensaban que lo iban a desalojar. Hubo embargos internacionales, presiones de todo tipo, y nada. Conozco muy bien al tío Paco, y le puedo asegurar que es un roble, inamovible en la lucha contra el comunismo…

Sampedro y Alsina se miraron con complicidad.

—Pero hay algo que está cambiando las cosas, y no son las ideologías, ni las presiones internacionales, ni nada de eso. ¿Saben qué es?

Alsina negó con la cabeza.

—¡El turismo!

—¿Cómo?

—Como lo oyen. Si cuentan que he dicho esto lo negaré, claramente, pero apenas hace quince años nos comíamos los mocos. Éramos un país pobre de solemnidad, con una economía autárquica que daba para lo que daba. Pero por eso mismo es muy barato venir aquí: la peseta está floja. Y tenemos sol, y buenas playas, algo que atrae a los ingleses, alemanes o suecos como la miel a las moscas. Empezaron a venir y a dejarse el dinero a raudales. Ese, y no otro, es el verdadero «milagro económico».

—¿Y los emigrantes?

—Ahí tiene usted razón, Alsina: hay más de un millón de españoles trabajando en Suiza, Francia o Alemania, y las divisas que envían nos salvaron el pellejo, es cierto. Pero el turismo, aaaaay, el turismo ha sido mano de santo. ¿Cómo creen que hemos conseguido comenzar las obras del alcantarillado y el abastecimiento de agua? Vera ha crecido mucho y necesitamos unas instalaciones de primera para dar un buen servicio a los que vienen de fuera. Tenemos aprobado un parque infantil y vamos a construir ochenta viviendas sociales para acabar con uno de los problemas que más me preocupan: el chabolismo. Y todo este despegue en la provincia de Almería es por el turismo, no se equivoquen. Ha venido Dios a vernos a todos los españoles. —Entonces, como el que hace una confidencia, bajó el tono de voz y añadió—: Pero ¿saben? Hay algo que se les ha escapado a los gerifaltes del Régimen en Madrid, y es que el contacto con esos extranjeros ha sido como un germen. Sus bikinis, la laxitud en las costumbres, la forma en que se comportan, con entera libertad. La gente ha ido acostumbrándose a eso o, al menos, a verlo, y es imposible poner puertas al campo. La gente

quiere vivir como ellos. España es ya la décima potencia industrial del mundo y somos el ojito derecho de los americanos en Europa. Franco, el hombre, está ya medio gagá. El cambio es imparable.

—Vaya, me sorprende —dijo Alsina.

—Oírme hablar así, ¿no?

—En efecto.

—Mire, amigo, aquí donde me ve, soy empresario. Tengo una fábrica de gomas que heredé de mi padre.

—¿De gomas?

—Sí, coño, de gomas, de esas que usa usted para sujetar un manojo de fichas, ¿me sigue? Todo viene de mi abuelo, que volvió de Brasil habiendo triunfado en la industria del caucho. Anda que no he oído yo veces en mi casa hablar de que un árbol, el *Hevea brasiliensis:* lo hizo rico. Luego fuimos evolucionando a algo más doméstico y ahora vendemos a multitud de organismos y ministerios. Esto va a cambiar, se nota, está en el aire. Y cuando cambie, les aseguro que quiero seguir vendiendo a la administración, sea la que sea. Y que mis tres hijos puedan seguir con ello. Y todo apunta a que, tras la muerte de Franco, vendrá la democracia.

Alsina y Sampedro se miraron. Era obvio que el hombre tenía las cosas claras y que lo que contaba sonaba muy razonable, pero ellos estaban allí por otro asunto. Así que el expolicía intentó redirigir la conversación en la dirección que le interesaba:

—¿Sabe usted algo importante de Durand? ¿Algo que llame la atención?

—Como le he dicho, no. Yo lo conocía de vista porque los residentes permanentes de Puerto Rey son pocos, pero, insisto, no se relacionan con nosotros. Iba *mamao* muchas veces y parecía un tipo, no sé…, inquietante. Pero, por lo demás, poco puedo decirle.

—¿Y su mujer?

—Muy amable; sonreía a todo el mundo en la tienda y siempre iba con los chiquillos, pero, fíjese, con la de años que llevaban aquí y no hablaba ni papa de español. Insisto, ellos van a lo suyo. Y casi

que mejor así. El tipo degolló a su familia y se tiró al mar, poco más van a averiguar.

Los tres hombres quedaron en silencio, sin saber qué decirse, así que el alcalde, dando la entrevista por terminada, decidió despedirlos, no sin antes volver a ponerse a su disposición y rogarles que le contaran cómo iban sus avances en el caso.

* * * * *

Aquella misma mañana ocurrió algo que hizo que la mente de Alsina intuyera que había una posibilidad de encontrar un buen hilo del qué tirar. Buscando en las dos cajas que les quedaban por examinar, encontró una cosa que le llamó la atención.

—¡Vaya! —exclamó de pronto.

—¿Qué pasa? —preguntó Sampedro.

—Mira —dijo el expolicía tendiéndole algo—. Estaba en esta caja que dice: «Cajones mesa despacho Durand».

Ambos habían visto fotografías del despacho del supuesto asesino, un espacio con las paredes enteramente tapizadas con fotografías y mapas. Parecía el espacio privado de un tipo obsesivo, casi un loco. Quizá un exmilitar que revivía viejas aventuras.

Sampedro tomó el pequeño estuche metálico y lo abrió. Era alargado, de latón y de brillo plateado, y en su interior contenía una jeringa de cristal y varias agujas hipodérmicas.

—Sí, lo veo, ¿y? Los practicantes las usan. Se colocan en un cazo con agua hirviendo y se esterilizan.

—¿No te dice nada, hijo?

—Pues que este hombre sabía poner inyecciones. Mi tío Julián sabe y te ahorras ir al practicante.

—¿Y si va unido a esto? —planteó Alsina extrayendo una goma larga, gruesa y redonda de la misma caja.

—No le sigo.

—Durand era un toxicómano. Para eso es la goma, para apretar el antebrazo y ver bien las venas.

—¿Drogadicto?

—Sí, por eso la gente lo veía tan perjudicado. No era alcohólico o, al menos, no solo era alcohólico.

—¿Y esto?

—Esto, querido, es un buen hilo del que tirar. No sabemos qué consumía; bien puede ser morfina, heroína o una sustancia de uso habitual en gente de mucho dinero: la cocaína.

—¿Cocaína?

—Sí, Sampedro; tú has leído las aventuras de Sherlock Holmes…

—Pues claro.

—Pues entonces esto no debería sorprenderte tanto: sabes que Holmes se inyectaba cocaína. Ahora tenemos que averiguar de dónde sacaba este tipo la droga. Su proveedor, que no debe de andar muy lejos, podrá contarnos muchas cosas sobre él.

Ferrández

Al día siguiente, al fin pudieron hablar con Ferrández, el cabo de la Guardia Civil que estaba de viaje en Mallorca con su mujer. Resultó ser un tipo afable, con buen aspecto, en torno a los cuarenta y con el pelo y la barba enteramente blancos. Tenía los ojos muy azules. Era madrileño, de Chamberí, y llevaba diez años en Vera. Al parecer, esperaba conseguir el traslado en breve.

—Siento no haberlos podido atender antes, pero había prometido a mi señora llevarla a las cuevas del Drach, y si no llego a hacerlo no quiero ni pensar en las consecuencias.

Los tres rieron la ocurrencia.

—Las promesas hay que cumplirlas, y más a los hijos o a la mujer —contestó Alsina recordando que Rosa ni le hablaba.

Estaban en la comandancia, en un pequeño despacho que había junto a la entrada, donde se tomaba declaración a los denunciantes.

—Ustedes dirán —dijo Jerónimo Ferrández.

Alsina, que había sacado una pequeña libreta para tomar notas, dijo:

—Usted hizo, digámoslo así, de mecanógrafo para los dos inspectores que vinieron de Madrid.

—Más o menos —repuso el otro riéndose.

—Así que se sabe usted el sumario como nadie.

—Podría decirse que así es. Casi todos los papeles sobre el caso pasaron por mis manos. Y no mentiría si digo que siempre he tenido buena memoria, desde niño.

—¿Hay algo del caso que llamara su atención?

Ferrández negó con la cabeza:

—Me temo que es tan simple como parece: un tipo grillado, borrachuzo y amargado que degüella a su familia. Es de locos, pero

a veces pasan esas cosas. El mundo no es un lugar perfecto y es impredecible que a uno de estos tipos le salte el resorte en la cabeza en un momento dado.

—¿Cree que se internó en el mar?

—Dadas las circunstancias, sí. Ya sabrán que no pudieron encontrar su cuerpo.

Alsina pensó en los dos pasaportes y en la posibilidad de que bien pudiera tener un tercero y haber salido de España.

—Quería preguntarle por la mujer, Yvette Ferry.

—Sí, así se llamaba la pobre.

—¿Qué averiguaron sobre ella?

—¿Cómo? No le entiendo.

—Sí, los dos inspectores de Madrid, algo indagarían…

—¿Sobre la mujer?

—Sí.

—Pues nada, ¿qué iban a investigar? Era la víctima. La degollaron y punto.

Alsina miró a Sampedro con cara de pocos amigos. Entonces se dirigió al cabo de nuevo:

—¿No se hizo ningún tipo de indagación sobre la víctima? ¿Ni quién era, ni si había estudiado o no, ni sobre su matrimonio con Durand? ¿Es eso lo que me está diciendo, Ferrández?

—Sí, eso mismo. No se investigó nada. ¿Para qué? Si ya estaba muerta, el que interesaba era el otro, el marido, el presunto asesino. De todas maneras, por ahí están las señas de la familia. Vino un hermano de ella a hacerse cargo de los cuerpos. Los repatriaron. Era de París. La familia, digo.

—¿Podría darme la dirección?

—Claro, ahora se la busco.

Quedaron en silencio por unos momentos.

—Hay otra cosa que querría preguntarle… —empezó a decir Alsina.

—Usted dirá.

—Este Durand, ¿podría ser drogadicto?

—¿Cómo?

—Sí, morfinómano o consumidor de algún tipo de opiáceo.

—No me consta.

—Sí, pero… ¿podría ser?

Jerónimo Ferrández hizo una pausa, como pensándoselo, y entonces dijo:

—Vamos a ver, sabemos que viene mucha genta de posibles a Puerto Rey y viven a todo trapo. Hacen unas fiestas espectaculares, en los chalets privados y en el propio restaurante. Ya saben, mucho lujo, gente elegante del mundo del espectáculo y la cultura. Viven a lo grande. Nosotros tenemos instrucciones de no molestar salvo que la cosa se vaya de madre o peligre la integridad de algún ciudadano, pero nos consta que algunos fuman droga, sí, marihuana, ya saben, y que hay fiestas en las que consumen cosas, mayormente cocaína. No es una droga muy común en España, pero sé de buena tinta que en las altas esferas hay quien la consume para ponerse a tono. La esnifan, por la nariz.

Alsina y Sampedro se miraron. El expolicía continuó preguntando:

—Y dígame, Ferrández, en el caso de que alguien quisiera comprar…, no sé…, marihuana, cocaína o, incluso, LSD, en este pueblo, ¿a quién recurriría?

Ferrández volvió a poner cara de pensárselo:

—Hay un tipo, Isidro, el Calorro. Lo hemos trincado varias veces por ese asunto. Pero maneja poca cosa: algo de hachís y poco más. No creo que sepa ni lo que es la cocaína…

—¿El Calorro? —interrumpió Sampedro. Ferrández sonrió divertido:

—Sí, sí, es el apodo. Ya saben que en los pueblos todo el mundo tiene uno. Suelen ser adjudicados a las familias. Pero Isidro es payo, no gitano. Lleva el pelo largo, así, por detrás, y se dedica a lo que puede; al trapicheo, a mover quincalla robada, cosas pequeñas.

—Ya —repuso Alsina—. Y en el caso de que quisiera hablar con él, ¿adónde debería dirigirme?

—Hay unas casas cueva subiendo al cerro del Espíritu Santo…

—El alcalde nos habló del tema: van a hacer unas viviendas sociales para acabar con el chabolismo.

—Exacto. Si quieren, los acompaño.

—No, no hace falta —dijo Alsina alzando la mano derecha.

—Aunque no termino de entender su interés en Isidro —replicó Ferrández—. Aun suponiendo que Durand consumiera drogas, ¿qué tiene eso que ver con el crimen? Es culpable.

—¿Está usted convencido, realmente, de que fue él?

—Claro, lo veo claro, y el desencadenante fue el telegrama. Al menos, yo lo veo así.

—Espere, Jerónimo. ¿El telegrama? ¿Qué telegrama? —repuso Alsina confundido.

* * * * *

Jerónimo Ferrández se levantó y dijo:

—Ahora vuelvo.

Salió del cuarto a toda prisa y reapareció en un momento con una carpeta de cartulina, de la que extrajo una fotocopia.

—El original debe de andar en las cajas —aclaró—. Luego echaremos un vistazo de todas maneras. Si no lo han visto es que estará en medio de dos papeles o en el fondo de una de ellas. Miren.

Sampedro y Alsina acercaron las cabezas y echaron un vistazo al papel que les tendía Ferrández. Era, en efecto, un telegrama y el texto era muy simple, decía: «Rosco White muerto. Cuidado».

Se miraron sin saber muy bien qué decir.

—Miren quién lo firma.

—«John Doe» —dijo Alsina.

—Los dos inspectores que vinieron de Madrid consultaron con un profesor de inglés de Almería, significa «Juan Nadie».

—Vaya, parece que un amigo, o un conocido, anónimo, le avisó de un peligro.

—Y yo creo que fue el desencadenante de la tragedia —repitió Ferrández.

—¿Por qué lo cree?

—Mire, los dos inspectores que vinieron dijeron que igual el tipo había estado metido en asuntos turbios en el pasado y por eso se vino a vivir aquí con la mujer, a una *roulotte,* cuando aquí no había nada construido apenas: a ocultarse. Así que no le dieron mucha importancia al telegrama.

—Pues claro. ¿No puede ser un asunto de venganza? Igual anduvo en tratos con la mafia marsellesa, la de Chicago… —apuntó Julio Alsina.

—Ellos tenían muy claro que había sido él. El caso es que como no le dieron importancia a lo del telegrama, hice gestiones por mi cuenta.

—Es usted un buen agente, Ferrández, tiene instinto.

—Me fui a hablar con el cartero que hace el reparto en Puerto Rey, Venancio. Porque, ya les digo, no me quedé convencido. Sé que igual soy demasiado testarudo, pero quería asegurarme.

—¿Y?

—Me confirmó que cuando entregó el telegrama al francés, esperó por si había respuesta. Durand lo abrió, y dice que, al leerlo, se puso blanco, lívido, que le pareció que hasta estuvo a punto de desmayarse.

—Vaya —dijo Alsina mirando a Sampedro.

—Hay más.

—¿Sí?

—¿Saben qué día recibió el telegrama?

—No, ¿cuándo?

—La mañana del día de autos.

Alsina y Sampedro volvieron a mirarse. Estaba claro que aquello debía guardar relación. Porque, de otra manera, hubiera sido mucha casualidad.

Quedaron en silencio por unos momentos y entonces Alsina tomó la palabra:

—Según he leído, los investigadores no lograron ubicar muy bien a Durand el día de los asesinatos, nadie lo vio por el pueblo. Estuvo como perdido.

—Pues si hubieran preguntado a Venancio sabrían que a mediodía estaba en su casa. Me temo que no salió de allí en todo el día.

—Pero eso no consta en el informe.

—No. Fue una gestión mía, particular. Yo se lo dije, lo del telegrama, y no le dieron importancia. Y donde hay patrón, no manda marinero.

Alsina se palmeó los muslos y dio la entrevista por terminada:

—Muchas gracias Jerónimo, nos ha sido usted de gran ayuda.

Y dicho esto, el expolicía y Sampedro salieron del cuarto entre satisfechos e intrigados.

El Calorro

Comieron en la Terraza Carmona y decidieron descansar un rato. Sampedro decía que necesitaba una siesta para «pensar mejor», así que acordaron reunirse en la habitación de Alsina a las cinco de la tarde para poner en común lo que habían ido averiguando.

Julio no pudo dormir, estaba preocupado por el asunto de Rosa. Además, necesitaba que su mujer se entrevistara con los familiares de Yvette Ferry en París por si averiguaban algo sobre la víctima y su relación con Durand. Lo veía difícil. Tras pedir permiso a la patrona, bajo promesa de que le abonaría el importe de la misma, intentó poner una conferencia desde el teléfono que había en el pasillo. Pero, una vez más, nadie contestó. Escuchó roncar a Sampedro cuando pasó junto a su habitación, así que se tumbó en su cama y ojeó la prensa.

Vera estaba muy relacionada con Águilas, una localidad de Murcia, por lo que allí llegaba el diario murciano *La Verdad.* Aunque Alsina había intentado no mirarlo para no recordar su pasado, al final la curiosidad pudo más y acabó leyéndolo. Después hizo lo propio con *La Voz de Almería* y con el *ABC*. En París ojeaba prensa española siempre que podía, pero le llegaba con retraso. Allí, sobre el terreno, y pudiendo leer la prensa local, era posible hacerse una idea más aproximada de cómo iba el Régimen de Franco; de si el fin era inminente, como decían algunos, o de si tenían dictadura para rato, como afirmaban otros. La prensa no parecía haber cambiado mucho, se notaba la censura y, sobre todo, la autocensura. Alsina leyó una noticia que afirmaba que las autoridades españolas aseguraban que el conflicto pesquero hispano-marroquí quedaría resuelto antes de diciembre. A Alsina le agradaba leer noticias como aquella, que le mostraban que no todo era miel sobre hojuelas para el dictador.

Pese a los pequeños síntomas de apertura y la mejora económica que suponía el turismo, comprobó que el Régimen seguía siendo el Régimen, pues todos los periódicos se deshacían en elogios con el dictador ante la conmemoración, con un tedeum, del Día del Caudillo. Era el trigésimo séptimo aniversario del nombramiento de Franco como jefe de Estado. Vaya desastre. Leer la prensa franquista era un ejercicio de cintura política por parte del ciudadano, quien debía saber cómo esquivar la propaganda y discernir el grano de la paja para hacerse una idea de lo que pasaba en realidad. Un buen ejemplo era el golpe de Estado en Chile, evento al que la prensa española llamaba «pronunciamiento militar». Pero si leías entre líneas, se hacía evidente que las cosas estaban mal en el país sudamericano para la gente de izquierdas. Le llamó la atención que dos jóvenes españoles que habían sido liberados del estadio de Santiago, donde estuvieron presos unas horas, se habían casado con sus novias chilenas antes de tener que abandonar el país. Ellas habían quedado detenidas. Él se imaginó, con tristeza, el final de la historia. Iba a morir mucha gente allí. Entonces llamaron a la puerta. Era Sampedro. Era momento de poner cosas en común y de avanzar en el caso.

* * * * *

Alsina estaba sentado en el borde de la cama con un cuaderno amarillo en el regazo para ir tomando notas. Sampedro, frente a él, con su sempiterna agenda de tapas color azul, aguardaba a que su jefe empezara a hablar bolígrafo en ristre.

Julio comenzó a reflexionar en voz alta:

—Vayamos por partes. En primer lugar, iremos sentando las bases de lo que sabemos seguro, aquellas cosas que nos parecen evidentes y que no tienen discusión posible, verdades absolutas, ¿de acuerdo?

—Vamos allá, jefe.

—Está claro que René Durand estuvo en la Legión Francesa y, por las fotografías que hemos visto, mapas, etcétera, que tenía en su

despacho, creo que es muy probable que ejerciera como mercenario en una época de su vida.

—Yo también lo creo.

—Ahora, me queda la duda de si pudo trabajar para alguna agencia de inteligencia, porque entró en España con un pasaporte falso. Hay un billete de avión y su propio pasaporte, que apuntan a que vino de Montreal, pero no consta que entrara en España. Al menos, oficialmente. Pasó a Francia con su pasaporte oficial, el de Durand, y luego volvió con su mujer a instalarse en Vera. Siguiendo las entradas y salidas del pasaporte, podemos reconstruir el recorrido y su estancia aquí. Durante muchos años vivió de las rentas, luego sospecho: uno, que quizá trabajara para la CIA u otra agencia; dos, que debió ganar una gran cantidad de dinero; y tres, que quizá vino a un lugar perdido como es este para ocultarse de alguien.

Sampedro arqueó las cejas y dijo:

—Jefe, veo claro las dos últimas: que tenía mucha pasta y que se vino a un lugar, cuando menos, discreto. Ahora, lo de que fuera un espía no es seguro; bien pudieron dejarle entrar sin sellarle el pasaporte por haber prestado algún tipo de servicio al Gobierno español; no sé, en Guinea o donde fuera.

—Puede ser. Seguimos. Como muchos excombatientes, el tipo bebía mucho, hasta quedar inconsciente, y hasta deliraba y decía tonterías.

—Les pasa a muchos al volver de la guerra. Mi padre, siendo apenas un crío, estuvo en la División Azul, y conozco algunos excompañeros suyos que quedaron realmente mal de la chaveta por lo que vieron.

—Una cosa más: sospechamos que era drogadicto.

—Pero no lo sabemos seguro.

—Tienes razón. Recibió un telegrama sobre la muerte de un amigo que le impresionó, y ese mismo día se produjeron los asesinatos.

—Correcto. Quizá pensó que venían a por él, se emborrachó y despachó a la familia para luego quitarse la vida.

—¿Y el cuerpo?

—¿No ha oído usted a esta gente? Se tiró al mar, nadaría hasta ahogarse.

Alsina quedó pensativo. Sampedro, expectante, aguardó a que hablara:

—¿Sabes, Ernesto? Por más que intento convencerme no termino de ver en mi mente a Durand muerto. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque los americanos, y más concretamente la CIA, me han encargado que investigue el caso. Y usemos la lógica: si lo creyeran muerto, ¿estaríamos aquí?

—Me temo que no, jefe.

* * * * *

Cenaron en la pensión: un consomé que le salió muy bueno a doña Angustias y unos filetes empanados. Cuando Alsina se iba a acostar, recibió una llamada de Madrid. Era Epstein. Quería interesarse por la investigación, saber si había avances en el caso. Pero Alsina no quería desvelar todas sus cartas: había un algo, un no sé qué que le impulsó a no contarlo todo. Nada le dijo del pasaporte extra, aunque sí del telegrama porque supuso que Ferrández lo habría comentado con más gente. De sus sospechas sobre que Durand podía ser toxicómano tampoco dijo nada, ni de las gestiones que pensaba llevar a cabo con el Calorro. Insistió a Epstein en la necesidad de investigar sobre Yvette Ferry, a lo que el otro dijo:

—¿Para qué? Está muerta, los muertos no hablan.

—No, no me entiende —aclaró Alsina—. Es un error común poner el foco solo en el asesino. A veces, la clave de la resolución del caso está en la víctima. Las víctimas nos pueden dar más información de lo que pensamos sobre su propio verdugo.

—Tiene sentido eso que dice, ¿ve? Por eso me empeñé en que trabajara para nosotros, es usted realmente bueno, Alsina. ¿Cómo lo

va a hacer?

—Tengo las señas de un hermano de Yvette en París. He llamado a mi esposa, pero no me coge el teléfono.

—Vaya, ¿problemas en el paraíso?

—A Rosa no le hizo gracia que aceptara el caso. Es simplemente eso.

—Ya.

—Mañana por la mañana voy a telegrafiar a mi amigo Ruiz Funes a su trabajo. No quiero llamarlo allí porque son muy estrictos, pero le pediré que me diga un número y una hora para llamarle; él en casa no tiene teléfono. Intentaré que me haga la gestión. A ver qué averiguamos.

—De acuerdo, Alsina, manténgame informado. Buen trabajo. Seguiremos en contacto.

Un clic al otro lado de la línea le hizo saber que el americano había colgado. Alsina decidió irse a la cama, aunque, como no tenía sueño, volvió a repasar los informes de las autopsias.

* * * * *

Al día siguiente se levantó de buena mañana y fue a poner un telegrama. Pidió un café en un bar de la plaza del Generalísimo y echó un vistazo a la prensa. Cerró el periódico de mal humor: una legación comercial rusa y otra china se hallaban en Madrid. ¿Cómo lo hacía Franco? ¿Cómo era posible que aquel dictador fuera capaz de ser el ojito derecho de los americanos y llevarse bien con rusos y chinos? A ese paso, el Régimen iba a durar más de mil años. Tenía que reconocer que el dictador sabía nadar entre dos aguas.

Se acercó a la pensión a recoger a Sampedro y decidieron acudir en busca del Calorro. La casa que les habían indicado estaba de camino al cerro del Espíritu Santo, que era la zona más deprimida del pueblo. Allí se encontraron con una serie de viviendas de aspecto muy pobre. Las puertas de entrada eran muy bajas, y el techo sobresalía por encima de ellas casi una altura. Estaban todas situadas en línea, formando como una especie de rectángulo.

Algunas aparecían pintadas de blanco y otras tenían el cemento a la vista, extendido sobre unos muros que parecían de adobe. Se respiraba miseria. Alsina recordó la conversación con el alcalde y su intención de acabar con el chabolismo.

Había un carro junto a una de las puertas, como abandonado. Pensó en Manolo Escobar, lo señaló y miró a Sampedro. Este sonrío porque imaginó el chiste.

En una de las casas había una niña en la puerta, le preguntaron por el Calorro y esta señaló una casa dos viviendas más allá.

Se acercaron hasta allí y, descorriendo un poco una manta que cubría la entrada, Alsina saludó:

—¿Hola?

Olía a lumbre, como en las casas de antaño. Apareció una mujer muy joven, casi una cría, despeinada y con un niño en brazos.

—Buscamos a Isidro.

—No sé quién es.

—Me dicen que vive aquí.

—No lo conozco.

Sampedro y Alsina se miraron.

Sorprendentemente, Ernesto sacó su placa y dijo con un tono más que severo:

—Pues te vienes detenida a la comandancia.

—¿Cómo?

—Por obstrucción a la justica. Deja al zagal, que nos vamos.

La chica comenzó a asustarse:

—No, no, espere. Este es su hijo.

—¿El de Isidro? —preguntó Alsina. La joven asintió.

—¿Eres su mujer?

—Soy su hembra, sí.

Alsina pensó que no tendría más de quince años y ya llevaba encima un peso en la vida que acabaría por machacarla.

—Tenemos que hablar con él. No es nada malo, no queremos detenerle, solo hacerle unas preguntas.

Ella puso cara de pensárselo.

—¿Cómo los puede localizar? Son ustedes forasteros.

Alsina pensó que, si le decían que los buscara en la comandancia, el Calorro no aparecería.

—En la pensión de doña Angustias, que pregunte por Alsina. Me corre prisa, ¿entendido?

—En cuanto vuelva, le doy el recado. Irá.

—Si no hablo con él, vendré con los civiles, ¿entendido? Y esos no se andan con chiquitas.

Alsina leyó el miedo en la cara de la joven:

—No, no. Irá, no se preocupe.

—Muchas gracias —respondió Alsina dándose la vuelta.

La joven carraspeó como intentando llamar su atención. Se giraron y ella les mostró al niño que, sorprendentemente tenía unos preciosos ojos azules. Entonces, dijo:

—Ayer no comió, no tengo para leche.

Alsina se metió la mano en el bolsillo y le dio doscientas pesetas.

Autopsia

Volvieron a la comandancia dando un paseo. No tenían prisa y hacía buena mañana. Alsina parecía pensativo.

—¿Pasa algo, jefe? —preguntó Sampedro.

Julio ladeó la cabeza, como cariacontecido, y resopló. Entonces, habló:

—¿Sabes? Hay una cosa que me ayudaba mucho en los casos y es ir releyendo el sumario y tomando notas. Cuando no veo el camino, vuelvo a leerlo y a tomar notas de nuevo. Una vez, y otra, y otra. Y al final, en ocasiones, ves un detalle, un hilo que se te había escapado. Anoche, como sabía que no iba a poder dormir, repasé las autopsias.

—No habrá mucho que ver, degollados los tres.

—En efecto, así es, pero había algo que me chirriaba… Algo que no me cuadraba.

Sampedro se paró y miró a su jefe, como pidiendo explicaciones:

—¿El qué?

—Puede ser una tontería, te advierto.

—Dígame, jefe: hay que repasar todas las posibilidades.

—Es que puede ser un error; igual el forense al escribir las conclusiones se equivocó o las hicieron forenses distintos. O se equivocó una administrativa que mecanografió las notas de los facultativos.

—Las tres autopsias están firmadas por el mismo forense, Juan Gomariz.

Alsina asintió. Sampedro era minucioso y se estudiaba las cosas. Le gustaba. No perdía detalle. Entonces, el joven, muy interesado, volvió a preguntar:

—¿De qué se trata, jefe?

—En la descripción de las heridas fatales se dice, y cito textualmente: «Herida llevada a cabo con cuchillo de dientes de sierra, tipo machete, que arranca de izquierda a derecha».

—¿Y?

—Que eso se dice en las autopsias de la madre y la niña.

—¿Y?

—En la del niño dice que el corte va de derecha a izquierda.

Sampedro se puso las manos en la boca, como sorprendido.

—Pero… don Julio, eso es serio.

—Podría serlo. Quizá deberíamos ir a Almería a hablar con el forense. Por si es un error de transcripción.

—Pero de ser así…

—A la madre y a la niña las mató un diestro y al crío, un zurdo, sí.

—Eso exculparía a Durand.

—Sí y no. Pero cada vez estoy más convencido de que él no fue. Confirmar esta sospecha aseguraría la participación de, al menos, dos personas. Pero no digas nada. Seamos prudentes, Ernesto.

* * * * *

Aquella misma mañana, Alsina recibió contestación de Ruiz Funes. Le daba el teléfono de un vecino y le decía que llamara a las cinco de la tarde. Al menos, una buena noticia de casa.

Telefoneó a los juzgados de Almería y le pasaron directamente con la extensión del forense, Juan Gomariz.

El hombre recordaba perfectamente el caso y, dado lo delicado del asunto, entendió que Alsina quisiera hablar con él personalmente. El expolicía, simplemente, adujo que «tenía unas dudas sobre ciertos términos científicos». Quedaron en verse.

Sampedro y Alsina, además, buscaron y buscaron en las cajas el famoso telegrama al que hizo alusión Ferrández, pero no hallaron nada. ¿Casualidad? ¿O alguien lo había hecho desaparecer?

Almorzaron un par de bocadillos de atún y Alsina leyó una noticia que desconocía: Fraga dejaba de ser ministro y había sido nombrado embajador en Londres. En una cena de despedida, la prensa afecta

reflejaba que «se había despedido sin declaraciones asombrosas ni manifestaciones espectaculares».

—Eso quiere decir que se ha ido sin hacer ruido y no ha contado cosas que perjudicarían al Régimen —aclaró Sampedro cuando Alsina le preguntó. Al expolicía le pareció una mala noticia:

—Pero Fraga… podría considerarse del sector renovador, ¿no?

—En efecto, hay un grupo, muy nutrido, de gente del Movimiento que entiende que tenemos que evolucionar a una democracia cuando Franco muera. Hay gente muy preparada ahí, como Torcuato Fernández Miranda.

—Y no lo tendrán fácil…

—Pues no. Recuerde usted, don Julio, que el presidente es nada menos que Carrero Blanco, que estuvo con el Caudillo desde los primeros días de la guerra y que es, por así decirlo, el guardián de las esencias. Es del Opus Dei y, si bien han tenido una visión moderna a la hora de reconvertir a España con sus tecnócratas, hay sectores que no imaginan otro tipo de Régimen. Se dice en los mentideros de Madrid que quiere suceder a Franco, algo así como un franquismo, pero con Carrero.

—Pero Franco nombró sucesor a Juan Carlos, el príncipe.

—Eso está por ver.

Alsina no dejaba de sorprenderse con aquel chaval; su ayudante era un tipo preparado y muy bien informado, pese a su edad. Tenía inquietudes y eso era siempre bueno. Y conocía perfectamente los entresijos del Régimen.

—¿Y tu padre?

Sampedro esbozó una sonrisa:

—Es buen hombre. Le quiero mucho, es mi padre. Pero es como el Movimiento: alguien mayor, lento y resistente al cambio. Como un gran dinosaurio que se extingue y no lo sabe. Mi padre es un camisa vieja, uno de «los del búnker», que usted conoce bien, por desgracia. Su mundo se acaba y él no lo quiere ver.

—Vaya. —Alsina no sabía si sentirse esperanzado o triste por el futuro de su país. Decidió que era mejor que siguieran revisando

papeles.

* * * * *

A las cinco de la tarde, Alsina, previa autorización del comandante Soria, llamó desde la comandancia a Ruiz Funes. Pensó: «Que pague el Estado». Y así se hizo.

—¡Julio! —se escuchó al otro lado del aparato.

—¡Joaquín!

—¿Cómo estás?

—Bien, bien, estupendamente. Todo perfecto.

—¿Te tratan bien?

—Sí, no os tenéis que preocupar. Es todo como me prometió Epstein. Me encuentro con todas las puertas abiertas y máxima cooperación.

—¿Nada que temer?

—En absoluto, Joaquín.

Ruiz Funes hizo una pausa, como si pensara en algo:

—¿Nos escuchan? Me refiero a esta llamada.

Alsina, a propósito, hizo un explícito silencio. Largo. Resultó muy significativo.

—Entiendo —dijo su amigo.

—Mira, me tienes que hacer un favor muy grande. Es por la investigación. Rosa ni me coge el teléfono.

—Ya.

—Dile que estoy bien, que no hay nada que temer.

—Cuenta con ello. ¿Y el favor?

—Sabes que investigo un asesinato y no hay ninguna información sobre la víctima. Era parisina. Toma nota.

—Voy.

—Ivette Ferry. Tengo las señas del hermano; es un pintor, será un bohemio. Vive en la zona del Canal Saint-Martin, allí, en París.

—Es bonito.

—En la calle Bichat, la dirección es *rue* Bichat 79. Ve y pregunta por él, Raymond Ferry.

—¿Y?

—Pregúntale por la hermana: quién era, a qué se dedicó, pregúntale por su matrimonio, por el marido, René Durand. Cualquier cosa que averigües me vale, ¿de acuerdo?

—Entendido. Como en mis viejos tiempos de policía. Mañana tengo turno matutino, intentaré ir por la tarde.

—Cuando lo hayas hecho, me pones un telegrama y me indicas a qué hora te llamo.

—Perfecto.

—¿Todo bien? ¿Rosa? ¿El niño?

—Están perfectos, Julio. No te preocupes, a Rosa se le pasará. ¿Sabes? Estoy deseando que salgas de España.

—Tranquilo. No hay peligro. Hablamos mañana o pasado. Cuídate, os quiero.

Entonces, Alsina reparó en que su amigo no colgaba.

—Julio… —dijo.

—¿Sí?

—Tengo que decirte una cosa.

Aquello preocupó a Alsina.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Es sobre Rosa… Sobre su reacción.

—¿Sí?

—Ya sabes: cuando dijiste que te ibas, reaccionó muy mal.

—Y tanto.

—Está embarazada —soltó Ruiz Funes de sopetón.

Alsina quedó con la boca abierta y el auricular pegado al oído derecho. Ahora lo entendía todo. Sonrió y rompió el silencio:

—Ahora comprendo, Joaquín.

—Sí.

—Pero ahora que me lo cuentas, razón de más para haber venido.

—Al contrario, podrías dejar huérfanas a dos criaturas.

—No, Joaquín: esto me anima a seguir luchando. Estoy peleando el futuro de dos criaturas, el de su madre, el tuyo y el mío. ¿Sabes?

Epstein me dio dos opciones: esta, la buena, o la otra, en la que los franceses nos iban a retirar el pasaporte.

—Pero eso lo cambia todo. ¿Por qué no lo dijiste?

—No quería que os asustarais, Joaquín.

—E intentaste arreglarlo, como siempre, tú solo.

—No tuve opción, amigo. Hice lo correcto. Ahora me reafirmo. Dile a Rosa que la quiero y que me emociona tener otro hijo con ella.

—Descuida.

—Hasta luego, amigo. —Y colgó, porque se le estaban saltando las lágrimas.

* * * * *

Alsina le contó a Sampedro lo de su nueva paternidad y el chaval se alegró muchísimo. Se sentía bien porque, por un lado, aquello explicaba el enfado de Rosa y, por otro, le animaba todavía más a cumplir con aquella misión para poder volver a casa con el dinero y nuevos pasaportes. Aunque el Régimen era el Régimen, algo se intuía en el aire, la posibilidad de cambio, y tener doble nacionalidad sería beneficioso si se planteaban volver en un futuro. ¿Sería posible una España en democracia? No conocía otra cosa que la dictadura y era hijo de un represaliado; quizá la fuerza de la costumbre no le había permitido fantasear siquiera con la idea de un cambio. Desde París tenía claro que nunca iba a volver, pero, ahora, la alianza con los americanos, el turismo, los achaques del dictador y las ansias de libertad que intuía le hacían replantearse las cosas.

Sampedro y él estaban preparándose para salir a cenar en la Terraza Carmona, cuando doña Angustias les dijo con un tono poco agradable:

—Tienen visita.

La buena mujer parecía molesta.

Acudieron al salón y se dieron de bruces con el Calorro. Era un tipo alto, más bien corpulento, con una gran barriga y el pelo negro y ensortijado. Lo llevaba crecido por detrás y algo más corto en las

sienes. Pantalones de campana marca Lee y cazadora vaquera. Una camisa de cuadros abierta en su pecho velludo dejaba ver una gruesa cadena de oro con un cristo sin cruz.

Alsina pensó que era un macarra de libro.

—Querían verme, ¿no?

Alsina asintió y le estrechó la mano. Sampedro hizo otro tanto.

—Íbamos a tomar algo a la Terraza Carmona, acompáñenos. El otro bajó la mirada, como con timidez, y contestó:

—Si ustedes me disculpan... No es buena idea que me vean por la calle con la pestañí. Pueden pensar que soy un chivato y eso sería el fin de mi negocio.

Sampedro y Alsina se miraron sin decir nada.

—De acuerdo, pase usted a mi habitación. Sampedro, trae otra silla del salón.

Una vez instalados, Alsina fue al grano directamente:

—Verá, Isidro. Quería preguntarle por un cliente suyo. ¿Conoció a René Durand?

—No sé quién es —contestó con cara de pocos amigos. Julio miró a su ayudante sonriendo.

—Empezamos bien. Este nos quiere tocar las pelotas, se cree que somos tontos.

—No, es que es verdad, ¡no sé de quién me habla!

—Primero, se me tranquiliza usted. Segundo, le diré que es el residente de Puerto Rey cuya familia apareció brutalmente asesinada hace ahora dos años.

—¡Ah! ¡El franchute!

—Luego, lo conocía.

—¡No, no! Pero todo el mundo conoce la historia: el que mató a su familia y se tiró al mar.

—Necesito que me diga qué consumía y cuánto. —El Calorro se reafirmó negando con la cabeza. Alsina, hábilmente, pasó al tuteo en un momento—: Mira, Isidro, nos estás tocando las pelotas.

—¿Yo? ¡Si no sé de qué me hablan!

Alsina se rascó la mejilla. Tomó la cajetilla de tabaco, sacó un Fortuna y lo encendió con mucha calma. Aspiró una buena calada y exhaló el humo.

—Isidro —repitió con voz queda.

—Diga.

—Tú llevarás ya tiempo en el negocio….

—Soy un honrado comerciante. Vendo en los mercados.

El expolicía, que tenía la mirada dirigida al suelo, alzó de pronto los ojos y miró de manera penetrante a aquel tipo, como si fuera a atravesarlo. El Calorro puso cara de susto. Entonces Alsina dijo:

—Ya.

—¿Qué?

—¡He dicho que ya! Hasta aquí has llegado, amigo. Te hemos tratado con amabilidad y tú nos estás tomando el pelo. Sé que llevas mucho tiempo en esto y, sin embargo, no has pasado más que cortas estancias en la cárcel. Eso quiere decir que eres un tipo listo. ¿De verdad me vas a obligar a que diga a mi compañero Sampedro que traiga sus esposas? ¿De verdad quieres que te paseemos por todo el pueblo esposado, detenido? Todo el mundo en Vera sabe lo que investigamos. Pensarán que eres el asesino. No te digo ya si deslizo en el cuartelillo que eres mi principal sospechoso. La sarta de hostias que te iba a caer sería de proporciones bíblicas porque estoy seguro de que los civiles te tienen ganas. Es más, me juego los huevos a que antes del amanecer ya habrías confesado.

—Pero… ¡si yo no fui!

—¿Y? Tendrían un culpable y yo cobraría lo que me prometieron por este trabajo. Así que tú eliges: cierro el caso ya, contigo, aquí mismo, o me das algo para continuar investigando, sigo mi camino y me olvido de ti.

Sampedro leyó el pánico en los ojos del traficante; estaba claro que no quería ni pisar la comandancia.

—Bien —dijo al fin el Calorro tras pensárselo un momento—. ¿Qué quiere?

Madrid

—¿Te compraba mierda?

—Sí, soy el único que vende por aquí.

—¿Qué drogas te compraba?

—Se inyectaba cocaína. Yo no pasaba de eso, es cosa de ricos. Casi que ni sabía lo que era. Él mismo me puso en contacto con un tío de Madrid que me lo enviaba para él. Luego fui haciendo algún que otro cliente más, ya saben, para fiestas de postín y eso. Para gente de Puerto Rey. Tienen billetes a manta, no se hacen una idea. Y saben divertirse.

—¿Te puso en contacto con…?

—El Julián, se llama. Es muy amigo suyo. Vive por Vallecas. Me encontré con él en una venta de carretera, a mitad de camino con Madrid.

—¿Sabes su dirección?

El testigo negó con la cabeza.

—Sampedro, las esposas.

—¡La tengo apuntada! Luego le mando una nota con un chiquillo.

—Bien —dijo Alsina pasándose la mano por la barbilla, como el que piensa. Tras una pausa, volvió a la carga—: ¿Qué nos puedes contar de Durand?

—Poca cosa; estaba ido. Tenía pesadillas y bebía y se metía cocaína para no pensar. Cosas de la guerra.

—¿De qué guerra?

—De eso no hablaba.

Sampedro y Alsina se hicieron un gesto.

—¿Sabe adónde pudo ir?

Isidro puso cara de pensárselo. Dudó.

—¡Qué mierda! ¡Que lo jodan! Total, ese no va a volver por aquí en la puta vida.

—¿Sí?

—La noche de los crímenes, a eso de las cinco de la mañana, vino a mi casa. Me despertó el muy hijoputa; estaba con abstinencia, fatal. Sudaba y tenía temblores. Me dijo que necesitaba meterse algo. Saqué lo que tenía y esnifó un par de rayas.

—Pero ¿no se inyectaba?

—Me dijo que se había dejado la jeringa en su casa, que, para ir tirando, le valía. Se llevó los tres gramos que me quedaban. Me dijo que necesitaba un coche. Que no podía ir en el suyo porque lo cogerían seguro. Llamé a un amigo que, digamos, es chatarrero. Se quedó el del francés con la idea de cambiarle la matrícula y borrar el bastidor, y le pasó uno que tenía guardado para emergencias, con matrícula falsa.

—Robado, claro.

—Claro.

—¿Te acuerdas de la matrícula?

El otro estalló en una sonora carcajada:

—No me acuerdo ni qué cené ayer… Era un ciento veinticuatro azul. Eso sí lo sé.

—¿Y el coche de Durand?

—Lo compró uno que vive en Francia. Dios sabrá dónde para.

Los dos policías volvieron a mirarse.

—¿Adónde iba Durand con tanta prisa?

—A Madrid. Me dijo que allí podría esconderse. Era obvio que se había metido en un lío, y gordo. Estaba acojonado. Al día siguiente supe lo de los crímenes y entendí.

—¿Y no dijiste nada?

—¿Para qué? ¿Para que me dieran de hostias en el cuartelillo y me metieran en el trullo por cómplice de asesinato? ¡Le había ayudado a escapar!

—Usted no sabía lo del crimen —apuntó Sampedro.

—Eso dígaselo a sus amigos los civiles. Me tienen ganas. Yo tengo un negocio y nada que ver con lo que hizo ese loco.

Alsina asintió. Lo que decía aquel tipo era razonable, tenía sentido.

—¿Te dijo adónde iba? ¿A quién acudiría?

—No, no era tonto, pero me imagino que con su amigo el Julián, el traficante. Parece que tenían mucha amistad y desde hace tiempo.

—¿Algo más? Recuerda que cuanto mejor sea la información que nos des, menos probable será que vuelvas a vernos.

—Nada más, lo juro.

Alsina se palmeó los muslos como dando la entrevista por terminada y dijo:

—Sampedro, acompáñalo a la salida. Muchas gracias, Isidro.

* * * * *

A la mañana siguiente se levantaron temprano, desayunaron muy bien atendidos por doña Angustias y enfilaron carretera hasta Almería. No se les dio mal. Apenas tardaron hora y media en cubrir los noventa y tantos kilómetros que separaban Vera de la capital de la provincia pese a que se toparon con un par de camiones, lentos y pestilentes, a los que costó trabajo adelantar.

Llegaron al despacho del forense quince minutos antes de la hora, y una administrativa muy agradable, Pepita, les hizo entrar en el mismo y les sirvió café. Justo a la hora pactada apareció Juan Gomariz embutido en una bata verde de quirófano, quitándose un gorro y unos guantes quirúrgicos y saludándolos con mucha amabilidad.

Al parecer, venía directamente de una autopsia.

—Se nota que tienen ustedes influencia. ¡Me han llamado hasta del Gobierno Civil!

Alsina y Sampedro sonrieron complacidos. Gomariz era un tipo delgado, no muy alto, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, con el pelo corto, muy blanco y una rala barba del mismo

color. Unas pequeñas gafitas doradas le daban un aire ciertamente intelectual.

—Pepita me ha sacado los informes de las tres autopsias que usted refirió por teléfono —abordó tomando asiento y cogiendo las tres subcarpetas de cartulina—. Y esta mañana les he echado un vistazo.

—El caso de Vera —apuntó Alsina

—Lo recuerdo, amigos. Fue algo truculento. Pero usted dirá…

Julio comenzó a hablar mientras el forense volvía a ojear los expedientes como repasando los detalles.

—Verá usted, don Juan, releyendo todo lo que nos han pasado sobre la investigación…

—¿Han reabierto el caso? —repuso el forense levantando la mirada. Parecía sorprendido y se notó que aquello le agradaba.

—No, no. Digamos que nos han encargado que lo repasemos.

—Bien —contestó Gomariz, que había vuelto la vista a los expedientes. Era uno de esos tipos capaces de hacer dos y hasta tres cosas a la vez.

Alsina continuó:

—El caso es que vi algo que me llamó la atención: en la madre y la niña, la herida mortal en el cuello va de izquierda a derecha y en el niño, de derecha a izquierda.

—¿Y?

—Que he venido para comprobar si había un error.

—¿Un error? ¿En un expediente mío? ¡Imposible!

—Le pido disculpas, no era mi intención…

Gomariz ya había desplegado los tres expedientes mecanografiados sobre la mesa y sus correspondientes notas manuscritas, que quedaban detrás. El tipo era muy detallista registrándolo todo. Y hacía bien.

—Verá, señor Alsina. Yo tomo notas durante las autopsias. Muy minuciosas. Luego, Pepita las pasa a limpio, a máquina, en unos informes que da gloria bendita leer. Echen un vistazo, miren.

Alsina y Sampedro comprobaron las notas del forense y los informes mecanografiados, y ambos decían exactamente lo mismo.

—¿Y bien? —preguntó el forense con retintín.

—Dicen lo mismo —intervino Sampedro. Alsina se echó hacia adelante en su silla y añadió—: Entonces, don Juan, ¿podemos concluir que en las mujeres la herida iba de izquierda a derecha y en el niño, al revés?

—Así fue.

—Ergo, tenemos dos asesinos.

—¡Pare el carro!

—¿Cómo? —repuso Alsina confundido.

—Ese detalle quiere decir lo que quiere decir. Punto. Simplemente que una herida se hizo en una dirección y las otras, en la otra.

—Pero indica dos asesinos: uno zurdo y otro diestro. Si eres diestro y degüellas a alguien desde detrás, el tajo lo haces desde izquierda a derecha, y al revés si eres zurdo.

—Hasta ahí llego, señor Alsina, soy forense, ¿recuerda? Pero puede ser que en una ocasión el mismo asesino usara la derecha y en otra la izquierda. Además, sabrá que hay gente ambidiestra, ¿no?

—Pero no es lo usual.

—No es lo usual, en efecto. Mire, don Julio, no le negaré que lo que usted dice tiene sentido. La existencia de heridas que vienen de dos direcciones bien podría apuntar a dos hombres, pero, ojo, no tenemos la certeza científica de que sea así. ¿Se entiende?

—Sí, eso lo entiendo, don Juan. Pero ¿por qué no dijo usted esto a los policías que se encargaron hace dos años del caso?

—Está en el informe, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Entonces?

—Que no entiendo cómo no lo vieron.

—Miren, amigos, soy miembro por oposición del Cuerpo Nacional de Forenses, concurso que gané con el número uno y no entra dentro de nuestras atribuciones hacer consideraciones de ese estilo. Se hace la autopsia y se proporciona la información de la manera

más pulcra y más legible posible. Y ahí termina nuestro trabajo. No podemos ir más allá e interpretar los resultados de las autopsias haciendo valoraciones de tipo policial. Reunir el resto de probatoria compete al juez de instrucción, al fiscal, si se persona, y a la Policía.

—Pero —intervino Sampedro— con este informe que usted proporcionó, los inspectores que llevaron el caso bien debieron deducir la posible existencia de dos asesinos.

—Puede que tenga usted razón, hijo. Yo les aseguro que las ocasiones en que, en mi larga experiencia, he sugerido algo al juez instructor o a la propia Policía, no se lo han tomado demasiado bien. Entrego el informe y punto. Está ahí, por escrito.

—¿Se equivocaron, entonces? —insistió Ernesto.

—Pues para eso están ustedes aquí, ¿no? —contestó el forense, dejando las cosas claras—. Y ahora, si me disculpan, tengo informes que redactar.

Se despidieron de Gomariz agradeciéndole encarecidamente su atención. Para Alsina la conversación había sido muy esclarecedora; ahora lo tenía muy claro. Justo cuando salían al pasillo, sentenció:

—Ernesto, nos vamos a Madrid lo antes posible.

En casa

Volvieron a Vera pensativos. Pararon en una venta a comer y llegaron después de la hora de la siesta. Descansaron un poco y Alsina se encargó de telefonear al alcalde y al comandante Soria, a los que dio las gracias por cómo los habían atendido.

Mintió, cómo no, y dijo que volvían a Madrid sin resultados. Pese a que contaba con las bendiciones del Régimen en aquella investigación, pensó que era mejor no desvelar demasiados detalles. Por si acaso. Al menos, hasta que tuviera el caso resuelto y bien resuelto.

Dejó recado a Epstein en la embajada, donde este oficialmente era ayudante del agregado comercial, y quedó con Sampedro para cenar en la Terraza Carmona como despedida de aquel pueblo que les había acogido bien. Pensó en la posibilidad de volver pronto con Rosa, Joaquín y el crío.

Para hacer tiempo hasta la cena y mantenerse informado sobre lo que sucedía en el país, ojeó la prensa durante un rato. «Tres dirigentes del partido marxista-leninista detenidos en Barcelona». En el artículo decían que su organización había asesinado a un policía el 1 de mayo. No les arrendaba la ganancia, pobres. Iban a pagar los platos rotos y el franquismo no se andaba con paños calientes en asuntos como aquel. Las cosas seguían igual, el Régimen reprimía, pero había algo que él intuía pese a que la prensa intentaba contar ese tipo de noticias de la manera más subrepticia posible, cada vez había más actos de subversión, y eso quería decir dos cosas: que los opositores al Régimen intuían la posibilidad de un cambio de ciclo y que el propio Movimiento daba evidentes síntomas de agotamiento. A nivel interno, claro.

Quedó mirando al techo mientras pensaba. Tumbado en la cama con las manos bajo la cabeza, reparó en que tenía varias cosas claras respecto al caso. Por ejemplo, para él estaba cristalino que, probablemente, Durand había trabajado para la CIA. Lo pensaba por dos motivos: uno, que Epstein y su organización querían localizarlo y esa y no otra era la excusa de que le pidieran reabrir el caso; y dos, que entró en España con un pasaporte sin sellar tras partir de Montreal. Eso no era ninguna tontería. Una de las primeras cosas que iba a hacer en cuanto llegara a Madrid era hablar con el comisario de Barajas, su buen amigo Paco Jiménez.

Otra cosa que tenía clara era que Durand era inocente, pero sospechaba que le iban a colgar el asesinato de su familia, ya que este, en lugar de quedarse y avisar a la Guardia Civil, había salido huyendo a Madrid, un buen lugar donde esconderse. Bien podría haber huido por ser culpable, sí, pero las autopsias habían puesto en evidencia que había dos asesinos.

Alsina sabía dos cosas que no conocían ni la CIA ni el Régimen: que Durand era drogadicto y el detalle de los cortes fatales en las autopsias. Los dos inspectores venidos de Madrid no habían llegado a eso. La duda era cómo administrar esa información. Suponía que Sampedro informaría a las altas instancias del Ministerio de la Gobernación, pero estaba seguro de que los americanos y los españoles no intercambiaban toda la información, pues ese tipo de relaciones no dejan de ser un tira y afloja. Así que, ¿qué iba a contarle él a Epstein?

Llegó a la conclusión de que algo tenía que darle y optó por lo más fácil: que había descubierto que Durand era drogadicto, que se había ido a Madrid y que tiraría del hilo de su amigo de Vallecas, el traficante, el Julián. Otra cosa era que a aquellas alturas el francés continuara en la capital de España.

Pensó que era mejor ocultar el detalle de las autopsias. No quería que Epstein supiera que él pensaba que Durand era inocente. Y esperaría a ver.

Antes de la cena intentó llamar a París de nuevo, pero Rosa, cómo no, seguía sin coger el teléfono.

* * * * *

De camino a Madrid, acordaron que Alsina bien podía hospedarse en la pensión donde residía Sampedro. Pese a que Epstein insistía en que no reparara en gastos, los dos investigadores pensaron que les vendrían bien estar en el mismo establecimiento. Además, Sampedro insistió en que era un lugar limpio, donde se comía y cenaba bien y en pleno centro, en la calle Fuencarral número 71. Además, estaba muy bien de precio.

Cuando pararon a comer en Valdepeñas, Sampedro hizo una llamada para hablar con su patrona y les confirmó que tenía un cuarto libre. Todo quedó acordado.

Nada más llegar y después de que Alsina se instalara tras las presentaciones de rigor, se asearon un poco y se fueron a dar un paseo.

A Alsina se le hacía muy raro volver a caminar por Madrid. Parecía que hiciera una vida desde que dejó la ciudad. Cuando los sucesos ocurridos en el 69, pasó con Rosa y Joaquín por la capital, pero fugazmente, para alojarse en la Embajada de Francia y salir del país lo antes posible. Aquel no era ya, ni mucho menos, el Madrid de su juventud, la ciudad de posguerra triste y pobre que recordaba.

Sampedro le llevó a una cafetería sita en la Gran Vía: era moderna, amplia y muy luminosa. Se llamaba Galaxia. Las mesas eran de formica y las sillas de plástico de un llamativo color naranja. Tenía un cierto aire americano. Ernesto le habló de la patrona, doña Blasa, y de sus pequeñas manías. Tenía a Sampedro medio adoptado y era muy buena mujer. Alsina tomó nota mentalmente de todo. Tomaron dos cocacolas y charlaron de cosas intrascendentes. Julio sacó su agenda y, desde una cabina que había junto la puerta, telefoneó a Paco Jiménez, el comisario de Barajas. Quedó con él al día siguiente. También llamó a un amigo que era inspector en Vallecas, Ulises Gil. Si alguien conocía a los traficantes de la zona,

ese era él, y Alsina necesitaba dar con el tal Julián, ya que el Calorro no les había enviado a un chaval con las señas como prometió y parecía haberse quitado de en medio. Dejó la llamada a Epstein para el final y quedó con él a la mañana siguiente, a las doce. Después de hacer todas aquellas gestiones, decidieron volver a la pensión, cenar y acostarse pronto. Estaban muy cansados.

* * * * *

A la mañana siguiente, como habían devuelto el coche de alquiler, Sampedro y Alsina tuvieron que coger un taxi hasta Barajas. Allí los esperaba Paco Jiménez, el comisario, viejo amigo de Alsina. Aquella no era, ni mucho menos, una comisaría normal. Había mucho trasiego de viajeros que iban y venían, gente que hablaba en distintos idiomas y mucho movimiento de maletas y mercancías.

Jiménez era un tipo que llevaba allí media vida, no muy alto, delgado, con el pelo ya entrecano y una barba que le daba aspecto de sindicalista. Se alegró mucho de ver a Alsina y se sentó con ellos en una mesita de café que tenía para visitas. Los sofás eran cómodos y ordenó que les sirvieran café. Recordó un poco con Alsina su época de juventud, cuando ambos comenzaban su andadura en el cuerpo, y después, en cuanto sirvieron el café, fue al grano, pues era un hombre ocupado.

—Tú dirás, Julio. ¿Qué era eso de no sé qué pasaporte que me querías preguntar?

Alsina miró a Sampedro y este abrió su portafolios sacando unas fotocopias que tendió al comisario. Jiménez ojeó los documentos mientras Alsina le aclaraba la situación:

—Como ves, este tipo salió de Canadá el 29 de noviembre del 63. El billete de avión indica que vino a Madrid, pero nadie selló su pasaporte. Ahí se llama Maxim Bonnet, pero vivía bajo otra identidad con otro documento a nombre de René Durand.

—En el 63 yo ya era comisario aquí.

—Mejor que mejor.

—No se ve bien la fotografía del documento en la fotocopia. ¿Tendrías una foto del pájaro en cuestión? —preguntó Paco.

Sampedro abrió el portafolios y sacó una fotografía de Durand, de tamaño carnet y a color. Ahí sí se le veía bien el rostro.

Jiménez la miró y asintió sonriendo:

—Sí, es él —dijo.

—¿Te suena?

—Claro, por aquí entra y sale mucha gente, pero aquello fue llamativo. Estaba yo pasando la tarde en casa de unos amigos, en un chalet de Somosaguas. Era domingo, creo. Me llamaron de urgencia; era un subcomisario que quería que acudiera al aeropuerto porque él no se atrevía a hacer lo que le pedían. Cuando llegué, me encontré con un inspector que enviaban desde la mismísima Dirección General de Seguridad y que iba acompañado por dos americanos, supuestamente del Cuerpo Diplomático, pero olían a CIA desde lejos. Querían que este tipo pasara por el control de pasaportes sin dejar rastro. Literalmente dijeron: «Este hombre nunca ha entrado en España».

—Irregular.

—¡Si tú supieras la de cosas que se tienen que hacer en un destino como este! Pero sí, ilegal a todas luces.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Dejarlo pasar como me ordenaban mis superiores.

—Debía de ser un pájaro de los gordos, ¿no?

—Esa sensación tuve, sí.

Alsina y Jiménez quedaron mirándose un momento y el primero se levantó dando la entrevista por terminada para acercarse a su amigo y darle un fuerte abrazo.

—Eres un tío ocupado, Paco. No te entretenemos más —dijo.

Los dos viejos compañeros permanecieron abrazados durante unos segundos antes de separarse. Un abrazo sentido que permitió entrever a Sampedro el afecto que ambos se profesaban desde hacía mucho tiempo.

De camino a la parada de taxis, Sampedro comentó:

—En efecto, se confirma cada vez más claro que este Durand debió de trabajar para la CIA.

—Tiene toda la pinta, sí.

—¿Cree que se volvió loco y la lio bien gorda?

—Ya sabes que no creo que fuera él quien mató a su familia. Todo apunta a dos asesinos. Acuérdate de que vivía un poco paranoico. Me da que alguien, quien fuera, vino a por él. Me temo que se asustó y voló.

Sampedro asintió sin dejar de caminar.

* * * * *

Alsina dejó el resto del día libre a su ayudante para que viera a su novia y acudió a la cafetería Galaxia a entrevistarse con Epstein. Antes, puso un telegrama a Ruiz Funes para que supiera que estaba en Madrid y sus nuevas señas. ¿Se habría entrevistado ya con el hermano de Yvette Ferry? Esperaba que su amigo consiguiera alguna información interesante.

El americano se levantó al verlo entrar.

—Me gusta el sitio que ha elegido, Julio. Casi parece una cafetería americana. Este suelo ajedrezado me encanta.

Alsina sonrió a su interlocutor y ordenó una cocacola.

—¿Y bien? ¿Cómo vamos? —preguntó el agente de la CIA.

Alsina habló intentando no desvelar todas sus cartas. Había cosas que no quería contar: el asunto del pasaporte y sus sospechas de que Durand trabajaba para la agencia y su certeza de que el francés era inocente y de que, al menos, dos tipos diferentes habían participado en el crimen.

—Tengo una cita con un amigo policía destinado en Vallecas. Descubrí que Durand era adicto a la cocaína y voy a seguir esa pista.

—¡Vaya!

—Y pude sonsacar al tipo que le vendía la droga en Vera. La noche de autos se presentó en su casa de madrugada, le compró lo

que le quedaba de coca y le proporcionó un coche robado. Se vino a Madrid.

Epstein asentía complacido.

—El traficante de Vera supo que Durand tenía un amigo aquí, en Madrid, un proveedor —continuó Alsina—. Solo sé que es de Vallecas y que se llama Julián.

—Y por eso ha concertado la entrevista con un compañero…

—Exacto. Espero localizarlo y tirar de ese hilo. Probablemente le daría cobijo. Lo que no sabemos es si se quedó aquí o pasó a Francia.

—O a otro sitio.

—Correcto.

Epstein, siempre tan ocupado, parecía tener prisa, así que apuró su café y dio por terminada la entrevista. Se le veía muy satisfecho.

—¿Ve, don Julio? Yo sabía que contratarle iba a ser una muy buena idea. Ha hecho usted más en una semana que la Policía española y mi gente en dos años. ¿Sabe por qué? Porque usted se pega al terreno, se infiltra, habla con la gente, y eso, amigo, eso no tiene precio. Llámeme para informarme en cuanto tenga novedades.

—Descuide —contestó Alsina, que decidió quedarse en la cafetería.

Cuando Epstein salió, pudo observar que un tipo, que parecía un guardaespaldas, le esperaba fuera.

Alsina pidió otra cocacola y echó un vistazo a la prensa: el Régimen o, por qué no decirlo, la prensa afecta, se esforzaba mucho en disimular que la disidencia cogía fuerza por momentos. Un ejemplo eran los sucesos que tenían lugar en el País Vasco. A París, no en vano, llegaban muchos refugiados. Se sabía que ETA contaba con muchas simpatías entre amplios sectores de la población vasca. La represión era fuerte, pero, a pesar de eso, el fenómeno crecía y crecía. Si sabías leer la prensa deduciendo lo que se intuía entrelíneas, te hacías una idea de la situación: el temible e impío Tribunal de Orden Público, el TOP, había suspendido el juicio contra diez obreros de la empresa Precicontrol por colaborar en el secuestro

de un directivo, Zabala. En letra pequeña se contaba que el comando de ETA que había llevado a cabo la acción había sido juzgado por un tribunal militar. ¡Qué locura! El Régimen se debilitaba e intentaba simular que no con ese de tipo de golpes, queriendo parecer más duro que nunca. Pero Alsina olía su miedo.

Entonces vio una noticia curiosa: Kissinger venía a España el día 21 de diciembre. Epstein ya se lo había adelantado en París como cosa hecha. Sonrió para sus adentros; esa gente de la CIA sabía hacer bien su trabajo. Era obvio que los americanos y Franco tenían intereses comunes. Y, aunque Alsina odiaba al Caudillo, tenía que reconocer que aquel tipo bajo, con voz aflautada y que tuvo tan malas calificaciones en la academia militar debía de ser muy listo. Si no, no se explicaba cómo había logrado hacerse con el mando en el bando nacional al principio de la guerra y, además, cómo había conseguido mantenerse en el poder durante treinta y siete años. Franco era un fanático, un integrista religioso y un ultraderechista, pero sabía moverse en el filo de la navaja. Había sobrevivido al aislamiento internacional y, ahora, los americanos lo apadrinaban de cara al mundo. Se llevaba bien con los árabes, que controlaban el petróleo y, pese a su feroz anticomunismo, cerraba acuerdos comerciales con Rusia y los países del telón de acero. El turismo y las divisas de los españoles emigrados al extranjero habían terminado de salvarlo. ¿Era un tipo tan listo o solo tenía una flor en el culo? Pero ahí estaba, cuarenta años después, machacado por el párkinson, pero mandando. Iba a morir en su cama mientras que todos los que se habían atrevido a enfrentarse a él llevaban años criando malvas. Alsina no podía soportar aquella idea.

El Pozo

Por la tarde, acudieron a Vallecas en un Seat 124 que había pedido el joven agente. Se trataba de un vehículo policial camuflado que casi parecía un taxi.

—No crea, don Julio, que una vez me contaron que a dos inspectores de Tetuán que hacían un servicio se les subió una señora y les dijo: «Al Corte Inglés» —contó Ernesto de camino.

Los dos estallaron en una carcajada.

No tardaron en llegar a Vallecas. Ulises vivía a un paso de la comisaría, en la calle Peñarroya, y los estaba esperando en la puerta. Era un hombre bajito, con exceso de peso y con el pelo canoso, que ya clareaba, peinado hacia atrás. Tenía un enorme bigote blanco amarilleado por la nicotina. Pese a su enorme barriga, se subió al coche con agilidad y dijo:

—¡Vamos!

—¿Adónde? —repuso Alsina sorprendido, pues creía que charlarían primero para contarle a su amigo de qué iba el tema.

—Al Pozo del Tío Raimundo.

—¿Cómo?

—Me dijiste que querías localizar a un traficante de nombre «el Julián», ¿no?

Alsina, girando la cabeza para mirar al asiento de detrás, contestó:

—Sí, claro. Eso es.

—Pues por aquí no hay otro, vamos.

—Pero, Ulises, ¿no quieres saber para qué quiero verlo?

El otro lo miró como sorprendido y respondió:

—Pues no.

Alsina y Sampedro se miraron. El chaval repuso con aprensión:

—¿De verdad vamos al Pozo?

—Allí vive el pájaro —insistió el viejo inspector—. No hay otra.

—Pero si hasta hace tres o cuatro años allí no entraban ni los grises… —apuntó Ernesto con aprensión.

Alsina, divertido, añadió:

—Ulises, te presento a Sampedro, de la DGS.

—No temas zagal, vais conmigo. Además, en el Pozo no se meten con nadie. No os creáis toda esa mierda que dicen: la mitad son cuentos y la otra mitad, mentiras. Andando.

El chaval siguió las indicaciones de Ulises y en unos minutos llegaron a una de las mayores barriadas chabolistas de Europa. No en vano, el Régimen había comenzado ya a construir viviendas sociales para ir desmontando aquello. En gran parte debido a las movilizaciones que auspiciaba el padre Llanos, un auténtico activista social que, en sus tiempos, había militado en Falange y al que ahora encuadraban dentro de aquello que la gente, popularmente, llamaba «los curas rojos».

El Pozo ya existía cuando Alsina salió de Madrid, y él lo conocía, pero hacía muchos años de aquello y la dimensión que había cobrado el poblado acabó por sorprender a todo el mundo. Sampedro parecía medio asustado y conducía con la boca abierta. Aquello era una pequeña ciudad, de casas bajas de ladrillo o, a veces, solo adobe. La mayoría estaban pulcramente pintadas de blanco y las calles raramente asfaltadas. Conforme avanzaban hacia la chabola del Julián, el asfalto se fue convirtiendo en tierra:

—Esto, cuando llueve, se vuelve todo barro y no se puede ni andar. He visto a mujeres, en invierno, caminar con bolsas en los pies y con los zapatos en otra bolsa para no manchárselos y poder llegar a su trabajo en condiciones —les explicó Ulises.

—Leí un artículo en París sobre el cura rojo este. Están organizados, ¿no? —preguntó Alsina.

—Mucho. Tienen su bandera, su himno y hasta nombran sus comisarios. Y estos, no creas, vienen a la comisaría con unas ínfulas…

Alsina sonrió divertido.

—Pero ¿desde cuándo existe esto? ¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó Sampedro.

—Ni se sabe, hijo, y por eso se están construyendo las viviendas sociales, para poner orden en este sindiós. Esto surgió poco a poco. En los años veinte había una vaquería y un tipo, el tío Raimundo, hizo un pozo al que la gente llevaba el ganado a abrevar. Por eso el pozo se convirtió en punto de referencia. Comenzaron a llegar emigrantes, sobre todo de Martos, en Jaen. ¡La Virgen! Se vino medio pueblo. Los pobres creían que iban a la tierra prometida y se encontraron en mitad del campo. Porque esto era eso, campo. Compraban un trozo de tierra por cincuenta pesetas y les daban una licencia para casa de aperos. Conseguían los ladrillos necesarios y se hacían su casa. Los techos son de uralita, ya os imagináis, calor de muerte en verano y frío polar en invierno. Luego fue llegando gente de pueblos de Toledo, de Segovia, más andaluces, extremeños… La cosa se complicó cuando llegó el cura, que dicho sea de paso se gasta una mala hostia que no os imagináis. Vino acompañado por un grupo de universitarios y se construyó una chabola para vivir aquí, con esta gente. Ha habido épocas en que el tío iba con una pipa al cinto. El padre Llanos viene del mismísimo Movimiento, muchos de los que mandan ahora fueron compañeros suyos en su juventud, cuando era un extremista de Falange. Por eso tiene mucha influencia. Eso sí, hay que reconocer que puso orden aquí, porque cuando íbamos a tirar una casa que habían hecho nueva, se nos presentaba el cura con doscientos vecinos y paraban a las excavadoras y a su puta madre.

—Joder —dijo Alsina, que reía divertido.

—No creáis lo que dice la gente. No todos los que viven en El Pozo son chorizos. La inmensa mayoría de ellos son emigrantes que vinieron a Madrid huyendo del hambre. Gente honrada que trabaja de sol a sol, muchos en la agricultura. Viven en condiciones durísimas, sin agua corriente, sin electricidad, hacen sus necesidades en un cubo que, por la mañana, se tira en mitad de la calle. Se

hacen ellos mismos las casas, las construyen por la noche, deprisa y corriendo. Cuando amanece, ya está hecha la pequeña casita, y una vez construida no hay quien las tire. Y así, poco a poco, esto ha ido creciendo. Las viviendas sociales van a ir acabando con esto. Se ha prohibido construir más y van sacando a gente de las chabolas para meterlos en pisos. Ahí el cura Llanos y su gente han tenido un papel importante. —Entonces, Ulises interrumpió su discurso y añadió—: Para, ahí es…

Habían llegado al final de aquel poblado. La vía del tren, que se había cobrado las vidas de algunos niños y vecinos de El Pozo, quedaban a apenas una decena de metros. Marcaba el fin de la barriada.

—Es ahí —repitió Ulises—. En la casa que hace esquina.

—Cuéntanos algo de este fenómeno, el tal Julián —dijo Alsina mientras bajaban del coche.

—Es un tío con mala cabeza. Estuvo en lo alto, ojo. Llegó a tener un ático en Gran Vía y se relacionaba con gente de alcurnia, sobre todo artistas, gente del cine. Dicen que se cepilló a Ava Gardner en sus correrías por la noche madrileña, pero ¡quién sabe! Podríamos decir que suministraba a gente pudiente.

—¿Y cómo terminó aquí?

—Un traficante que consume…

—Acaba con sus propias existencias y se arruina —completó Alsina la frase.

—Así fue.

Habían llegado a la pequeña vivienda, cuya entrada estaba tapada por una puerta medio desvencijada llena de huecos que se habían cubierto parcialmente con viejos tablones medio podridos.

—¡A los buenos días! —saludó Ulises.

Nadie contestó.

—Soy el inspector Ulises García. Vengo con dos compañeros. Entramos. —Informó a quien estuviera al otro lado echando la puerta a un lado.

Accedieron a un cuchitril de no más de veinticinco metros cuadrados con techo de uralita que ejercía de salón, cocina, baño y dormitorio. A la derecha había dos fogones que iban con leña. A su lado quedaba una mesa plegable, de esas de playa, que hacía las funciones de comedor. Al fondo a la izquierda se ubicaba una cama de matrimonio que ocupaba media estancia. Allí estaba tumbado el Julián mientras que una mujer, junto al fuego, daba el pecho a una criatura. Otro crío, de apenas cuatro años, jugaba con un caballo de madera al que le faltaba un ojo.

—Julián —dijo Ulises con autoridad—. Estos señores quieren hablar contigo.

El otro, medio somnoliento, acertó a decir:

—¿Qué hacen aquí?

—Son mis compañeros Alsina y Sampedro. Solo quieren hacerte unas preguntas, vamos fuera y nos cuentas.

—Pero ¿están locos? ¿Quiere que me vean fuera con la bofia? ¡Se van a pensar que soy un chivato!

Alsina le enseñó un billete de quinientas pesetas.

El Julián se lo pensó mejor y, al final, asintió y dijo:

—Pero aquí no podemos hablar. Métanme en el coche y vamos a un bar lejos de Vallecas.

Los tres recién llegados hicieron ademán de girarse para salir, pero el otro, tendiéndoles las manos, exclamó:

—Pero ¿qué coño hacen? ¡Espósenme, cojones! Que parezca que voy detenido.

* * * * *

Encontraron un bar en la calle Valeria, en Adelfas. Cuando bajaron del coche y quitaron las esposas al falso detenido, varios viandantes se les quedaron mirando. Entraron en el establecimiento, Bar Pepe, donde los parroquianos jugaban al dominó en varias mesas. Se sentaron en una que quedaba un poco aparte. Pidieron una copa de coñac para el Julián, cerveza para Ulises y Sampedro y una cocacola

para Alsina, que seguía manteniéndose alejado del alcohol en su estancia en España. Por si acaso.

—¿Ya no bebes? —preguntó el veterano inspector de Vallecas.

—No, lo dejé. Algún vermú en Francia a mediodía, pero siempre con mucho cuidado. Me pasé varios años flotando en una nube de Licor 43.

—¡Jesús, María y José! ¿Has dicho Licor 43? —exclamó Ulises.

—Sí, amigo, eso he dicho. A otros les da por chupar candados.

Sampedro rio la ocurrencia de su jefe.

Cuando la camarera, una joven pizpireta entrada en carnes, se alejó entre silbidos y requiebros de el Julián, Alsina se puso muy serio y tomó la palabra:

—Queremos hacerte unas preguntas sobre un viejo amigo tuyo.

El traficante, que vestía unos roídos vaqueros con las perneras de campana, una camisa de cuadros con el cuello mugriento y una vieja rebeca de lana muy gruesa que se ceñía al talle con un cordón, hizo un gesto con la mano para reclamar la recompensa que el expolicía le había prometido.

—Las quinientas.

Alsina sacó el billete y se lo dio.

—¿De quién se trata? —preguntó entonces el Julián mientras sacaba un paquete de Ducados.

—René Durand.

Los ojos de aquel quinqui se abrieron como platos.

—Sabemos que vino a verte hace dos años. ¿Sabes dónde para? — dijo Alsina jugándose un farol.

El otro contestó:

—Vaya, están ustedes bien informados.

—Es nuestro trabajo.

—No sé dónde para. Hace tiempo que no lo veo.

—¿Cuánto?

—Pues eso…, unos dos años. Apareció por aquí, muy ido, se metía más que nunca. Durmió en mi casa durante una semana y luego no lo volví a ver.

—¿Adónde pudo ir? Haz memoria.

—No sé, fue hace mucho tiempo.

—Te puedo quitar los cien duros, Julián —le amenazó Alsina.

—Y te pueden caer un par de hostias —apuntó Ulises—. Es cuestión de llevarte a comisaría un ratito.

El interrogado alzó las manos como pidiendo tiempo y paciencia. Simuló que hacía memoria y al final dijo:

—Estaba obsesionado con dos cosas: la primera, que tenía lógica, era tener nueva documentación. Llevaba una bolsa de deporte llena de billetes.

—¿No se te ocurrió quedártela?

—¿Están locos? Durand es una máquina de matar. ¡Ni loco! Era mi amigo, pero me consta que ha estado en medio mundo, de mercenario y de otras cosas peores. Ese tío es capaz de matarte con un boli Bic.

—¿Y los papeles? —dijo Alsina.

—¿Qué?

—Que si los consiguió.

—Supongo. Yo le envié a ver a un tío que es realmente bueno falsificando papeles. No volvió, así que supongo que irá por ahí con una nueva identidad, e imagino que saldría de España.

Un ruso

Se hizo un silencio. Sampedro se lanzó y tomó la palabra:

—Julián.

—¿Sí?

—Has dicho que tenía dos obsesiones, conseguir papeles y…

—Un ruso.

—¿Cómo? —preguntaron los tres policías al unísono.

El Julián, sintiéndose protagonista, dio una calada al Ducados y prosiguió:

—A ver, estaba claro que huía de alguien.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alsina.

—¡Coño, señor agente! ¿Un tío extranjero, con pasta para aburrir, que vive en un paraíso, en la playa y en una casa de ensueño, y se viene al Pozo del Tío Raimundo a dormir en mi casa? —Alsina asintió—. El caso es que yo no notaba que tenía miedo —continuó hablando el traficante—. Una noche, borracho como una cuba, dijo que su familia estaba muerta y que habían sido los rusos.

—¿Los rusos? ¿Qué rusos? —preguntó Sampedro.

—¡Yo qué sé! Decía muchas incoherencias cuando se chispaba y se inyectaba cocaína. Pero luego, sereno, me hizo llamar a la delegación comercial de Rusia en Madrid.

—¿Cómo dices?

—Sí, él no se atrevía a hacerlo. Me llevó a una cabina en Sol y a otra en Nuevos Ministerios. Me hizo preguntar por Volkov.

Los tres policías se miraron de nuevo, más asombrados si cabe.

—¿Volkov? —repuso Alsina.

—Sí. Durand deseaba verlo, pero no quería que se supiera que estaba en Madrid. Dijo que solo ese tío podía sacarlo del lío.

—¿Y quedaron?

—Ni idea, las dos veces que llamé yo, el tal Volkov no estaba. —Todos quedaron en silencio.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Alsina pensando en qué hacía un tipo que probablemente estaba relacionado con la CIA llamando a la embajada rusa.

Hubo otro momento de silencio. Los tres policías parecían pensar en su siguiente movimiento. Alsina volvió a tomar la palabra:

—Ese tipo, el falsificador al que lo enviaste…

—¿Sí?

—¿Dónde puedo hablar con él?

El Julián se pensó durante un segundo si dar aquella información, pero recordar las amenazas de los policías le bastó para cantar:

—Se llama Constante. Vive en el barrio de Salamanca.

* * * * *

Cuando llegaron a la pensión, Alsina tenía respuesta a su telegrama. Ruiz Funes decía que lo llamara al día siguiente a las siete de la tarde, pues a las cinco iba a hablar con el hermano de Yvette Ferry. Una buena noticia.

Sampedro y él cenaron con la patrona y los demás parroquianos y salieron a dar un paseo, más para charlar a solas que por otra cosa.

—Ernesto, tenemos que intentar averiguar lo que sea sobre ese ruso, Volkov.

—Llamaré a mi padre.

—Necesitaríamos hablar con alguien que conozca al cuerpo diplomático en Madrid.

—Veré qué puedo hacer.

—Mañana iremos a ver al falsificador. Quiero que a primera hora de la mañana intentes averiguar lo que puedas sobre él. Es bueno que podamos llevar preparado el interrogatorio y que no se nos salga por la tangente.

—Me acercaré a la DGS y veré si hay algo en el archivo y si tiene antecedentes, que los tendrá.

Caminaban por la Gran Vía con las manos en los bolsillos. En un cine ponían *Celos, amor y Mercado Común,* con Tony Leblanc.

—¿Qué cree que pasó con el francés? —preguntó Sampedro.

—Pues de momento sabemos que no se tiró al mar como todo el mundo decía; hemos averiguado que hace dos años estaba vivo y que llegó a Madrid huyendo, que no es poco.

—¿Y eso de los rusos?

—Es raro. Ten en cuenta que este tipo había trabajado con los americanos, así que, si hubiera tenido algún problema con los rusos, lo lógico es que hubiera acudido a la gente de Epstein.

—Exacto.

—Además, Ernesto, ¿qué puede tener que ver un francés que vive de las rentas en Almería con unos rusos?

—Eso digo yo. Pero suponemos que fue mercenario, ¿no? Y luego está la pregunta de siempre: ¿por qué tiene Epstein tanto interés en encontrar a este tipo?

Alsina se paró en seco y miró al chaval.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que nadamos en aguas bastantes profundas.

—Yo también.

—Pues debemos tener mucho cuidado, hijo. Tú y yo somos dos tipos del montón. Hay que ser cautos.

Sampedro asintió y siguieron caminando.

* * * * *

Cuando Alsina despertó a la mañana siguiente, Sampedro ya se había ido a la DGS a hacer lo que le había mandado. El chaval era diligente, eso no se le podía negar, aunque no le cabía duda de que debía de informar a sus superiores de todo lo que iban averiguando. Gajes del oficio. Aquello era una dictadura y era raro el edificio donde no había un chivato del Régimen o alguien del Somatén.

Se entretuvo ojeando la prensa mientras desayunaba un buen tazón de café con leche acompañado de unas porras. Perón había sido proclamado presidente en Argentina y la prensa del Régimen

franquista se mostraba indignada porque Nixon no había hecho ni una sola alusión a España durante su discurso conmemorando el Día del Descubrimiento. Había dicho, además, que Colón era italiano, y eso para el franquismo suponía un enorme agravio. Seguían teniendo aquellos delirios de grandeza de que España fue una vez imperio.

Pensó en que la relación del franquismo con los yanquis era curiosa, cuando menos; por un lado, era su aliado preferente en Europa Occidental, pues era un país donde podían instalar bases e, incluso, armamento nuclear sin tener problemas por ello con la opinión pública, como ocurriría en Francia o Alemania. El asunto de las bombas de Palomares había demostrado que España era pieza clave en la guerra fría contra los rusos.

Pero, por otra parte, la prensa afecta seguía denotando un antiamericanismo que no podían disimular y, mientras, Franco no llegaba a tener mala relación con rusos, chinos y árabes. Y el precio del petróleo comenzaba a ser un problema para Occidente.

Aburrido, Alsina tomó un ejemplar de *Juan Salvador Gaviota* que vio sobre la mesita de café del salón y se puso a leer.

A eso de las once y media llegó Sampedro.

—Novedades, jefe —informó el chaval tras pedir un café con leche a doña Blasa. Sentados en el salón principal, Alsina encendió un cigarro y Ernesto dio cuenta del café.

—He hecho las dos gestiones. He hablado con mi padre, que me ha dado el teléfono de un buen amigo del cuerpo diplomático. Ha viajado por medio mundo y ahora está aquí en Madrid, en Asuntos Exteriores. Le avisará de que le vamos a llamar. Conoce a todo el mundo.

—¿Y lo otro?

—Es lo primero que hice. Constante Domínguez Centenero vive donde nos dijo el Julián, en pleno barrio de Salamanca, en la calle Príncipe de Vergara.

—Extraño lugar para un falsificador.

—O quizá el mejor. Un barrio de gente de dinero.

—¿Y bien?

—Es hijo de buena familia. Su padre llegó a teniente coronel, afecto al golpe de Franco, y la madre era de buena sociedad. Murieron hace años y él es hijo único. Estudió Historia y parece que era un apasionado de los legajos, un ratón de biblioteca.

Sampedro puso una foto sobre la mesita de café. El tal Constante era un tipo calvo, anodino, no muy mayor. El joven agente continuó hablando:

—El chaval no era trigo limpio y se vio envuelto en un suceso extraño con una corista. Él era estudiante y parece que prometedor, pero se encaprichó de ella y se dijo que se había gastado un dineral en regalos, que hasta le puso un piso…

—La historia de siempre.

—Peor: después de gastarse media herencia antes, incluso, de que falleciera la madre, como la chica no respondía, al parecer, a sus solicitudes eróticas como antaño, hubo un incidente.

—Define incidente.

—La chica fue a comisaría denunciado que la había violado y pegado una paliza. He visto el atestado y este decía que iba llena de cardenales.

—Mal asunto.

—Los amigos del padre intervinieron, y, al parecer, convencieron a la chavala para que cambiara de aires. Creo que anda por Uruguay. Pero ahí se truncó la carrera académica de nuestro Constante. Cuando murió la madre, como vivían de la pensión de viuda y a él se le daban bien los documentos, parece que empezó con las falsificaciones. Primero cosas para él, carnets falsos para comprar en economatos del sindicato, algún cheque…

—¿Ha estado en prisión?

—Dos veces, pero poco tiempo. Las cantidades con las que trabajaba eran pequeñas. Pero su estancia en la trena le permitió hacerse un nombre entre el mundo de la delincuencia, y así obtuvo lo que necesitaba: clientes. Porque bueno modificando documentos

ya lo era. Vive en una zona excelente y es discreto. Parece que le da para vivir.

—¿Y los vecinos?

—Creo que no tienen ni idea. En uno de los informes se dice que ha falsificado papeles hasta para los de la ETA.

—Eso es falso —sentenció Alsina.

—¿Y eso?

—Piensa, hijo: un grupo terrorista elude como la peste el trato con delincuentes comunes porque, en cuanto estos se meten en un lío, les cuentan lo que haga falta a las fuerzas de seguridad para escapar. Tienen su propia gente, créeme.

—Tiene lógica, sí.

—Creo que deberíamos hacerle una visita.

* * * * *

Acudieron a Príncipe de Vergara número 17. Constante vivía en el tercer piso. Él mismo les abrió la puerta y, al momento, los miró con aprensión. Era un tipo bajito, del montón, calvo y que vestía una camisa blanca que llevaba abotonada hasta arriba. Parecía mucho mayor de lo que en realidad era.

—¿Constante Domínguez? Policía —informó Sampedro mostrando la placa y adentrándose en la vivienda sin que nadie le invitara a hacerlo.

—No he hecho nada malo —replicó el otro sin que se le preguntara.

—Tenemos que hablar con usted, solo será un momento.

A Alsina le impresionó el tono de su ayudante. Lo hacía bien, no dejaba lugar a la duda. Como si tuviera tablas.

La casa era grande. El pasillo, largo y lleno de pilas de libros que iban desde el suelo hasta el techo. Y él estaba pálido, prueba de que apenas salía de casa y no le daba la luz del sol. Definitivamente, aquel tipo se pasaba la vida leyendo.

Algo repuesto de la impresión inicial, aquel individuo de aspecto miserable, con más pinta de chupatintas que de delincuente, les hizo

pasar a un salón donde tomaron asiento frente a una mesa de café. Se notaba que faltaban muebles por las señales que quedaban en las paredes que Constante no se había molestado en volver a pintar. Tenía el piso medio en penumbra.

Alsina arrojó una foto de Durand sobre la mesa y fue directo al grano:

—Solo queremos que nos digas qué documentos le hiciste a este tío.

Domínguez miró la fotografía y, sin dudar, aseguró:

—No lo conozco.

Alsina y Sampedro se miraron con cara de pocos amigos. Comenzaban a estar hartos.

—¿Nos vas a obligar a ponernos serios contigo? —dijo Julio.

—¡No, no! —repuso el otro alzando las manos—. Es que no me suena su cara, de verdad. Y aunque lo recordara, si cuento por ahí los trabajos que hago a mis clientes me quedaría solo. Tengo que ser fiable. Esa es la clave de mi negocio: la calidad y la discreción.

Alsina lo miró con cara de pocos amigos y poniéndole la mano en el hombro, le habló:

—Vamos a ver, Constante. ¿Cuántos años llevas en este negocio?

El falsificador puso cara de pensárselo y hacer cuentas, y dijo:

—Quince años. —Estaba nervioso; tenía un visible tic en el ojo y se atascaba un poco al hablar.

—Bien —continuó el expolicía—. Entonces sabrás que eso que me dices, lo de la discreción y eso… vale en la mayoría de los casos, sí. Pero hay veces que el tomate es muy gordo. Y cuando eso pasa, sabes que los maderos salimos a por todas. Si un tipo, digámoslo así, ha cometido un acto horrendo que moviliza a medio cuerpo de Policía, ¿merecería la pena que fueras tú a la cárcel solo por haberle hecho un pasaporte?

Alsina esperó la respuesta.

—No —respondió Constante.

Otro tic, está vez en el lado derecho de la cara.

—De acuerdo. Porque cuando hay un suceso, digamos, gordo, se pone en marcha el ventilador de la mierda. Y eso se lleva por delante a mindundis como tú así —chasqueó los dedos—. Has ido a la trena dos veces, y eso quiere decir que ya no tienes quien te avale. Si no nos ayudas en esto, te juro que me encargaré personalmente de que pases diez años en el trullo.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por tráfico de drogas.

—Yo no trafico.

—Dame tiempo.

Quedaron en silencio. A Constante le temblaban las manos. Estaba muerto de miedo. Al final, cedió:

—Le hice un trabajito. Me lo envió un conocido.

—Del Pozo.

—¿Cómo saben ustedes eso?

—Nuestro trabajo es saberlo. Sigue.

—Vino con prisa, parecía muy nervioso. Yo diría que era drogadicto. —Alsina reparó en que Constante, a fin de cuentas, no era tonto ni mucho menos.

—¿Y de qué nacionalidad le hiciste el pasaporte?

—¿Pasaporte? ¿Qué pasaporte? Quería un DNI. Alsina y Sampedro se miraron sorprendidos.

—¿Un DNI has dicho?

—Sí, en realidad es lo que más hago. Ustedes se creen que me dedico a la delincuencia internacional, pero de todo lo que falsifico, los DNI son lo que más vendo. Y, no crean, sobre todo a chavales de menos de veintiuno para entrar en discotecas o alquilar habitaciones de hotel para beneficiarse a alguna chica.

Sampedro sonrió divertido. Alsina volvió al tema:

—Y ese DNI, ¿recordarás…?

—Yo anoto todo lo que hago. Vengan.

Siguieron a aquel tipejo por el estrecho pasillo y llegaron a una habitación atravesando una amplia cocina. Daba al patio interior, la que fuera en su tiempo habitación de servicio. Allí, Constante tenía

su sanctasantórum un gran tablero inclinado, como de delineante, bolígrafos y rotuladores Rotring, varias máquinas de escribir y una fotocopiadora. Vieron varias cámaras de fotografía e impresos del DNI que parecían auténticos. Mejor no preguntar.

Constante se dirigió a un archivador donde había miles de fichas. Buscó, rebuscó y, al final, exclamó:

—*Voilà*.

Alsina y Sampedro se acercaron. Era una ficha con todos los datos del DNI falso.

—Nos la llevamos —informó Alsina, y luego leyó en voz alta el contenido de la misma—. André Martínez Gómez, nacido en Tolouse; calle Cava Baja, 8.

—Hice ver que era hijo de emigrantes españoles en Francia por lo del acento. Así pasaría desapercibido —aclaró Constante.

—Inteligente treta —apuntó Alsina.

—Gracias —contestó el falsificador.

—La dirección será falsa, supongo.

—Claro. No vive allí.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Ni idea. Me quedó claro que tenía dinero porque no me puso pegas al precio, no me discutió ni una sola peseta. De hecho, me pagó más para que lo hiciera antes; le corría mucha prisa. Pero ahora, con un DNI nuevo, puede estar en cualquier lugar de España dándose la gran vida.

Alsina y Sampedro comprendieron que ya tenían lo que querían. Cuando ya se habían girado para marcharse, Constante se dirigió a Alsina:

—¿Seguro que usted es policía? No he visto su placa.

Julio llevaba unos pantalones de pana, jersey fino azul marino y camisa de cuadros. Parecía un profesor de instituto, un progre más de los que tanto abundaban en aquellos días de agonía del franquismo.

—Ni la vas a ver, Constante. Gracias.

Un diplomático

A las siete de la tarde Alsina pudo, al fin, hablar por teléfono con Ruiz Funes sobre Yvette Ferry.

—¿Has podido hablar con el hermano?

—Afirmativo —contestó Joaquín al otro lado de la línea telefónica.

—¿Cómo está Rosa?

—Perfectamente.

—¿Y Julito?

—El nene está para comérselo. Pregunta por su padre.

Alsina suspiró.

—¿Sigue enfadada conmigo?

—Más o menos.

—¿Le has dicho que me contaste lo del embarazo?

—¿Estás loco? Me mataría.

—Pues yo pensaba que precisamente eso podría aliviar la situación y hacer que accediera a hablar conmigo.

—Déjame unos días, iré suavizando las cosas. ¿Allí bien?

—Sí, todo correcto; no tengo problemas y me facilitan el trabajo. Pero vamos al grano que estas llamadas cuestan un dineral.

—Tengo que decirte que me debes una buena cena: me ha costado sangre, sudor y lágrimas hablar con el hermano. Hasta tres veces me pasé por su casa. Dejé recado a la portera, pero el tío es un bohemio y andaba por Nantes en una exposición. Tuve la suerte de poder hablar con su marchante y él me facilitó las cosas.

—¿Y ha ido bien?

—Sí, Raymond Ferry parece buen tipo. Cuando le he preguntado por su hermana y su matrimonio se ha mostrado indignado; con Durand, claro. Se refiere a él como «ese puto loco» y «ese maldito asesino». Al parecer ni la familia ni los amigos querían que estuviera

con él. De hecho, Yvette le dejó un par de veces. La chica pertenecía a una buena familia, clase media, gente decente. Ella, de hecho, estudió Magisterio y era una joven muy responsable y brillante en los estudios, pero…

—Conoció a Durand.

—Exacto, ella comenzó a ir por las asambleas estudiantiles y allí lo conoció.

—¿Él estudiaba? —repuso Alsina sorprendido.

—Pues el cuñado dice que no, que acababa de llegar de la Legión Francesa.

—¿Y qué hacía ese tipo en asambleas de estudiantes? ¿No sería un infiltrado de la Policía?

—No sé. Posiblemente. El caso es que quedó deslumbrado por ella y ya no se lo quitó de encima. Andaba medio obsesionado. Según me ha dicho Raymond, él viajaba mucho y había períodos de tiempo en que no se sabía ni dónde estaba. Cuando se casaron, vivieron en Madrid un par de años, pero ella se hartó y volvió a París.

—Vaya.

—El tío era obsesivo, la controlaba, ya sabes. Parece que se jugaba la paga antes de recibirla.

—¿Jugaba?

—En el canódromo.

—Interesante.

—Ella lo dejó y él se fue a Estados Unidos, pero siempre reaparecía y la convencía para que volviera con él —explicó Ruiz Funes—. Según Raymond, todos a su alrededor le decían «algún día te va a matar». Y mira.

—¿La maltrataba? —preguntó Alsina.

—Parece que sí.

—Me temo que esta historia la hemos visto muchas veces ya, amigo.

—Así es, nunca me he arrepentido de dejar la Policía —dijo Joaquín. Alsina quedó en silencio.

—¿Algo más? — Apuntó de nuevo Ruiz Funes.

—No. ¿Está todo?

—Sí, creo que no me olvido de nada.

—Pues te dejo. Habla con Rosa por mí, ayúdame. Y cuidaos.

* * * * *

Agustín de Salazar y Vilches los citó a comer en el Café Gijón a las dos y cuarto de la tarde. Cuando llegaron, el diplomático ya degustaba un vermú con aceitunas y se levantó para saludarlos muy amablemente. Era un tipo alto, delgado, con el pelo peinado hacia atrás y canoso. No en vano, tenía más de setenta años, aunque seguía en activo. Entre bromas dijo que había pedido «un pequeño despacho en el ministerio, más para ayudar que para otra cosa». Pero se notaba a la legua que tenía mando en plaza.

Era de muy buena familia y terminó Derecho dos años antes de lo habitual con notas muy brillantes. Ya por aquel entonces hablaba tres idiomas y tocaba el piano. Estaba destinado en el cuerpo diplomático y, durante la República, trabajó para esta en Francia, Alemania e Italia. El alzamiento le pilló en Ámsterdam, así que pasó a la España de Franco a través de Francia y recaló en el País Vasco, donde hizo la guerra con el padre de Sampedro.

Don Agustín ordenó unos aperitivos para sus invitados y dijo:

—Ya me diréis. Yo por mi Blas, ¡lo que sea!

Alsina sonrió por lo que Salazar se vio obligado a aclarar:

—Hice la guerra con el padre de este mozo y me salvó la vida en más de una docena de veces. A los diplomáticos, lo de pegar tiros no se nos da bien. ¿Tu madre bien, hijo?

—Me dicen desde casa que todo perfecto. Lo importante es la salud —respondió el joven agente.

—Pues tú me dirás.

Alsina miró a Ernesto como diciéndole que hablara él, ya que era quien tenía confianza con aquel hombre.

—Verá, don Agustín: aquí Alsina, expolicía de los buenos, ha sido llamado para que intente aportar algo a un caso que está frío.

—¿Frío?

—Sí, que se ha estancado y ha pasado mucho tiempo como para conseguir testimonios o pistas que abran nuevas vías de investigación.

—¿Y él es como un detective privado?

—No; soy, digamos, un asesor externo —apuntó Alsina.

—Entiendo.

Sampedro siguió con su relato:

—Investigamos un asesinato: un francés que no era trigo limpio y que, se cree, degolló a su mujer y a sus hijos en Vera, Almería.

El diplomático hizo un gesto de desagrado con la boca.

—Don Julio y yo tenemos elementos de juicio más que suficientes para sospechar que, después del crimen, se vino a Madrid.

—¿Y de eso hace?

—Dos años.

—¿Y era francés? —Ambos asintieron—. Habrá volado.

—No —dijo Alsina.

—¿Cómo que no?

Sampedro apuntó entonces:

—Sabemos que nuestro hombre buscó refugio en casa de un amigo en El Pozo del tío Raimundo.

—Vaya, debe de ser un buen elemento.

—No es una monja ursulina, no. Necesitaba papeles y acudió a un falsificador al que hemos exprimido el jugo: solo se hizo un DNI.

—¿Un pasaporte no?

—No. Nosotros también pensamos que habría ido a hacerse un pasaporte nuevo, porque los que pudiera tener, y sabemos que tenía varios, ya estaban quemados; imposible echar mano de ellos. Pero no lo hizo. Así que parece que, sorprendentemente, se quedó aquí. Nos han informado de que llevaba encima una gran cantidad de dinero y de que se estará haciendo pasar por un hijo de emigrantes franceses que está retornando a la patria.

—Interesante asunto, pero ¿dónde entra en esto un viejo diplomático como yo?

En ese momento sirvieron los canelones llenos de changurro que Salazar había insistido en encargar. Pidió un vino de Burdeos que a Sampedro le supo un poco a fruta. Alsina declinó beber alcohol notando que, con una mirada, el diplomático intuyó su pasado de alcohólico. Con mucho tacto, Sampedro retomó la palabra:

—Mire, don Agustín. Este hombre, René Durand, según su nuevo DNI André Martínez, tiene un pasado, digamos, complejo…

—Legión Francesa, mercenario y puede que colaborador de la CIA, entre otros —cortó Alsina.

Salazar ladeó la cabeza. Apoyó las manos en la barbilla dejando asomar unos llamativos gemelos que bien podían ser de brillantes.

—Uno de tantos: hay mucha gente así en el mundo de las agencias. A veces se convive con ellos en las legaciones en el extranjero, claro. Tipos duros, pero necesarios —señaló.

Sampedro añadió:

—Cuando llegó huyendo a Madrid, hablaba como un loco: decía que tenía miedo a los rusos. Aunque hay que tener en cuenta que es un toxicómano, y un alcohólico.

—¿A los rusos?

Los dos policías asintieron.

—Además —terció Alsina—, quería hablar con un tipo de la legación comercial rusa, pero a través de su amigo. Era obvio que le temía.

—¿Con quién?

—Un tal Volkov.

—Yuri Volkov.

—¿Lo conoce? —preguntaron los dos agentes al unísono.

—El cuerpo diplomático no deja de ser un mundo pequeño; nos conocemos todos.

—¿Y?

—¿Están buenos los canelones?

—¡Deliciosos! —exclamó Alsina.

—Pues dejen sitio que he pedido también bacalao. Es el pescado más exquisito.

Sampedro y Alsina no sabían qué decir. Salazar se metió en la boca una pequeña porción de canelones. Masticó como deleitándose. Tragó y entonces apuró un pequeño trago de vino. Se secó los labios con la servilleta, en un elegante y estudiado gesto, y dijo:

—Ese Yuri…

—¿Sí? ¿Yuri?

—Yuri Volkov, sí. Es, oficialmente, personal diplomático. Adjunto al agregado agrícola. En principio deberíamos pensar que es un chupatintas más de la delegación comercial, pero no: es KGB.

Alsina y Sampedro volvieron a mirarse.

—Mal asunto, ¿eh? —dijo Salazar a la vez que llamaba la atención del metre para que se acercara y así poder ordenar un vino blanco para el pescado.

—¿Y qué podemos hacer?

—Pues si no tenéis amigos en el Mossad, que son los mejores, o en la CIA, que tampoco son mancos, yo preguntaría al más doméstico pero cercano a vosotros, el SECED.

Alsina puso cara de no enterarse de nada, así que Sampedro aclaró:

—Don Julio lleva años viviendo en París, por eso no sabe a qué se refiere usted. —Se dirigió entonces a Alsina—. El SECED se creó el año pasado. Es el Servicio Central de Documentación, directamente a las órdenes de Carrero Blanco. Aunque, dicho sea de paso, se encarga más de lo interno que de lo externo; sobre todo, de los intentos de subversión contra el Régimen.

—Los espías. Están desplazando al antiguo SIAEM —añadió Salazar.

—¿Una nueva agencia que no es la inteligencia militar del Alto Estado Mayor? —preguntó el expolicía.

—Más o menos, don Julio —respondió Sampedro.

Entonces, cambiando de tercio de manera espectacular, Salazar dijo:

—¿Y vive usted en París, amigo? ¡La ciudad de la luz! Allí tuve yo la mejor amante que he conocido en mi vida, con permiso de mi señora, claro. Teníamos un ático cerca de los Campos Elíseos, qué tiempos.

Se hizo obvio que daba esa parte de la conversación por terminada. Salazar no quería hablar más del tema. La cena transcurrió ya entre anécdotas y chascarrillos del diplomático que había vivido una vida más que interesante, estimulante y, a ratos, peligrosa. Se notaba que había sido y era más de lo que decía, así que les prometió que tendrían una entrevista con alguien del SECED.

Espías

A la mañana siguiente, Alsina y Sampedro charlaban tomando un café con porras en el Comercial. El expolicía había decidido acudir allí porque no quería hablar de ciertos asuntos en la pensión, tanto por la patrona como por otros inquilinos. El periódico informaba de que había estallado la guerra en Oriente Medio. Los israelíes y el mundo árabe estaban de nuevo metidos en un conflicto bélico; una mala noticia.

—Aquí dice que es el peor episodio desde la guerra de los Seis Días —informó Sampedro.

—Mal asunto. Si ya estaba la cosa jodida con los carburantes, esto va a subir por los aires el precio del petróleo.

—¿Usted cree?

—Ya lo verás. Pero hablemos de lo nuestro; estamos un poco perdidos.

—¿Qué hacemos? —preguntó el chaval.

—Pues la verdad, no lo sé. Este caso, que parecía un asesinato brutal pero simple, se ha ido complicando.

—Ya.

—Algo me imaginé cuando Epstein casi me obligó a aceptar el trabajo en París. Estaba claro que aquí había algo más.

—Ellos saben bien cómo investiga usted y sufrieron las consecuencias. Mi padre dice que cuando alguien es bueno en lo suyo y les toca las pelotas a los americanos, estos lo fichan.

—Será eso, hijo. Pero no sé qué hacer.

—¿En cuanto a qué? Creo que ha hecho usted un buen trabajo.

—Hemos.

Sampedro no pudo evitar que se le escapara una sonrisa de satisfacción:

—Mire, don Julio, sabemos que el crimen no lo cometió una sola persona. Sabemos que Durand estaba vivo y huyó a Madrid. Sabemos hasta su nuevo DNI. Por tanto, es de esperar que siga oculto aquí. Sabemos que tenía miedo a los rusos e intentó ponerse en contacto con uno de ellos.

—¿Te das cuenta? Esto no es un simple caso de asesinato. Lo supe desde el primer momento. Durand es importante para los americanos y lo quieren localizar, ese es el caso.

—Y usted no sabe si contarles lo que ha averiguado.

—Exacto. Por un lado, digo: ¿a mí qué más me da? Pero, por otro… experimento como cierta desconfianza. Todo apunta a un agente, mejor, un exagente o si acaso un viejo colaborador, un paramilitar, que está fuera de control. Por eso me preocupa lo de los rusos, ahí ya entramos en profundidades en las que tú y yo seríamos dos pececitos en un mar infestado de tiburones.

—No se puede describir mejor.

—¿Estás informando a tu gente de todo?

Sampedro puso una cara rara, indescifrable.

—Bueno… —dijo tímidamente—. De todo, todo, no.

—¿Estás loco? ¿Cuál es tu función?

—Ayudarle; fueron muy claros al respecto.

—¿Y qué más? Tendrás que informar a tus superiores, ¿no?

—Averiguar qué va usted sabiendo.

—Luego, debes hacer lo que te dijeron.

—¿Y usted?

—Eso es lo de menos. No vayas a joderte tu carrera por un viejo expolicía.

Los dos quedaron en silencio, mirándose.

—Mire, don Julio, no sé si ha notado que las cosas están cambiando.

—No tanto como deberían.

—Lo sé, lo sé, pero soplan aires de cambio. Me consta que usted conoce las distintas familias que integran el Régimen, pero se puede decir que últimamente todo se ha simplificado bastante: de un lado

están los que quieren que esto siga a la muerte del Caudillo, o sea, un franquismo sin Franco; y, por otro, estamos aquellos que creemos que debemos dar paso a otro sistema.

—¿Y ese sistema es?

—La democracia. No, no crea que soy uno de esos comunistas, ni siquiera soy de izquierdas, pero somos muchos los que, perteneciendo al sistema, entendemos que esto debe ir convirtiéndose, poco a poco, en otra cosa. Porque si seguimos en una dictadura, ya podemos olvidarnos del Mercado Común.

—No andarás metido en líos.

—No, tranquilo, en absoluto, pero mi trabajo en la DGS me hace valioso y de vez en cuando me piden alguna que otra información, ya sabe, los reformistas. Por eso no cuento todo lo que vamos averiguando sobre Durand. No olvide usted que, en última instancia, el ministro de la Gobernación es Arias Navarro y no me fío. Es uno de los del búnker.

—¿No te estarás arriesgando mucho?

—Descuide, Julio, no soy tonto. Además, hablamos de gente del Régimen, con mano. Sería peligroso para mí si militara en la oposición.

—Eso sí.

—Ahí sí que podría buscarme la ruina. Pero yo cumplo todas las condiciones: fui flecha a los siete años e ingresé en el movimiento con veinte.

—¿Y tu padre? ¿Qué pensaría de esto?

—No le haría gracia, está claro.

—¿Y te da igual?

—Mi padre es, en efecto, un camisa vieja, pero todo esto le supera, está ya muy mayor.

—Ya.

—Mi padre es de una generación y yo de otra.

—En eso te doy la razón. Los tiempos cambian y supongo que hasta el Régimen deberá evolucionar.

—Un sector del Régimen, Julio.

Quedaron en silencio unos instantes y luego Sampedro volvió al caso que les ocupaba:

—Yo creo que no vamos mal —aseguró.

—Pero estarás de acuerdo conmigo que cuando aparece la palabra «rusos» de por medio, el asunto empieza a superarnos.

—¿Y no sería un delirio de Durand? Sabemos que era un tipo inestable, con estrés de guerra, adicto a la cocaína y medio alcohólico.

—Podría ser, sí.

—Si pudiéramos encontrarlo…

Alsina quedó pensativo y se pasó la mano por la barbilla:

—¿Sabes? La gente suele ser fiel a los viejos vicios, no pierden los hábitos así como así.

—¿Y?

—El cuñado de Durand le dijo a Ruiz Funes que el tío se dejaba hasta las pestañas apostando a los galgos. Igual podríamos darnos una vuelta por el canódromo y enseñar su foto.

* * * * *

La entrevista con el agente del SECED que era conocido de Salazar, el diplomático, fue de lo más rara. Don Agustín les dijo que acudieran a la cafetería del Corte Inglés de la calle Preciados. Allí pidieron unos cafés en una mesa lo más apartada posible y esperaron. Al rato llegó un tipo bajito y regordete, con barriga cervecera, el pelo algo rizado y con amplias entradas. Iba vestido con un pantalón de pana y un jersey de punto verde. Una camisa de color blanco asomaba por el cuello redondo del mismo.

Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Los amigos de Salazar? —preguntó el desconocido.

Alsina asintió:

—Sí, yo soy Julio Alsina y este es Ernesto Sampedro. ¿Y usted es?

—Nada de nombres.

El desconocido se sentó. Llevaba un periódico doblado en la mano. Alsina pensó que, probablemente, estaba grabando la

conversación.

—Ustedes dirán. Quieren saber algo de un tal Durand, ¿no?

Los dos asintieron.

—No está en nuestro radar. No nos consta que sea de la CIA; ya saben, de la gente que tienen aquí. Será un colaborador externo.

—¿Externo? —preguntó Sampedro.

—Hasta los servicios secretos tienen gente de fuera para hacer cosas que no deben salpicar al servicio: confidentes, colaboradores voluntarios y, por supuesto, gente de acción. Supongo que ese habrá sido su papel con los americanos.

—Salazar le ha contado todo lo que sabemos, ¿no?

—En efecto.

—Tenía miedo a los rusos, o eso dijo, aunque también le diré que el tío se inyectaba cocaína y bebía como un cosaco. En sus delirios, parece ser que decía tonterías sin fin.

—¿Como qué?

—No entiendo.

—¿Qué tipo de tonterías decía? Ponga un ejemplo.

Alsina hizo memoria y recordó la conversación con la joven camarera del chiringuito:

—«Yo maté a Kennedy», por ejemplo.

El espía alzó las cejas, muy sorprendido. Quedaron en silencio.

—Los rusos —dijo entonces el desconocido, volviendo al tema.

—Quería hablar con un tipo llamado Yuri Volkov —contestó Alsina.

—KGB.

—¿Y qué podemos hacer?

—Es un ayudante de no sé qué en la delegación comercial rusa, pero sabemos que es de la célula que tienen aquí, el número dos. Un tío peligroso, ya saben; de la vieja escuela.

—¿Cree que podríamos hablar con él?

—Yo no lo haría.

—Ya, de acuerdo, pero en el caso de que quisiéramos hacerlo, ¿dónde podría encontrarlo?

—A Volkov le gusta la buena vida. Mucho comunismo, mucho comunismo, pero el champán y las chicas con minifalda son la perdición de estos tíos. Hay una serie de discotecas en los bajos de Princesa. Casi todas las noches se deja caer por Cerebro, pero yo no me acercaría a ese tío. Les insisto, es peligroso.

Alsina y Sampedro se miraron.

—¿Cómo de peligroso?

—Pues les diré que yo, que me dedico a esto desde hace mucho tiempo, ni me acercaría a él. —De pronto, se levantó y soltó—: No tengo nada más que decirles.

Y se fue caminando con el periódico en la mano derecha y la izquierda metida en el bolsillo.

—Vamos a ir a esa discoteca, ¿verdad? —preguntó Sampedro con esa ingenuidad que a veces le caracterizaba.

Alsina sonrió divertido.

* * * * *

Alsina y Sampedro parecían dos peces fuera del agua en la discoteca Cerebro, uno de los lugares de moda en Madrid a donde acudían a bailar los yeyés del momento. Después de cenar en la pensión, habían cogido un taxi y se habían plantado en los bajos de Princesa.

Cerebro era una sala con el techo repleto de bolas de cristal que reflejaban las luces de los focos en todas las direcciones como si aquello fuera un inmenso caleidoscopio. Se sentaron en una pequeña mesa redonda a la derecha de la entrada y pidieron un cubalibre y una cocacola.

Alsina, a la hora de pagar, deslizó un billete de quinientas pesetas en la mano del camarero y le dijo:

—Busco a un ruso, Volkov.

El camarero, discretamente, dirigió la mirada a dos hombres que estaban sentados hacia el centro de la sala, algo pegados al escenario y comiéndose con los ojos a unas jóvenes que se agitaban como posesas bailando una canción de Los Bravos. Esa noche no había actuación y el pequeño escenario era parte de la sala de baile.

El ambiente era de lo más moderno que se podía encontrar en la capital: mucho pantalón de campana, permanentes y patillas, camisas abiertas hasta la pechera y las chicas con atrevidas minifaldas que eran cosa impensable en España apenas hacía diez años. No es que fueran grandes cambios, pero algo se estaba moviendo en aquella sociedad, estaba claro, y el franquismo no iba a poder controlarlo.

Alsina y Sampedro observaron con discreción a Volkov, que se encontraba muy cómodo en aquel ambiente. Bebía champán con su compañero, un tipo recio con pinta de gorila, y vestía enteramente de negro con jersey de cuello vuelto, chaqueta y pantalones del mismo color. Tenía un cierto aire siniestro con el pelo abundante, al estilo de un componente de los Beatles, pero más largo por detrás. Sus rasgos tenían un aire algo asiático, quizá siberiano.

El ruso hacía bromas a las chicas del escenario y oteaba el horizonte en busca de alguna presa cuando reparó en Alsina. Se miraron.

Este entendió que ya no cabían disimulos; aquel tipo era un profesional y ya le había detectado, así que se levantó y se acercó al ruso.

—¿Volkov? —preguntó.

—¿Quién lo quiere saber? —respondió él en un español más que correcto, sin apenas acento.

—Me llamo Alsina —dijo Julio tendiéndole la mano a la vez que esbozaba la mejor de sus sonrisas—. Investigo un asesinato y quería hacerle unas preguntas.

El ruso, sin levantarse, miró a su amigo el gorila y, con una sonrisa en la cara, le dijo algo en su idioma. El otro soltó una carcajada. Sin duda hacían una pareja siniestra.

Alsina se notaba en tensión. La gente así era muy peligrosa. Lo sabía por experiencia. Sentía esas mismas sensaciones cuando se las había tenido que ver con gente de la Político-Social.

El ruso le hizo volver a la realidad, diciendo:

—Siéntese, por favor. ¿Quiere una copa?

—No, gracias, no bebo. Además, no le molestaré mucho: se trata de René Durand.

Notó que el espía hacia un gesto de desagrado, pero Alsina sabía que tenía que insistir y conseguir algo.

—Son guapas las chicas de aquí, ¿verdad? —dijo el ruso. Estaba claro que no le interesaba el asunto.

Alsina no se dejó distraer y tampoco quería perder el tiempo andando de cháchara con un tipo tan desagradable como aquel. Insistió.

—Investigo el asesinato de su mujer y sus hijos, de los que él es sospechoso, y una pista me ha traído hasta Madrid, donde sé que se escondió.

—Pues usted no parece policía, con esas pintas. Su amigo, el jovencito de aquella mesa, sí. Alsina reparó en que el volumen de sus patillas, unido al bigote, le daba un cierto aire izquierdista, casi yeyé.

Insistió:

—¿Qué me dice de Durand?

—No me suena ese nombre.

—Pues él quiso ponerse en contacto con usted, aunque no se atrevía a llamarle directamente. Le tenía miedo. Y eso que, me consta, era un tipo duro, bragado en mil batallas.

Volkov movió la cabeza como negando.

—No conozco a ese señor que me dice.

—¿No tiene ni idea de dónde se pudo esconder?

—Le he dicho que no lo conozco.

—Y si lo conociera, ¿dónde lo localizaría?

El ruso lo miró con aire divertido; parecía que Alsina le había caído bien, aunque era obvio que su atrevimiento le había resultado chocante.

—Mire, amigo….

—Alsina. Julio Alsina.

—Pues mire, amigo Julio, si lo conociera y lo quisiera localizar, ya lo habría localizado yo mismo, ¿no?

—¿Tenía algo pendiente con ustedes?

—Hay gente con asuntos pendientes con nosotros, con los americanos, con los chinos… Hay gente, punto.

Alsina tomó una servilleta y apuntó las señas de su pensión:

—Mire, señor Volkov, si supiera algo de Durand, le agradecería que me avisara. Es testigo importante en una investigación por asesinato. Esta es mi dirección en Madrid.

—¿Testigo? ¿Seguro? —exclamó Volkov sorprendido.

—Sí, solamente testigo.

Volkov no pudo evitar arquear las cejas.

Alsina sonrió; ahora sabía que Volkov conocía perfectamente al fugado y que le había extrañado que él supiera que Durand era inocente.

—Buenas noches, señor Volkov. Agradecido.

Rosa

Sampedro había acudido a cumplir sus obligaciones en la DGS, así que Alsina estaba desayunando solo mientras ojeaba la prensa. Doña Blasa, la patrona, había hecho unas torrijas que eran una delicia, haciéndole lamentar, una vez más, que no hubiera cosas así en París.

Con respecto al caso, se sentía invadido por una sensación ciertamente agridulce: no le cabía duda de que los americanos le habían encargado el trabajo para localizar a Durand y él, en cierta medida, había cumplido. No solo había llegado a la conclusión de que era inocente de asesinato, sino que había logrado seguir su pista hasta averiguar que, en contra de lo que todos pensaban, no se había tirado al mar, sino que se encontraba en Madrid. O, al menos, en España.

Durand no era tonto; aquellos que le perseguían habrían supuesto que iba a pasar a Francia, así que quedándose en España podía estar seguro, pues era el lugar exacto donde no lo iban a buscar.

Hasta ahí había llegado la investigación. Localizarlo a partir de ahí era como encontrar una aguja en un pajar. Igual estaba en Cádiz que en Tarragona o Badajoz. Y con el asunto de los rusos no había nada que Sampedro y él pudieran hacer, pues eran peligrosos. Aquello le superaba.

Le quedaba el consuelo de haber comprobado durante su visita que el Régimen no era tan fuerte como antaño, y en parte le hacía gracia ver cómo la prensa afecta disimulaba el impulso de la disidencia. En el periódico de aquel día aparecía, por ejemplo, la noticia de que un niño había encontrado, mientras jugaba, un paquete de sesenta kilos de dinamita en un pilar de un puente de

hierro en el Nuevo Nudo de Oyola, cerca de San Sebastián. Habían acudido las fuerzas de seguridad y no había ocurrido nada, afortunadamente, pero era obvio que aquello era asunto de ETA. Pero el diario ni la nombraba. También quitaban hierro los medios afines al golpe de Chile haciendo públicas unas declaraciones del embajador español en el país latino, quien decía que no había habido «más de cuatrocientos muertos tras el pronunciamiento militar». Alsina, leyendo eso, supo que bien podía imaginarse que habrían sido, en realidad, miles.

Tocaron a la puerta de su cuarto. Era doña Blasa, que se asomó y le dijo:

—Le llaman; conferencia.

Julio dio un salto y salió al pasillo con la esperanza de que fuera Rosa.

—Diga —saludó con el corazón a mil.

—Hola —se escuchó al otro lado del hilo telefónico—. Soy yo.

—¡Rosa! Te quiero, todo va bien, gracias por llamar.

—Ya, hablé con Joaquín…

—Sí, me dijo lo del embarazo. Esto lo hago por nosotros. Estoy muy ilusionado y siento tener que haber venido, pero merecerá la pena.

—¿Te chantajearon?

—Bueno…

—Me lo dijo Joaquín.

Alsina disimuló, pues sabía que podían estar escuchándolos:

—Dejémoslo en que me dieron dos opciones: una buenísima y otra muy muy mala.

—¿Y por qué no me lo contaste?

—No os quería asustar.

—¿Y cuándo vuelves?

—No lo sé.

—Pero ¿has resuelto el caso?

En ese momento, una luz se encendió en la cabeza de Alsina. Había averiguado aquello para lo que había sido contratado, e

incluso un poco más. ¿Qué hacía allí todavía? ¿Había vuelto a los viejos hábitos? ¿Seguía teniendo esa manía, esa obsesión, por dar una vuelta de tuerca más y llegar al fondo de los asuntos, donde nadie había podido llegar antes? Y ya había cumplido sobradamente con Epstein. ¿Qué diablos hacía ocultándole información? Entendió que hasta ahí había llegado.

—Sí, de alguna forma sí.

—¿Cómo?

—He resuelto lo que me pedían, así que esta misma tarde hablo con Epstein y, en cuanto sea posible, vuelvo.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Bueno, Julio, te cuelgo, que esto es carísimo.

—Sí, sí…

—Te esperamos. Y te queremos.

Hubo un pequeño silencio y ella añadió:

—Quiero que sepas que entiendo lo que has hecho.

Alsina suspiró aliviado.

—Te quiero, Rosa.

—Te quiero.

Tras el clic que indicaba que la comunicación había terminado, Julio se dispuso a llamar a Epstein.

* * * * *

La conversación con Rosa hizo que Alsina tomara una determinación, llamó a Epstein y lo convocó a mediodía en la cafetería Galaxia. Sampedro no había vuelto de la DGS, así que nada sabía del asunto. Pidió una cocacola y una ensaladilla y, al momento, llegó el americano:

—¿Novedades? —preguntó directamente.

Alsina asintió, abrió su portafolios y puso encima de la mesa una subcarpeta de cartulina donde había acumulado la documentación que aclaraba toda la investigación, desde que llegaran a Vera hasta las últimas averiguaciones realizadas en Madrid.

Epstein sonrió, satisfecho, y pidió un café solo. Era casi la una de la tarde.

—Ya lo he solucionado —informó el expolicía.

—¿Cómo?

—Usted me contrató para resucitar un caso de hace dos años, un caso que estaba frío, casi muerto. Ya lo he hecho, pero he llegado a un punto en el que no puedo seguir. Creo que mi labor termina aquí.

—¿Se encuentra mal?

—No, no, al contrario. Lo digo porque me supera. Esto ya es asunto suyo, ya me entiende, de agencias.

—No entiendo.

—Que esto es cosa ya de servicios de inteligencia. A mí me sobrepasa.

Epstein arqueó las cejas y sonrió satisfecho. Le trajeron el café y, sin ponerle azúcar, le dio un trago.

—Esto es lo que más me gusta de Europa, el café solo. En Estados Unidos te lo sirven a litros muy muy diluido, es como agua sucia. No tiene este aroma ni de lejos. Una maravilla. A veces pienso que me costaría volver a vivir en América.

Alsina lo miró. Seguía en silencio, así que el americano lo apremió:

—¿A qué espera? ¡Cuente, cuente!

Julio, que había terminado la ensaladilla, encendió un cigarro y, mientras el americano abría la subcarpeta para ojear el informe, dijo:

—Vayamos por partes. Lo primero es que sé que usted no me contrató para solucionar el caso de asesinato. Alguien degolló a esa familia y punto. Eso no interesa a la CIA. Usted me contrató para localizar a Durand.

Epstein lo miró impertérrito. A fin de cuentas, era un espía y sabía poner cara de póker. Parecía una esfinge. Julio continuó:

—Iré contándole las cosas que averigüé más o menos por orden cronológico. Todo el mundo, al menos en Vera y entre las fuerzas de seguridad, daba por hecho que Durand mató a su familia y se arrojó

al mar o se suicidó por esos campos de Dios y que el cadáver no había sido encontrado.

—Así es.

—Bueno, lo primero que he averiguado es que Durand no mató a su familia.

Epstein arqueó las cejas.

—Así es —continuó Alsina—. Ese crimen fue cometido por al menos dos hombres, uno zurdo y otro diestro.

—¿Cómo sabe eso?

Alsina le explicó el detalle de la dirección de los tajos en las autopsias.

—¿Ve? Por eso le contraté; tiene usted la extraña habilidad de ver cosas que a otros se le escapan.

—Es porque leo y releo los detalles de los sumarios. Soy muy minucioso y no temo a la parte más anodina de este trabajo.

—Sí, bien hecho. Pero una pequeña observación….

—Usted dirá.

—Que fueran dos no descarta a Durand. Bien pudo hacerlo con otra persona.

—Cierto, pero un crimen de este tipo, en el que se mata a los seres más cercanos, suele ser de tipo pasional. Se realiza en un impulso, en un mal momento que tiene el asesino, y más si median el alcohol y las drogas. Nadie dice a un amigo: «Vente a mi casa a eliminar a mi familia», ¿entiende? No, creo que es evidente que Durand es inocente. Al menos, del asesinato de su familia.

—*Touché*.

Como siempre, Alsina tenía la sensación de que Epstein sabía mucho más de lo que parecía. Parecía ir siempre dos pasos por delante y eso era muy frustrante. Sobre todo, para un sabueso como él. Continuó:

—Averigüé también que Durand, que parecía sufrir fatiga de combate, había sido mercenario por medio mundo. Trabajó, entre otros, para ustedes.

—¿Y eso?

—Luego se lo aclaro. Esa fatiga de combate le hacía beber como un poseso y, lo peor, inyectarse cocaína. Fue sencillo localizar a su proveedor en Vera, Isidro, un tipo al que apodan el Calorro, y que me contara lo del coche con las placas dobladas y que se vino a Madrid. Su proveedor en Madrid, que vive en un arrabal llamado El Pozo del Tío Raimundo, me confirmó que lo escondió durante una semana, y que le dio las señas de un falsificador bastante bueno.

—¿Cómo se llama?

—El traficante, Julián. El falsificador, Constante. Está todo en el informe, descuide.

—Vaya, estoy impresionado.

—Ahora viene lo bueno: el tipo huía, no sabemos de quién, probablemente de la Policía española, de ustedes y de alguien más. Tenía pasta de sobra, pero sus pasaportes estaban quemados. Era lógico que intentara conseguir uno nuevo y salir del país para irse a Francia, pero aquí viene la primera sorpresa.

—¿Sí?

—Se hizo un DNI. Ahí tiene sus datos.

—¿Cómo?

—Ese tío no ha salido de España ni tuvo intención.

—*Motherfucker!* —exclamó el americano mirando las anotaciones.

—No se moleste, la dirección del DNI es falsa. Pero, ojo, Durand no es tonto. Lo lógico era que saliera de aquí lo antes posible y se fuese a algún país de África o Sudamérica donde vivir como un marqués. O a Francia. Pero no, se quedó.

—Lo que menos podíamos esperar.

—Exacto. ¿Ha leído *La carta robada* de Poe?

—Claro, en la universidad.

—Pues ya sabe usted, entonces, que no hay mejor forma de esconder una cosa que dejarla a la vista de todo el mundo.

—¿Y dónde estará?

—Eso es difícil de averiguar, puede estar en cualquier lugar, pero yo, si fuera él, me quedaría en la ciudad más grande de España.

—Madrid.

—Exacto. Pero ahora viene lo bueno. La cosa se complica. Durand parecía, en cierta medida, atormentado por su trabajo. De hecho, una de las cosas que podían hacerle parecer más sospechoso de haber cometido el asesinato de su propia familia era el telegrama.

—¿Qué telegrama? —repuso Epstein muy sorprendido.

—Verá, el día de autos, Durand recibió, a mediodía, un telegrama. Los inspectores que envió Madrid no le dieron importancia y no lo recogieron en el informe, por eso su gente no lo supo. Un cabo de la Guardia Civil lo fotocopió y lo guardó en las cajas donde se almacenaba la información del caso. Aun así, conservó una copia. Un tipo minucioso el cabo Ferrández.

—¿Y dice que usted consiguió ese telegrama?

—Lo que oye.

—¿Ve? Por eso le contraté.

—Sí, ya lo ha dicho. Se repite usted. Tiene ahí fotocopia.

Epstein echó un vistazo al documento y su cara se transmutó. Por primera vez, no pudo disimular su turbación y Alsina, perro viejo, lo notó.

—«Rosco White muerto. Cuidado» —dijo en voz alta Alsina—. Y lo firma John Doe, Juan Nadie.

—Vaya, hace usted los deberes —dijo Epstein con retintín.

—Para eso me contrató, ¿no?

El americano asintió con la cabeza. Aquel maldito expolicía español tenía razón.

Julio siguió hablando:

—Por eso le digo que esto me supera y que tendrán que seguir ustedes. Yo no tengo herramientas para saber quién era Roscoe White, ni por qué una tercera persona ponía sobre aviso a Durand de la muerte otro tipo como si pudiera afectarle de alguna manera, ¿comprende? Además, no es asunto mío.

—Hace bien.

—Ah, y otra cosa.

—Dígame.

—El cartero que le entregó el telegrama asegura que, cuando Durand lo leyó, estuvo a punto de desmayarse. Curioso, ¿no?

—Llamativo, sí.

—Y también supe otra cosa.

—¿Otra más?

—Sí.

Epstein comenzaba a molestarse:

—Usted dirá.

—Las autoridades americanas facilitaron que Durand entrara en España sin que se sellara un pasaporte que llevaba a nombre de Maxim Bonnet. Eso fue en el año 63. Hicieron que no quedara constancia de su entrada en el país.

—*Holly shit!*

—Venía de Canadá.

—Pero… ¿cómo sabe usted todo eso?

—Tengo un amigo en la comisaría de Barajas. En la comandancia de Vera quedó, sorprendentemente, una caja de los enseres de Durand sin examinar. La colocaron en otra estantería. Allí encontré el billete de avión, un pasaporte y multitud de mapas, fotos de Kennedy, de lanzaderas de misiles en Cuba…

—Joder.

—¿Sigo?

—Vale usted su peso en oro, Julio.

—No contentos con esto, un tipo que ha hecho trabajos para ustedes, un contratado externo, un paramilitar con evidentes visos de inestabilidad emocional, se entera de que han matado a alguien, supongo que un viejo colega, y de que debe tener cuidado. Ese día su familia muere y él se quita de en medio, entre otras cosas, porque sabe que le van a cargar el crimen y porque sabe que van a por él.

—¿Quién o quiénes van a por él?

—Los rusos.

Epstein soltó una carcajada.

—¿De dónde se saca eso?

—Se lo dijo al Julián, su proveedor aquí, y le hizo llamar dos veces a la delegación comercial rusa, en concreto a un tipo, Volkov, al que temía mucho, al parecer. Y ojo, Durand, no era precisamente una hermanita de la caridad.

—Vaya.

—Ayer hablé con él.

—¿Con quién?

—Con Volkov.

—¿Con Volkov? —contestó Epstein, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Sí, fui a verle a su discoteca favorita.

—Cerebro.

—Veo que ustedes se conocen entre todos. No saqué nada en claro ni lo voy a sacar, y ahí dije: mi trabajo con la gente de Epstein ha terminado, me voy a casa. Uno debe aceptar hasta dónde puede llegar. Creo que es importante saber aceptar nuestras limitaciones, ¿no cree usted?

Epstein quedó parado, ojeando los papeles que tenía sobre la mesa. Era evidente que estaba sorprendido. Entonces, habló:

—¿Y por qué dice que ha terminado?

—Seamos sinceros: usted quería saber dónde estaba Durand, nada más. Yo tengo pruebas de que está vivo y de que está en España; eso acota la búsqueda. Ah, y de que temía a los rusos, lo que me hace suponer que ellos mataron a su familia. Si no fueron ustedes, claro.

Epstein negó con la cabeza.

—Pues entonces, lo dicho, los rusos —continuó Alsina—. Yo he hecho mucho más de lo que he podido. Lo tiene todo ahí, por escrito. Creo que es el momento de cobrar, de que los españoles me den esos pasaportes y de volver a casa. He cumplido.

—¿Y por qué no me informó de todo esto antes?

—Hasta que no está todo hilado no me gusta presentar el resultado. Corría el riesgo de equivocarme y quedar como un idiota

y, sinceramente, eso es algo que detesto. Cuando hablé con Volkov, entendí que ese era mi tope, que de ahí no iba a pasar.

Epstein se pasó la mano derecha por la barbilla. Iba perfectamente rasurado. Entonces, le miró desde sus profundos ojos azules como si le leyera el pensamiento.

—Tengo que felicitarle, Julio. Sería fantástico contar con alguien como usted aquí, pero entiendo que su vida es París, la librería y su familia…

—Así es.

—Déjeme un par de días para que haga los trámites.

—Se lo agradezco.

—Ha cumplido, y de sobra.

—Y ustedes. Lo reconozco. Y también el Régimen. Tenía mis dudas, pero estoy satisfecho. Usted no me engañó.

—No puede ser de otra manera.

—Ese chaval, Sampedro, es bueno —apuntó Alsina.

—Está en nuestro radar. Tenga en cuenta que interesa que, a la muerte de Franco, esto sea una democracia y los españoles entren en la OTAN y, luego, si es posible, en el Mercado Común.

—Ustedes no pierden ripio. Todo está minuciosamente pensando, ¿no es así?

Epstein sonrió.

—Déjeme un par de días; tengo que hablar con mis superiores. Mientras tanto descanse y tómese unos días libres. En breve le llamaré.

El canódromo

Aquella misma noche, Alsina se empeñó en invitar a cenar a Sampedro en una marisquería de la que le habían hablado, situada en Tribunal, en la calle Santa Brígida. El chaval no lo sabía, pero era una especie de despedida. Era un local con muchos salones, recovecos, reservados y manteles de papel. Popular, pero con un marisco excelente y a precios razonables.

—Se va usted a dejar medio sueldo, don Julio.

Alsina sonrió y dijo:

—Tranquilo, Ernesto, pagan los americanos.

El expolicía dejó que el ambiente fuera cada vez más distendido, no en vano él bebía agua y Sampedro, albariño, lo que le hacía irse entonando y parecer más animado. Alsina tenía ventaja. Cuando acabaron el pulpo a la gallega y atacaban una mariscada de impresión, aprovechó el momento:

—Hijo, esta tarde he hablado con Epstein.

Sampedro levantó la cabeza sin soltar la cigala que tenía entre manos para mirar a su jefe con preocupación. Se iban conociendo.

—¿Y? —preguntó.

—Le he dicho que hasta aquí hemos llegado.

—¿Cómo?

—Sí, Ernesto, me contrataron para revivir un caso que estaba muerto, y lo hemos conseguido. Sabemos que el pájaro anda por España y que algún lío llevaba con los rusos. Punto. Con nuestros medios, no podemos ir más lejos. Que sigan los americanos. Demasiado hemos hecho.

—Pero, don Julio…

—He ido demasiado lejos, Ernesto; se lo he contado todo a Epstein. Sabes que mi mujer está embarazada. Esta misma mañana

me ha llamado. Mi amigo Joaquín ha arreglado las cosas entre nosotros y creo que ha llegado el momento de volver.

Sampedro encajó el golpe, no lo esperaba, pero esbozó una inmensa sonrisa y dijo de corazón:

—¡Enhorabuena, jefe!

—Supongo que lo entenderás, ¿no?

El chaval medio a regañadientes, dijo:

—Es que…

—¿Sí?

—No es solo porque le vaya a echar de menos, don Julio, y no es porque en estos días haya aprendido más con usted de labor policial que en años de academia, cursillos y horas y horas en la DGS…

—¿De qué se trata, hijo?

Sampedro dejó una nécora en su plato, pues no perdía ripio con el marisco, y se incorporó hacia adelante en su silla:

—Esta mañana ha pasado por la oficina un compañero que está en robos. Dentro de esa sección hay varios tipos especialistas en descuideros y carteristas, que, por cierto, los hay muy buenos, pero son todos viejos conocidos nuestros.

—¿Y?

—Curiosamente, va mucho por los lugares concurridos, sobre todo cuando se celebran eventos en que hay multitudes: el rastro, Sol, el hipódromo…

—El paraíso del chorizo.

—Exacto. Los conocen a todos, pero pululan también por el Bernabeú, las Ventas y…

—¿Sí?

—Va mucho por el canódromo. Le he dicho que buscamos a un tipo que es posible que sea asiduo y me ha dicho que no hay problema, que conoce a todos los intermediarios, prestamistas y corredores que pululan por allí. Muchos son informadores suyos.

—Vaya.

—Por eso, su marcha me deja un poco… como a medias.

Alsina quedó pensativo por unos instantes. Entonces, dijo:

—Bueno, en realidad, no es que me vaya ya de ya. Epstein me pidió unos días para arreglar las cosas, informar a sus superiores, ver con las autoridades españolas lo de los pasaportes y, supongo, sacar el billete de avión.

Vio como el rostro de Sampedro recuperaba la alegría:

—¿Le parece, don Julio, si nos pasamos mañana?

—No veo por qué no. Cuenta con ello, hijo.

* * * * *

A la tarde siguiente se acercaron hasta el canódromo que, al ser fin de semana, se veía atestado de público. A Alsina le sorprendió aquello por dos cosas: una, no sabía que en Madrid hubiera tantísima afición a las carreras de galgos; y dos, la naturaleza de aquellas instalaciones, que contaban con graderío cubierto, sala de apuestas, piscina, restaurante y, lógicamente, perreras y la pista para las carreras.

Nada más llegar, Sampedro dijo:

—Mira, ahí está Montiel.

El compañero de Sampedro era un tipo esmirriado, de estatura media y al que el traje le quedaba enorme. Lucía un ridículo bigotillo a lo Fu Manchú y era de tez morena; parecía un bandido mexicano más de los que tanto abundaban en los *spaghetti westerns* de Almería.

—¡Buenas! —saludó el otro muy solícito, tendiendo la mano a Alsina—. ¿Han traído la foto de su pájaro?

Ellos asintieron y le tendieron la instantánea.

—Pidan algo en el bar, que voy preguntando.

Acodados en la barra con unas bebidas y unas aceitunas, lo vieron ir y venir. Habló con una limpiadora, con uno de los taquilleros de la sala de apuestas, con un par de desocupados que serían corredores, conseguidores o traficantes, quién sabe; y luego se perdió entre el graderío.

Al rato, volvió sonriente:

—Vamos fuera —les indicó sin añadir nada más.

Alsina pagó las consumiciones aprisa y corriendo y siguieron a Montiel al exterior, a la Vía Carpetana, una arteria con bastante tráfico y más ruido. Allí los esperaba un tipo bajo, regordete, de esos que se dejan crecer exageradamente un lado del pelo para, con él, tapar su calvicie. Llevaba patillas y el típico bigote de aquellos días, muy poblado.

—Este es Villar —explicó el policía de robos—. Lo dejaremos en que viene mucho por aquí; es aficionado.

—Alsina.

—Sampedro.

Ambos inclinaron un poco la cabeza al decir sus respectivos nombres. Montiel, sin perder un segundo, fue al grano del asunto:

—Cuéntales lo que me has dicho, Villar.

—Que lo conozco.

—¿A quién?

—Al tipo de la foto. Es medio francés.

—¿Viene por aquí?

Villar asintió.

—No tanto como a él le gustaría. Pero hay que decir que esto le vuelve loco.

—¿Y eso? ¿Por qué no puede venir mucho? No creo que sea por el dinero —intervino Alsina.

—Es que solo libra los domingos.

Alsina y Sampedro se miraron. ¿Durand trabajaba? Si tenía dinero a espuertas. Estaba claro que no era tonto. Tener un trabajo honrado era la mejor forma de pasar desapercibido.

—¿Vendrá mañana? —preguntó Alsina.

—No, vino el domingo pasado y me consta que se controla. Al tío le gusta jugarse hasta las pestañas y de galgos sabe un rato, ojo, pero es disciplinado y duro. Nunca viene dos domingos seguidos «para no recaer», según me dijo.

—¿Sabes en qué trabaja, Villar? —preguntó Alsina.

—¡Claro! —dijo el testigo muy resuelto—. Es instalador de gas. A mí me revisó la instalación de casa y a muy buen precio.

Alsina y Sampedro se volvieron a mirar intentando disimular su emoción. Aquello era increíble. Entonces, con mucho tiento, para no llamar demasiado la atención, Julio preguntó como el que no quiere la cosa:

—¿Tendrás su tarjeta?

—Me la dio, pero la perdí…

Los policías se miraron con fastidio.

—Pero sé dónde vive; fui a su casa a pagarle.

Alsina tuvo que esforzarse por que su cuerpo no le delatara, pues a punto estuvo de dar un salto con los puños cerrados, como el que marca un gol. Aquello era un golpe de suerte. No podía creerlo.

—Tomen nota, que no me quiero perder la siguiente carrera: vive en la Prospe, en la calle Zabaleta, no recuerdo el numero ni el piso, pero está justo enfrente de un bar que se llama Manolo.

Y dicho esto, tras preguntar si no se les ofrecía nada más, se alejó como había venido. Sampedro dio las gracias a Montiel asegurándole que le debía una buena comida en un asador de su elección y, tras parar el primer taxi que pasó junto a ellos, se fueron en busca de Durand. No querían perder ni un segundo.

* * * * *

Alsina y Sampedro se instalaron en la mesa más cercana a la ventana del bar Manolo. Justo enfrente quedaba un único portal, así que supusieron que debía ser aquel al que se refería Villar. Pidieron unos calamares a la romana y dos refrescos.

—Igual estamos dando palos de ciego —dijo Sampedro.

—El tipo ha reconocido a Durand en la foto, no creo que exista duda al respecto.

—Pero aquí sentados, no sé… Tendríamos que tener mucha suerte de verlo pasar.

—No quiero hacer preguntas, de momento. No llamemos la atención. Paciencia, hijo.

—Como diga usted.

—Son las siete y media, quizá llegue de trabajar. O ahora, o a las ocho, o las nueve… Antes o después tendrá que volver a casa. ¿Sabes? Ese Durand ha demostrado ser un tipo listo.

—¿Por qué lo dice?

—Pues por todo lo que sabemos sobre él, por la forma en que escapó, pero sobre todo por el hecho de desaparecer haciéndose un DNI español en lugar de salir del país.

—Es listo, sí.

Quedaron en silencio, sumidos en sus propios pensamientos.

Alsina miraba hacia el portal de enfrente distraído, con la barbilla apoyada en sus manos, mientras Sampedro ojeaba la prensa.

—¿Ha visto, don Julio? Los árabes denuncian que los Estados Unidos ayudan a Israel en la guerra.

—¿Y te extraña?

—No, pero como los árabes se cabreen… Hay que recordar que son los máximos productores de petróleo. Menos mal que el Caudillo mandó al príncipe a negociar con ellos y las relaciones son muy buenas.

—Joder, con el tío Paquito.

—Solo nos faltaba que subiera más el precio de la gasolina.

Entonces, Alsina, como activado por un resorte, dijo:

—¡Un momento!

Un tipo corpulento, ligeramente calvo, con el pelo entre castaño y rojizo y que vestía un mono de trabajo se acababa de acercar al portal sacando una llave del bolsillo.

—¡Es él! —exclamó Sampedro.

Antes de que pudieran darse cuenta, Durand había entrado en el portal. Los dos quedaron mirándose con la boca abierta.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el joven agente.

—No tengo ni idea.

* * * * *

Después de una ración de callos y otra de patatas bravas, siempre sin dejar de mirar al portal, Alsina se acercó a la barra. Entabló

conversación enseguida con el dueño, Manolo, y empezó a relatarle cómo había comprado una casa dos calles más allá y que su intención era hacer reformas.

—Soy funcionario de Hacienda, soltero —mintió—. Menos mal que tienen ustedes buena cocina, porque me parece que, tal y como está la cocina de mi piso, tendré que venir a comer aquí a diario.

—Mi Patro es una joya, don…

—Julio. Pero apéeme el don. Como le digo, tengo que hacer reformas, no puedo ni hacerme un café por las mañanas. ¿No conocerá usted por un casual un instalador de gas por la zona?

—¡Coño! ¡El André! *Mu* buen tipo; criado en Francia pero hijo de españoles, vive justo ahí enfrente.

—¿Es fiable?

—Joder, muchísimo. Es un tío muy servicial, y formal. Solo va de casa al trabajo y del trabajo a casa. Alguna noche, al acabar la jornada, viene y se echa una caña.

—Vaya. Es bueno saberlo. Me gusta que la gente que entra en mi casa sea seria.

—Claro, hombre, este no es de bares. Solo le he visto venir con un amigo, un americano.

—¿Americano?

—Sí, militar, de la base de Torrejón, creo. Va muy pelado, como esos que se ven en la tele del ejército americano en Vietnam.

Alsina asintió y dio por terminada la conversación. No quería levantar sospechas y tenía que contarle lo averiguado a Sampedro.

Tomó asiento junto a su ayudante y le relató lo del americano:

—Qué raro, ¿no? —dijo Sampedro—. Si la CIA lo está buscando, ¿cómo es que se ve con un americano?

—Igual es un simple militar, un viejo amigo, y no lo sabe. No sé, todo apunta a que Durand se metió en algún lío con los rusos y la agencia ni lo protegió ni lo quitó de en medio, ¿no?

—Así es.

—Luego… ¿no estará haciendo de agente doble?

—¿Y cree usted que este otro americano será otro traidor que trabaje para Moscú?

Alsina ladeó la cabeza como negando. No tenía ni idea de cómo recomponer aquel rompecabezas.

—Mira, al llegar a la pensión llamamos a Epstein, le damos las señas de Durand y le contamos lo que hemos averiguado. Y ellos ya que se apañen. Llegado este punto, hemos cumplido de sobra.

—Es lo más cabal, sí —estuvo de acuerdo el joven policía.

Sampedro pidió la cuenta, pero Alsina se adelantó abonando lo que se debía al dueño, Manolo. Mientras recibía el cambio, sintió que Sampedro le golpeaba el codo con mucho apremio. Levantó la cabeza y vio que Durand salía de su portal con el pelo mojado y vestido de calle.

—Está saliendo —apuntó Alsina.

—¡Vamos! —dijo Sampedro como si estuviera al mando.

Disparos

Salieron del bar a toda prisa, pues Durand caminaba a paso vivo. Giró a la izquierda y no tardaron en llegar a la boca del metro de Prosperidad. Mientras Alsina lo seguía con la vista, Sampedro fue a la taquilla y compró dos billetes. La taquillera tenía ganas de conversación y tuvo que apremiarla. Bajaron al andén y vieron a Durand situado en el lado izquierdo de las escaleras. Alsina se dirigió hacia un banco que quedaba al fondo, a la derecha y semioculto por la oscuridad del túnel. Vieron venir la luz del siguiente tren. Durand se dispuso a subir en cuanto el convoy paró en el andén. Los policías aguardaron y subieron dos vagones detrás de él, colocándose en un lugar desde donde podían verlo. No lo perdieron de vista ni por un segundo.

El francés bajó en la avenida de América. Lo siguieron, separados y a cierta distancia, por los túneles que comunicaban con la línea que atravesaba Castellana de norte a sur.

Volvió a subir en un tren, esta vez en dirección a plaza de Castilla.

Enseguida Durand se bajó. Estaban en la estación que había junto al Santiago Bernabéu. El francés se adentró directamente en AZCA, el distrito financiero de la ciudad. Uno de esos megaproyectos que tanto agradan a las dictaduras y que pretendía generar una supermanzana dedicada a los negocios, pero en varios niveles que incluiría jardines, espacios de ocio y hasta zonas residenciales. Se había pensado incluso en un teatro de la ópera que nunca llegó a hacerse. El proyecto durmió ocho años el sueño de los justos encallado en la terrible burocracia franquista, pero, mal que bien, salió adelante: ya había enormes edificios dedicados a las grandes corporaciones y viviendas, sobre todo hacia la zona de la calle Orense.

Los bajos de AZCA por los que ahora se movía Durand habían terminado por generar una suerte de estructura laberíntica que, en determinados momentos, tuvo que ser controlada por las fuerzas del orden, pues se prestaba al trapicheo y a algún que otro robo con fuerza.

Durand, siempre con prisa, atravesó la zona y, tras pasar junto al colegio Patrocinio de San José, llegó a la calle de la Basílica, donde se sentó en la terraza de un bar.

Alsina paró en la esquina y esperó a Sampedro.

—¿Qué hacemos? —preguntó su compañero cuando llegó a su lado.

—Esperar, Ernesto. Y, ahora mismo, intentar que no se nos vea mucho.

Poco después apareció un tipo que pasaría los cuarenta, alto, en muy buena forma, rubio y con el pelo cortado a cepillo. Llevaba un polo Lacoste con un jersey en los hombros, pese a que ya refrescaba. Durand, pantalón de tela azul y un jersey quizá demasiado grueso. Los dos hombres se abrazaron.

—Debe de ser el amigo militar, el americano —señaló Alsina.

Sampedro asintió.

Tras pensárselo un poco, el expolicía dijo muy resuelto:

—Mira, esto es lo que haremos: yo me voy a sentar en una mesa junto a ellos…

—Pero ¿está loco?

—No, Durand no sabe quién soy. Lleva dos años escondido.

—¿Y yo?

—Tú espera aquí, a distancia. Si se separan, aunque ya sabemos dónde vive Durand, yo lo seguiré de lejos y tú te vas tras el americano, a ver qué sacas, ¿de acuerdo?

—Sí, jefe.

—Si nos perdemos, nos vemos en la pensión, ¿entendido?

Sampedro asintió y se giró para encenderse un cigarrillo, tratando de disimular. Alsina caminó con tranquilidad hacia el bar y se sentó junto a los dos hombres. Enseguida llegó una camarera. Era muy

guapa y echaba miraditas al americano. Julio pidió una bolsa de patatas y una cocacola. Había oscurecido ya.

Enseguida se dio cuenta de que escuchaba perfectamente lo que decían, pues estaba en la mesa de al lado. Le dio un vuelco al corazón al comprobar que hablaban en francés. Aquello le vino bien, pues no temían ser escuchados. Alsina se concentró en escuchar lo que decían:

—Me ha dicho el Julián que dos tipos preguntaron por mí; españoles.

—¿Quién?

—Mi amigo, el que me pasa la droga.

—El del poblado.

—Ese. Eran policías, no recuerda los nombres.

El americano chasqueó los labios como con fastidio.

—Al menos no son de la agencia.

—Si los españoles saben que estoy vivo, en la casa no tardarán en enterarse.

—No tienen por qué: llevas dos años pasando desapercibido, eres uno más en tu barrio.

—Me pueden localizar a través del Julián.

—¡Pues cambia de proveedor!

—No es tan fácil.

—Pues deja ya la cocaína. ¿No ves que va a ser tu perdición?

Los dos hombres quedaron en silencio. Parecían preocupados.

—Temo por ti —dijo Durand.

—De eso ni te preocupes, ni se pueden imaginar que nos hemos estado viendo. Además, yo no he hecho nada malo. Imagino que te metiste en un lío y punto, nunca quise que me contaras…

—Pero me has ayudado.

—Poco, pero lo justo, lo que se debe hacer por un viejo amigo. Mientras no te pases a los rusos…

—¡No, eso no! Esos hijos de puta mataron a mi familia.

—Ya.

—Me equivoqué, Patrick, y ya no había vuelta atrás.

El otro asintió.

—Te quedaste en tierra de nadie, sí. Corres peligro por unos y por otros.

—Pero alguien intuye que estoy vivo.

—Sí, todo apunta a eso.

—No quisiera perjudicarte.

—Mira, René, mi situación es buena. Ahora mismo llevamos una operación gorda entre manos. Si todo sale bien, tendré un buen ascenso, por mí no temas. ¿Qué pasa porque me tome tres cervezas con un amigo? No sé los detalles sobre en qué lío te metiste ni los quiero saber. Además, nunca sabrán que nos hemos visto.

—Soy un traidor.

—No, estuviste a punto de liarla, sí. Pero en el último momento dudaste y te echaste atrás. Y esa decisión le costó la vida a tu familia. Y sé que no me equivoco, no necesito saber más.

Durand asintió, apesadumbrado.

Alsina comenzaba a hilvanar lo que podía haber ocurrido. Sus sospechas del principio se confirmaban: aquello no había sido un simple asesinato. Era algo más profundo; un asunto de espías del que prefería mantenerse alejado. Avisaría a Epstein.

El francés retomó la palabra:

—¿Y ese asunto tuyo? ¿Ese golpe que preparáis?

—En cuanto lo acabemos, volveré a casa, a vivir a lo grande en Virginia. Me gusta esto, no creas; las españolas, el vino y la paella. Pero comienzo a cansarme. Es una operación gorda. Solo puedo decirte que le han puesto de nombre Jaque.

—¿Jaque?

—Relacionada con «el príncipe».

—¿Juan Carlos?

—Yo no he dicho eso. No quieras saber más.

—De acuerdo.

Volvieron a quedarse en silencio.

—¿Sabes? —dijo entonces Durand—. Voy a cambiar de aires.

—¿Adónde irás?

—De momento a ver al cura, igual él me ubica.

—¿Y eso era…?

—Por la provincia de Ávila.

—Estará bien instalado.

—Lleva tiempo ya aquí, sí.

—¿Por qué decidió venir a España?

—Ya sabes que Roscoe era un hombre religioso; necesitaba apoyo espiritual y descargaba su alma contándole al cura las cosas que había hecho.

—¿Todo?

—Todo, desde Japón, Indochina….

—Lo de Dallas.

—También. Por eso el pastor hizo la maleta y se fue. Mucho antes de que mataran a Roscoe. Está totalmente fuera del radar de la agencia. Roscoe nunca le habló de él a nadie, ni siquiera a Geneveva. Solo a mí.

—Pues harás bien en quitarte de en medio.

—Sí, lo de esa visita a mi amigo en El Pozo del Tío Raimundo es señal más que suficiente.

Se hizo un silencio. Los dos hombres se miraron con afecto.

—Tienes mi teléfono, el de mi piso. Ya sabes: discreción.

—No te preocupes, solo te llamaré en caso de emergencia.

Los dos hombres se levantaron y se acercaron para despedirse agarrándose mutuamente los antebrazos con las manos derechas, lo que a Alsina le pareció muy extraño. Después, se dieron un fuerte abrazo y se alejaron caminando en direcciones opuestas.

* * * * *

Alsina sabía que bajo ningún concepto podía dejar que Durand le viera; no solo había sido muy descarado que Sampedro y él lo hubieran seguido desde su casa, sino que, además, se había sentado junto a él en el bar y ahora, con Ernesto siguiendo al americano, estaba aún más expuesto yendo tras él por la calle.

Intentó pensar, ser racional; sabía dónde vivía, así que, si le perdía el rastro, no había problema. Además, las rayas amarillas y rojas del jersey del francés lo hacían muy llamativo y difícil de perder de vista. Por la dirección que tomaba, supuso que iba a pasar por los bajos de AZCA y a coger de nuevo el metro, así que le dio una buena distancia y caminó despacio. Al final de la calle de la Basílica, Durand giró a la izquierda por la calle Orense. No le preocupó perderlo de vista.

Cuando llegó a dicha calle, más ancha, observó que había cruzado a la acera de enfrente. Entonces lo vio: un Chrysler 180, color azul marino, que venía desde el lado derecho de la calle y que, a unos diez metros de Durand, aminoró la marcha. Iba a apenas diez por hora.

Alsina sintió que algo iba mal, pues parecía que seguían al francés. No se percató de que un segundo coche, que apenas podía de ver de reojo, de color oscuro, hacía otro tanto.

Siguiendo un impulso, Julio cruzó a la carrera para avisar a Durand, pero este estaba muy lejos.

—¡Alto, alto! —gritó a pleno pulmón mientras corría hacia el francés, pero este ni le escuchaba. Vio una mano que salía por la ventanilla trasera del coche oscuro; llevaba un guante de cuero negro y empuñaba un arma.

Hizo fuego.

Una, dos, tres veces.

Durand se arqueó con el primer disparo que le entró por la espalda y terminó cayendo hecho un guiñapo.

Alsina gritó y corrió hacia el lugar mientras un tipo alto, rubio con la raya al lado y vestido enteramente de negro bajaba del coche pistola en ristre. Llevaba una gabardina muy elegante, ceñida al talle; era delgado. Como un profesional, se plantó en un par de pasos ante el cuerpo del francés y le descerrajó dos tiros en la nuca. Alsina observó que el arma llevaba silenciador. Un profesional.

—¡Nooooo! —gritó el expolicía.

El ejecutor, que ya se giraba para volver al coche, se paró. Estaba a unos metros de Alsina y lo encañonó con su arma, una Glock. Supo que sería la última imagen que vería en su vida.

Pero entonces le dieron un golpe en la espalda, y Julio se giró: allí estaba el matón que acompañaba a Volkov en la discoteca Cerebro. Chaqueta oscura y jersey grueso de lana de cuello alto. Parecía el capitán de un mercante del Báltico. Llevaba un arma en la mano izquierda.

Antes de que Alsina pudiera reaccionar, el ruso le dio culatazo en la sien.

* * * * *

En una sala de urgencias del Hospital La Paz, Alsina permanecía sentado en una camilla alta con los pies colgando que movía rítmicamente hacia adelante y atrás, como un niño.

Le habían dado cuatro puntos en la sien y llevaba la camisa manchada de sangre. Su jersey quedaba al fondo de la sala, sobre una silla. El juez de guardia, un tipo espigado, con traje negro y con toda la pinta de ser del Opus que iba acompañado por un administrativo, volvió a repasar su declaración y le pidió que la firmara. En ese momento, entró Sampedro:

—¡Jefe! ¡Jefe! —exclamó el chaval vivamente emocionado.

—Estoy bien, hijo. Me han hecho radiografías; solo es un golpe.

El juez comenzó a recoger los papeles y, en ese momento, apareció un facultativo que le tendió a Alsina una caja de aspirinas y le dijo que si notaba algún tipo de mareo o problemas de visión, volviera de inmediato.

—Entonces, ¿me puedo ir?

El médico asintió, y el administrativo que acompañaba al juez le dijo que ya le llamarían. Alsina salió de allí apoyándose en Sampedro y tomaron un taxi.

—¿Lo has localizado?

—¿Al americano?

—Hice lo que pude, pero tenía un coche aparcado dos calles más allá, un Citroën GS. Así que cuando se subió, lo perdí, porque no pude coger ningún taxi.

—Vaya.

—Pero apunté la matrícula, porque pensé que si estaba a su nombre lo tendríamos localizado. Fui a la DGS y ¡bingo! Se llama Patrick Parker y la dirección que aparece en la tarjeta de inspección del vehículo es de la calle Goya.

—Algo es algo.

Quedaron en silencio. Al momento, el Sampedro preguntó:

—¿Está usted bien?

Alsina negó con la cabeza.

—No, Ernesto, tengo la sensación de que Durand ha muerto por mi culpa. Fue un trabajo profesional: dos coches, gente metódica, fría y eficaz. Fueron los rusos.

—¿Cómo lo sabe?

—Este regalito me lo dejó el matón que acompañaba a Volkov en Cerebro.

—¿Se lo ha dicho al juez?

—No, para qué. Será del cuerpo diplomático, intocable, y todo el comando estará a estas horas en Biarritz.

—Hizo usted lo que pudo, don Julio.

—Que lo mataran, sí, eso hice. Creo que Volkov nos hizo seguir, nosotros dimos con Durand y esa fue su sentencia de muerte. Hemos sido unos ingenuos.

—¿Averiguó algo al escucharlos en el bar?

—Sí, pero mejor lo hablamos en la pensión. Este asunto es cada vez más delicado. Tenemos que andarnos con mucho ojo.

El arte de la deducción

Después de despachar un buen consomé y unos filetes empanados de doña Blasa, Alsina y Sampedro se retiraron al cuarto del primero para intentar ordenar sus ideas. Aparte de las aspirinas, Alsina se tomó también un analgésico llamado Optalidón que le facilitó la patrona y que le sentó fantásticamente. Era el fármaco más consumido por las amas de casa españolas ya que, pese a que contenía un tranquilizante y un componente anfetamínico, se vendía sin receta.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Epstein ha telefoneado, pero doña Blasa le ha dicho que tenía que descansar. Le llamaré mañana.

—¿Qué le va a contar?

—La verdad: que tenía unos días libres antes de que me dieran el visto bueno para marcharme y que nos dimos una vuelta por el canódromo. No creo que a los americanos les entristezca lo de Durand.

—¿Está seguro de que era un traidor?

Alsina encendió un cigarro e hizo una pausa como el que intenta ordenar sus ideas.

—A ver —dijo alzando las manos—, esta historia es rara y compleja. Lo que escuché en la conversación de Parker y Durand me aclaró algunas cosas y me suscitó más dudas en otras.

—Explíquese.

—Parece evidente que Durand iba a contar algo a los rusos, algo gordo.

—Eso sí parece probado.

—Pero, en el último momento, se arrepintió. Se echó para atrás.

—Quizá la muerte de Roscoe White fue un aviso.

—¡Exacto! Igual se asustó por eso.

—Yo lo veo así también —dijo Sampedro.

—Oí una cosa que Durand le dijo a su amigo americano, algo así como que White hablaba con un cura, que se desahogaba y le había contado cosas de ellos de Indochina, Sudamérica… en fin. Supongo que ese White fue un compañero de viejas andanzas de Durand.

—Sí, y al recibir el telegrama en que le avisaban de que había muerto, se puso nervioso. El caso es que no sé si por ese u otro motivo, se echó atrás en lo de los rusos y estos mataron a su familia —resumió Ernesto.

—Exacto, hijo, los rusos.

—Estamos de acuerdo.

—Por cierto, Ernesto, el tipo que me ha dejado este recado —dijo Alsina señalándose la sien— era zurdo.

—Ya.

—Durand estaba en un lío: o cantaba o los rusos lo eliminaban, y ya no podía ir a la CIA y decir: «Oye, os iba a traicionar, pero ahora ya no; por favor, salvadme».

—Sí, tiene sentido. Estaba en tierra de nadie. Pero ¿qué pinta Patrick Parker en todo esto?

—Dijeron que eran amigos.

—¿Y no lo delató? —preguntó Sampedro.

—Parece que no.

—Pues el tal Parker debe de haberse metido en un buen lío.

—Igual la CIA no sabe que se veían.

—Esa podría ser nuestra baza. —Sampedro hizo una pausa y luego continuó hablando—: Pero, jefe, ¿qué coño estamos buscando exactamente?

Alsina suspiró con un aire algo decepcionado.

—Pues la verdad, no lo sé. Han matado a Durand por mi culpa y me gustaría saber por qué.

—¿Y luego?

—Se lo daré todo a Epstein.

—Ya. Parece peligroso.

—No si sale bien. Voy a contarle lo que pasó ayer y le diré que me quedo un par de semanas para ver a la familia de mi mujer en Ávila.

—¿En Ávila?

—Durand dijo que el cura ese, o pastor, o lo que sea, con el que hablaba White se mudó allí.

—¿A Ávila? —replicó Sampedro con aire incrédulo.

Alsina asintió.

—Esto es un galimatías, don Julio.

—Pues hay más.

—¿Más?

—Parker mencionó una «operación Jaque» y dijo no sé qué del príncipe.

—¿Juan Carlos?

—Ni idea, porque Durand le preguntó lo mismo y el otro cambió de tercio. Dijo que era una operación gorda y que, en cuanto la acabara, se volvía a Estados Unidos.

—No entiendo nada.

—Ni yo, pero vayamos por partes: hay que ir tirando del hilo, poco a poco, deduciendo. Hay un tal Roscoe White cuya muerte perturbó a Durand. Fueron compañeros de armas y el primero se desahogaba con un pastor, americano, que está en un pueblo perdido de Ávila. Eso lo sabemos. La pregunta es: ¿cómo lo localizamos?

—Pues hablando con la diócesis. A los curas no se les escapa nada. Tienen controlados a todos los protestantes, judíos y testigos de Jehová. En el fondo, son la competencia y no quieren perder su papel de religión oficial del Estado.

Alsina sonrió señalando con el índice a su ayudante:

—Eres un fenómeno, lo tengo que reconocer.

* * * * *

Eran las doce del día siguiente cuando un coche de la embajada americana pasó a recoger a Alsina. Previamente, un practicante de

la DGS había pasado por la pensión para hacerle una cura y, entre risas, Sampedro y él habían conseguido añadirle más vendaje para que aquello pareciera lo más aparatoso posible.

Alsina se sorprendió por las medidas de seguridad de la embajada y le chocó más aún verse en una lujosa sala de reuniones con Epstein y otros tipos. No esperaba aquello. Uno dijo ser «agregado militar»; otro, «agregado comercial», y el tercero, «asistente personal del señor embajador». Todos muy trajeados, con el pelo cortado a cepillo y gafas de pasta. No se sabía si eran testigos de Jehová o analistas de la CIA. Epstein estaba sentado junto a Alsina en un extremo de la amplia mesa.

—Vaya, Julio, le han dado bien.

El expolicía sonrió para sus adentros; la treta había surtido efecto.

—Lamento no poder haberles informado antes, pero me prescribieron reposo.

El ayudante del embajador, que dijo llamarse Smith y que parecía ser el que tenía mando en plaza, dijo muy amablemente y con un marcado acento americano:

—No se preocupe, ha hecho usted un gran esfuerzo y hasta se ha jugado la vida.

Alsina inclinó la cabeza como dando las gracias.

Hubo un silencio.

—¿Les cuento?

Todos sonrieron y asintieron con la cabeza.

—Mejor —dijo Epstein—, porque no sé si la operación ha sido un éxito o un fiasco. Le recuerdo que quedamos en que usted debía esperar unos días…

—Lo sé, fue una situación sobrevenida y les pido disculpas por ello. Verán, estábamos charlando Sampedro y yo y recordé una conversación con mi buen amigo Joaquín…

—Vive en París —aclaró Epstein.

—… al que envié a hablar con Raymond Ferry, el hermano de la esposa de Durand. En la conversación, este señor le contó a mi amigo que Durand era adicto a las apuestas. En concreto, al

canódromo. Sampedro me comentó que tenía un amigo de la Unidad de Robos que conocía a todos los carteristas de Madrid y que frecuentaba mucho los estadios, estaciones de trenes…, ya saben. Quedamos con él y nos presentó a un tipo, un corredor de apuestas o quizá un traficante, al que mostramos una foto de Durand y ¡lo reconoció! Nos dijo que era instalador de gas y que vivía enfrente del bar Manolo, en Prosperidad. Nos acercamos a echar un vistazo, pedimos unas consumiciones y entonces… ¡lo vimos entrar!

Los americanos se miraban unos a otros. Parecía que el asunto iba bien, se notaba que le creían, así que Alsina siguió hablando:

—De pronto, lo vi salir de casa. Se había duchado y cambiado de ropa. Decidí seguirlo y envié a Sampedro a buscar el coche —mintió—. Yo lo seguí por el metro y salimos cerca del Bernabéu. Tras seguirle unos pasos, y más o menos por la zona de los bajos de Azca, por la calle Orense, vi un coche que se le acercaba. Vi asomar una mano con un arma, y yo corrí hacia Durand para intentar avisarlo, pero no llegué, estaba muy lejos. Tras dispararle desde el coche un tipo se bajó y lo remató.

—¿Cómo era ese tipo? —preguntó uno de los americanos, el más pasado de peso.

—Alto, delgado, con el pelo liso y rubio, y la raya a un lado. Iba vestido de negro.

—Ivanov —dijo uno de los americanos.

Los demás asintieron.

—¿Y el vehículo?

—Un buen coche, un Chrysler 180. El tipo me encañonó, pensé que me quitaba de en medio. No llegué a ver que había otro vehículo, del que bajó un tipo al que ya había visto en la discoteca Cerebro, con Volkov, con pinta de gorila…

—Isaev, es georgiano —aclaró Epstein.

—Y bueno, me desperté en La Paz. Ahora veo claro que Volkov me había mandado seguir y yo, inocentemente, los puse sobre la pista de Durand.

Todos quedaron en silencio mirándose. La sonrisa que exhibían no era mala señal. El tipo más joven, el que mandaba, asintió y dijo:

—Bien. Epstein, tenías razón, este hombre es valioso y ha hecho un buen trabajo.

Volvieron a asentir.

—¿Podría hacerles unas preguntas? —preguntó Alsina de cara a interpretar el papel que tenía pensado.

Epstein miró al jefe y este asintió.

—Adelante, Julio.

Alsina se incorporó un poco en su silla y comenzó a hablar:

—Cuando usted me contrató en París, en realidad el asesinato no era lo que les importaba, ¿verdad?

—Correcto.

—Ustedes querían que yo reactivara un caso que estaba muerto para ver si daba con el hilo bueno y hallaba el paradero de Durand.

—Exacto.

—¿Sabían que estaba vivo?

—No. No teníamos esa certeza, por eso necesitábamos a alguien bueno sobre el terreno. Nuestros agentes no llegan a tanto.

—Durand era un tipo inestable y temían que contara cosas importantes.

Se miraron.

—Más o menos —dijo Epstein.

—Yo deduje que al menos dos hombres participaron en la muerte de la familia de Durand. Averigüé que él había huido a Madrid y que temía a los rusos. Ahora sé que no era uno de sus delirios. ¿Lo sabían ustedes?

—¿El qué?

—Lo de los rusos.

—No… y sí. Cuando se produjo el asesinato, acudimos de inmediato. Desde lo de Palomares tenemos gente por allí. Los asesinos entraron saltando la tapia del patio y encontramos una colilla donde habían estado esperando antes de entrar en la vivienda.

—¿Una colilla?

—Sí, Papirosa, una mierda rusa. Muy consumido y barato incluso allí. Hasta ese momento, no sabíamos que Durand pudiera tener nada que ver con los rusos. Era un tipo excéntrico, que estaba retirado y vivía de las rentas.

—¿Era de la CIA?

—Información clasificada —zanjó Epstein.

Alsina insistió:

—Y si dijera que hace tiempo participó en ciertas operaciones como contratado externo por ustedes y otras agencias, ¿me equivocaría?

Todos miraron al jefe. Este sonrió:

—Va usted bien.

—Y, por algún motivo, se puso a negociar con los rusos…

—A eso apuntan las evidencias, sí —dijo Epstein.

—¿Por qué?

—Eso no compete a su caso, Alsina. Además, no lo sabemos seguro y, aunque lo supiéramos, sería clasificado. En ese momento, Durand no estaba bajo nuestra observación, no era nadie; por eso no tenemos ni escuchas ni seguimientos ni nada que aporte pruebas sobre lo que pudo ocurrir.

—¿Puede ser que se echara atrás y por eso tomaron represalias contra su familia?

—Tiene toda la pinta de que fue así, sí.

Todos volvieron a quedar en silencio. Entonces, Alsina soltó de sopetón:

—¿Quién es Roscoe White?

Todos dieron un respingo en sus sillas.

El jefe miró a Epstein con cara de pocos amigos y este aclaró:

—Lo sabe por el telegrama, nada más. Mire, Alsina, eso es clasificado. Durand está muerto. ¿Quiere saber qué iba a contar a los rusos? No lo sabemos. Un mercenario de estas características habrá participado en acciones de guerra sucias para los franceses, los ingleses, los alemanes…

—Para ustedes.

—Exacto. No sabemos qué quería contar, pero, obviamente, no lo hizo, porque lo han asesinado. Caso cerrado. Sobre eso que pregunta de Roscoe White, olvide ese nombre, no tiene que ver con este caso y no es asunto suyo, ¿entendido?

Alsina asintió levantando la diestra y dijo:

—Palabra.

Entonces, Epstein puso un maletín encima de la mesa, lo abrió y sacó un sobre que deslizó a la altura de Alsina.

—Esto es suyo.

Mientras Alsina lo abría, el otro fue cantando:

—Lo prometido: pasaportes para su compañera, su amigo y usted. Españoles, en regla. Sé que su mujer está embarazada de nuevo. Me aseguran las autoridades franquistas que tendrán, incluso, libro de familia. Acudan a la embajada en París, allí los esperan. Eso sí, siempre que antes acudan a una iglesia francesa y se casen.

—Entiendo.

—Tiene usted ahí setenta y cinco mil dólares.

—Quedamos en cincuenta mil.

Epstein miró satisfecho a su jefe.

—Es usted honrado. Sí, hay más de lo acordado, pero es porque ha hecho usted un trabajo excelente. También tiene el billete de avión: se va mañana a París.

—Si me disculpan… —comenzó a decir Alsina.

—¿Sí? —repuso Epstein.

—Si pudieran cancelar el billete… Pensaba alquilar un coche y acercarme a Ávila, al pueblo de la madre de mi mujer. Pasaré allí unos días. Rosa quiere que salude a la familia, y ya de paso volveré conduciendo a París, sin prisa y cargado de garrafas de aceite y chorizos.

—No entiendo la fascinación que sienten ustedes por el aceite de oliva —señaló el jefe.

Volvieron a quedar en silencio hasta que el que dijo ser asesor del embajador se levantó. Al parecer, daba la entrevista por terminada. Todos hicieron lo mismo.

—Ha hecho usted un buen trabajo. Igual en el futuro le volvemos a llamar; sin compromiso, claro —se despidió el asesor antes de salir de la sala de reuniones.

Todos los asistentes desfilaron delante de él, estrecharon la mano a Alsina y salieron del cuarto.

Epstein acompañó a Julio, quien no podía ocultar su satisfacción de camino a la salida.

Engaño

Alsina tomó un taxi pese a que Epstein quería poner un coche a su disposición y se dirigió a la Puerta del Sol, donde le aguardaba, solícito, Sampedro:

—¿Cómo ha ido? —quiso saber nada más verle bajar del taxi.

—Bien, se lo han tragado todo.

—¿Seguro?

—Mira, hijo, hace años que aprendí algo en la vida y es que, si has de mentir, miente bien. ¿Y cómo se miente bien? Haciendo que la mentira sea lo más parecido a la verdad. Mi relato era creíble: nos encontramos con el domicilio de Durand casi de rebote, nos vimos obligados a seguirle y los rusos aparecieron y lo apiolaron sin pensarlo. He ocultado que se reunió con un amigo americano y que tú lo seguiste.

—¿Por qué?

—Por ese asunto de la operación Jaque y el príncipe.

—¿Cree que los americanos intentarán algo contra Juan Carlos?

—No, no creo, sería hasta contraproducente, pero no perdemos nada con informar a tus superiores. No sé qué papel tiene ese Patrick en el asunto, ni quién era Roscoe White, ni qué iba a contar Durand a los rusos o cómo repercute esto a España. Pero sé una cosa, Ernesto: hay gente que quiere que el país cambie, y si se trata de algún golpe de los involucionistas, deberíamos saberlo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Has concertado la cita?

—Sí, nos va a recibir Héctor Gómez; es la mano derecha en la sombra del director general de Seguridad.

—¿Eduardo Blanco?

—Sí.

Alsina hizo un gesto inequívoco de disgusto.

—Sí, lo sé —añadió el chaval—. Es un histórico en la represión y se rumoreaba que tenía relación con los Guerrilleros de Cristo Rey, pero este hombre, su número dos, Gómez, es de otra pasta.

—¿Reformista?

—Sí. Es de los que quieren que se produzca un cambio. Y tiene mano.

—Veamos, entonces.

Entraron en la temida sede de la DGS en Sol y fueron recibidos por un tipo joven, repeinado y con gafas de pasta, un émulo de Sampedro, pero con unos años más y más responsabilidad. Eso sí, más bajo, delgado y, sobre todo, atildado. Parecía un dandi. Su despacho estaba repleto de libros de Derecho y de Historia Militar. Había, cómo no, una fotografía del propio Héctor dándole la mano al Caudillo en una montería. Desde detrás de su mesa de despacho, pues parecía tremendamente atareado, les dijo:

—Ustedes dirán. Me han hablado muy bien de usted, Sampedro, y los americanos han quedado muy satisfechos con su trabajo, Alsina.

—Vaya, está usted bien informado —dijo el expolicía.

—Es mi trabajo.

Tras un breve e incómodo silencio, el preboste se levantó y les ofreció un jerez. Alsina rehusó. Gómez se encendió un cigarrillo y se repantigó esperando a que le contaran.

Alsina y Sampedro dudaron un segundo, y luego el primero empezó a hablar.

—Vera usted, don Héctor: hay algo que no hemos contado a los americanos y que, creemos, debe usted saber.

El otro sonrió visiblemente satisfecho. La posibilidad de saber algo que desconocían los yanquis pareció estimularle:

—¿Y es…?

—Cuando seguimos a ese tal Durand, se entrevistó con un americano que, al parecer, está destinado en Torrejón. Parecían viejos conocidos, así que imagino que será uno de esos tipos especializados en operaciones encubiertas.

—Interesante.

—Hablaban en francés…

—Usted vive en París, ¿no?

—En efecto. Y algo pude pillar.

Gómez dio una profunda calada a su pitillo y añadió:

—Tienen ustedes todo mi interés.

—El americano dijo estar metido en una actuación gorda, la llamó «operación Jaque» y dijo que tenía relación con el príncipe.

—¿Juan Carlos?

—Es lo que no sabemos. Pero dijo «el príncipe», eso seguro. Insistió en que era una operación de las gordas.

Héctor Gómez se pasó la mano por la barbilla.

—La cosa anda revuelta —señaló—. Hay mucho en juego de cara al futuro. Me esperaría cualquier cosa. ¿Creen que alguien puede querer eliminar a Juan Carlos?

—La verdad —apuntó Alsina—, no tenemos ni idea, pero creo que no cuesta trabajo echar un vistazo. Sampedro tiene localizado al americano, su coche y un piso que tiene en la calle Goya.

—¡Vaya! Han hecho ustedes un trabajo excelente.

Alsina continuó:

—Yo he terminado con los americanos y les he dicho que me voy unos días a Ávila.

—¿Por?

—Para ver a la familia de mi mujer.

—¿Y qué tiene que ver con todo esto?

—Es mentira. Los padres de mi mujer viven en Murcia. Voy a buscar a un americano, un pastor. Era, digamos, el confesor de un compinche de Durand que se llamaba Roscoe White.

—Me he perdido.

—Al parecer, el pastor sabe cosas sobre el pasado de estos tipos. Podría ser de ayuda y no pierdo nada por intentarlo.

—¿Y tiene sus señas?

Ahí intervino Sampedro:

—He hecho gestiones a través de un compañero del Opus, Díez, así que el secretario de la diócesis nos va a atender mañana por la mañana por teléfono. Suelen tener controlados a evangelistas, protestantes… A todos, ya sabe.

—Bien hecho, Sampedro. Hablaré con discreción con los de la Política-Social. Los de la sección de Masonería tienen un buen fichero de gente, digamos, de otras religiones. Ya saben ustedes, para evitar deslices inoportunos y que esta gente se venga demasiado arriba.

Entonces, Gómez se sirvió otra copa de jerez. Encendió otro cigarro y continuó hablando muy solemne:

—Les diré lo que haremos, amigos: usted, Alsina, vaya a Ávila y vea qué averigua. Sampedro, usted se queda aquí. Le dejaré un equipo de cuatro tíos, gente mía, de total discreción. Estarán bajo su mando. Quiero saber cuándo entra y sale ese americano, a dónde va y con quien habla. Es probable que no sea nada, pero lo vamos a comprobar, ¿entendido?

Alsina y Sampedro asintieron satisfechos. Salieron muy contentos de allí, Alsina porque intentaría averiguar qué había tras la muerte de Durand y Sampedro porque empezaba a ser tenido en cuenta por el sistema. Se fueron a comer a un restaurante para celebrarlo.

* * * * *

Eran las once y media de la mañana del día siguiente cuando, en la oficina de Sampedro, este y Alsina se reunieron con Díez, el del Opus. Se sentaron en las tres mesas que había en el despacho, los unos enfrente de los otros, con tres teléfonos distintos. Díez marcó el número del secretario del obispo de Ávila y esperó levantando la mano. Cuando escuchó que descolgaban el aparato, indicó a sus compañeros que hicieran lo mismo para escuchar la conversación:

—¿Diga? —se escuchó decir al otro lado.

—Buenos días. Soy el inspector Díez, de Madrid. ¿Hablo con el padre Máximo?

—Al aparato.

—*Pax*.

—*In aeternum*.

Alsina y Sampedro se miraron algo perplejos; imaginaron que aquello debían ser cosa del Opus. Díez, sin inmutarse, siguió a lo suyo:

—Verá, padre, estamos haciendo unas indagaciones sobre un sujeto que debió llegar a Ávila hará unos años. Ya sabe usted, a instalarse por allí.

—Si puedo resultar de ayuda…, pero lo lógico sería que llamarais al Gobierno Civil o a la jefatura de Policía, ¿no?

—Hay una sección de la Político-Social que se encarga de evangelistas, judíos y demás, pero pensamos que nadie mejor que los sacerdotes de la diócesis para identificar a un foráneo que viene a «evangelizar» —Díez dijo esta última palabra como con retintín.

—Dirás a confundir, hijo.

—Exacto. El caso es que tenemos noticias de la llegada de un pastor norteamericano a la zona, pero no sabemos de qué congregación, si baptista, testigo de Jehová…

—Uno vino, sí.

Los tres policías se miraron animados.

—¿Y?

—Solicitó permisos para abrir un templo en la misma capital. Lógicamente, se le denegó. A pesar de eso el hombre parecía buena gente, ya saben, un hombre de Dios, pero en la religión equivocada. Era baptista. ¿Qué va a hacer un baptista en España? ¡Por Dios! ¡Es que no sé dónde vamos a parar!

—En efecto, no le veo futuro, no: este país es la vanguardia del catolicismo en el mundo.

—Como debe ser, hijo.

—¿Y sigue en Ávila?

—La verdad es que no fue asunto de mi interés, pero algo me comentaron, sí. Creo que se fue a un pueblo, Tremedal.

—¿Dónde cae eso?

—¡Madre mía, hijo! En plena sierra de Gredos. Creo que es el lugar más frío de la provincia y mira que aquí, en la capital, hace frío. El pueblo es famoso por los nevazos que caen en invierno; quedan incomunicados cada dos por tres.

—¿Y a qué se fue allí?

—Compró una casa vieja y la restauró. Creo que se dedica a sus cosas, a sus plantas. Ya sabes, cosas de extranjeros…

Alsina hizo un gesto a Díez como diciendo que ya sabían suficiente y él dio por terminada la conversación entre parabienes para con el otro miembro de la Obra.

Una vez habían colgado los teléfonos, Sampedro miró a Alsina y le dijo:

—¿Va usted a ir, Julio?

—Sin duda. Salgo mañana. He pensado que esta tarde me compro un coche de segunda mano. ¿Sabes dónde podemos conseguir uno a buen precio?

PARTE SEGUNDA

Tremedal

El viaje de Alsina a Tremedal se hizo muy pesado. Hasta Ávila la carretera estaba bien, e incluso después, hasta la altura de Villatoro, podía considerarse tolerable. Avanzó a un ritmo que podría considerarse aceptable, aunque no demasiado rápido. Alsina, que la tarde anterior había adquirido un Seat 124 amarillo en un taller que le habían recomendado a Sampedro, tuvo que parar dos veces para añadir agua al radiador, que no paraba de recalentarse, pero aun así, el vehículo, más mal que bien, cumplió su función.

Para cuando llegó a Tremedal eran más de la seis de la tarde y se había hecho de noche. De camino había contemplado el hermoso paisaje, agreste y casi salvaje, lejos de las grandes urbes de aquella España que comenzaba a desperezarse. Vio buitres en lo alto y hasta un jabalí correteando por el campo.

La localidad estaba situada en una suerte de triángulo en el que confluían las provincias de Salamanca, Cáceres y Ávila, a un paso del valle del Jerte y de Guijuelo. Aquello era ya casi Extremadura.

Tremedal parecía triste en aquella época del año. Aparcó en una calle casi desierta y se acercó al único bar que encontró en el pueblo: un local pequeño, iluminado con un par de bombillas desnudas, donde encontró a una docena de parroquianos, todos hombres. De camino, había observado que los pueblos de aquella comarca eran muy pequeños, y en Tremedal, que era apenas una aldea, no habría más de cuarenta casas.

Se sentó y pidió un Bitter Kas tras saludar a la compaña. No lo miraron mal, pero sí con extrañeza: ¿qué hacía un forastero llegando al pueblo a aquellas horas casi intempestivas en pleno mes de octubre?

El dueño del bar, que daba nombre al establecimiento, Paco, parecía simpático. Debía rondar los sesenta y, por lo poco que hablaron, Alsina supo que era un hombre de mundo y que, antes de terminar en aquel pueblo, había vivido en Barcelona. Poco después de establecer conversación, le pidió ayuda para encontrar un lugar donde dormir.

—¿Un sitio para hospedarse? ¿Aquí? —contestó el otro, incrédulo.

Los parroquianos rieron la ocurrencia. Alsina puso cara de resignación.

—Tendré que dormir en el coche —dijo.

—Quia —intervino un señor canoso, con poblado bigote y cuya boina descansaba en la mesa de madera donde jugaban al dominó los parroquianos—. Puede usted venirse a mi casa.

—Yo… no querría… Entiendo que soy un desconocido, un turista…

Entonces, la cortinilla de cuentas de plástico que daba acceso al local tintineó e hizo que todos se giraran: entró un tipo menudo, enjuto y que no cumpliría ya los sesenta. Llevaba mono de trabajo y una boina.

—¡Hombre, el señor alcalde! —exclamó Paco, el dueño.

El preboste saludó a sus convecinos y, sin pedir permiso, se sentó a la mesa de Alsina estrechando su mano.

—Venancio Córcoles, alcalde. Bueno, y jefe local del Movimiento. Me han *avisao* que había un turista y aquí me tiene. Si hubiéramos sabido que venía, le habríamos preparado dónde dormir.

—Me llamo Julio Alsina. Siento haber llegado tan tarde, pero el camino no ha sido fácil.

—Esto está mal comunicado, amigo. ¿De dónde dice que viene?

—De Madrid. Mire, Venancio, soy expolicía, pero estoy haciendo unas gestiones para la DGS. Si quiere, usted puede llamar mañana y comprobarlo. No tengo problema.

—¿Unas gestiones?

—Sí, busco a un americano. Una especie de cura protestante.

—¡Acabáramos! —exclamó el regidor mirando a la concurrencia—. ¡Busca al franchute! Todos estallaron en una carcajada.

—¿Franchute? ¿Vive aquí? —preguntó Alsina esperanzado.

—Más arriba, de camino al puerto del Tremedal. A 1640 metros de altura, nada más y nada menos.

—Vaya.

—Pero va y viene. Aquí se le respeta, ojo, que no ha hecho daño a nadie ni ha intentado nunca convencernos de que nos pasemos «a lo suyo». Además, aquí tenemos iglesia propia y don Críspulo, el cura, es de armas tomar.

—¿Y dice que va y viene?

—Sí, acude a veces a Madrid y viene con otros americanos.

—¿Hombres?

—Hombres, mujeres, familias… Hacen, creemos, como ejercicios espirituales. Si sube usted hacia el puerto, a la izquierda queda un *caminico* y ahí *tie* la casa.

—¿Podría ir ahora?

—¿Con esta oscuridad? ¿Está usted loco? Se nos despeña. Voy a dar orden de que le preparen una habitación y ya mañana se acerca, ¿de acuerdo?

Alsina les dio las gracias y todos se empeñaron en convidarle. Le resultó difícil explicar que había sido alcohólico y que no quería acercarse al alcohol estando en plena misión y tan lejos de casa, pero, tras adelantar de su bolsillo unas rondas, todos asumieron que no se tomara unos chatos de vino. Lo tuvieron hasta la una preguntándole cosas de Madrid, del mundo, de qué iba a pasar con Franco. Contestó a lo que pudo, ocultando que casi acababa de llegar de París. Le contaron que ya no quedaban jóvenes en el pueblo, que «el milagro económico» los había hecho partir a Madrid, los menos a Salamanca. Muchos vecinos vivían y trabajaban en Alemania. Aunque, eso sí, en verano todos volvían y el pueblo casi parecía ser el de antaño.

Aquella noche, Alsina durmió en casa de un teniente de alcalde, Casiano, en un cuarto que quedaba al fondo de su vivienda y que la mujer de este había acondicionado encendiendo una chimenea y poniendo sábanas limpias. La colcha era añosa y olía a polvo. A

pesar de que, ya de madrugada, refrescó mucho, durmió como un niño.

* * * * *

Al día siguiente, Sampedro pudo comprobar, visiblemente complacido, que los cuatro hombres que le había asignado Héctor Gómez parecían competentes y, lo más importante, discretos. La idea era vigilar el domicilio de Patrick Parker hasta que este apareciera por allí y, más o menos, seguir sus movimientos por Madrid para descartar que hubiera una operación en marcha contra el príncipe Juan Carlos. Cosa que, por otra parte, no parecía tener sentido, pero la CIA era la CIA y merecía la pena no fiarse del todo.

El propio Sampedro habló con la portera del inmueble donde el americano tenía alquilado su apartamento y le contó que, más o menos, pasaba en la base de Torrejón una semana y libraba otra. Al parecer, cuando libraba pasaban muchos amigos y, sobre todo, mujeres por su piso. Se daba buena vida y en las reuniones corría el alcohol. Como todos los yanquis, era generoso en propinas, así que los repartidores de ultramarinos, el sereno y ella misma estaban encantados con «don Patrick» y sus pequeños excesos. Intentar cualquier tipo de vigilancia sobre el sujeto en la base de Torrejón quedó descartado desde el principio, pues se suponía que los americanos tendrían servicio de contravigilancia, y aquella operación que, en principio, no iba a ser nada, no debía llamar la atención. Los dos equipos se turnaron vigilando el domicilio de Parker y Sampedro aprovechó para hacer alguna que otra gestión. Alsina le había encargado un cometido muy extraño: debía enviar una carta a Rosa, a París, desde un buzón de Segovia gracias a un amigo que le hizo el favor. Tuvo que enviarla con dirección y remite escritos por él mismo como si fuera un tío de la mujer de Alsina. Por lo demás, aprovechó para ver a su novia y participó en un par de comidas conspirativas de los reformistas, con los que cada vez se encontraba más alineado.

* * * * *

Después de desayunar en el bar del pueblo y leer la prensa, Alsina intentó acercarse a la casa del pastor americano. La prensa andaba revuelta por el asunto de Oriente Medio: los yanquis apoyaban con todo descaro a Israel, mientras que los países árabes ya habían amenazado con subir un 60 % el precio del petróleo a todos los países occidentales. Según decía la prensa afecta, España era la excepción debido a las excelentes relaciones de Franco con Arabia Saudí refrendadas en visitas comerciales llevadas a cabo por el mismísimo príncipe Juan Carlos.

No tardó en llegar a una bifurcación del camino antes de acercarse al puerto del Tremedal, apenas un sendero de tierra que daba a dos construcciones, una de ellas abandonada. Bajó del coche, no sin meterse entre el pantalón y los riñones la Star S que le habían proporcionado a petición propia en la DGS. Después de lo de Durand, había decidido que debía protegerse. El jersey, que le quedaba ancho como marcaba la moda, ocultaba el bulto del arma perfectamente.

De camino a la casa vio un cercado con tres cabras, otro con gallinas y, al fondo, dos puercos en una cochiquera. Había un huerto bien cuidado y árboles frutales.

—¡Alto! —gritó una voz.

Levantó la mirada y vio a un tipo de cierta altura, con el pelo blanco y aspecto extranjero, pues tenía el rostro colorado y ojos grises. Le encañonaba con una escopeta de caza.

Alsina levantó las manos y se presentó mostrando su pasaporte.

—¿Qué se le ha perdido por aquí?

—Es usted cura, ¿no?

El americano lo miró con desconfianza.

—Pastor —dijo.

—¿Y se llama?

—¿Cómo? ¿Viene a verme y no lo sabe?

—Vengo a preguntarle por Roscoe White.

El pastor amartilló el arma.

—Quieto, quieto. Soy español, mire mi pasaporte. Resido en París y soy expolicía. Me contrataron para hallar el paradero de un viejo amigo de White, René Durand.

—No le sigo.

—Si me permitiera entrar y hablar con calma…

—Quieto ahí.

Alsina comenzó a desesperarse:

—Mire —dijo—, Durand era sospechoso de matar a su propia familia. Desapareció y me contrataron para encontrarlo. El día en que se produjeron los hechos, recibió un telegrama que decía: «Roscoe White ha muerto». Por eso quiero hablar con usted; me consta que Durand iba a venir a verle.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para esconderse; tenía miedo.

—¿Para esconderse aquí?

—Ahora está muerto, creo que en parte por mi culpa. Al encontrarlo yo, también lo hicieron las personas que querían asesinarlo.

—¿Y viene usted aquí a traérmelos tras de sí?

—¡No, no! Cumplí con mi parte, me pagaron y dejé el caso. No me ha seguido nadie, descuide; esto está donde Cristo perdió el gorro.

—¿Cómo?

—Lejos, quiero decir que está lejos.

El pastor pareció relajarse un poco, pero dijo:

—Anteayer vino a verme uno de ellos.

—¿Uno de ellos? ¿Un ruso?

—¡Qué ruso! Uno de ellos, como Roscoe, como Max…

—¿Quién es Max?

—Ese que llama usted Durand.

—¿Y quién dice que vino?

—Un tipo que hablaba español e inglés perfectamente. Olía a CIA. Era de origen hispano, pero estaba muy americanizado. Me preguntó si había visto a Max y le dije que no. Nunca me gustó ese francés. Mal tipo.

—Y ese tipo que vino ayer, ¿ya se ha marchado?

—Sí, lo convencí con esto —dijo señalando la escopeta con la barbilla—. Y ahora aparece usted preguntándome por los muertos.

—Mire, señor…

—Monroe.

—Señor Monroe, mi trabajo ha terminado. Vuelvo a Francia con mi mujer y mi hijo, pero siempre he sido un idiota perfeccionista y quiero saber por qué murió Durand.

—Max.

—Como sea. Creo que ese telegrama, el de la muerte de White, fue clave y desencadenó una serie de hechos lamentables.

—Lo envié yo.

—¿Cómo?

—Roscoe me dijo que, si le pasaba algo, lo comunicara inmediatamente a todos sus amigos.

—¿Usted es John Doe?

—Correcto.

—¿Puedo bajar al menos los brazos?

El reverendo asintió sin dejar de apuntarle.

—¿Podría pasar? Hace un frío de muerte aquí y voy sin abrigo.

El pastor bajó su escopeta y, girándose, dijo:

—¡Qué diablos! Acabo de hacer café.

Roscoe White

Alsina se sentó en una cómoda butaca no muy lejos del fuego, sintiendo el tacto tranquilizador de la Star en sus riñones, mientras Monroe iba a la cocina a por él café. Aquella era una vieja casa bien restaurada: las vigas, añosas y de madera, quedaban al descubierto y el suelo era de parqué cubierto de alfombras de colorines con motivos étnicos que le recordaban el suelo de los tipis que había visto en las pelis del Oeste. Podía decirse que tenía un aire neocolonial, una casa a lo lejano Oeste americano en mitad de la sierra de Gredos. Monroe tenía un perro muy lanudo, de tamaño mediano. Se llamaba Bob. Era uno de esos canes afables, inocentes, que recibió al expolicía moviendo la cola como si fuera un amigo y que se sentó a su lado.

—Pues usted dirá —dijo el americano entrando con una bandeja con una cafetera, tazas, leche y azúcar.

—Sé que le extrañará mi presencia aquí, pero, como le digo, estoy de salida de este asunto. Durand está muerto.

Monroe, sin dejar de servir el café en las tazas, levantó la mirada y sonrió.

—¿Qué? —inquirió Alsina.

—Ese que llama usted Durand es Max. Solo lo vi una vez en la vida y no me gustó. Mal tipo, inestable. Aunque muchos de estos individuos lo suelen ser, claro.

—¿Y por qué quería venir a esconderse con usted?

—Supongo que Roscoe le hablaría muy bien de mí. No quiero parecer inmodesto, pero le ayudé mucho.

Alsina dio un trago a su café. Estaba bueno, intenso. Después preguntó:

—¿Me aclara lo de White?

El pastor se repantigó en una butaca frente al invitado y, tras tomar una pipa de una mesita que tenía al lado, la encendió. Dio un par de buenas bocanadas y empezó a hablar:

—Me llamo Jack Monroe y soy, bueno… era, pastor de la iglesia baptista en Fort Worth, que, por si no lo sabe, está en Texas. Tenía una buena congregación, una mujer maravillosa, Mary, e hijos. No pagaba casa, mi desempeño estaba bien remunerado y era respetado. Una vida plácida y feliz al servicio de la comunidad y de Dios. Buen clima, golf, barbacoas… En fin, era feliz.

—¿Y Roscoe le hizo algo?

El pastor estalló en una violenta carcajada.

—¡No, no, por Dios! Roscoe era un buen hombre. Bueno, a su manera. Era asiduo a mi parroquia y un buen día apareció por mi despacho; necesitaba hablar. No hace falta que le diga que en todas las escisiones que surgieron del cristianismo tras Lutero no existe la confesión como tal, como la conciben los católicos. Pero es habitual que los feligreses se apoyen, pidan consejo, se dejen asesorar por su pastor. En este caso, este reverendo que le habla.

—¿Y?

—Como le digo, Roscoe no era mal tipo. Era un soldado. Uno de tantos y tantos americanos que hizo, en un momento dado, lo que su país le exigía. Yo mismo estuve en Normandía y hay cosas de las que no me siento orgulloso, ¿entiende?

—Perfectamente.

—Pero White vivía, digamos, atormentado.

—¿Remordimientos?

—No, no era eso exactamente. Era un americano patriota y un anticomunista convencido, feroz diría yo, como por otra parte lo es todo el país. Las cosas que había hecho las había hecho y punto, pero su mente no terminaba de procesar aquello: imágenes, sueños, dormía mal…

—Fatiga de guerra, que se llama.

—Tampoco. La fatiga de guerra se da en hombres que han sufrido situaciones terribles de estrés durante el combate convencional. Ya

sabe, bombardeos inmisericordes, situaciones límite, ver a tus compañeros desmembrados… No, esto era otra cosa. Se le aparecían rostros de personas, digamos, víctimas. Sucesos, cosas mal hechas en el nombre de la democracia. Gente a la que había eliminado, torturado, ¿entiende?

—Pero ¿a qué se dedicaba Roscoe White?

Monroe hizo una pausa, se inclinó hacia adelante, dio un sorbo de café y continuó:

—White nació en una familia americana del montón, normal. Tenían una pequeña granja en Arkansas y él se alistó en los Marines, como tantos, mintiendo sobre su edad, algo que era muy habitual en la época. Tenía solo quince años. Lo embarcaron en el USS Bexar, que lo llevó de travesía hasta su destino: Yokosuka, en Japón.

—Tiene usted buena memoria.

—Lo que tengo son cintas.

—¿Qué?

—Roscoe nunca contó detalles específicos sobre operaciones, ojo, era un profesional, pero sí cosas generales que, ya de por sí, me parecían peligrosas. Así que instalé una grabadora en mi despacho.

—¿Y tiene grabadas sus conversaciones con él? —preguntó Alsina incrédulo.

—Sí, señor, arriba, en mi habitación. Son mi seguro de vida. O eso quiero creer.

Alsina se movía inquieto sobre su sillón. ¿De qué iba aquello? ¿Había hecho bien en ir allí? ¿No estaría cometiendo el mismo tipo de error que en el 69, cuando se metió donde no le llamaban?

—Perdone, reverendo, le he interrumpido.

—Llámeme Jack.

—Pues perdone, Jack.

—En las primeras conversaciones con el bueno de Roscoe me fue contando esto que, dicho sea de paso, era algo inofensivo. Fue asignado al First Marine Air Wing que estaba estacionada en Atsugi, Japón. —Alsina puso cara de entender poco y el párroco se lo

explicó—: La primera ala aérea de los marines. Luego me contó que aquella era una base especializada en los aviones U-2.

—Los aviones espía.

—Exacto. Roscoe me contó que, al ser aquella una base un tanto especial, era habitual que la CIA reclutara a jóvenes soldados para trabajar en asuntos de inteligencia y contrainteligencia.

—O sea, que trabajó para la CIA.

—Correcto.

—De acuerdo. Siga, siga.

—En el ejército le iba bien y en el 59 se reenganchó por seis años más. Pero en 1962, de pronto, solicitó una baja, una licencia por, digamos, encontrarse mal anímicamente.

—¿Y se la dieron?

El pastor asintió.

—¿Y eso es normal?

—No. Si firmas con el Tío Sam, firmas con el Tío Sam. Pero él me contó que era una fórmula que usaban mucho cuando alguien que trabaja para la agencia incrustado en una unidad militar ya no era necesario en ese destino.

—Entiendo. Como un traslado.

—Más o menos, porque esta gente, oficialmente, nunca perteneció a la agencia. Después de aquello, Roscoe terminó trabajando en la Policía de Dallas. No crea que soy yo un especialista en estos temas; lo que sé, lo sé porque Roscoe se desahogaba y largaba. Según me dijo, no solo la CIA, sino todas las agencias de espionaje, y por qué no decirlo, los gobiernos, tienen gente así, que oficialmente no trabaja para ellos pero que les hace el trabajo sucio. Se puede decir que van y vienen y se les contrata para trabajos específicos, a discreción. De hecho, le voy a poner un ejemplo: uno de los tipos que trabajó en su época con Roscoe fue uno de los que puso micrófonos en el caso Watergate.

—Joder —soltó Alsina.

—Como lo oye, uno de los detenidos colocando micrófonos para espiar al Partido Demócrata.

—Tiene lógica, sí. Es de manual: contratar a gente externa porque así no se les puede relacionar con el Estado o con la agencia que, en realidad, les paga.

—Aun así, White era un convencido, políticamente, quiero decir, pero quizá, con la edad, comenzaba a dudar de los métodos, que no del fondo. Me dijo que era un especialista en operaciones de extorsión, secuestro y eliminación física de enemigos. Así, como lo oye.

—Vaya.

—Una vez le pregunté si había participado en asesinatos para el Gobierno americano.

—Sí que fue usted lejos en sus conversaciones con él —señaló Alsina, pensando en que daría cualquier cosa por hacerse con las cintas del reverendo.

—Mucho.

—¿Y qué le dijo?

—Que sí.

—Que había matado por encargo.

—En efecto, dentro y fuera de Estados Unidos.

Alsina emitió un bufido.

—Y René Durand…

—Max.

—Perdone usted, Jack, y ese Max fue colega de Roscoe White…

—Algo así. Al ser francés, supongo que sería una suerte de mercenario. Roscoe me dijo que todos forman parte del mismo *pool:* OAS argelinos, gente de la mafia marsellesa, estadounidenses, la mafia italoamericana y muchos agentes anticastristas. Suelen sacar a la gente de ahí.

—¿«El mismo *pool*»?

—Sí, el mismo conjunto. Como gente de un gremio que se conoce y es fiable. Pero, ojo, el vínculo es ideológico, no se equivoque: odian a los demócratas, como los Kennedy, y a los comunistas, ya ni le digo…

—Ya.

Entonces Monroe se levantó y dijo:

—¿Le importa si hacemos una pausa? Tengo que dar de comer a las gallinas y, ya de paso, poner algo en la olla. Si quiere, le invito a comer, un guiso de legumbres y un vaso de vino, poco más.

Alsina accedió. Aquel era un lugar apartado y tranquilo, lejos del bullicio y de las miserias humanas. Monroe parecía un hombre pacífico, pero era obvio que algo le había hecho huir de Estados Unidos para esconderse nada menos que en medio de las montañas en una provincia perdida de España. Poco a poco, Julio iba conectando a René Durand, o Max, con Roscoe White, pero ¿qué había detrás de todo aquello? En realidad, no había averiguado nada nuevo: él ya había deducido que Durand fue mercenario e hizo trabajos para la CIA. Algo estuvo a punto de contar a los rusos que le costó la vida. Y la de su familia. Pero ¿qué?

Intuía que la clave era White, pero este estaba muerto. Monroe, el reverendo, era quizá el único que podía sacarle de dudas. E igual podría saber qué era eso de la operación Jaque. Un atentado contra Juan Carlos, el heredero de Franco, bien podía dar al traste con las esperanzas de cambio en España. ¿Cómo le iría a Sampedro con el asunto en Madrid?

* * * * *

Rosa llegó a casa a mediodía después de hacer la compra. Tenía prisa: quería hacer la comida, dar de comer al niño y acostarlo para la siesta antes de que llegara Nicole, la niñera. Aquella tarde tenía muchas clases y llegaría a casa pasadas las diez de la noche. Sin soltar el cochecito de Julito, metió la llave en el buzón y encontró una carta. Quedó parada.

Venía de España. ¡De Segovia! Y el remitente era su tío Santiago, que llevaba quince años fallecido. Intuyó que era cosa de Julio. Miró a derecha e izquierda y subió a casa. Una vez dentro, dejó al niño en la cuna, rompió el sobre con ansia y leyó la misiva:

Querida Rosa:

En primer lugar, disculpa la treta de enviarte la carta desde Segovia y a nombre de tu tío, pero quería asegurarme de que te llegaba sin despertar sospechas. El teléfono no es seguro. No temas por mí, todo va bien. La misión que me encomendaron ha sido un éxito: tengo los pasaportes y ¡setenta y cinco mil dólares! ¿Te das cuenta? En breve estaré allí.

Desde el primer momento sospeché que a los americanos les daba igual la autoría del crimen: lo que querían era encontrar a Durand. Y así fue. Lo encontré.

Y luego supe el porqué de todo: estuvo a punto de pasar información a los rusos y se echó atrás en el último momento. Era hombre muerto para unos y otros.

Creo que, al hallarlo, levanté la liebre y unos fulanos del KGB en Madrid lo quitaron de en medio. Ya me conoces: me siento, en cierta medida, responsable.

El chico que los franquistas me han puesto de ayudante es fantástico. Se llama Ernesto. Y digamos que, de refilón, hemos dado con una subtrama que hay que investigar. En ello estamos.

Tras cerrar con éxito mi acuerdo con los americanos, he venido a Ávila a averiguar por qué murió Durand, qué era aquello que iba a contar a los rusos antes de echarse atrás y de que estos mataran a su familia. Un amigo de Durand se confesaba, por decirlo de alguna manera, con un pastor protestante que reside aquí, en los montes de Ávila. Quiero conocer qué sabe él de Durand y su círculo. Ya me conoces, tengo que cerrar las cosas.

Tras esta última gestión, volveré a casa. Iré en un 124 de segunda mano que he comprado. Te llamaré cuando vaya de camino. Ponte en contacto con Plantard, y dile que quiero hablar con alguien de los suyos a mi paso por Madrid cuando vaya de vuelta.

Llamaré a la embajada francesa.

Dale besos a Julito, un abrazo a Joaquín, y para ti, ya sabes.

Te quiere,

Julio

Cambios

Sampedro fue citado en Casa Roque, un restaurante situado en Jovellanos, a un paso del Congreso donde, se decía, se estaban tomando decisiones muy importantes. En uno de los dos comedores, al fondo, le esperaba Héctor Gómez, estrella en ascenso, junto a un señor de traje gris, alto y peinado hacia atrás, que parecía muy seguro de sí mismo.

—Este es el joven del que le he hablado, señor —dijo Gómez a modo de presentación.

—Me llamo Ern…

—Nada de nombres —soltó el desconocido de manera muy cortante.

Aquello le pareció raro al joven agente, pero tomó asiento. Era evidente que el desconocido sí conocía los nombres del número dos de la DGS y de Sampedro, pero quería dejar su identidad, en cierta medida, en el anonimato. Le pareció un poco ridículo.

En cualquier caso, Ernesto sabía por su padre que la política no la manejan los tipos que aparecen en primera línea, sino que siempre hay gente que está detrás, que huye de los focos y que son quienes realmente juegan la partida de ajedrez. Aunque esta lección de su padre siempre tuvo una excepción: el Caudillo.

Aunque Franco, la verdad, ya no pintaba mucho. Se había ido echando a un lado y los herederos del Movimiento vivían, en aquellos momentos, como una banda de hienas luchando por lo que iba a quedar tras la muerte del dictador.

Sampedro pensó que aquel tipo canoso, sofisticado, debía moverse con asiduidad por el Congreso, ya que conocía al encargado del restaurante perfectamente y estaba familiarizado con la carta; pidió para todos: croquetas caseras, lengua estofada y pollo en

pepitoria. Para beber, ordenó un rioja. Se notaba que estaba acostumbrado a ser obedecido:

—¿Y bien? —preguntó mirando a Héctor Gómez. Este trasladó la mirada a Sampedro y arqueó las cejas como pidiendo explicaciones.

—Nuestro hombre está en Torrejón, y según la portera hoy o mañana se dejará caer por casa y podremos seguirlo. Suele trabajar una semana y librar otra. Mientras esté dentro de la base, poco se puede hacer.

El señor del traje gris miró a Gómez:

—¿Sabemos algo de lo que hace en la base? ¿Es de la CIA?

—Nuestras relaciones con el SECED no son lo que se dice buenas; lo controla Carrero, como usted sabe, señor.

—Ya, tampoco se centran mucho en cosas exteriores. ¿Usted, joven, cree que es de la CIA? El americano, digo.

—Yo no escuché la conversación, pero el señor Alsina, por la forma en que habló con el francés, cree que sí.

—¿Y eso de «el príncipe»?

—Dijo que estaba metido en una operación a la que llamó «Jaque» y que tenía que ver con el príncipe. No sabemos si se refería a Juan Carlos —aclaró Sampedro—. Está todo en el informe que redacté.

Héctor y su jefe se miraron con cara de pocos amigos. El segundo tomó la palabra:

—Mire, chaval —dijo mirando a Sampedro—, vivimos tiempos difíciles, de posible cambio, y esta información me rompe un poco los esquemas. Todos sabemos que el Movimiento sufre más aún el párkinson que el propio Franco. De un lado, están los del búnker, que no quieren que nada cambie. De otro, nosotros, los aperturistas, que pensamos, como dice Torcuato, que hay que ir a la ley desde la ley. —A Sampedro le chocó que aquel hombre hablara con tanta familiaridad de Torcuato Fernández Miranda—. Y luego quedan los que se hacen llamar «oposición democrática», que tienen dos plataformas: una auspiciada por el PCE y otra por el PSOE, medio enfrentadas, que querrían empezar de cero. Nosotros somos la

opción más cabal: desmontar el Régimen desde dentro e ir una democracia con garantías. Por eso, que los yanquis pudieran tener algo que ver en una acción contra Juan Carlos me chirría. Ha sido nombrado sucesor por el Caudillo y parece que está más a favor de la apertura que del continuismo.

—A mí también me chirría, señor.

—No le ocultaré, joven, que hay muchas cosas atadas. Con quien hay que atarlas, claro, es con los americanos y los alemanes. En los últimos tiempos se ha producido un desembarco importante de gente de la CIA en Madrid; no quieren que ocurra lo de Portugal y quieren controlar el proceso, así que han pensado en una España democrática en la que coexistan dos partidos: uno democristiano y otro de corte izquierdista pero moderado.

—El modelo anglosajón —apuntó Ernesto.

—Exacto. Se está trabajando con la posibilidad de que, en su momento, volviera incluso Carrillo. Todos sabemos que su PCE ha renunciado a un programa de máximos. Y el partido que asumiría el papel de liderar el voto de izquierda sería el PSOE, pero moderado y lejos del marxismo, claro. En esos están los alemanes, metiéndoles pasta y formación, aunque la CIA también invierte lo suyo. Necesitaremos una izquierda que no se eche al monte.

—Es lógico.

—Los americanos lo tienen claro en su guerra con los rusos: España es fundamental y por eso hay una serie de pasos a seguir con nosotros que nos meterán en el club de los que cortan el bacalao. Está todo pensado: primero, la democracia; luego, la OTAN; después, el Mercado Común. Y todos salimos ganando. Por eso no los veo montando algo en contra del príncipe, que está más cercano a nuestro modelo que al de los del búnker.

Sampedro bebió un trago de vino y dijo:

—¿No será un asunto del SECED? ¿Un golpe desde dentro?

—¿De Carrero? —dijo el hombre del pelo gris—. No lo descarto. Todos sabemos que no soporta a don Juan ni, en consecuencia, al hijo. Tras una entrevista con él en Estoril, este hizo un comentario

desafortunado sobre su vida matrimonial y se la tiene jurada. Carrero es un obstáculo para nuestro plan, para llegar a la democracia. Sí, a veces se las da de aperturista coqueteando con López Rodó y Fraga, pero mire usted si no el informe que se marcó en el 70 sobre la ley de asociaciones políticas. Está totalmente en contra y eso es no querer que en el futuro tengamos distintos partidos y, como sería lógico, democracia. Se ve como sucesor del Caudillo, no hay duda.

—Y está la opción de Alfonsito —apuntó Héctor Gómez.

—Exacto —añadió el jefe mirando a Sampedro—. La mujer de Franco y su yerno, el marqués de Villaverde, impulsan la candidatura de Alfonso de Borbón como sucesor, en lugar de Juan Carlos. Sería un franquismo, pero con rey.

—Y esos sectores, me refiero a Carrero, el clan de los Franco… ¿no estarían interesados en que el príncipe Juan Carlos saliera del tablero? —planteó Sampedro.

—Sin duda, por eso quiero que me investigue bien esto, joven, porque, aunque no veo a los americanos en este negocio, sí hay gente del Régimen que podría estar interesada. Y sea cauto; Carrero y el SECED son temibles, y el jefe de Héctor, con la Político-Social a sus órdenes, también. Tenga cuidado. No olvide que hay tres cosas que odia el presidente del Gobierno: una, los comunistas; dos, los masones, y tres… los democristianos, los aperturistas. Somos lo peor para Carrero Blanco, pues no considera unos traidores. Así que mucho ojo. Y ahora, a pedir el postre.

* * * * *

La comida con Monroe fue agradable. Allí, en las alturas de la sierra de Ávila, se respiraba paz a raudales y el reverendo parecía un hombre en armonía consigo mismo. Sirvió un exquisito guiso de legumbres que acompañó con un vino de la tierra.

—Es peleón, pero acompaña muy bien un guiso como este y ayuda a la digestión.

Alsina miró el vaso con cierta desconfianza.

El otro, con la intuición del que ha escuchado muchas debilidades de otros seres humanos, le leyó el pensamiento:

—Vaya, lo dejó usted, ¿no?

—Hace cuatro años. Vivía sumido en una nube de Licor 43.

—¿Lo echa de menos?

—Bueno, en París me tomo algún vermú de vez en cuando. Pero ahora mismo, la verdad es que sí. No el Licor 43, solo pensar en él me da arcadas…, pero un vasito de vino con este potaje…

—Pruébese —le animó el americano mirándolo con bondad desde sus profundos ojos azules.

Alsina tomó el vaso. Aún tenía el regustillo de las alubias, las judías y el caldo del guiso en la boca. Bebió un trago, paladeándolo, lentamente.

Hubo un silencio.

—¿Y? —dijo el pastor.

—Está bueno y sienta bien, sí.

—¿Siente algo… raro? ¿Algún impulso?

—No. Con el vermú me pasa igual.

—Entonces, bien.

—Pero solo beberé un trago más.

Continuaron comiendo mientras mantenían una conversación agradable sobre la vida. Alsina le resumió un poco que salió de España tras un caso relacionado, curiosamente, con los americanos, pero avisó al cura de que no podía contarle gran cosa.

—Me recuerda usted al pobre Roscoe. —Alsina sonrió. El reverendo siguió hablando—. ¿Sabe? Una vez me dijo que la gente como él y sus compañeros trabajan en operaciones, digamos, sucias. Se les paga bien porque son buenos y expeditivos, pero me insistió en que se les paga aún mejor por su silencio.

—Es lógico.

—Me contó que aquello va en la paga, pero que hay veces en que el asunto es tan tan gordo que incluso los propios paramilitares sienten que el Estado que les ha encargado el asunto podría, digamos, eliminarlos.

—Vaya. Sospecho que el asunto de Durand iba por ahí.

—No, eso no ocurre. Los Estados no son tontos y, si cada vez que hay una operación llamativa luego eliminaran a los mercenarios, nadie se arriesgaría a trabajar para ellos. Pero, aun así, Roscoe me decía que hay ciertas operaciones que provocan que los participantes se protejan, que se curen en salud guardando cierta información, lo que pone muy nerviosos a los altos mandos.

Alsina pensó en las fotos que él mismo tenía depositadas en un notario suizo y en dos lugares más y dijo:

—Entonces, ¿Roscoe tenía información sensible sobre esas operaciones?

—Dejó una caja de zapatos llena de material; entre otras cosas, un diario. Para que su hijo lo leyera.

—¿Y lo encontró?

—No tengo ni idea. De momento, parece que no.

—¿Por qué se vino usted aquí?

Monroe hizo una pausa antes de decir:

—Mi mujer, Meredith, murió de cáncer. Mis hijos eran mayores, y yo, la verdad, tenía miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque Roscoe me habló de una operación en concreto. Me di cuenta de que, sin quererlo, sabía demasiado. Así que me fui.

—¿Tiene relación con Durand?

—Max y él se conocieron en ese trabajo, sí.

—¿Tan gordo es el asunto?

Monroe sonrió de nuevo y se puso a pelar una manzana:

—Mire, le contaré una historia: un colaborador o compañero de White y Max, John Garret Underhill, exmilitar condecorado, licenciado en Harvard en Lingüística y que escribía como corresponsal de guerra para la revista *LIFE* en sus últimos días, comenzó a decir a sus amigos, entre ellos Roscoe, que temía por su vida después de aquel trabajo. Decía que «ellos sabían lo que él sabía», que el país no era seguro para él. Comenzó a ponerse nervioso y eso, en el negocio de estos tipos, es malo. Apareció

muerto en el 8 de mayo del 64 en su apartamento de Nueva York, con un tiro en la cabeza. Roscoe me confesó que Underhill había trabajado para la CIA y que después había sido redactor de prensa porque las agencias les buscan otros trabajos, tapaderas… para que «duerman» durante una temporada, ya sabe…

—Me imagino.

—El asunto de Underhill puso muy nervioso a Roscoe White y a otros de sus colegas.

—¿White tenía miedo?

—Mucho, por eso hablaba conmigo. Necesitaba que alguien le escuchara y lo tranquilizara en cierta medida. De hecho, dejó la Policía en 1965. Cuando murió en una extraña explosión estaba trabajando para la M&M Equipment Company como soldador y como capataz. Un amigo suyo me contó que Roscoe le dijo que el día de su muerte vio a un tipo extraño con un maletín y que este salió corriendo cuando se percató de que lo habían detectado. Y, más tarde, sucedió lo de la explosión. Y, ojo, Roscoe murió en ella. Dijeron que fue un accidente. Le cuento esto y lo de Underhill porque si dos profesionales acabaron así, imagínese un pacífico reverendo que en la vida empuñó un arma. Decidí desaparecer discretamente.

—¿Y cuál era ese asunto tan gordo, Jack?

Monroe lo miró sonriendo y contestó:

—Es mi hora de la siesta. Soy un hombre viejo ya, Julio. Descansemos y luego hablamos más.

El pastor subió a su dormitorio y Alsina se encargó de recoger la mesa. Luego se sentó en la cómoda butaca, acariciando al perro y leyendo la prensa: Fraga, desde Londres aseguraba que la relación entre España y el resto de Europa era esencial. Buena señal. Nixon se había visto envuelto en un nuevo escándalo; se le acusaba de haber autorizado una subida del precio de la leche por dos millones de dólares. Los países productores de petróleo amenazaban con reducir la producción en un 25 % tras dividir al resto de países en

amigos, enemigos y neutrales. Pensando en que Franco tenía bien atado ese flanco, Alsina quedó dormido dejando caer el periódico.

* * * * *

Eran las cinco de la tarde cuando sonó el teléfono de Sampedro.

—¿Sí?

—Ha salido de la base.

Era Huete, uno de los hombres que atendían la radio de la unidad.

—¿Cómo lo sabes?

—Mínguez y Ruiz han avisado por la radio de su coche. —Eran dos de los agentes asignados al seguimiento de Patrick Parker.

—¿Va hacia su casa?

—Creen que sí.

—Voy para allá —dijo Sampedro, y colgó.

Le costó un buen rato conseguir un coche camuflado para poder dirigirse a la calle Goya. Llegó al 121 y dio varias vueltas. Vio el coche de Mínguez y Ruiz aparcado. Dejó el suyo en doble fila y se acercó:

—¿Qué ha pasado? —Solo Mínguez estaba dentro del coche.

—Ha llegado, ha aparcado ahí, junto a la puerta de su casa. Ha abierto el maletero y ha sacado una maleta que le ha dado a la portera. Supongo que para que se la subiera a casa. Luego ha cogido una bolsa de deporte, grande, también del maletero, ha cerrado y se ha ido en dirección a Castellana.

—¿Ruiz lo ha seguido?

—Sí, yo me he quedado aquí; era lo más prudente.

—Esperaremos. Llama por radio por si hay noticias. Yo cojo mi coche y voy en esa dirección.

Sampedro tomó la calle Goya hacia abajo mirando hacia a la acera de la derecha y no vio nada. Llegó hasta la plaza de Colón, dio la vuelta y subió en sentido contrario. Así varias veces. Mínguez le dijo por radio que no había noticias de Ruiz.

Iba de nuevo en dirección a Colón cuando, en el cruce de Goya con Serrano, volvió a escuchar el soniquete de la radio. Una voz nasal dijo:

—Ruiz está volviendo, dice estar en la calle de Santa Engracia.

Sampedro aceleró y se encaminó en aquella dirección. Llegó a Alonso Martínez y subió calle arriba mirando a una y otra acera. Al fin lo vio: Ruiz era un tipo joven pero alopécico y algo pasado de peso. Hizo sonar el claxon y el otro miró. Sampedro detuvo el coche y le hizo un gesto con la mano para que subiera. Ruiz cruzó la calle, pues iba por la acera contraria, y subió al vehículo. Avisaron por radio a Mínguez para que permaneciera en el domicilio de Parker.

—¿Y bien? —quiso saber Sampedro.

—Pues nada más llegar y sin tiempo que perder, ha cogido un macuto y se ha ido andando. Lo he seguido.

—Lo sé.

—Parecía pesado; el macuto, digo. El tío caminaba rápido, está fuerte. Ha llegado al principio de la calle Génova, en la esquina con Monte Esquinza, y ahí había un tipo esperándolo.

—¿Americano?

—No, no, español. Más bien esmirriado, con aire un poco yeyé, patillas, pantalón de campana. Tenía pinta de universitario. Pelirrojo, eso sí, parecía una panocha.

—¿Pelirrojo? ¿Y dices que era español?

—Sí, por la ropa.

—¿Seguro?

—Seguro. Y el americano le ha dado la bolsa.

—Vaya —dijo Sampedro.

—El pelirrojo casi no podía con ella. Era menudo. Apenas se han dicho nada. El yanqui se ha dado la vuelta en dirección Castellana y yo he seguido al otro.

—¡Bien hecho! ¿Dónde ha ido?

—A la calle Juan de Austria, al número cinco. Se ha metido en el portal, tenía llave.

—¡Perfecto! ¡Perfecto! —exclamó Sampedro pensando que tenía que hablar con Héctor Gómez; necesitaba más gente.

Ballesteros

El ruido de un cristal que se rompía hizo despertar a Alsina. Comprendió que había dormido una larga siesta cuando vio que había anochecido. Su mente tardó unos segundos en situarse, pero entonces reparó en que el perro ya no estaba junto a él.

Escuchó golpes y pasos fuertes en el piso de arriba.

Dio un salto y se encaminó hacia las escaleras metiéndose la mano en los riñones y sacando la Star. Cuando llegó al dormitorio del reverendo, vio que este estaba en la cama, boca arriba, con un tipo a horcajadas sobre él. El extraño era atlético, moreno y tenía un enorme machete en la diestra que el pobre Monroe apenas si acertaba a frenar con las dos manos.

Sin pensarlo mucho, Alsina hizo fuego: una, dos, tres veces. Y el desconocido rodó hacia la derecha quedando inerte en el suelo.

Se acercó, por si las moscas, y le tomó el pulso.

—¿Estás usted bien, Jack?

—Sí. —El pastor apenas podía recuperar el resuello.

—No tema, está muerto.

—Es el tipo que vino a verme ayer.

Alsina dejó el arma y se acercó al anciano: tenía cortes defensivos en las manos y había un machetazo cerca de su cara que había rasgado totalmente la almohada. Había faltado poco.

Bajaron al baño de abajo, donde Monroe tenía el botiquín. Alsina le lavó las heridas, las desinfectaron y aseguraron bien dos vendajes.

—No sé si necesitará puntos.

—Podría ser.

—¿Lo conocía?

—Le digo que lo vi ayer por primera vez.

«Creo que atraigo a los sicarios», pensó Alsina.

Por indicación de Jack, comenzó a buscar al perro. Encontró a Bob muerto en la cocina. El animal había acudido al oír romperse el cristal y aquel hijo de puta lo había degollado sin miramientos. Subió de nuevo al dormitorio y registró el cuerpo. El tipo llevaba un pasaporte estadounidense a nombre de Julio Juan Ballesteros.

Bajó y se lo enseñó a Monroe:

—¿Y este será uno de los amigos asustados de Roscoe o se lo manda la CIA?

—Necesito un trago —dijo el reverendo por respuesta.

Al llegar al salón, Monroe se atizó dos vasos de *bourbon.* Alsina rehusó la oferta. Ambos quedaron en silencio, conmocionados por lo ocurrido.

Entonces Alsina, como el que tiene un chispazo, dijo:

—Tiene usted que irse de aquí.

Monroe asintió.

—¿Tiene dónde esconderse?

—Una vieja amiga tiene una casita en la Provenza.

—Pues vaya. No coja aviones ni trenes.

—Tengo un dos caballos.

—Pues vaya en coche, mejor. Tarde lo que tarde. Una vez allí, que le miren los cortes de las manos.

—Sí, sí. Pero... ¿y el tipo de arriba?

Alsina se levantó como activado por un resorte y pasó a la acción: el tal Ballesteros pesaba lo suyo. A Alsina le costó cavar un hoyo suficientemente profundo en una loma que quedaba tras la casa, detrás de dos frondosos eucaliptos. Según Monroe, nadie subía nunca allí.

—Se nota que estaba en forma, era puro músculo —comentó Alsina.

—Me ha salvado usted la vida.

El expolicía niveló el suelo dando golpes con la pala y recogió un buen montón de hojas de eucalipto para cubrir la zona. Se

iluminaban mal que bien con una lámpara de camping gas que tenía Monroe.

—No voy a poder dormir —dijo el pastor una vez hubieron acabado la tarea.

—Ni yo —respondió Alsina—. Salga mañana al amanecer y llévese las cintas. Pero, antes, me tiene que contar todo lo que sabe.

Monroe asintió.

—Primero, enterremos a Bob en un sitio bonito.

* * * * *

Sampedro hizo sonar el timbre, la puerta se abrió, y en ella apareció Héctor Gómez vestido tan solo con una bata de seda, finísima, negra y con un estampado dorado de formas extrañas que al joven policía le recordaron los paramecios que vio en un documental sobre la malaria. Llevaba una copa de coñac en la mano.

—¿Qué hace aquí? —dijo el propietario de la casa de muy malas maneras.

—Es urgente —respondió Ernesto.

—No me gusta que se me moleste fuera del trabajo.

—Es muy urgente.

Gómez abrió más la puerta dejando pasar a su subordinado y cerró rápidamente, pero permanecieron en el pequeño *hall.* Sampedro escuchó risas y pudo ver entre las puertas del salón a dos chicos jóvenes sentados en el sofá en ropa interior. Había una auténtica nube de humo y olía a marihuana.

—El yanqui ha salido de la base y se ha citado con un tipo.

—¿Cómo?

Sampedro contó la historia de Ruiz, y Gómez se dio un buen lingotazo de coñac.

—¿Y dices que el tipo era español?

—Eso dice Ruiz, y la bolsa parecía muy pesada.

—Joder.

—Me da mala espina, don Héctor.

—¿Tenemos foto del susodicho?

—Ha sido todo muy repentino. Por eso necesito otro equipo para mañana mismo. Hay que seguir a Patrick Parker y al nuevo tipo. Intentaremos fotografiarlo, pero no podemos preguntar a los de la Político Social. Seguro que sabrían decirnos quién es, pero están controlados por su jefe.

—Ni al SECED, lo controla Carrero.

Quedaron en silencio mientras Gómez pensaba. Al fin, dijo muy resuelto:

—Está bien, Sampedro, déjame levantar un par de teléfonos esta noche. Mañana a primerísima hora nos vemos en Sol, en la DGS. Te espero allí a las ocho. Y ahora, vete y olvida lo que has visto aquí.

* * * * *

Alsina y Monroe permanecían sentados en sendas butacas, con los pies en alto y mirando hipnóticamente el fuego. El reverendo iba ya por su tercer *bourbon* y Alsina se había servido medio vaso de vino. El expolicía no terminaba de comprender aquella situación. Estaba claro que ese Ballesteros era un profesional, como Roscoe White o Durand, pero… ¿quién lo enviaba? ¿Sabía la CIA de las conversaciones de White con su pastor? ¿O el atacante era uno de esos amigos de White que vivían asustados? ¿En qué habían participado aquellos tipos que temían ser eliminados? Fuera lo que fuera, debía de ser algo muy gordo.

Alsina tomó entonces la palabra:

—Quizá haya llegado el momento de que usted me cuente lo que sabe, ¿no?

Monroe asintió:

—Se lo ha ganado, desde luego —dijo el pastor mirando su copa de coñac al trasluz del fuego.

Se levantó, fue a la cocina y volvió con la botella, que dejó en el suelo, junto a su butaca. Y de pronto, como quien no quiere la cosa, soltó:

—Sabe usted quién es Lee Harvey Oswald, ¿no?

Los ojos de Alsina se abrieron enormemente. Ahora sí que estaba descolocado.

—Claro —afirmó—. El tipo que mató a Kennedy.

Monroe alzó las cejas con aire incrédulo y preguntó:

—¿Seguro?

—Eso dijo la prensa. Hubo una comisión, ¿no? La comisión…

—Warren.

—Eso.

—En efecto, la Comisión Warren llegó a una serie de conclusiones, pero la más llamativa es que Oswald fue el único tirador —explicó Monroe.

—¿Y?

—Que no fue así. Le he contado la historia de White. Recuerda que fue en barco a Japón recién alistado en los marines.

—Sí.

—Se trataba del USS Bexar. ¿Sabe quién iba en el mismo barco? ¿Y quién se alistó también antes de tener la edad pertinente?

Alsina negó con la cabeza.

—Lee Harvey Oswald —aclaró el reverendo—. Pero sigamos: ¿sabe quién estaba destinado en Atsugi, esa base japonesa de los U-2 donde la CIA tenía una potente estación?

—Me lo dijo usted, Roscoe White.

—Y también Oswald.

—Vaya.

—Como le comenté, era muy común que la agencia fichara a gente que tenía otros desempeños. Oswald y White trabajaban para la CIA estando en los Marines.

—¿Oswald? ¿De verdad?

Monroe, alzando las manos como pidiendo tiempo, dijo:

—Espere, espere. La vida de estos dos ha ido en paralelo, siempre. Tanto a Oswald como a White se les concedió una dispensa y pudieron dejar el servicio, digamos que por motivos personales. No hace falta que le diga que eso es raro, rarísimo. ¿Hasta ahí me sigue?

—Sí, claro.

—Pone usted en duda que Oswald trabajara para la agencia. Le daré la prueba del nueve: cuando le conceden esa extraña licencia y deja los marines, ¿sabe usted qué hizo Oswald?

—Ahora no recuerdo…

—¡Desertó a Rusia!

—¡Cierto! Lo leí —dijo Alsina señalando con el índice—. Eso fue una de las pruebas de cargo en su contra. Me pareció muy raro, la verdad.

—Exacto. Pero vayamos más lejos: un americano que se pasa a la URSS es, para los comunistas, oro puro. Así que allí se le trató bien y vivió mejor. Se casó incluso con una rusa.

—No lo sabía.

—Bien, pues ahora viene lo bueno: en junio del 62, Oswald vuelve a Estados Unidos con su mujer y su hija. Y dirá usted: ¿qué le hicieron?

—No sé, supongo que juzgarlo por desertor, o acusarlo de ser un traidor o un espía…

—Nada.

—¿Cómo?

—Continuó con su vida como si tal cosa. En plena guerra fría, un tipo se pasa al bando enemigo y luego vuelve y no le hacen nada. ¿Cree que es normal?

—¿Y los rusos dejaron salir a la mujer?

—Los convenció de que trabajaría para ellos. Pero como entenderá, poco iba a poder hacer si en América ya se sabía que había desertado. En suma, el hecho de que a su vuelta no fuera represaliado en Estados Unidos, ¿qué le hace pensar?

—Que trabajaba para ellos, para los americanos, quiero decir.

—Exacto. —ahora fue Monroe el que señaló con el índice—. Roscoe me contó que Oswald estaba en un *fake defector program*. ¿Cómo traducir esto? Digamos que un programa de falsos desertores a la Unión Soviética. Lógicamente, era un programa de la Agencia Nacional de Inteligencia. Me sigue, ¿no?

—Por supuesto.

—De manera que Oswald vuelve en 1962 y termina alquilando un cuarto en Oak Cliff, un barrio a las afueras de Dallas. Por aquellas mismas fechas, Roscoe White, que también había obtenido una extraña licencia, como ya sabe, también se muda con su familia a Oak Cliff. Vivían muy cerca. Qué casualidad, ¿verdad? Y, para rematar, curiosamente, al bueno de Roscoe le dieron un puesto en la Policía de Dallas en octubre de 1963.

—Vaya.

—Parecían ir de la mano, ¿no cree? —El pastor hizo una pausa. Tomó un trago y continuó—-: Usted sabe que mataron a Kennedy el 23 de noviembre de 1963. Apenas un mes y algo después.

—¡Un momento! —exclamó Alsina.

—¿Sí?

—Durand, o Max, como usted le llama, cuando se emborrachaba en Vera decía idioteces, delirios de borracho. Una camarera me contó que una noche que tuvieron que llevarlo a casa seminconsciente por la borrachera dijo: «Yo maté a Kennedy».

Monroe asintió y sonrió por toda respuesta.

Dallas

Alsina, incrédulo, preguntó:

—Pero, entonces, ¿está usted insinuando que…?

—Vayamos por partes, Julio. Roscoe y Oswald trabajaron juntos para la CIA desde su entrada a la Marina y coinciden en Dallas en otoño de 1963. ¿Me sigue? Roscoe tenía remordimientos y, de vez en cuando, me hablaba de aquello. Supongo que usted conoce el nombre de Jack Ruby.

—El tipo que mató a Oswald.

—En efecto. Es de primero de magnicidios: un tipo mata a un prohombre e, inmediatamente, alguien que no tiene nada que perder mata al asesino. Se acaba con cualquier rastro que pueda llevar a los verdaderos conspiradores. Le recuerdo que Oswald apenas pudo declarar. Bien, pues Roscoe White estaba casado con una bella mujer, Geneveva, que trabajaba… ¿dónde?

—Ni idea.

—En el club de *striptease* de Jack Ruby, el hombre que disparó a Oswald. El local se llamaba Carousel. En Dallas, claro. Todo coincide.

—Un momento, un momento. ¿Y no podían ser todo invenciones de Roscoe White? ¿Que estuviera loco?

—Le he dicho que dejó una caja de zapatos en su casa con información, fotos y bonos al portador como para vivir toda una vida. Siempre dispuso de dinero, de mucho dinero.

—Como Durand.

—Exacto.

—Pero, insisto, ¿y si eran fantochadas?

Monroe estalló en una carcajada:

—Un día se lo dije: «Roscoe, ¿no te estarás inventando todas estas historias?». La verdad, pareció sentarle mal. Al día siguiente me vino con un cablegrama que me dijo guardaba en su caja de zapatos, a la que llamaba «la caja de Pandora». El cablegrama decía: «Nueva asignación para Mandarin. Eliminar una amenaza nacional contra la paz mundial. Al fondo del cable está el nombre en código de RE-rifle».

Alsina se rascó la cabeza.

—Le llegó días antes del magnicidio de Dallas. Una vez hasta me dijo que usó un Mauser Gewehr 43.

—Pero… ¿él era ese Mandarin?

—Exacto.

—¿Y Oswald?

—Fue un pringado. Roscoe me dijo que era uno más del equipo. Me contó que hace falta gente: oteadores, tipos que recojan los casquillos, otros que den cobertura a los que han disparado para huir… No sé qué papel tenía Oswald, pero seguro que no disparó. Mire, Julio, White me contó que había un informe de los Marines que decía que era imposible que hubiera hecho esos tres disparos con ese rifle, en tan poco tiempo y con tanta precisión, porque ellos lo tenían clasificado como un tirador mediocre.

—¿Y Durand?

—Max, sí. Me dijo que hubo cuatro tiradores y que Max fue uno de ellos.

Alsina quedó pensativo:

—Claro, ahora lo entiendo. Durand voló de Dallas a Montreal justo por esas fechas, muy poco después del asesinato de Kennedy y, en apenas unos días, a España. Entró sin que le sellaran siquiera el pasaporte y se fue a vivir a un sitio aislado pero paradisíaco. Tenía mucho dinero.

—Ahí lo tiene.

—¿Y qué iba a contar Durand a los rusos?

—No tengo ni idea. Igual debería ahondar usted más en lo de Dallas.

—Sí, pero… ¿cómo?

—Yo no le puedo ayudar más. Sé lo que me dijo Roscoe, que había varios equipos….

—¿Recuerda nombres?

—Algunos, ya le digo: Underhill, el que tenía miedo y supuestamente se suicidó en Nueva York; Max o, como usted le conoce, Durand, un viejo mercenario de la extrema derecha francesa, antiguo miembro de la OAS… White hablaba de otro de nombre hispano, un tal Fito del Valle...

—Probablemente el que yace detrás de los eucaliptos.

—Podría ser, sí.

—¿Y algún nombre más?

—Un tal Patrick Parker.

—Un momento, reverendo, ¿ha dicho usted Patrick Parker?

—Sí, supongo que es un alias.

—Pues yo no lo creo. He oído antes ese nombre, en Madrid.

—Vaya —dijo Monroe ladeando la cabeza.

Alsina se masajeó las sienes. Aquello era mucha, pero que mucha información para procesar y en muy poco tiempo. Hablaban de gente especializada en eliminación de grandes personalidades. Gente que había estado involucrada en el asesinato de Kennedy. Algunos, quitándose de en medio, habían recalado en España, pero otros parecían seguir operativos para la agencia en Madrid, en algo que Parker había llamado «operación Jaque».

¿Y si la CIA eliminaba al príncipe Juan Carlos? ¿Y si achacaban el atentado a grupos de extrema izquierda? Aquello acabaría, de un plumazo, con cualquier posibilidad de que llegara la democracia. Sabía de la participación de los americanos en el golpe de Chile. ¿Querrían hacer lo mismo en España? Aunque, por otra parte, Sampedro aseguraba que los yanquis estaban trabajando por el cambio de sistema político con su nuevo aliado preferencial en Europa Occidental. Algo se le escapaba.

Monroe dijo entonces:

—Aquel fue un asunto complejo. Una operación de alto calado con muchos participantes. Tengo un dibujo en mi caja.

—¿Cómo?

—Un esquema que me hizo Roscoe sobre un fragmento de plano de Dallas, se lo daré.

—Vaya, gracias.

—Pero hay algo que se me había olvidado…

—¿Sí?

—A la hora de, supuestamente, haber disparado a Kennedy, se supone que Oswald mató a un agente de policía, Tippit, y huyó para refugiarse en un cine. Según White, Oswald y Tippit estaban involucrados, pero no dispararon al presidente. Oswald iba a ser eliminado y para eso enviaron a Tippit a recogerle, pero el primero se lo vio venir y, tras dispararle, escapó. Hubo un fallo: parece ser que estando en el coche patrulla con Tippit, Oswald escuchó por la radio de la Policía que ya lo buscaban y se dio cuenta de que iban a por él. Los agentes que llegaron primero al cine y detuvieron a Oswald no estaban involucrados. Si no, no hubiera salido vivo de allí. Y, además, parece ser que había público presente, lo que salvó la vida al preso. De forma temporal, claro. Según White, Oswald no terminó de entender lo que estaba pasando. Mientras estaba bajo arresto, tuvo tiempo para pensar y darse cuenta de que era un cabeza de turco. Era evidente que acabaría hablando más pronto que tarde. Por eso, cuando lo trasladaban para hacer una declaración oficial, Ruby lo mató.

Alsina se veía superado por todo aquello; estaba abrumado.

—Una última cosa, antes de que me vaya a hacer la maleta.

—Diga, Jack.

—Roscoe me dijo que hay una grabación que no ha salido a la luz. Está más o menos tomada desde la dirección desde la que él disparó, desde una valla de madera. Dice que ahí se ve cómo una bala impacta de frente en la cabeza del presidente, la impulsa hacia atrás y se la revienta.

—¿Y dónde está?

—Me temo que nunca la veremos.[1]

—Pero entonces… ¿a Kennedy lo mató la CIA?

—No, no, no —dijo el pastor negando con la cabeza—. A Kennedy lo mató Kennedy. Roscoe siempre lo decía: una facción de la CIA fue una pequeña, pequeñísima, parte del complot. Siempre lo afirmaba, pero no quiso contarme más.

* * * * *

A la una de la tarde sonó el teléfono de Sampedro:

—¿Sí? —respondió.

—Hay noticias. —Era Mínguez, al otro lado del aparato.

Ernesto miró a izquierda y derecha. Al lado tenía a Celdrán, un meapilas que había estudiado con uno de los hijos de Arias Navarro y que bebía los vientos por el ministro de la Gobernación.

—Mejor hablamos en persona —propuso Ernesto—. ¿Dónde paras?

—Muy cerca de Sol.

—Bajo.

Salió de la oficina, la sede de la DGS, lugar al que muchos opositores temían por las torturas y abusos que allí se producían de manera sistemática, y cruzó la calle. Mínguez le esperaba a la entrada de la calle Preciados. Sin mediar palabra, este giró a la derecha por Tetúan y se metió en Casa Labra. El otro le siguió, obediente. Era un lugar castizo que a esa hora ya estaba atestado de parroquianos. Se acodó en un rincón de la barra y pidió dos croquetas de bacalao y dos cañas para aparentar que eran dos amigos echando una cerveza:

—Tú dirás.

Mínguez parecía emocionado.

—Ruiz y yo hemos seguido al pelirrojo.

—Ya, ¿y?

—Ha tenido una reunión con alguien interesante.

—Continúa —le apremió Sampedro.

—Ha salido tarde de su casa y se ha dirigido aquí al lado, a Callao, a la cafetería Manila. Lo esperaba una mujer, rubia.

—¿Y?

—La conocemos.

Sampedro estaba intrigado, así que Mínguez, con sus bigotes negros que recordaban al periodista José María Íñigo, dijo:

—Helena Forest.

—¡La mujer de Montera!

Helena y el dramaturgo Daniel Montera llevaban casados desde el año 55. La militancia de ambos en la extrema izquierda era un hecho conocido en Madrid.

—También conocida como «la Bruja» o «la Rubia».

—¡Joder! —exclamó Sampedro—. ¿Y dónde está ahora? El pelirrojo, digo.

—Lo ha seguido Ruiz.

—¿Y ella?

—Lleva pegados a dos perros de la Político-Social; no era cosa nuestra.

—Bien hecho. ¿No os habrán visto los de la brigada?

—No, seguro. Pero a ellos se les ve a kilómetros.

—¿Y los otros dos…? Forest y el pelirrojo, digo.

—Ni se dieron cuenta.

Sampedro tomó nota de que debía ordenar a su gente que vistieran de manera informal, ya que se podían cruzar con muchos de los esbirros de Eduardo Blanco, el jefe de la DGS.

—¿Y de qué hablaban?

—Ni idea, no nos hemos acercado. Pero ella le ha dado un libro.

—¿Un libro?

—Y la conversación ha durado más de una hora, jefe.

—Joder.

Sampedro pidió dos cañas más y pensó en voz alta:

—Un militar americano, probablemente de la CIA, le da un macuto pesado a un tipo pelirrojo que se reúne con una de las militantes más conocidas y radicales de la izquierda, una de las

personas más contrarias a una salida del franquismo que supusiera la más ligera continuidad.

—Dicho así, no pinta bien, no —confirmó Mínguez.

—Necesito que le hagáis fotos al pelirrojo, ya. Acércate a Sol y que os dejen una cámara con un buen objetivo. Y si no os da tiempo, los del segundo turno. Las quiero reveladas para mañana.

—Hecho, jefe. —Y salió a toda prisa del bar.

---

[1] La película de Zapruder no se pudo ver públicamente hasta 1975. Aunque antes se vieron algunos fotogramas publicados por *LIFE,* que compró los derechos al autor.

Alsina

Sampedro tuvo una mañana de trabajo muy larga y llegó tarde a la pensión, casi a las cuatro, donde despachó dos platos de fabada de doña Blasa. Tomó nota de que estaba cogiendo peso, pero no era momento para pensar en aquello. Llegó a su cuarto, se aflojó la corbata y, tras tumbarse en la cama, quedó dormido al momento. Necesitaba una buena siesta.

Unos toques en la puerta lo despertaron de su pesado sueño y, al incorporarse, vio el reloj despertador que tenía en la mesita de noche: ¡eran las cinco y media!

—¡Adelante! —dijo mientras se sentaba al borde de la cama y se restregaba los ojos con el dorso de la mano.

—¿Se puede?

Era Alsina asomando la cara por el marco de la puerta. Ernesto se levantó, efusivo, y le dio un abrazo.

No pareció que a Julio le molestara tanta efusividad, pero sonrió con cierta sorna:

—Tengo muchas cosas que contarte, hijo.

—Y yo a usted, jefe.

—Ni te imaginas.

—Ni usted. Necesito un café.

—Y yo, vamos fuera —propuso Julio.

Acudieron a la cafetería Galaxia que, al ser tan amplia, les permitía charlar con tranquilidad sin miedo a ser escuchados. Se sentaron en una mesa junto a la cristalera, pero lejos de la puerta. Pidieron café y un par de bollos.

—¿Quién empieza? —preguntó Alsina.

—Usted.

Comenzó entonces a relatar a Sampedro todo su periplo en Ávila, su llegada a casa de Monroe, las largas conversaciones, el incidente con el sicario que había intentado matar al reverendo y cómo este se había marchado a primera hora de la mañana para desaparecer de nuevo, esta vez en la Provenza francesa. Le enseñó el dibujo que White le dio en su momento a Monroe sobre la plaza Dealey y las localizaciones de los tiradores el día de la muerte de Kennedy, aunque, mirándolo con detenimiento, no tenían claro cómo interpretarlo.

Sampedro, con la boca abierta por la impresión, exclamó «¡Joder!» remarcando lentamente cada sílaba. Alsina sonreía.

—Es una locura, ¿no? No tenemos todos los detalles, pero parece que Durand participó en el asesinato de Kennedy.

—¡La camarera del chiringuito! —exclamó Ernesto.

—¡Exacto! Yo también lo recordé. Lo teníamos delante de nuestras narices. Él lo había dicho públicamente, aunque bien es cierto que parecían delirios de borracho.

—¿Y cree que Durand iba a contar esto a los rusos?

—Tiene toda la pinta, y hubiera sido un bombazo. Mira, ese tal Underhill «se suicidó» —dijo haciendo el gesto de las comillas con los dedos—, White murió en una explosión… En fin, creo que todos los implicados estaban, en parte, acojonados.

—Pero Parker estuvo en el ajo, ¿no?

—Eso parece.

—Y por aquí anda.

—Supongo que hay gente de fiar y gente que puede cantar y no lo es tanto. Además, Ernesto, fíjate, para estas cosas contratan gente de fuera. No te puede suceder que un tío que es de la CIA y, en cierta medida, funcionario de un Gobierno, aparezca implicado directamente en una historia tan sucia, nada menos que el asesinato de Kennedy.

—Ya. Digamos que los de la CIA borran luego el rastro eliminando a esos «contratados externos» en cuanto dudan de ellos, los ven inestables o perciben que se pueden ir de la lengua.

—Así lo veo yo. Pero, ojo, Parker anda por Madrid implicado en la dichosa operación Jaque. Mal asunto.

—Ya.

—¿Y lo tuyo?

—Después de lo que me ha contado, lo mío le va a parecer una nimiedad.

Sampedro le contó lo del seguimiento a Parker, la cita de este con un pelirrojo con pinta de progre universitario y la entrega de una bolsa pesada. También le explicó que había conseguido más hombres y la entrevista del pelirrojo con la escritora e izquierdista Helena Forest.

—¿Quién? —Alsina se había quedado *in albis*.

—Esa mujer es muy radical; es la mujer del dramaturgo Daniel Montera. Llegaron a exiliarse en París. Son activistas muy destacados: ella simpatiza con Cuba y parece que con los vascos también. Él está abiertamente enfrentado a Carrillo, es profundamente antirrevisionista. Digamos que de los que no están por la labor de que Carrillo vuelva a España y que se produzca una suerte de reconciliación con el PCE. De hecho, los de la Político-Social me dicen que hubo una escisión en el exilio, los de la OMLE, Organización Marxista Leninista de España, algunos de los cuales son partidarios, incluso, de la lucha armada.

—¿Y dices que el pelirrojo se entrevistó con esa mujer?

—Afirmativo. Durante más de una hora.

—Y no sabemos quién es el tipo.

—Mañana espero tener fotos suyas.

Alsina encendió un cigarrillo y pidieron más café. Quedaron en silencio mientras sopesaban la información y ponían en orden los datos que se habían dado mutuamente. El expolicía, mientras fumaba, comenzó a pensar en voz alta:

—A ver, sabemos que Durand fue un paramilitar que hizo trabajos para la CIA y que, en un momento dado, estuvo a punto de dar una información tremenda a los rusos.

—Sobre la muerte de Kennedy.

—Exacto. Me contratan para localizarlo y lo consigo, pero los rusos lo apiolan. Por nuestra investigación sabemos que le alteró la muerte de un tal Roscoe White, que contó demasiadas cosas al reverendo Monroe.

—Correcto. Siga, Julio.

—Durand se entrevistó aquí en Madrid con un tipo, Patrick Parker, al que Roscoe White nombró en relación con la operación de Dallas. Parece ser que Parker y Durand eran amigos y que el americano no lo delató. En esa conversación pillé lo de la operación Jaque y el príncipe. Y por si todo esto no fuera poco, resulta que a ti te cuentan que en los últimos tiempos ha llegado más gente de la CIA a Madrid.

—Pero no sabemos si esa operación Jaque se refiere a Juan Carlos —apuntó Sampedro.

—Cierto. Pero parece que, por lo que dijo Parker, hay un equipo preparando esa operación.

—Exacto.

—Y este Parker le entrega una bolsa pesada a un tipo que se entrevista con una destacada activista de izquierdas que no parece por la labor para que vuelva Carrillo y que es favorable a la lucha armada. Estos tipos que pululan por aquí, al menos, Parker, están entrenados en el asesinato político y no te digo ya en magnicidios.

—Están aquí porque algo preparan. Algo gordo —confirmó Ernesto.

—Pero pensemos. Pensemos… Si, digamos, la CIA ha dado explosivos o armas a tipos de perfil revolucionario en Madrid de cara a un posible atentado contra el príncipe Juan Carlos, eso iría en contra de lo que a ti te cuentan que están haciendo los propios americanos, que es alentar el progreso con los Miranda, Suárez, Fraga y demás. Los americanos quieren una España democrática que entre en el Mercado Común y, sobre todo, y antes, en la OTAN. Luego, no cuadra lo que está haciendo Parker.

—No cuadra, no.

Hubo unos segundos de silencio.

Sampedro tomó la palabra:

—Pero, por otra parte, don Julio, sabemos que estos tipos estuvieron en lo de Kennedy. Nada menos que el asesinato de un presidente demócrata. ¿No será un sector rebelde de la CIA? ¿Un sector ultra que quiere que siga el franquismo?

—Que van a su aire y sirven a ciertos intereses. Reaccionarios, claro.

—Algo así.

Alsina dio un soplido.

—Es la única posibilidad.

—Porque, ojo —dijo Sampedro—, es un tópico, pero los extremos se tocan. Fíjese, jefe: Carrero, los del búnker, Arias Navarro… no quieren un cambio a la democracia. Los sectores duros de la izquierda tampoco quieren que el PCE se integre. Un atentado, por ejemplo, contra el príncipe mismo, daría a los más duros la oportunidad de hacerse con el poder y frustrar cualquier cambio. Los más duros de unos y otros.

—Ya, pero sabemos que eso no es lo que quieren los americanos.

Quedaron en blanco, mirándose como tontos. Aquello no cuadraba, no.

* * * * *

A la mañana siguiente, Alsina y Sampedro acudieron a la DGS, pues ya disponían de varias fotografías del misterioso joven al que Parker había entregado una voluminosa bolsa: era un tipo delgado y, en efecto, por la ropa, de aspecto español. Llevaba un voluminoso jersey bordado con motivos andinos, pantalones de pana de campana y una bolsa cruzada en bandolera adornada con motivos tribales. El pelo, que llevaba largo por detrás, le comenzaba a clarear por las sienes y lucía unas recias patillas.

—Este es un progre de libro —sentenció Sampedro, acostumbrado a trabajar con la Policía franquista casi desde niño.

Las fotografías eran en blanco y negro, así que no se apreciaba que era pelirrojo. Las compararon con imágenes que tenían en el archivo: militantes de las organizaciones más extremas y luego de

los sindicatos, del PSOE, del PCE y de las organizaciones estudiantiles. Nada.

—Estamos en blanco con este tío —reparó Sampedro—. Y lo peor es que los cabestros de la Político-Social o los cabrones del SECED sabrán quién es. Pero, claro, no podemos levantar la liebre.

Tomaron un café y a las diez y media acudieron al despacho de Héctor Gómez, pues su secretaria les había buscado un hueco. El verdadero muñidor de la DGS en la sombra, siempre elegante, paseaba por su despacho mientras jugueteaba con sus costosísimos gemelos. Era menudo, muy delgado, e iba como un pincel, podría decirse que casi rozando la coquetería.

—¿Me están diciendo ustedes que la CIA tiene un equipo en Madrid nada menos que para cometer un magnicidio y piensan que es contra el príncipe Juan Carlos?

Alsina y Sampedro, sentados como dos colegiales traviesos, asintieron algo cabizbajos. El otro continuó hablando entre enfadado y burlesco:

—¿Y que esos tipos de la CIA son unos grandes profesionales que participaron, entre otras cosas, en el mismísimo asesinato de Kennedy? Ah, ¡y se me olvidaba! Que uno de esos tipos le ha dado una bolsa que Dios sabe qué contendrá a un rojeras que se relaciona… ¡nada menos que con la Forest!

Alsina alzó las cejas mirando a su compañero en un gesto de complicidad.

Héctor Gómez se pasó la mano por la frente en un visible gesto de preocupación:

—Es una locura tan tan tan gorda que no puede ser sino verdad. ¡Me cago en mi vida! Nos la van a liar, joder.

—Sí, pero… ¿quién? —deslizó Alsina.

—Esa es la pregunta del millón, Julio, esa es. Pero si con estas evidencias no lo investigamos y pasa algo, la cabeza que rodará será la mía. ¿Habéis buscado en el archivo?

Ernesto entregó las fotos del pelirrojo a su superior y dijo:

—Hemos mirado todo, don Héctor, hasta chorizos que se han relacionado con gente de extrema izquierda para vender algún que otro hierro.

—¿Y?

—Nada.

Gómez se pasaba la mano por la boca mirando la foto del tipo en cuestión, pensando. Entonces dijo:

—¿Has mirado a los de la ETA?

Sampedro quedó parado.

—No, pero ¿la ETA en Madrid?

El jefe miró a sus interlocutores y dijo:

—Hará cosa de dos años, los del Servicio de Inteligencia del Alto Estado Mayor detectaron unos movimientos. La ETA nunca ha atentado en Madrid, aquí lo tienen difícil. Cualquier comando sería detectado *ipso facto,* por el acento y por el control que tenemos de la sociedad, claro.

—Pero habrá estudiantes vascos en las universidades madrileñas…—comenzó a decir Alsina.

—Controladísimos. Pero, ojo, como les decía, hace cosa de un par de años un par de tipos con peso en la banda bajaron a Madrid y se entrevistaron con la Forest. Creo que un tal Argala. Sampedro, vuélvete al archivo y repasa las fotos. No perdemos nada.

—De acuerdo.

Antes de que Gómez los despachara, el joven policía dijo como con miedo:

—Hay otra cosa…

—¡¿Qué?! —contestó su superior con fastidio.

—Que un tipo de la CIA colabore con alguna organización de extrema izquierda es raro, ¿no?

—Sí, lo es.

—Luego, hemos pensado que igual los americanos no lo saben, que es algún grupo dentro de la CIA que va por libre.

—Lo veo improbable.

—Ya, pero es que la línea oficial de los americanos es otra: están con nosotros, los reformistas. Hemos pensado que Alsina podría sondear a Epstein.

Gómez quedó parado, mirándolos.

—Usted terminó con ellos ya. ¿Cómo va a justificar su presencia en Madrid?

Alsina y Sampedro se miraron.

—Hemos preparado una estratagema —dijo Ernesto.

La llamada

Alsina y Sampedro volvieron al archivo:

—¿Sabrás encontrar las fichas?

—¿De los etarras? Pues claro —contestó el chaval—. Llevo años encerrado aquí y sé dónde está todo. Otra cosa es que hay temas que me sé y otros que no. La ETA no actúa en Madrid, así que no sé demasiado sobre ellos, pero el Régimen en esto es minucioso. Todo se archiva, de todo queda constancia.

Sampedro llevó a Alsina junto a uno de los archivadores de la oficina y extrajo varios volúmenes repletos de fichas: todos incluían fotografía, nombre y apellidos, DNI, último domicilio, nombres de los familiares y contactos conocidos con el mundo aberzale. También los apodos.

—Pues me temo que aquí tenemos trabajo —dijo Alsina.

Celdrán, el chivato de Arias Navarro, no les quitaba ojo, así que Sampedro, más listo, soltó una frase a Julio Alsina para aplacar las sospechas del otro:

—Ya verá, don Julio, como nuestra patrona queda tranquila. Mira que creer que un estudiante de La Rioja puede ser un etarra solo por tener un acento distinto al nuestro…

Alsina, que captó la idea, repuso:

—Vamos a comparar su foto y así se queda tranquila. Es una buena mujer, pero está un poco gagá ya.

—Todo sea por sus fabadas.

Ambos empezaron a pasar ficha tras ficha mirando de vez en cuando las fotografías que había tomado el equipo de Sampedro. Llegado un momento dado, Celdrán se levantó y, cogiendo su portafolios, se fue.

—Se va antes de tiempo, por eso lo hace de forma tan discreta —dijo Sampedro.

—Mejor, así estaremos más tranquilos. Por cierto, esto de la ETA… Aquí hay cientos de fichas.

—Son muchos, don Julio; como comprenderá, los medios de comunicación no cuentan ni la mitad de lo que pasa. Pero el asunto se les ha ido de las manos. Me consta que el Caudillo le apretó las tuercas a los del consejo de ministros. Estos vascos son duros, no pueden con ellos.

—Tú eres navarro.

—Usted lo ha dicho, «navarro». Pero cada operación policial que se salda con detenciones y, luego, los consiguientes abusos y torturas contra los miembros de la banda provoca que se les unan cien tíos más. La población no colabora, está con ellos, les dan cobijo. Y la represión es brutal.

—Ya, ya veo las fotos de las fichas —apuntó Alsina, que había observado que muchas de las fotografías habían sido tomadas en las instalaciones policiales y los detenidos tenían la cara tumefacta, un ojo morado o un visible corte en el pómulo.

Sampedro siguió hablando:

—Allí la Político-Social va a tope, sin freno. Se tortura y eso provoca una reacción mayor, si cabe. Usted sabe que yo asemejo el franquismo a un viejo dinosaurio: grande, sí; potente, también; pero lento, muy lento. Franco siempre fue una roca, su capacidad de diálogo con aquel que no piensa como él es, directamente, cero. Pero ni Franco, que está a ratos medio ido y se duerme en los consejos de ministros, ni los del búnker se enteran de que el mundo ha cambiado. Mire si no la que tuvieron los franceses en el 68 o los americanos con Vietnam. La gente, una vez que prueba la libertad, no quiere dejar escapar la oportunidad y, como usted y yo vimos en Vera, lo del turismo no solo ha traído mucha pasta, sino que ha hecho ver a nuestra gente que hay otros que viven muy bien, y no me refiero solo en lo que respecta a lo económico.

—No te falta razón, hijo —dijo Alsina. Y, de pronto, exclamó—. ¡Espera!

—¿Qué?

—¡Es este!

Sampedro acudió a la mesa de Alsina y miró la ficha que este había encontrado. Al lado, la fotografía del pelirrojo.

—¡La madre que me parió! —exclamó Ernesto llevándose las manos a la cabeza.

Alsina, entonces, leyó en voz alta:

—«Andoni Gómez Uriburu, natural de Baracaldo, vive en Madrid desde hace años. Alias "Gorria". Especialista en el paso de la frontera francesa, personas y armas. Tuvo ya un consejo de guerra en Burgos por injurias al Ejército; le pedían trece años, pero salió absuelto por falta de pruebas. Desde entonces, tiene un perfil más bajo. Tiene trabajo fijo en una copistería. Es un miembro legal de ETA». ¿Qué significa «legal», Sampedro?

—Son gente que no está operativa para la acción directa, como durmiente. Tienen sus trabajos, disimulan, pero dan apoyo a los comandos. Pero… ¿se da usted cuenta, don Julio?

—Sí, hijo.

—¡Tenemos a la ETA operando en Madrid!

—Y te recuerdo que un militar, probablemente de la CIA, le dio a este tipo un material que pesaba mucho.

—Me voy a hablar con Gómez. Esto es muy grave y tiene que saberlo.

* * * * *

Los días siguientes transcurrieron con cierta normalidad. El americano disfrutaba, y bien, de su semana de permiso: salas de fiestas, chicas y diversión. El otro, Gorria, apenas iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Alguna noche salía a tomar una cerveza por los locales que el franquismo ya tenía localizados como «posiblemente subversivos» y donde, sin esconderse mucho, los opositores al Régimen acudían en tropel. Un gran número de ellos

eran confidentes o agentes de paisano. Ni Carrero ni Arias Navarro se fiaban un pelo. Héctor Gómez había transmitido a las altas instancias que se había detectado actividad etarra en Madrid, pero desde la Político-Social le respondieron que Gorria era un tipo de perfil bajo muy asentado ya en Madrid y que era imposible que ETA tuviera un solo comando operativo en la capital.

Sampedro y Alsina habían preparado una estratagema que había de proporcionar al expolicía una coartada para quedarse en Madrid sin que Epstein sospechara: lo primero que hicieron fue hacer llegar una carta a Rosa desde Segovia, como la otra vez. Para que el plan saliera a la perfección ella debía llamar a la pensión a las cinco de la tarde.

Alsina y Sampedro aguardaban junto al teléfono que había en el pasillo.

A las cinco y diez, el aparato sonó:

—Una conferencia para el señor Julio Alsina —se escuchó al otro lado de la línea.

—Soy yo —dijo él.

—¿Julio?

—¡Rosa!

—Me alegro de oírte, cariño. Vuelvo enseguida para allá. Estoy deseando verte.

Silencio.

—¿Rosa, Rosa? —insistió él. Más silencio.

Entonces ella, con una voz seca y cortante, dijo:

—Julio, ¿no tienes nada que contarme?

El expolicía quedó parado y llegó a tartamudear:

—Cariño, no sé a qué te refieres…

—Los del pueblo me lo han contado.

—¿Te han contado? ¿El qué? ¡Ya sabes cómo son en los pueblos!

—Te has liado con Paca, la de la fonda, ¡menuda fresca!

—Te equivocas, cariño…

—Te dije que no fueras a España.

—No tuve otra, mujer. He cumplido con el trabajo, voy con mucho dinero, ¡y los pasaportes!

—¿Sabes dónde te puedes meter tus pasaportes?

—Rosa, espera, tranquilízate, cuando llegue podremos hablar con calma…

—¡No te quiero por aquí! —gritó ella fuera de sí.

—Rosa, Rosa…

—¿Y lo del trabajo? ¿Cuándo me lo ibas a decir?

—¿El trabajo? ¿Qué trabajo?

—Lo contaste en el bar del pueblo. Me llamó mi tío. Has vuelto a beber y lo largas todo. Me han dicho que tu amiguito ese, el *enchufao,* te ha ofrecido quedarte trabajando para esa gente de la DGS. ¿Es cierto?

—Bueno, no, no exactamente…

—¿De verdad vas a trabajar para esos hijos de puta? ¿No recuerdas lo que le hicieron a Joaquín?

—¡Yo os salvé la vida, hostias! —gritó Alsina fuera de sí. Silencio.

De pronto, se escuchó un clic metálico y el temido pitido que indicaba que Rosa había dado por terminada la llamada.

—Han colgado —se oyó decir a la telefonista. La muy cotilla debía de haber escuchado toda la conversación.

Alsina colgó y miró a su amigo.

—¿Y bien? —preguntó Sampedro.

El expolicía guiñó un ojo y puso el pulgar derecho hacia arriba.

Con la cabeza, le indicó que fueran a la habitación y, una vez allí, Sampedro dijo:

—¿De verdad cree usted que los americanos nos tendrán pichado el teléfono?

—No lo puedo asegurar al cien por cien, pero es lo que yo haría. Está claro que Rosa recibió la carta y ha hecho una actuación que ni Conchita Velasco. Ahora, cuando hable con Epstein, podrá colar el asunto de mi permanencia en Madrid.

—Si lo han oído.

—Y si no, como esta conversación se ha producido realmente, cuando yo lo cuente, parecerá verdad. Hazme caso.

—Creo que hay que dar gracias a Dios porque usted no decidiera ser un delincuente.

Alsina sonrió dando unas palmadas en la espalda al chaval y dijo:

—Vámonos fuera a tomar algo; nos lo tenemos bien merecido.

Epstein

—¡Alsina! —dijo Epstein poniéndose en pie al ver entrar al expolicía en su despacho de la séptima planta de la embajada americana—. Le hacía a usted en París a estas horas.

—Digamos que ha habido ciertas complicaciones —respondió este estrechándole la mano.

—Vaya, espero que no sea nada grave.

—No, no tanto. Es un asunto doméstico.

—¡Meredith! —gritó el americano por un interfono. La secretaria se acercó al despacho y Epstein ordenó dos cafés. Invitó a Alsina a tomar asiento en sendos sillones que quedaban separados por una mesa baja. Era uno de los despachos más amplios de esa planta reservada para los analistas, como se hacían llamar los agentes de la inteligencia americana.

—Usted dirá, Julio…

Alsina se incorporó un poco y, apoyando los antebrazos en las rodillas, entrelazó las manos.

—Usted sabe que yo le he contado todo.

—Bueno, más o menos.

—A destiempo, sí, pero le he contado lo que he ido averiguando cuando ya había corroborado las cosas.

—Yo no lo expresaría mejor.

—Pues hay algo que tengo que contarle.

Epstein lo miraba atentamente desde sus profundos ojos azules. Entró la secretaria y sirvió los cafés. Tras una pausa para que la chica saliera, el agente de la CIA le hizo un gesto y Alsina continuó:

—Verá, las cosas con mi mujer no están bien.

—¡Vaya! ¡Qué me dice! —algo en el tono de Epstein le hizo pensar que ya lo sabía. Alsina continuó con su charada.

—Ella no entendió que viniera a hacer este trabajo.

—Se puede decir que yo le obligué, Julio.

—He obtenido un buen dinero y los pasaportes.

—Sí, pero podemos decir que hubo un cierto nivel de coacción. Los franceses me ayudaron.

—Ella no quiso entenderlo así y nos hemos distanciado.

—Ya veo.

—Ese distanciamiento me hizo cometer un desliz y, bueno, de momento quiero aplazar mi vuelta a casa. Pero eso no es lo que tengo que contarle. Es sobre el día en que mataron a Durand. Hay algo que no le conté; preferí seguir la pista por mi cuenta.

—Como hace siempre.

—Sí. No lo puedo remediar. Soy un sabueso. Necesito llegar hasta el final de los asuntos, lo siento. Eso me metió en el lío en que me vi en el 69.

—Salió bien parado.

—Sí, por los pelos.

—Pero viene usted a contármelo.

—Sí, Epstein, hay algo preocupante y usted tiene que saberlo.

—Le escucho, Julio.

—Como le digo, seguí a Durand el día en que lo quitaron de en medio. Antes de lo de calle Orense, de que le dispararan, se encontró con una persona.

—¿Con quién?

—Con un americano. —Epstein frunció el ceño y Alsina continuó hablando—: Mandé a Sampedro a seguirlo y yo me quedé con Durand. Lo del francés ya lo sabe. Creo que los rusos lo encontraron siguiéndome a mí.

—No se culpe.

—El caso es que Sampedro siguió al americano: se llama Patrick Parker.

—Lo conozco.

—¿Es de la agencia?

—No. Es militar. He coincidido con él en un par de operaciones en Sudamérica.

—Él y Durand hablaron. Sabía que el francés era un traidor, pero parecía darle igual. Al parecer, eran amigos íntimos. —Epstein puso cara de pocos amigos—. Y, en esa conversación, habló de que estaba en una operación llamada «Jaque», y no sé qué del príncipe. En ese momento, supe que Durand quería ir a Ávila a ver a un pastor con el que hablaba a menudo Roscoe White.

—No deja usted de sorprenderme.

—Como tenía que pasar a ver a la familia de mi mujer —mintió—, decidí acercarme.

—¿Habló con él? ¿Con el pastor? —preguntó Epstein con los ojos enormemente abiertos.

—Sí. Me dijo que se iba a Grecia, cerca de la frontera con Turquía, donde tiene un amigo —volvió a mentir.

—Vaya, vaya, con el señor Alsina… Insisto en que no deja de sorprenderme.

—¿Usted sabía de su existencia?

—Sí, Roscoe White se puso muy nervioso y suponemos que habló de más. No solo con el reverendo.

—Tiene unas cintas. No deberían hacerle nada o acabarían haciéndose públicas.

—Como usted y las fotos que hizo en el 69.

—Algo así. Y, como yo, ese hombre no va a decir nada, no quiere problemas. Es un hombre sensato, de iglesia. Me lo aseguró.

—¿Lo cree así?

—Sin duda.

—Pero habló con usted…

—Yo sabía cosas y buscaba respuestas. Quería saber por qué había muerto Durand.

—¿Y lo sabe ya?

—Monroe no sabe los detalles, pero sí, sé que Durand y White estuvieron metidos en la operación de Dallas.

Epstein cerró los ojos y se pasó el índice y el pulgar por el puente de la nariz. Parecía enormemente cansado.

—Pero no estoy aquí para hablar con usted de eso.

—¿No?

—No. Monroe me dijo que Parker también estuvo en ese asunto, y verá…

—Me está usted intrigando cada vez más.

—La gente de la DGS. Bueno, no los azules, sino los partidarios del cambio tranquilo, lo han seguido.

—¿Y?

—Le vieron darle una bolsa muy pesada a un tipo que ha resultado ser un etarra, un hombre llamado Gorria.

—ETA no opera en Madrid, todo el mundo lo sabe.

—Es un liberado, tiene hasta trabajo fijo.

—Será alguna cosa de inteligencia militar…

—Pero, Epstein, ¿se da usted cuenta? Una operación que se llama «Jaque»… El príncipe… Un etarra. Este tipo, Parker, tiene experiencia en magnicidios. Todos queremos que, cuando muera Franco, esto acabe en buen puerto. ¿Y si se cargan a Juan Carlos? He venido a verle porque creo que usted debería saberlo. Me consta que ustedes van en la línea contraria.

—Exacto. Tenemos buena relación con el futuro rey y no nos interesa ese futuro que se está preparando para sí mismo Carrero Blanco, y si hablamos de los del búnker, menos.

—¿No está con ellos?

—¿Carrero? Tiene demasiados enemigos. Participó en la defenestración de varios ministros azules y los sectores más reaccionarios se la tienen jurada. Girón de Velasco va a por él como un kamikaze. Otra cosa es que pueda, claro.

—Sí, pero Carrero tiene una excelente relación con Blas Piñar. Está apoyándose en gente suya para montar el SECED.

—Mejor.

—Perdone que insista, pero…

—¿Sí?

—A mi manera de ver, hay tres posibilidades a la muerte de Franco: una, Juan Carlos, que tiene pinta de llevar esto a la democracia que ustedes plantean.

—Correcto.

—Dos, la de los del búnker, que están planteando que Alfonso de Borbón, ahora que ha hecho bisabuelo a Franco, herede el trono en una continuación pura y dura del Movimiento.

—En efecto.

—Y tres, Carrero, que da bandazos, porque se las da a veces de aperturista, pero no quiere apoyar la ley de asociaciones políticas, y que sería un sucesor de Franco, digamos, con cierta apertura por los tecnócratas del Opus en lo económico, pero ferozmente reaccionario en cuanto a libertades.

—Hay más escenarios, sí. Pero esos son los tres más plausibles. No es fácil entenderse con los españoles, bueno, mejor dicho, con la dictadura. ¡Mire! —dijo mostrándole unos periódicos que tenía sobre la mesa y que llevaban titulares como «¡Nixon dimite ya!» o «Situación insostenible»—. ¿Usted cree que esto es normal? Somos aliados preferentes, pero no pierden la oportunidad de hacer daño. Las bases militares son importantísimas para nosotros; España es vital; el Estrecho y el control del Mediterráneo, tener un país aliado entre nosotros y el telón de acero... Y no se imagina lo que estamos teniendo que aguantar. Entiendo que lo de Palomares fue algo difícil de explicar a la población, pero desde entonces se nos descuelgan constantemente con nuevas y nuevas exigencias para mantener el acuerdo de las bases.

A Alsina le sorprendió, una vez más, el domino del castellano de aquel tipo. Había utilizado la palabra «plausible».

—Por eso he venido a verle: estamos desconcertados, ¿por qué iba alguien de la CIA a dar explosivos a un etarra para matar a Juan Carlos?

Epstein sonrió.

—Le he dicho que Parker no es de la CIA.

—Pero ¿entiende mi preocupación?

—Totalmente, Julio. Es más, le agradezco que venga a hablar conmigo del asunto. No ha de preocuparse; confíe en mí, está todo atado. Además, ¿no pueden haberse equivocado al identificar al etarra? ¿Comprobaron lo que contenía la bolsa? ¿No ve que están fabulando en exceso?

—¿No tendrán ustedes una manzana podrida?

—No, se lo aseguro. Nosotros sabemos todo lo que pasa en Madrid. Si mi gente no me ha avisado, es que Parker no está haciendo nada malo. Aun así, le doy mi palabra de que lo miraré. Pero no se hacen ustedes una idea de la de operaciones que se llevan a cabo, y muchas no valen para nada. Algunas de inteligencia militar, imagine, suponiendo que ese tipo fuera un etarra de verdad al que se le han pasado unos explosivos caducados con un transmisor, por ejemplo; ya sabe, armamento defectuoso, pero que podemos rastrear.

—Ya.

—Pero, insisto, deme una semana y comemos juntos. Si se queda en Madrid podrá trabajar para nosotros. Sin compromisos, claro.

—Me han ofrecido trabajar para la DGS, digamos, de forma no oficial. Cuando muera Franco, si llega la democracia, harán falta policías comprometidos con la libertad —volvió a mentir.

—Pues mejor que mejor. Tenerle a usted ahí dentro nos vendría fenomenal. Y no se preocupe, que le mantendré informado.

Cuando Epstein le acompañaba al pasillo, Alsina, para rematar su actuación dijo:

—¿Sabe, Epstein? Gracias a este caso me he dado cuenta de que lo mío es investigar, seguir una pista hasta el final, el trabajo policial. La verdad, me estaba marchitando por momentos en aquella librería.

—Y es usted bueno, doy fe —repuso Epstein con la mejor de sus sonrisas.

* * * * *

Alsina salió de la embajada americana y se fue en la dirección más concurrida posible: cruzó el paseo de la Castellana y caminó a paso

vivo por Rafael Calvo. Al ser una calle ancha y larga, podía mirar atrás de vez en cuando y comprobar que no le seguían. Pasó frente a la comisaría de dicha calle y, cuando llegó frente al colegio de los Maristas, se metió en un bar pequeño que había enfrente. Allí, con un café con leche, le esperaba Sampedro. Pidió otro para él y, quitándose el chaquetón que llevaba, tomó asiento. Corrían los primeros días de noviembre y había refrescado mucho en Madrid.

—¿Cómo ha ido? —preguntó expectante el joven agente.

—Creo que bien.

—¿Se lo ha tragado?

—A ver, estos tipos son espías, gente entrenada, manipuladores. Pero creo que sí, que ha funcionado.

—¿Lo de su mujer?

—Creo que coló, sí. Me dio la sensación de que sabía lo de «la bronca».

—¡Bien!

—Le dije que Monroe tenía pruebas, pero que nunca las haría públicas y que se había perdido entre Grecia y Turquía. Pareció creerme.

—Es posible que le haya salvado la vida a ese hombre.

—Con esta gente nunca se sabe. También le dije que iba a trabajar para la DGS, de extranjis.

—¿Y qué dijo?

—Que les venía bien para tener información de dentro.

—¡Estupendo!

Alsina continuó hablando:

—Le conté lo de Parker, lo de la bolsa, lo de Gorria… Todo.

—¿Y qué dijo?

—Que es imposible. Yo le apunté a la posibilidad de que tuvieran, no sé, una manzana podrida. Lo descartó absolutamente y me dijo que me fuera tranquilo. Dice que lo mirará y que me dirá algo.

—Entonces, bien… ¿no?

—Yo creo que sí. Aunque, ¿sabes? Me dio la sensación de que Epstein ya estaba al tanto de todo lo que le contaba.

—Si es así, no entiendo nada.

—Ni yo, porque está claro que están en España para favorecer al príncipe Juan Carlos y no quieren que sea Carrero quien se ponga al mando. Y de los del búnker ni hablamos.

—¿Y ahora qué hacemos? Le recuerdo que comemos con Héctor Gómez.

—Pues seguir a Parker, con discreción, y controlar también a Gorria. Y ver qué pasa.

—¿No se vuelve usted a Francia?

—No. No quiero que un atentado de cuatro exaltados proporcione la excusa a los del búnker para hacerse con el poder y que la democracia nunca llegue a España.

Indiferencia

Cuando llegaron al restaurante, Casa Jacinto, situado a un paso de plaza España y decorado con motivos taurinos, Héctor Gómez ya les estaba esperando.

—Aquí se come muy bien —les dijo muy amable a modo de recibimiento.

Pidió una botella de vino, de la que Alsina probó media copita. Los otros dos se miraron como sorprendidos.

—¿Y bien? —dijo el número dos de la DGS mirando al expolicía.

—Le he contado a Epstein lo de Parker y dice que lo mirará. No le da importancia. —Gómez resopló.

—¿Qué ocurre, jefe? —preguntó Sampedro.

—Con los de arriba pasa igual: nadie da crédito a que la ETA pueda operar en Madrid. Primero, porque dicen que la capital es un fortín; policialmente hablando, claro. Y quizá no les falte razón. Segundo, porque piensan que los etarras no tienen capacidad operativa aquí y, además, que «no tendrían cojones». Me consta que otros agentes han avisado de lo mismo, como un comisario de Bilbao que sabe mucho de ETA y lo ha avisado varias veces. Ni puto caso. Yo creo que si la ETA supiera lo relajada que está nuestra gente, nos volaban Nuevos Ministerios. Y, claro, Franco no termina de entender cómo cuatro jóvenes vascos le están jodiendo de esa forma, pero a nuestra manera de ver creemos que el problema no se está abordando bien.

—¿Por qué? —preguntó Alsina.

—Franco está gagá y Carrero y los de su quinta son de otra época. Atacan el problema como se hizo con los maquis y ETA no es un fenómeno rural. No son cuatro locos que entran por un valle de los Pirineos a volarte una presa. Tiene implantación rural, sí, pero

también en áreas urbanas. El terrorismo revolucionario actual es un fenómeno moderno. En Alemania sí lo están sabiendo atacar. Franco reprime, detiene, tortura, y con eso te pones a más sectores de la población en contra. Y luego está lo de la descoordinación… —Sampedro y Alsina lo miraron como pidiendo más explicaciones—. Esto es un caos. El franquismo, como tal, está muerto. Y lo que queda son distintas facciones haciéndose la puñeta unos a otros para ver quién se lleva el gato al agua. Aquí, la inteligencia estaba en manos del Alto Estado Mayor del Ejército. Ese servicio es el que tiene contactos con otros servicios de inteligencia y llevan muchos años en esto.

—Los militares —apuntó Alsina.

—Exacto. Carrero ha creado el SECED y ha colocado al frente a un teniente coronel, San Martín. Eso ha encabronado a mucha gente, porque no le corresponde por escalafón y ha nutrido su servicio con algunos policías y guardias civiles. Y gente de Blas Piñar. El SIAEM[2] era ya un servicio de inteligencia experimentado, joder. Y luego, la Guardia Civil y la Policía Armada compiten, se pisan la manguera y se hacen la puñeta por tener éxitos propios y que no se los apunte el rival. Carrero ha encabronado a mucha gente: a los del búnker, a don Juan, que está en Estoril y que va a la suya, al hijo, el príncipe Juan Carlos, y, por supuesto, odia a los liberales. Todos aquellos que, viniendo del Movimiento, queremos transformar esto en una democracia somos lo peor para él. ¡Hasta con el Vaticano se lleva mal!

—Pero si es del Opus.

—Por eso: enturbió las relaciones con Roma porque entiende que una parte de la Iglesia ha aceptado el Concilio Vaticano Segundo, por los curas obreros y el apoyo que la Iglesia vasca da a los jóvenes que van nutriendo a la ETA. Además, según él, está horrorizado por la «laxitud» de las costumbres ahora que llegan extranjeros a punta pala, cuando es precisamente el turismo lo que nos ha sacado de pobres.

—Tiene muchos frentes abiertos, ¿no? —dijo Sampedro. Héctor Gómez asintió y se bebió una copa de vino de un trago.

—Pues eso es lo que me da miedo, hijo. Que este asunto nuestro de «el príncipe» no termina de cuadrar. Pero Carrero está desesperado, jugando a varias bandas; además, no es un tipo sociable, apenas sale de su despacho. No sé, lo veo posible. Además, el SECED no se ocupa de la ETA, Carrero tiene a sus sabuesos espiando a todo aquel que es alguien en el franquismo. Colecciona secretos de todos ellos; hay una especie de informe al respecto que se llama Jano. Además, están obsesionados con las Comisiones Obreras, los comunistas y cualquier atisbo de rojerío. La Político-Social, lo mismo. Me da miedo este asunto.

—Pues vamos a intentar que no ocurra, ¿no? —intervino Alsina, intentando ser positivo.

* * * * *

—La verdad, no tengo muy claro cómo lo vamos a hacer —dijo Sampedro a Alsina, ambos sentados en el salón de la pensión de doña Blasa.

—Tienes a dos equipos: uno sigue al americano y otro al etarra. Habrá que ver. ¿Por dónde se mueven?

—El etarra, como buen liberado, sigue una vida discreta. El otro, el yanqui, se pega la vida padre. Todas las noches pulula por Costa Fleming.

—¿Costa qué? ¿Es un local?

Sampedro estalló en una carcajada.

—No, hombre, no. Es como llaman a la calle doctor Fleming. Son muchos los americanos que alquilaron casas allí y, cuando tienen días libres, se pegan la vida padre. No crea, don Julio, que ha habido problemas gordos: putas, alcohol… En fin, una ofensa para el Régimen. Pero a estos tíos cualquiera los toca. La gente comenzó a llamar al barrio Corea porque los primeros yanquis que llegaron venían de allí, de la guerra. Hay locales, digamos, subidos de tono y chicas de vida fácil. Como un veraneo perpetuo.

—Vaya, cómo ha cambiado el Madrid que conocí.

—Pues sí. El Régimen ha tenido que mirar hacia otro lado siempre que la fiesta quede asociada a esa zona en exclusiva. Hay mucho trajín, supermercados con productos americanos, algunos de contrabando… Lo normal, teniendo en cuenta la pasta que se deja esa gente.

Alsina quedó pensativo. Entonces comenzó a mirar a Sampedro:

—¿Sí? —dijo este algo azorado.

—Nos vamos de compras. Te vas a dejar de esos trajes negros con camisa blanca de meapilas. Te quiero con barba de una semana y vamos a comprarte unas chaquetas de pana y unos pantalones Lois.

—¿A mí?

—Sí, apestas a pasma. Parker no nos conoce, tenemos dinero de sobra, ¿no? Pues vamos a ir a alternar a esa Costa…

—Fleming.

—Eso.

—Perdone, don Julio, pero es que usted, ya de por sí, tiene pinta de rojo, pero yo…

—Hombre, gracias. Pero debemos echar un vistazo a ese pájaro, acercarnos.

—¿Le parece buena idea?

—No tenemos otra. Ah, y esas gafas de pasta van fuera, Ernesto.

—Sin las gafas no veo bien.

—La misión es la misión, hijo.

* * * * *

Dos días después, Alsina y el renovado Sampedro se plantaron en un local de la calle Doctor Fleming. El expolicía vestía una trenca azul marino, jersey y pantalones de campana. El pobre Ernesto se había visto obligado a vestir una chaqueta de pana marrón y con coderas, camisa de flores y unos vaqueros que le hacían sentir incómodo porque eran muy apretados. Llevaba una bufanda roja que le daba un aire más mundano.

El local se llamaba, curiosamente, The Loft, como el mítico local neoyorquino, y estaba repleto de americanos.

La música sonaba estridente y había muchas chicas. Alsina y Sampedro observaron que la mayoría eran prostitutas.

Se acercaron a la barra y pidieron un cubalibre y una cocacola. Allí acodados, echaron un vistazo al local. Al fondo vieron a Parker, que se divertía en una mesa amplia con otros americanos, dos de ellos de color, y media docena de chicas de la calle.

—Desde luego, estos tíos no se aburren —comentó Sampedro.

—La diferencia del dólar a la peseta es abismal, podrían comprarse media Castellana si quisieran…

—¿Y ahora?

—No te entiendo.

—Sí, digo que ahora… ¿qué?

—¿Cómo?

—Perdone, don Julio, pero que digo que cuál es su plan, ¿quedarnos aquí parados?

—De momento, observar. ¿Hay algo nuevo de Gorria?

—No. Que sale poco.

Alsina comenzaba a entrever que estaban en un punto muerto, uno de esos en que una investigación encalla y no hay por donde seguir salvo que ocurra una casualidad, un chispazo que lo ilumina todo.

—Mira por dónde… —musitó.

—¿Cómo? —repuso Ernesto, que con el ruido del local no le había oído.

—¡Mira, mira! —dijo Alsina señalando con disimulo a la mesa de Parker.

—No entiendo.

—Mira quién se ha sentado con nuestro amigo.

—No me lo creo. ¿Ese es…?

Un tipo, vestido con una chaqueta azul eléctrico y una camisa abierta hasta casi el ombligo, se había sentado en mitad de la mesa de los yanquis. Todo eran risas y jolgorio.

Era el Julián, el del Pozo, el proveedor de Durand.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ernesto.

—Esto es lo que se dice un golpe de suerte.

Mirando con disimulo, vieron que el traficante sacaba algo del bolsillo y se lo daba a Parker. Este hacía otro tanto.

—Ahí tenemos una transacción de drogas en toda regla y nuestro billete a la cama porque ya tengo sueño. Vámonos a la pensión, Ernesto, y mañana haremos una visita a nuestro amigo en el Pozo del Tío Raimundo.

* * * * *

A la mañana siguiente, cuando llegaron a la DGS en Sol, se encontraron con que Mínguez les estaba esperando. Nada más verlos, les hizo un gesto con la cabeza y lo acompañaron fuera del despacho para evitar al chivato, Celdrán.

—Tengo noticias —susurró.

—¿De Gorria?

—Sí.

Alsina y Sampedro se miraron.

—Tú dirás.

—Anoche salió. A eso de las ocho, ocho y media. Fue a un acto, un coñazo de esos infumables de rojos. Insufrible de cojones. Esperen, que solo el título tenía huevos —dijo sacando su bloc de notas para mirarlo—. Era una lectura de Hölderlin, de Peter Weiss, adaptación de Daniel Montera.

—La hostia —dijo Sampedro poniendo cara de aburrimiento.

—Al grano, coño —cortó Alsina mirando alrededor—. Aquí, hasta las paredes oyen. Mínguez siguió a lo suyo:

—El caso es que estaba allí más de media disidencia. Nuestro hombre se encontró con la Forest y, claro, con Daniel Montera. Parecen muy amigos.

—¿Y?

—Que, por un momento, en medio del gentío, me dio la sensación de que hablaba con un tío…

—¿Sí?

—Un tío que me era conocido. Le di vueltas y vueltas, no sabía de qué me sonaba.…

—¿Llegaste a alguna conclusión? —preguntó Alsina.

—Yo juraría que era el Argala.

—*¡Amos* ya! —exclamó Sampedro alzando la mano derecha. Alsina puso cara de pocos amigos.

—Me he perdido. ¿Quién es Argala?

—Era él, seguro. Con ese pedazo de napia, mucho pelo, peinado con raya a un lado —insistió Mínguez.

—No puede ser, hombre —dijo Ernesto.

—¿De quién coño habláis? —insistió Alsina.

—Argala es uno de los pesos pesados de ETA —aclaró Sampedro—. Uno de los líderes de sus comandos operativos.

Alsina ladeó la cabeza, como negando:

—Esto tiene una mala pinta de cojones. Explosivos, Gorria y ahora un peso pesado de la ETA. ¿No os dais cuenta de que se está preparando algo gordo en Madrid?

—Bueno, no estamos seguros —calmó las aguas Sampedro—. Igual te confundes, Mínguez.

—Estuve dos años en el País Vasco, trabajé con Pepe el Secreta.

—Me he vuelto a perder —dijo Alsina. Sampedro aclaró:

—Un tío de Bilbao, el que mencionó Gómez, un comisario que es el que más sabe de la ETA en toda España. De hecho, lo han ascendido, es algo así como coordinador del Ministerio de la Gobernación en las tres provincias vascas para luchar contra la ETA. Yo me leo todo lo que envía al archivo y no sabes la de veces que ha avisado de que ETA está moviendo gente en Madrid.

—¿Ves? —insistió Mínguez.

—¿Lo seguiste? A Argala, digo.

—No, coño. Salí fuera. Ruiz me esperaba en el coche, en doble fila, por si había que salir pitando. Esperamos a que saliera pero había mucha gente. Se esfumó. Bueno, lo perdimos; es así.

—¿Volviste dentro?

—Sí, y nada.

—Joder.

Los tres quedaron mirándose.

—No hay otra que seguir vigilando a Gorria. No lo perdáis de vista. Voy a contárselo a Gómez —dijo Sampedro.

---

[2] Tercera Sección de Información del Alto estado Mayor, conocido como Servicio de Información del Alto Estado Mayor, era el servicio de inteligencia hasta la creación del SECED, luego CESID y, más tarde, CNI.

El Julián

Eran las dos de la tarde cuando la frágil portezuela de la chabola del Julián se salió de sus goznes de una patada, volando por los aires. Él, que dormía arrebujado bajo una pila de mantas en la única cama de la estancia, se levantó de un salto. A la izquierda, una mujer gorda y con una gran papada leía el *Lecturas,* como si nada, sentada en una mecedora. Ni se inmutó. Dos chiquillos pequeños con la cara llena de chorretes de suciedad se escondieron tras la mujer del traficante, que trajinaba en la cocina.

Primero iba Sampedro con la pipa en la mano; detrás, Alsina con una bolsa de plástico en la diestra.

—Pero ¿qué cojones es est…?

Sampedro le dio una hostia y el traficante cayó hacia atrás en el lecho.

—¡Todos fuera! —gritó.

La mujer, los críos y la gorda salieron en tropel.

—¿De qué conoces a Patrick Parker?

—¿Quién?

—Me has oído perfectamente. ¿Le pasas mierda?

Alsina, detrás, quedó ojiplático al ver actuar así a Sampedro. Parecía una bestia en aquel momento. Era raro en él, siempre tan perfectito y comedido.

—No sé de qué habla.

Sampedro cogió al traficante por el pescuezo y lo sacó de la chabola. De un empellón, lo arrojó sobre el piso. Había llovido y aquello era un barrizal. El Julián levantó el rostro y vio dos furgonetas de las que solían transportar a los antidisturbios a las manifestaciones de estudiantes.

—¿Qué hacen ahí dos lecheras…? —comenzó a decir cuando Sampedro le hundió la cara en el barro.

—¡Escúchame, media mierda! Las vas a tener ahí, en la puerta de tu casa de forma permanente. O haces lo que te digo o no vas a vender ni una puta peladilla. ¿De qué conoces a Parker?

—¡Me lo presentó Durand! —gritó el camello, cediendo.

—Bien, mejor. Vamos dentro.

Entraron en la chabola y el Julián se sentó en el borde de la cama. Sampedro le arrojó un trapo para que se limpiara la cara, pero este estaba más sucio que el rostro del traficante.

—Cuéntame, ¿qué le pasas?

—Yo eso no puedo contarlo, es un cliente…

Sampedro miró a Alsina y este saco un taco de papeles de la bolsa. Parecían folletos. Eran tamaño cuartilla. Comenzó a arrojarlos aquí y allá.

—Un momento, un momento… ¿Qué hace?

Alsina se paró, se giró sobre sus pies y mostró uno de los papeles a Julián.

—Son folletos del PCE, propaganda subversiva. Aquí ya entra la Político Social. Tendrán que averiguar dónde tienes la imprenta, ¿no?

—¿Cómo?

—Que llamamos por radio y vienen en media hora. Las manos de hostias que te vas a llevar en Sol van a ser de órdago. Ya los conoces.

—¡No! ¡No! ¡Esperen! ¡Un momento! ¿Qué quieren?

Alsina se sentó en la cama, junto a él.

—Todo —dijo.

—No entiendo.

Sampedro terció:

—¿Qué le pasas?

—Cocaína. Y LSD. Esos tíos son una panda de drogadictos, no se hacen una idea. Hay algunos que se inyectan heroína y morfina, pero yo eso no lo toco. Vienen de Vietnam como motos. Aquello debe de ser la hostia y se meten de todo para aguantar como sea el

tiempo que les toca servir allí. Cuando vuelven, están enganchados como perros.

—¿De qué hablan? —preguntó Ernesto.

—Y yo qué sé. Solo hablan en inglés. Esos tíos solo se relacionan entre ellos, desprecian a los españoles.

—Pero Parker sabrá español.

—Sí, pero entre ellos solo hablan en inglés todo el rato. Los muy hijoputas se dan la gran vida y solo saben decir cuatro palabras: chupar, follar, ojete… y poco más.

—Piensa, Julián, algo habrás oído, algún comentario. ¿Les has oído mencionar la palabra «jaque»?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Y algo sobre el príncipe?

—Tampoco. Se divierten, se drogan, follan, poco más.

Alsina y Sampedro se miraron.

—Tienes que darnos algo, Julián, o las lecheras se quedan —amenazó Sampedro.

El otro miró hacia arriba, como haciendo memoria. Repasaba mentalmente para salir del atolladero.

—¡Tiene una novia! ¡Sí! ¡Eso!

—¿Una novia? —aquello despertó el interés de Alsina.

—Sí, le tiene puesto un piso. Es puta. Se llama Montse.

—¿Un piso dónde?

—En la calle Tiziano.

Alsina y Sampedro volvieron a mirarse. Asintieron. Eso era algo.

—Volveremos a verte —le avisó Sampedro cogiendo las octavillas y lanzándolas sobre el traficante antes de salir de allí.

* * * * *

Por la tarde, en la DGS, Alsina ojeaba el periódico mientras Sampedro tecleaba un informe en una máquina de escribir. Quería dejar constancia por escrito de todo y mantener informado a Héctor

Gómez a la perfección. Mínguez había estado mirando fotografías de etarras y se mantenía en sus trece sobre que el tipo que había visto junto a Forest y Gorria era Argala. Mal asunto si no se equivocaba, pues era uno de los más importantes jefes de comandos de la ETA.

—¡Mira! —dijo Alsina mostrándole un titular—. «Intentan secuestrar al embajador Ullastres».

Sampedro cogió el periódico y leyó la noticia: el embajador de España ante las Comunidades Europeas había sufrido un intento de secuestro. Cuatro hombres armados habían irrumpido en su casa en Bruselas. Redujeron a una sirvienta y otra, que logró esconderse, avisó a la Policía. Al no encontrarse en casa el embajador, los cuatro delincuentes huyeron.

—¿Qué me dices? —preguntó Alsina.

—Que huele a la ETA que apesta.

—¿Verdad? A pesar de los intentos de la prensa del Régimen por ocultarlo, esta gente está fuerte, muy fuerte.

—Pues han muerto catorce en lo que va de año y llevan más de setenta detenidos —apuntó Sampedro.

—No te digo que no, pero aun así no paran. Siguen creciendo, ¿te das cuenta?

En ese momento, entró Ruiz. Parecía alterado.

—¿Qué coño haces aquí? Tenéis vigilancia de tarde con Gorria.

—Mínguez está con él. Hay noticias. Ha vuelto a su piso.

Los tres se miraron, hicieron un gesto y salieron al pasillo. Entonces, el policía que dio con la pista del etarra por primera vez, dijo en voz baja:

—Lo hemos seguido como siempre. Ha ido a las afueras; llevaba un paquete bajo el brazo, envuelto en papel.

—¿Iba en coche?

—No, no, lo hemos seguido en metro. Y andando. Ha ido a Campamento y ha entrado en un edificio, en la calle Mirlo número 1.

—¿Y? Sigue —dijo Alsina.

—Mínguez se ha quedado fuera y yo he entrado a hablar con el portero. Le he enseñado la placa y le he dicho que hacemos

controles rutinarios por alquileres de inmuebles a posibles unidades comunistas o del FRAP. ¿Y saben qué?

—¡¿Qué?! —respondieron los dos al unísono.

—En el 12 C vive un grupo de estudiantes, ¿saben de dónde?

—Vascos —dijo Sampedro.

—Vascos —sentenció Ruiz afirmando con la cabeza.

Alsina y Sampedro se miraron, como siempre. Aquello iba cobrando forma, y no era buena.

* * * * *

A la jornada siguiente Alsina y Sampedro se acercaron a la calle Mirlo. Echaron un vistazo al edificio situado en el número 1 y, tras mostrar la placa de Ernesto, hablaron con el portero. Era un tipo muy delgado, entorno a los sesenta y con el pelo ralo, canoso. Vestía de uniforme, pantalón y jersey gris. Había una gorra sobre su mostrador.

—Sí, en el 12 C. Son buenos chicos. Unos estudian y otros trabajan.

—¿Cuántos son, exactamente? —preguntó Alsina.

—Cuatro, y alguna vez viene alguna visita y pasa un par de días con ellos. Pero no han dado problemas y me consta que pagan puntualmente. Gente educada y poco amigos de escándalos, porque ya saben ustedes que alquilar pisos a estudiantes es una ruleta rusa, lían cada fiesta…

—¿Ha visto usted algo raro? ¿Entrar o salir a mucha gente desconocida? —preguntó Sampedro.

—No, poca cosa. Como les digo, alguna visita sí que han tenido, pero este no es un edificio pequeño, así que no se lo puedo asegurar al cien por cien.

—¿Los ha visto cargar fardos pesados? ¿Cosas voluminosas?

—Nunca. Si acaso algún macuto cuando llegaron o cuando se van unos días a su tierra.

—¿Cómo es eso? —dijo Alsina.

—Sí, a veces se van a ver a la familia. Como todos los estudiantes, hay semanas que no les veo el pelo.

—Gracias, ha sido usted de mucha utilidad —repuso Alsina dando por terminada la conversación.

Salieron y decidieron tomar algo porque todavía querían ir a ver a la supuesta novia de Parker. Un compañero de Sampedro le había conseguido todos los datos, pues estaba fichada por prostitución. Dieron con una cafetería nueva en aquella misma calle, Milano, donde entraron y pidieron dos cafés con leche y tostadas.

Mientras esperaban, escucharon a un cliente decir:

—Joder, el periódico está manchado otra vez de sobrasada. Los de la ETA lo dejan siempre perdido. Y lleno de migajas.

Alsina y Sampedro giraron la cabeza y miraron al parroquiano. Se les había helado la sangre. ¿Había dicho «los de la ETA»?

—Perdone, caballero —dijo Sampedro mostrando la placa al dueño con disimulo—. ¿Puede acercarse?

El hombre, un tipo alto y fortachón, de poblado bigote, dijo:

—¿Sí?

—Ese señor de ahí... ¿ha dicho «los de la ETA»?

El camarero estalló en una violenta carcajada:

—¡Sí! ¡Sí! Son cuatro jóvenes vascos, estudiantes, que se pasan muchas tardes aquí jugando al mus. Son buena gente, pero, como son del norte, los parroquianos los llaman así. Es una coña que tenemos entre nosotros y ellos se lo toman con humor.

—Pero ¿trabajan?

—Creo que unos estudian y otros trabajan. A uno de ellos lo he visto venir con dos chavalas. Una es su novia, seguro.

Alsina y Sampedro se miraron. Si salían con chicas, eso podía descartar la hipótesis de un comando.

El otro, sonriendo, añadió:

—Sé lo que están pensando. Suena raro, pero ¿saben? Tengo un parroquiano que es, precisamente, guardia civil. Una vez les escuchó el acento y oyó que la gente del barrio les llama «los de la ETA» y,

lógicamente, me preguntó. Me consta que hizo unas gestiones con su superioridad, lo miraron y dijeron que no había nada.

Alsina y Sampedro asintieron.

—En un momento están los cafés y esas tostadas —dijo el hombre retornando a sus quehaceres.

Alsina miró a Sampedro y le dijo:

—No me gusta.

—Si fueran un comando de ETA, no bajarían al bar ni saldrían con chicas…

—Ya, eso sí.

—Y lo ha mirado la Guardia Civil.

—Pero Gorria vino a verlos.

—Hay muchos jóvenes vascos estudiando en Madrid. Allí se conocen todos, se traen paquetes del pueblo, no sé.

—Sigue pareciéndome sospechoso.

Sampedro asintió.

Montse

Después de una buena semana de farra, Parker había vuelto a la base, así que, a última hora de la mañana, Alsina y Sampedro se presentaron en casa de Montse, la prostituta que, al parecer, era medio novia del americano. Vivía en un quinto de la calle Tiziano, en un edificio con buen aspecto, lujoso. Subieron y tocaron el timbre del quinto derecha. Una joven muy despampanante, teñida de rubia y con cierto aire a Carmen Sevilla abrió la puerta. Su sonrisa se borró cuando vio la placa de Sampedro.

—¿Montserrat Rodríguez Pau?

Ella puso cara de fastidio.

—¿Qué tripa se os ha roto ahora, pasmas?

—Tenemos que hablar con usted. ¿Podemos pasar?

Ella se dio la vuelta, dejándoles la entrada franca, y atravesó un largo pasillo que terminaba en un amplio salón. Sampedro, conforme avanzaba, se giraba mirando a Alsina horrorizado. Aquello era un monumento al mal gusto: cuadros cubistas, láminas de Van Gogh, una reproducción de *El caballero de la mano en el pecho*… Todo mezclado sin sentido ni concierto, aderezado con un papel pintado que tapizaba las paredes y que dañaba a la vista. En el salón, una alfombra hecha con la piel de un oso polar, dos cuernos entrecruzados de marfil y una mesa de café cuyas patas eran unas extrañas y retorcidas columnas barrocas terminaban de arruinar el ambiente. Había láminas eróticas por las paredes y una lámpara de magma.

—Ustedes dirán.

Sampedro miró su bloc de notas como dándose un aire profesional, y habló:

—Verá, hemos sabido que sale usted con un norteamericano, Patrick Parker.

—¿Y me van a detener? He estado más veces en Sol que el Lute. A este ritmo me tendrán que nombrar enemigo público número uno.

—No, señora, no. Pero necesitamos su ayuda —dijo Sampedro.

—Anda, ¡qué finos! ¿Ahora me tratan de usted?

—Nos dicen que Parker es su… valedor.

—¿Mi qué?

—Que le ha puesto este piso —interrumpió Alsina.

—Ah, ¿eso? Sí. Total, está fuera de la base una semana y otra dentro. Cuando me quedo libre y él no está, me saco mis dinerillos extras. Paga bien, no crea; los jodidos americanos nadan en dólares.

—Necesitamos que nos ayude —insistió Sampedro—. No podemos decirle de qué se trata, pero es un asunto de seguridad nacional.

—Muy gordo —dijo Alsina, que hablaba más el idioma de la chica.

—Por eso, si hay algo que haya usted observado…, algún comentario raro… —tanteó Ernesto.

—No les entiendo.

—¿Sabe si habla con españoles? —preguntó Alsina, al grano.

—Quia. Estos solo se relacionan entre ellos. El único amigo que tiene que no es americano se llama Johny. Hablan mucho.

—¿Sabe el apellido?

—Maxwell. —Sampedro lo anotó.

—¿Y de qué hablan?

—Ni idea, cosas suyas, en inglés. Yo solo sé las cuatro cosas básicas: *fuck*, *blowj*….

—Nos hacemos una idea —interrumpió Alsina—. ¿Le ha visto sacar o meter de aquí o de su piso bolsas grandes? ¿Cosas pesadas?

Ella negó con la cabeza.

—¿Alguna cita rara? Momentos en que lo vea irse aparte, ponerse misterioso…

Ella hizo memoria.

—¡Sí, una vez! Estaba al teléfono hablando con un español.

—¿Un español?

—Sí, hablaba en nuestro idioma, no sé qué de una mina…

Alsina y Sampedro, como siempre, se miraron.

—Y cuando me acerqué, dejó de hablar. Me pidió que le trajera una cerveza bien fría del frigo, pero yo sé que era una excusa para que saliera del salón.

—¿Y recuerda el nombre del español? ¿Lo nombró?

—Sí, le dijo: «Mira, Esquerra».

—¿Cómo?

—Sí, coño, soy de Girona y hablo catalán, y *esquerra* significa «izquierda», y por eso se me quedó.

Alsina y Sampedro quedaron quietos un momento.

El joven policía, ladeando la mirada, preguntó:

—¿No sería «Ezkerra»?

—¡Sí, eso fue! ¡Ezkerra! Seguro, porque su acento no sonaba del todo catalán. Le llamó Ezkerra. Justo.

Sampedro decidió dar la entrevista por terminada y le dio las gracias a la joven, que los acompañó a la puerta.

—Tengo la semana libre, si ustedes gustan… —comenzaba a decir Montse cuando ya salían al rellano.

En el ascensor, Alsina miró a Sampedro. Estaba lívido.

—Pero… ¿qué pasa, hijo?

—Julio, ¿acaso sabe usted quién es Ezkerra?

—Ni idea.

—Uno de los más importantes líderes de la ETA. Tenemos que ir corriendo a la DGS.

* * * * *

—¡Que no, cojones, que no! —exclamó Héctor Gómez dando un puñetazo en su mesa de despacho. Alsina y Sampedro lo miraban sin saber muy bien cómo convencerlo.

—Pero, don Héctor —rogó Sampedro—. Solo necesito otro equipo…

—Pero ¿has perdido la cabeza, hijo? ¿Tú sabes lo que me ha costado conseguirte dos equipos, con dos turnos cada uno, para

seguir a un supuesto etarra de poca monta y al americano?

—Lo de ese piso tiene mala pinta —apuntó Alsina.

Gómez se pasó la mano por su cabello, abundante y sano, como el de un actor de cine. El tipo se cuidaba y mucho, y olía realmente bien:

—Vamos a ver, me está resultando muy difícil, por no decir imposible, mantener el seguimiento de Parker. El tío es ciudadano americano y, para más inri, ¡militar! Nosotros no somos ni el SECED ni el Servicio de Inteligencia del Alto Estado Mayor. Y encima, tengo que conseguir justificar esas horas de trabajo sin llamar la atención de la gente de Carrero o de Arias Navarro, que no sé cuál me gusta menos y cuál me acojona más. ¿Y ahora me venís pidiendo más hombres para vigilar un piso de estudiantes?

—Vascos —apuntó Sampedro.

—Pero ¿os hacéis una idea de cuántos jóvenes vascos hay en Madrid estudiando? ¿O trabajando? ¡No todos son etarras, por Dios!

—Sí, es cierto, pero Gorria…

—¡Vamos a ver! ¡Vamos a ver! Pongamos un poco de cordura en esto, porque no sé si os dais cuenta, pero se os está yendo la cabeza totalmente: ¿vosotros creéis que si esos chavales fueran de ETA iban a bajar a jugar al mus en el bar de su barrio? ¡Joder! ¡Y han visto a uno saliendo con chavalas!

—Igual lo hacen, precisamente, para disimular —apuntó Sampedro.

—Pero si vosotros mismos habéis dicho que parece que la Guardia Civil miró el asunto y no encontró nada de nada.

Sampedro bajó la cabeza.

—Pero hay movimientos de la ETA en Madrid —volvió a insistir Alsina, siempre sensato.

—Sí, los hay, los ha habido y los habrá. Pero poca cosa, aquí se les detecta rápido y a la gente de arriba les consta que la ETA no tiene, hoy por hoy, capacidad operativa en Madrid. ¡Fijaos! Hace unos meses hasta se detectó una operación que se llamaba «Turrón Negro» o algo así, en la que pretendían secuestrar a la mujer de

Carrero Blanco para intercambiarla por no sé cuántos presos. ¿Y al final? ¡Nada de nada! Lo nombraron presidente y, además, se incrementó la escolta de la esposa. ¿Que algún etarra se ha paseado por aquí? ¡Claro! Y hasta se ha detectado la presencia de alguno de ellos por Toledo haciéndose pasar por turistas un día en que el príncipe Juan Carlos visitó la ciudad.

Sampedro y Alsina se miraron de reojo; a su parecer, todo aquello les daba la razón.

—¿Y? No tienen capacidad operativa fuera del País Vasco —continuó Gómez—. La respuesta es no. Olvidaos del piso de la calle Mirlo. Es más, el operativo de Parker va fuera. Quedaos con Mínguez y Ruiz y entre los cuatro controláis a Gorria. Parecíamos tener indicios de algo, pero no hay nada.

—Don Héctor —dijo Sampedro—, Parker hablaba con alguien llamado Ezkerra, como el líder de la ETA, y tiene relación con un tal Johny Maxwell.

—¿Y?

—Que he hablado con un amigo del SIAEM y dice que Maxwell es un fulano que tuvo que ver con el atentado a Lord Mountbatten.

—¡Joder! Pero ¿cuántos Johnys hay en el mundo? ¿Y Maxwells? No, no y no. Déjate de películas. Mirad, para curarnos en salud, por lo del príncipe Juan Carlos, seguid con Gorria, pero lo de Parker va fuera. ¿Os dais cuenta del lío en que nos podíamos meter si nos pillan siguiendo a un americano? Joder, que viene Kissinger en menos de un mes.

Los tres quedaron en silencio.

—¿Algo más? —preguntó Gómez.

Alsina y Sampedro negaron con la cabeza.

—Pues, hala, a trabajar. Si algo sacáis en claro, eso que nos llevamos. Pero centraos un poco, por Dios. Que se os va la cabeza.

* * * * *

A la mañana siguiente, tras el desayuno en la pensión, Alsina y Sampedro esperaron a que los otros parroquianos se fueran a sus

trabajos para ocupar el salón y rogaron a doña Blasa que no los molestara. Cerraron las puertas dobles y extendieron todos los papeles que tenían sobre el caso en la amplia mesa. Aun así, la buena mujer entraba de vez en cuando y les traía café y unos rollos de anís que le enviaban desde el pueblo y que pirraban a Sampedro.

—Veamos —comenzó Alsina—. Partimos de la base de que tú y yo pensamos que hay tomate. Que Parker hizo alusión a una operación contra «el príncipe» y que le entregó una bolsa muy pesada a un etarra.

—Es acojonante que Gómez no quiera ver eso.

—Bien, ese Gorria se relaciona nada más y nada menos que con Helena Forest, o «la Rubia» o «la Bruja», como la quieras llamar, que es uno de los personajes con más fuerza en la izquierda radical madrileña. En una reunión cultural, Mínguez creyó ver con ellos a Argala, uno de los jefes de comandos operativos de ETA, de los que están sobre el terreno.

—Sí.

—Hay sectores del más rancio franquismo, el círculo del yernísimo o los del búnker, por ejemplo, que no tienen simpatías por Juan Carlos porque saben que tiene pactada una apertura con los americanos y los alemanes.

—No se olvide de Carrero.

—Exacto. Carrero, que está enfrentado con los de antes, tampoco bebe los vientos por el futuro rey. Es absolutamente contrario a la ley de asociaciones políticas que abriría la puerta a un futuro con partidos políticos en España tras la muerte de Franco. Tanto a unos como a otros les vendría muy bien que el príncipe saliera del escenario; a unos para poner a Alfonso de Borbón y continuar con un franquismo dinástico, entroncado con la realeza, y a Carrero para ser él mismo el presidente que sucediera a Franco y continuara con su obra.

—Hasta ahí, todo perfecto, jefe.

—Hay mucho movimiento de la CIA en Madrid y Parker parece un especialista en magnicidios; de hecho, sabemos que estuvo

implicado en el asunto de Kennedy.

—Sí, correcto.

—Y ahí es donde toda nuestra teoría se desmorona porque ¿por qué cojones iba querer la CIA eliminar a Juan Carlos si forma parte de su plan para el futuro de España? Esto es, rey con apertura, democracia, OTAN y luego, Mercado Común.

Los do quedaron pensando.

—No cuadra.

—Parker habló con un tal Ezkerra…

—Sí.

Sampedro alzó la mano y sacó una ficha de su maletín:

—Ezkerra es uno de los líderes con más peso en ETA. Procedía de las juventudes del Partido Nacionalista Vasco, que habían desembarcado en ETA con trescientos tíos. Según dice aquí, históricamente, las relaciones de PNV con la CIA han sido siempre excelentes. Nos consta.

—Ya, pero por eso no cuadra: al PNV, al PSOE y al PCE les interesa la opción de Juan Carlos, no la del búnker o la de Carrero, donde no tendrían cabida.

—No entiendo nada.

—Ni yo tampoco.

—Lo llevamos todo muy bien hilado, yo diría que todo cuadra perfectamente, encaja, pero cuando llegamos a que la CIA podría haber suministrado material para atentar contra Juan Carlos, la cosa se nos desmorona.

—Debe de haber algo que se nos ha escapado.

—O eso o estamos perdiendo la chaveta, como dice Gómez.

—Yo ya no descarto nada, la verdad.

Volvieron a mirar el maremágnum de papeles que tenían sobre la mesa.

—Y ahora… ¿qué hacemos? —quiso saber Sampedro.

—Ni idea.

—Lo único que se me ocurre —comenzó a decir Ernesto— es que Mínguez y Ruiz sigan a Gorria y nosotros echemos un vistazo al bar

de la calle Mirlo. Pero yo por las mañanas debo estar en la DGS.

—Puedo ir yo y echar allí unas horas cada día, a ver si hay suerte.

—Usted pasa desapercibido, con esa pinta de *hippie.*

—Un respeto, chaval. Que nos llevamos unos añitos y yo ya me pateaba la calle cuando tú te comías los mocos.

Sampedro sonrió divertido. Entonces entró doña Blasa.

—Es para usted, don Julio —dijo tendiéndole un pequeño sobre—. Lo ha traído un chaval. Alsina abrió el envoltorio y extrajo una pequeña esquela que leyó con atención.

—Tengo que irme.

—¿Cómo?

—Luego te veo, a la hora de comer. Tranquilo, te cuento después. Tengo prisa. —Y se levantó para salir del cuarto.

Plantard

Alsina llegó a toda prisa a la cafetería Morrison donde Plantard, al verle entrar, se levantó para estrecharle la mano de manera efusiva.

—Tienes buen aspecto, pareces un bohemio —le dijo a Julio a modo de saludo.

Maurice Plantard era un tipo alto y elegante. Vestía traje, abrigo gris y una bufanda granate muy suave, de cachemir. Tenía el pelo blanco y la frente amplia.

—¿Qué haces en Madrid? ¡Dichosos los ojos! —respondió Alsina emocionado.

—Pues me han enviado a hacer unas gestiones y, sobre todo, a verte a ti, Julio.

—¿A mí?

—Sí, a ti. ¿Qué quieres tomar?

Alsina pidió un café y el francés siguió apurando un té con leche y una tostada.

—Bueno, pues tú dirás —le apremió el expolicía.

—Dijiste a Rosa que querías hablar conmigo.

—Sí, es verdad. ¿Por eso has venido?

—Más o menos. Me dicen que andas metido en un asunto gordo.

Alsina sacó un cigarrillo y jugueteó con el encendedor:

—Sí o no, depende de cómo se mire.

—No entiendo.

—Que igual me parece una locura que, a ratos, me temo que vamos de cabeza a un magnicidio.

—Me dicen que ese chico tuyo y tú creéis que van a cargarse al príncipe Juan Carlos.

—Así es. Estáis bien informados.

—Es nuestro trabajo.

—Pues en eso ando.

—¿Sospecháis de la ETA?

—Sí, creemos que lo harán con la ayuda material de nuestros amigos de la CIA.

—Sabes que eso no tiene sentido.

—Sí, lo sé —respondió Alsina con aire apesadumbrado.

Se hizo una pausa. «Ahí viene», pensó Alsina, que imaginaba lo que le iba a decir:

—¿Por qué no vuelves a París? Alsina lo miró con el semblante serio.

—Tú me conoces.

—Pues sí, cuando llegaste a París me asignaron tu caso y, la verdad, hemos terminado siendo amigos y, aunque sé que sueles seguir los asuntos hasta el final, mira la que liaste en el 69. Creo que ha llegado el momento de que vuelvas.

—¿Por qué?

—¿No has obtenido lo que querías?

—Maurice, yo no quería nada. Vosotros me pusisteis a los pies de los caballos y no me quedó otra que hacer este trabajo para los americanos.

—Que has concluido. Y con éxito.

—Sí, y bien pagado y con los pasaportes. Todo redondo. Pero el asunto de Durand me llevó a esto.

—Sabes que la ETA no tiene capacidad operativa en Madrid.

—Si me dieran cien pesetas por cada vez que he oído esa frase en los últimos días…

Plantard sonrió.

—Mira, no nos consta que exista nada en marcha contra Juan Carlos. Ni por parte de Carrero ni por parte de los del búnker.

—¿Y cómo lo sabéis?

—En nuestro oficio no hay certezas absolutas, pero te diré, en confianza, que tenemos unas excelentes relaciones con Carrero Blanco. Él tiene el SECED y, si los del búnker o el marqués de Villaverde hubieran preparado algo, lo sabría. Carrero utiliza ese

servicio, no para salvaguardar la seguridad nacional, sino para tener información sensible de todos y cada uno de sus posibles rivales del Régimen.

—Jano.

—Exacto, veo que haces los deberes. Los tiene a todos pillados en el informe Jano: hombres casados que son homosexuales, queridas, tendencias sexuales, jugadores… Los tiene a todos cogidos por las pelotas. El propio yernísimo ha sido desactivado.

—¿Por Carrero?

Plantard asintió.

—Sí: logró vincularlo con ciertas reuniones con la masonería de alto nivel, se lo pasó al Caudillo y la candidatura de Alfonso de Borbón es historia. Sabes que el marqués de Villaverde y doña Carmen querían impulsar la candidatura de Alfonso.

—Vaya. ¿Y Carrero? No le interesa que llegue la apertura que Juan Carlos tiene pactada con los americanos.

—Carrero sería incapaz de tomar ninguna medida de ese tipo. Es fiel a muerte y respeta y apoya las decisiones del Caudillo, aunque no le gusten.

—Joder, hablas como si lo conocieras.

Plantard hizo una pausa. Se giró, llamó a la camarera y pidió otro té.

—Mira —continuó—, te voy a contar algo, pero es absolutamente confidencial. ¿Entiendes?

—Tienes mi palabra de que soy una tumba.

—Vamos a ver, Carrero se está entendiendo con Francia. Sabes que el Mercado Común es el primer paso de lo que vendrían a ser unos Estado Unidos de Europa, ¿no?

—Esa es la idea, sí.

—Bien. Lógicamente, a los americanos la idea no les enloquece. Una Europa unida sería un tercer poder entre rusos y americanos, equilibraría la balanza. Y ahora, llegados a este punto, yo te pregunto: ¿qué te da el poder?

—El desarrollo económico.

Plantard negó con la cabeza y dijo:

—La fuerza.

—¿Te refieres a la fuerza militar?

—Sí y no. La fuerza a la que me refiero, el poder absoluto que hace que nadie se atreva a meterse contigo es…

—La bomba atómica.

—Exacto. Cuando pasó lo de Palomares, los americanos y Franco llegaron a un acuerdo. Querían recuperar su bomba como fuera, pero Franco estaba intentando poner en marcha su propio programa nuclear cerca de Toledo. Llegaron a un acuerdo, pero esa tutela norteamericana ha venido a ser una tomadura de pelo. No hace falta que te diga lo que supondría para el Régimen tener la bomba.

—Me imagino.

—Francia y España podrían terminar siendo un bloque de poder al respecto, importante, en medio de Europa.

—¿Me estás diciendo que Carrero tiene una especie de pacto secreto con Francia?

—Más o menos. Él sabe que los americanos lo odian, no cuentan con él, y a él no le gustan los yanquis. Así que aliándose con Francia podrían constituir un eje interesante de poder económico, político y militar.

—Eso quitaría influencia a los americanos.

—Sin duda.

—¿Qué quieres decirme con esto?

—Te lo cuento para que sepas que tenemos contacto muy íntimo con la gente de Carrero, el SECED, y me consta no hay nada montado contra el príncipe. Y por parte de los del búnker, tampoco, porque Carrero los ha neutralizado.

—De momento.

—De momento.

Alsina hizo una pausa, dio otro trago a su café y dijo:

—Mira, entiendo lo que me cuentas, pero sabes que mi instinto no falla: aquí pasa algo. Déjame un par de semanas, quiero seguir la

pista de esos jóvenes vascos que pululan por aquí. No sé de qué va el asunto, pero quiero averiguarlo. Te informaré.

—¿Dos semanas?

—Sí. En principio, como sabes, no quería aceptar esta misión, pero me ha venido muy bien, estoy muy contento.

—La pasta y los pasaportes…

—También. Pero no solo por eso: llevo semanas moviéndome por aquí, en las tripas del sistema, y he comprobado, te diré que con gran alegría, que el franquismo está muerto. Franco está *kaputt* liquidado, enfermo, y lo que queda del Movimiento son distintas facciones despellejándose entre ellos. ¿Sabes lo que quiere decir eso? Que esto se acaba. Todo apunta a una transición democrática tutelada por americanos y alemanes.

—O lo nuestro con Carrero.

Alsina hizo un mohín.

—Maurice, esto no lo para ya ni Dios. Y no me gustaría irme a casa con la sensación de que no hice lo que pude para que mi país recuperara la libertad.

Plantard miró a su amigo y asintió:

—Dos semanas, entonces. Y te vuelves.

* * * * *

En los días sucesivos y tras contar a Sampedro su entrevista con Plantard, Alsina se concentró en el asunto del piso de estudiantes vascos en la calle Mirlo. Tenía una corazonada. Se dejaba caer por la cafetería Milano, el bar al que iban los jóvenes a jugar al mus, y donde el dueño le atendía con extrema amabilidad, ya que creía que era policía. Echaba horas y horas en el local, casi siempre leyendo, a veces la prensa y a veces novelas de Marcial Lafuente Estefanía.

Le relajaban aquellas historias ambientadas en el lejano Oeste americano. Además, había comprado una por cien pesetas en un kiosco de la Gran Vía y, una vez terminada, te permitían devolverla y llevarte otra a un precio inferior. Leyó varias: *Truco de cobardes*, *Mala elección*, *Bravatas con cuerda*… Hasta los títulos le parecían

divertidos, casi ridículos, pero aquello le llevaba a otra época, a un lugar donde vivir grandes aventuras, y le despejaba la mente de los problemas de la vida real.

«Los de la ETA», como eran conocidos en el bar, no dieron señales de vida durante el tiempo que pasó allí o, al menos, no coincidió con ellos. A algunos parroquianos comenzaron a extrañarles sus largas estancias en el bar, así que les soltó una mentira: él era un catedrático de Literatura de la Universidad de Murcia que estaba en Madrid investigando para un artículo. Se le hacía imprescindible porque necesitaba consultar los fondos de la Biblioteca Nacional. Pasaba tanto tiempo allí porque tenía una novia en la zona, estudiante. Más de uno le giñó el ojo, diciendo: «¿Qué, una canita al aire?». El dueño, que pudo saber que se llamaba Anselmo, lo miraba divertido, creyéndose colaborador de aquel policía que solo podía contribuir a la seguridad de su establecimiento.

Por la prensa, supo que Kissinger había logrado la paz en Oriente Medio, aunque los árabes se la tenían jurada a todos aquellos países occidentales que habían ayudado a Israel. El precio del petróleo era ya un problema por ello, aunque España no estaba entre los represaliados. Se decía en los mentideros que había tensiones entre los americanos, a los que los árabes habían acusado de enviar material a los israelitas, y el Gobierno español.

Al parecer, Carrero se había opuesto a que estos usaran las bases en relación con el conflicto árabe-israelí. Pese a que andaba en descomposición, el Régimen seguía dando una de cal y otra de arena, sobreviviendo buenamente en las turbulentas aguas internacionales, pues Alemania Oriental, un país bajo el paraguas soviético, había nombrado embajador en Madrid. Por otro lado, la boda de Ana de Inglaterra y el capitán Mark Phillips ocupaba páginas y páginas hasta el hartazgo, banalidades que le encantaban al Régimen. Para finalizar, una huelga general había paralizado, literalmente, Francia. Los medios franquistas parecían alegrarse por ello.

Alsina no llamaba a casa por si Epstein y su gente tenían pinchado el teléfono de la pensión, pero escribía regularmente a Rosa usando la treta del amigo de Segovia de Sampedro y acordaron que ella le contestara a un apartado de correos que él y Sampedro habían contratado.

No se atrevía a preguntar directamente por los estudiantes vascos en el bar, y no coincidía con ellos. Igual estaban fuera, visitando sus casas si eran estudiantes o, a lo peor, en otros pisos que pudieran tener en Madrid, si es que de verdad eran terroristas. No estaba teniendo suerte con su investigación.

Sampedro pasaba las mañanas en la DGS, y tampoco lograba avance alguno, y Mínguez y Ruiz seguían, como podían, a Gorria sin que este hubiera hecho ningún movimiento extraño. Comenzaron a pensar que era probable que este ya no perteneciera siquiera a la banda armada.

Gómez les había retirado los otros equipos y ya no seguían a Parker. Aunque su presentimiento de que algo grande se había orquestado no le abandonaba, Alsina tenía que reconocer que no avanzaban.

Todo aquello empezaba a parecer un esfuerzo inútil, y la idea de volverse a París cada vez rondaba más en su cabeza. Además, ¿qué le importaba a él lo que ocurriera con España? Vivía en Francia con Rosa y Joaquín, tenían un hijo y otro en camino, y a ellos no se les pasaba por la cabeza la idea de volver, ni remotamente.

* * * * *

El 1 de diciembre, sábado, se levantaron tarde y desayunaron con tranquilidad en el comedor de doña Blasa. Curiosamente, justo cuando Alsina comunicaba a Sampedro su decisión de comenzar a hacer las maletas, recibió una llamada de Esptein que lo citaba a comer en Zalacaín. Le dijo que ya había «aclarado lo de Parker» y que tenía cosas que contarle. Le llamó la atención que, justo antes del colgar, el agente de la CIA dijera:

—Ah, y traiga a su chico.

Los dos compañeros llegaron puntualmente, a las dos y media, pero el espía americano ya los esperaba sentado, cómo no, de espaldas a la pared.

Estuvo muy amable con los dos e insistió en que pidieran lo que quisieran porque «pagaba el tío Sam». Cuando llamaron al encargado para pedir, se empeñó en que les sirvieran tres *dry martinis*. Alsina bebió el suyo como con miedo, a sorbos pequeños.

—Le veo totalmente curado —observó el americano sonriendo.

—No hay que bajar nunca la guardia —sentenció Alsina.

El americano también ordenó caviar Beluga y jamón ibérico, claramente como maniobra para impresionarlos, y, de principal, los tres pidieron marmitako.

Epstein levantó su copa e hizo un brindis:

—Por Sampedro y Alsina, que han hecho un excelente trabajo. ¿Se han planteado que deberían ustedes seguir trabajando juntos? Digo, en el futuro. Alsina, le consideramos ya de la casa; y usted, Sampedro, tiene un brillante futuro. Contamos con usted. Saben que el dinero no es problema.

Los dos compañeros sonrieron y Sampedro tuvo que escuchar con sorpresa que Alsina decía de pronto:

—Debo decir que, aunque soy hombre que confía al mil por cien en sus primeras impresiones, este chico me ha sorprendido. Cuando lo conocí, pensé que solo era un chupatintas, un enchufado más del Régimen, y no es así, nada más lejos de la realidad. He aprendido mucho con él. No me duelen prendas reconocer que es ya, a su edad, mejor policía de lo que yo fui jamás. Me siento orgulloso de él y lo considero más que un amigo, casi como de la familia.

Epstein sonrió porque el chaval se puso tremendamente colorado. No sabía qué decir.

—¡Por la amistad! —volvió a brindar el americano.

A partir de ahí, Alsina decidió que continuaría solo con agua.

—Bueno, bueno —continuó Epstein—. Como recordará, mi querido Julio, adquirí con usted el compromiso de mirar aquello que tanto les inquietaba.

—Lo de Parker.

—Exacto. Tengo que decirle que, cuando usted me planteó el asunto, algo había oído; pero la discreción debida a mi oficio me hizo no tirarme a la piscina, como dirían ustedes. Quería comprobar hasta el último dato hasta estar seguro de ello. Les puedo asegurar, y tienen mi palabra de ello, de que no hay nada, absolutamente nada, en marcha en contra de Juan Carlos, y menos por parte de los Estados Unidos de América.

—Pero la bolsa… —protestó tímidamente Sampedro.

Epstein, haciendo un gesto inequívoco para que le trajeran otro cóctel, contestó:

—Veamos: muchas veces, en inteligencia, pasamos…, digamos, material al enemigo. Lógicamente, no es material de primera línea, ni excesivamente peligroso. Es más, en ocasiones es hasta defectuoso. Me estoy excediendo ya cuando les digo que, si en ese material colocas un potente transmisor, el mismo te puede llevar al depósito de armas de cualquier banda armada. Una vez localizado, se identifica a más gente; se llega, incluso, a los generales y, además, se requisa todo el armamento. Incluido el bueno, el que no era nuestro. No sé si se me entiende, pero por ahí van los tiros; no puedo decirles más.

—Pero parece que Ezkerra, el líder etarra, tenía relación con Parker. Es un tipo que viene del PNV, y estos tienen muy buenas relaciones con ustedes —argumentó Alsina.

—En efecto —dijo Sampedro apoyando a su amigo.

Al expolicía le pareció percibir una mirada de odio por parte del americano, casi fulminante. Pero si esa mirada existió, había durado muy poco, porque se recompuso al instante. Puso una mano sobre la izquierda de Alsina y trató de sonar tranquilizador mostrando una gran sonrisa y un tono realmente beatífico:

—Créame, Julio, no hay nada. Razonen: los Estados Unidos no están asociados a ninguna conspiración que pudiera perjudicar a nuestra apuesta para el futuro de España. Ya saben el recorrido: democracia parlamentaria con dos partidos, OTAN y Mercado

Común. Por otro lado, les digo, y somos buenos en ello, que no hay ninguna operación de ese tipo en marcha contra el futuro rey Juan Carlos ni por parte de sectores ultras del Régimen, ni por parte de ETA, ni por parte de otros grupúsculos del ámbito de la izquierda radical. No hay nada.

Alsina y Sampedro se miraron con cierto alivio.

—De acuerdo —cedió Alsina.

—¿Convencidos?

—Convencidos —contestó Sampedro.

—No saben cuánto me alegro. Solo quiero que se sientan cómodos trabajando con nosotros.

—Y lo consigue perfectamente —aseguró el expolicía.

Epstein, que era un auténtico encantador de serpientes, volvió a sonreír y dijo:

—Y ahora, concentrémonos en lo que importa y disfrutemos de esta excelente comida, que por algo les traigo a uno de los mejores restaurantes de Madrid. Para ustedes, como siempre, lo mejor.

Dudas

Alsina sorprendió a Sampedro cuando, al llegar a la pensión, soltó de golpe:

—No me voy.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Sé que todo lo que tenemos es circunstancial, pero me reafirmo: aquí hay algo que no me huele bien.

—Pero Epstein…

—Sí, he oído a Epstein, pero no puedo evitarlo, soy desconfiado. Quizá a nivel patológico, sí, pero no me fío. Mira, hijo, mi padre fue un derrotado, un perdedor de la guerra, represaliado. Pasó mucho tiempo en la cárcel y luego esa tos que se le quedó, con los pulmones dañados, fue lo que se lo llevó por delante. Mi madre vivió todo eso sacándome adelante sola y, al final, adquirió un carácter cenizo, triste, pesimista. Y, sin querer, aquello me impregnó profundamente; forma parte de mí.

—Lo de piensa mal y acertarás…

—Eso, Ernesto, eso mismo. Y no sabes cuánto me jode porque intento desligarme de esa visión de la vida, pero, por desgracia, cuando desconfío, cuando piensa mal de la gente, cuando busco sus debilidades, sus mentiras, siempre acierto. Y me da rabia. Mira, mi padre me contaba que, cuando era niño, mi abuelo, al que no conocí, lo subió al mostrador de su colmado. Tenía una pequeña tienda cerca de la plaza Santa Ana. Bueno, el caso es que, un día, lo subió al mostrador y le dijo: «salta, hijo», y abrió los brazos para cogerlo al vuelo. Mi padre tendría cinco o seis añitos cuando pasó, pero todavía se acordaba de mayor. Él saltó y mi abuelo no lo cogió. El porrazo fue de órdago. Cuando mi padre miró a mi abuelo como

pidiendo explicaciones, este le dijo: «Eso, para que no te fíes ni de tu padre».

Sampedro estalló en una ruidosa carcajada:

—No me extraña entonces que sea usted tan desconfiado, don Julio. ¡Menuda familia!

Alsina apoyó su mano en el hombro de su compañero y dijo con tono amable:

—Ernesto, ¿te parece si me tuteas?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No podría…

—Es una orden.

El chaval hizo el saludo militar como aceptando lo que se le decía, y Alsina avisó a doña Blasa para que les hiciera café.

Se sentaron en sendas butacas en el salón y Julio tomó la palabra:

—Intentaré explicarme mejor —continuó—. Soy desconfiado, sí, a veces en exceso. Y aquí es donde me gustaría hacerte una pregunta: ¿no te parece raro que, primero Gómez, después Plantard y ahora Epstein, hayan querido quitarnos el asunto de la cabeza?

Sampedro quedó parado por unos instantes, como valorando las implicaciones de la pregunta. Alsina aprovechó el silencio para insistir:

—Porque yo no creo en casualidades, hijo.

—También podría ser —apuntó Ernesto— que tanto el SECED, como el SIAEM, como la CIA y el servicio secreto francés tengan claro que no hay ningún atentado en marcha contra Juan Carlos. ¿Lo ha pensado?

Alsina sonrió.

—Tú siempre tan sensato. Sí, tienes razón. Si parece un pato, camina como un pato y dice «cua, cua», es que es un pato. Quizá yo me empeñe siempre en ver más allá.

—Esa es la cualidad que le hace más valioso como policía, Julio.

—¿Le? —reprochó Alsina.

—Que *te* hace valioso.

—Mejor así.

Doña Blasa trajo los cafés e hizo los honores. Cuando quedaron a solas, Sampedro dijo:

—¿Y qué hacemos? ¿Te quedas?

—De momento, sí. Vamos a seguir unos días igual. Seguiré pasándome por el bar de Anselmo, tarde o temprano tendré que coincidir con esos jóvenes de la calle Mirlo.

—Y Ruiz y Mínguez que sigan con Gorria.

—Exacto.

—No tenemos nada que sea una prueba, Julio: no pudimos ver qué había dentro de la bolsa; igual Montse, la novia de Parker, se equivoca con el nombre de Ezkerra; o quizá Mínguez no identificó a Argala, sino a un tipo que se le parecía.

—Sí, tienes razón. Pero voy a seguir unos días. Nunca se sabe cuándo salta la chispa, cuándo aparecerá el hilo bueno del que tiras y sacas todo el ovillo.

—Como decía Holmes, «el husmillo».

—Eso mismo, Ernesto, eso mismo.

* * * * *

En los días sucesivos, Alsina tampoco tuvo mucha suerte en sus visitas a la cafetería Milano. Fue el día 7, mientras leía que en San Sebastián había muerto un activista de la ETA al enfrentarse a las fuerzas de seguridad con una ametralladora, cuando Alsina escuchó una voz joven que decía:

—¿Me pone un café con leche?

Levantó la mirada y vio que Anselmo, el dueño, le hacía un gesto inequívoco con las cejas. Entonces vio claro que aquel buen hombre sabía perfectamente por qué estaba allí.

Alsina giró el rostro con disimulo y vio a un joven de rostro más bien redondo, pelo abundante, muy negro, cejas pobladas y un inmenso bigote curvado hacia abajo. Debía de ser uno de ellos.

—¿Eres vasco? —le preguntó el expolicía a bocajarro.

El otro dio un respingo y repuso:

—¿Cómo?

Alsina, para tranquilizarlo, dijo:

—Es por el acento. Mi madre era de Fuenterrabía.

—Pues yo creía no tener acento. Llevo mucho tiempo en Madrid.

—¿Y eres de?

—Sestao.

—Me llamo Julio, soy catedrático de Políticas en Murcia. Supongo que estás en Madrid estudiando.

—Sí, Ingeniería.

—¿No queda esto muy lejos de las universidades?

—Esta zona es más barata.

—Claro, claro. Me gusta este barrio, tengo una novieta por aquí. Jovencita —explicó Alsina guiñando un ojo.

El otro sonrió.

—Sí, esta zona está bien. No es céntrico, pero es un barrio de gente trabajadora, muy agradable.

—Aquí me tienes enfrascado con el periódico buscando piso por aquí. Esta chavala me tiene encoñado. Si no es mucho pedir… ¿me podrías decir qué pagas de alquiler?

—Ocho mil. Pero compartimos, claro, varios compañeros.

—Normal. ¿Es grande?

—Para estudiantes está genial; tres dormitorios y el salón es amplio. Es muy luminoso.

—A ver si tengo suerte y consigo uno así.

—Seguro. Bueno, tengo que irme —dijo el chico mientras pagaba el café.

—Alsina, Julio Alsina —se presentó el expolicía teniendo la mano.

—Roberto Fuentes —contestó el joven haciendo otro tanto. Cuando el chico salió por la puerta del bar, Anselmo aclaró:

—Ese es al que he visto alguna vez con una novieta.

Alsina quedó pensativo: si hubiera podido, de alguna manera, hacerle una foto, habría podido echar un vistazo al archivo. Porque ponerse a mirar cientos de foto así, a lo tonto, sin nada que

comparar, no era algo que fuera a dar resultado. Sabía que los terroristas tendían cambiar mucho su aspecto y, sin una foto actual, poco iba a conseguir. Al menos había localizado a uno de ellos y había podido interactuar. Y ya sabía cómo era. Por algo se empezaba.

* * * * *

Alsina tenía claro que debía dejarse caer por la cafetería Milano de manera constante para conseguir visualizar a los distintos jóvenes que vivían en el piso. Así que, tras contar lo sucedido a Sampedro, al día siguiente se pasó un rato por la mañana y a la tarde acudió con su 124 y esperó apostado mientras vigilaba la puerta del edificio donde se encontraba el piso compartido de los estudiantes. Era muy aburrido, pero estaba acostumbrado de sus tiempos de policía. Cuando ya estaba a punto de irse, vio llegar al chico de los bigotes acompañado por otro joven, más delgado y moreno, con el pelo algo rizado.

Entraron en el portal y pensó que, al menos, ya había identificado de vista a dos de los estudiantes. No terminaba de ver claro por qué tenían alquilado un piso tan lejos de los distritos universitarios, aunque, por otra parte, que fueran al bar a jugar al mus, salieran con chicas y les diera igual que el vecindario se refiriera a ellos como «los de ETA» parecían pruebas más que evidentes de que no eran terroristas.

Ningún comando se portaría de manera tan llamativa, y menos en «territorio enemigo» como podía ser Madrid. Iba a arrancar el coche cuando vio al chico del pelo rizado salir de nuevo; llevaba un paquete bajo el brazo y caminaba a paso vivo.

Alsina tardó dos segundos en decidir que le seguiría, a pesar de que ya era hora de cenar y tenía hambre. Bajó del coche y caminó tras él intentando seguirle el ritmo. El chico cogió el metro en Campamento y Alsina se subió un vagón por detrás. Intentaba no mirarlo mucho. El estudiante hizo un transbordo en Casa de Campo y Alsina lo siguió con discreción. Unas cuantas paradas después, se

apearon del tren en Gregorio Marañón. Caminando a distancia y por la acera de enfrente, Alsina miró el reloj y vio que eran pasadas las diez de la noche. Pensó que mejor tomaría un taxi para volver a casa y que ya recogería el coche de Campamento al día siguiente.

Siguió al chico por un breve fragmento de Castellana, luego por López de Hoyos, Hermanos Bécquer y Diego de León. Fue en la calle Claudio Coello donde el joven vasco paró en un portal y llamó al telefonillo. Le abrieron y entró rápidamente. Alsina quedó mirando al portal; era el 104. Decidió volver a la pensión, estaba hambriento y quería ponerse al día con Sampedro.

Peligro

Alsina llegó a la pensión visiblemente cansado. Sampedro no estaba, pues había ido a ver a su novia, así que cenó solo un par de filetes empanados y unas natillas caseras pensando que, si seguía mucho tiempo allí, acabaría engordando debido los cuidados de doña Blasa.

Después de cenar, se fue a su cuarto a leer, y a eso de las once y veinte escuchó llegar a Sampedro, así que salió a hablar con él. Le contó lo de los dos jóvenes vascos y que había seguido a uno de ellos, ya de noche, a un domicilio de Claudio Coello.

—¿Has dicho Claudio Coello? —respondió Sampedro alzando el índice de la mano derecha—. Ven, tengo que mirar una cosa.

Acudieron a su cuarto y Ernesto puso su maletín sobre la cama. Lo abrió y, tras rebuscar un poco, extrajo una carpeta de cartulina marrón. Allí había varios informes grapados.

—Mira, aquí. Es de Mínguez y Ruiz, de anteayer. Me entregan informes por escrito de los seguimientos a Gorria. Lee.

Alsina leyó en voz alta:

—«… el sujeto sale de su domicilio y se dirige a otro situado en la calle Claudio Coello 104, en cuyo portal ingresa a las diez y cuarto de la noche». Joder, Ernesto, es el mismo sitio al que ha ido el chico al que seguía yo.

—Sí, Julio, Gorria y uno de los del piso han ido a un domicilio, el mismo. Pero, piensa, tampoco prueba nada. También sabemos que Gorria fue al piso de los estudiantes de la calle Mirlo. Son gente de la misma tierra que seguramente se conoce de casa y coinciden en Madrid.

—Lo veo raro —insistió Alsina.

—No perdemos nada por acercarnos mañana y hablar con el portero.

—Te lo iba a proponer.

—Tengo la mañana a tope, me han puesto tres reuniones. Pero, si te parece, después de comer, ya por la tarde, nos acercamos.

—De acuerdo. Aprovecharé la mañana para dar una vuelta por el Milano y recoger mi coche, que lo he dejado aparcado en la calle Mirlo.

—Perfecto.

—Y ahora, hijo, vámonos a dormir que estoy agotado y supongo que tú también.

* * * * *

Alsina ocupó la mañana en echar un rato en el Milano con intención de ver otra vez a los jóvenes vascos, sin éxito, recoger su coche y volver al centro. Era perro viejo y sabía que, en aquel oficio, una de las más necesarias virtudes era la paciencia. Era consciente, por experiencia, de que cuando sigues u observas a un sospechoso, el 99 % del tiempo no ocurre nada. Por eso estaba curado de espanto y no se agobiaba por volver a la pensión con las manos vacías tras una mañana o una tarde de aburrida vigilancia. Ya llegaría la oportunidad. Es más, esa sensación de aburrimiento podía provocar que te durmieras o te distrajeras justo en el momento en que los malos cometían un error o la situación hacía crisis, así que estaba más que preparado para no incurrir en errores de novato y, sobre todo, estaba preparado para que la impaciencia no le hiciera desistir.

Le pilló un atasco que le hizo recordar por qué no añoraba tener coche en París. También era cierto que vivía cerca de la librería. Llegó a la pensión sobre la una y media y decidió esperar a que volviera Sampedro.

Tomó una libreta que había comprado y se dedicó a anotar todos los pasos de la investigación, desde que Sampedro y él empezaran en Vera a desempolvar el asunto de Durand. No pudo evitar sentirse asaltado por las dudas cuando recordó todo lo que Monroe le había contado: ¿Durand implicado en lo de Kennedy? ¿Y si todas esas historias de Roscoe White no eran sino delirios producto de la fatiga

de guerra? El propio Durand no andaba bien de la cabeza y ese tal Underhill se había pegado un tiro. O no.

Pensó, por otra parte, que no tenía ni una sola prueba física de todo aquello, quitando el dibujo que había hecho White de la disposición de los tiradores en aquella plaza de Dallas. Le encantaría poder averiguar hasta el último detalle de aquel asunto, le podía la curiosidad, pero era consciente de que no era posible llegar más lejos.

En ese momento, doña Blasa le avisó de que había telefoneado Sampedro avisando de que no vendría a comer, por lo que se unió a la patrona y a los otros inquilinos a la mesa para, luego, echar una buena siesta.

Cuando Sampedro apareció por la pensión, eran más de las seis y media y ya había oscurecido. Le pidió un rato a Alsina para poder despejarse; tomó una ducha bien caliente y se cambió de ropa para ponerse algo más cómodo que su sempiterno traje negro. Decidieron tomar un taxi para acudir a Claudio Coello, como habían acordado. Durante el trayecto, Sampedro se disculpó por la tardanza:

—Perdona, pero no he podido llegar antes. Las tres reuniones han sido tediosas, y no paran de entrar papeles que tengo que clasificar y archivar. A veces pienso que es como…

—¿Como si quisieran mantenerte ocupado en otra cosa a propósito?

Sampedro abrió los ojos enormemente, como el que se da cuenta de algo que es verdad y que no había terminado de percibir.

—Sí, exacto, eso es.

—Pues por pequeños detalles como este, mi querido Ernesto, un servidor piensa que aquí hay algo feo. ¿El qué? No lo sé. Pero algo se prepara, no me queda duda.

Llegaron a su destino y, tras abonar la carrera al taxista, se acercaron al portal y tocaron un timbre que decía: «Portería». Uno de los motivos por el que las fuerzas de seguridad y todos los servicios de información franquistas insistían en que la ETA no tenía capacidad operativa derivaba de que aquella era una sociedad

policial y pocas cosas escapaban a la mirada atenta de los esbirros del Régimen. La red de delación que, en Madrid, constituían porteros, taxistas y serenos era prácticamente infranqueable.

De inmediato, salió a recibirlos una señora a la que Sampedro mostró su placa:

—Buenas noches, señora, estamos realizando unas comprobaciones rutinarias; me llamo Ernesto Sampedro.

—Soy Avelina Durán y mi marido es, precisamente, miembro del cuerpo. Es de la Policía Armada.

Alsina y Sampedro se miraron, como sorprendidos, a pesar de que solía ser habitual que muchos policías y guardias civiles completaran su mísero salario con el pluriempleo que significaba vigilar fincas y porterías.

—Ahora mismo está trabajando —añadió la mujer.

—Entiendo —apuntó Sampedro—. Simplemente queríamos preguntarle una cosa: ¿han observado ustedes algo raro en el edificio últimamente? ¿Nuevos inquilinos? ¿Algún grupo de estudiantes quizás?

—El único nuevo es el escultor.

—¿El escultor?

—Sí, un escultor que ha alquilado el semisótano. No crean, que es un cuchitril, apenas un cuarto y un baño con un ventanuco que da a la calle.

—¿No hay otros pisos alquilados a estudiantes o gente joven?

—No —respondió muy segura de sí misma la señora—. El único, este que le digo. Al menos, recientemente.

—¿Es joven?

—Sí, claro.

—¿Vasco?

—No, mi marido lo habría comentado.

—¿Y tiene muchas visitas?

—Pues no, ninguna. Según dijo, trabaja en una escultura para un encargo, de ahí los zambombazos.

—¿Cómo? —preguntó Sampedro sorprendido, mirando de reojo a Alsina.

—Sí, algunos vecinos se quejaron porque daba unos golpes tremendos.

—¿Y?

—Mi marido bajó a hablar con él y le contó que estaba esculpiendo una escultura en piedra, un encargo para una exposición, pero que la terminaría pronto y que no tenía pensado trabajar ese tipo de material en mucho tiempo. Así que añadió que estuviéramos tranquilos, que la acababa en unos días y ya no haría tanto ruido. Lo que no entiendo es lo del pestazo… —Alsina y Sampedro se volvieron a mirar así que la mujer añadió—: Sí, a veces viene un olor así, muy fuerte, como a gas.

—¿Y cree que tiene relación con él?

—No podría decirles. —Entonces, mirando a uno y otro lado como el que va a hacer una confidencia, dijo—: Yo me acerqué un par de veces al ventanuco, desde la calle, aprovechando que barría. Pero ha puesto mantas cubriéndolo, supongo que cosas de artistas, para que no se vea lo que hace.

—Ya —contestó Sampedro—. Y dice que no tiene visitas….

—Ninguna.

—De acuerdo, señora, ha sido usted muy amable. Aquí tiene mi tarjeta; si usted o su marido ven algo raro, llámenme. Seguramente volvamos para hablar con él —añadió Ernesto, y se despidieron de la mujer.

Salieron del inmueble y giraron a la izquierda.

—¿Te parece normal? —preguntó Alsina.

—¿El qué?

—Lo que nos ha contado esa mujer: lo de los martillazos y el olor a gas.

—Pues me ha parecido raro, sí. Pero al saber lo de la escultura, le veo su lógica.

—¿Y qué tiene que ver una escultura con el pestazo a gas?

Sampedro miró a Alsina sonriendo y contestó:

—Para eso no tengo respuesta.

No eran mucho más de las ocho y media, pero era una de esas terribles noches invernales en que el frío mordía; los comercios ya estaban cerrados y las calles de Madrid se habían quedado desiertas. Cuando llegaron a la altura de la calle de Maldonado, Alsina vio de reojo que, por su izquierda, surgían dos tipos vestidos con abrigo oscuro y que se acercaban a ellos deprisa. De pronto, uno de los hombres sacó una pistola y, a apenas un metro y medio de distancia, le apuntó a la cabeza:

—¡Cuidado! —gritó Sampedro lanzándose sobre el brazo del sicario. Sonó un disparo y Alsina notó como trocitos de mampostería de la pared que tenía detrás le silbaron junto a la cara. El segundo esbirro golpeó con una porra plegable a Sampedro en la cabeza, por detrás, y este se desplomó como un fardo. Alsina se vio muerto. No tenía la más mínima oportunidad. En ese momento, cuando el primero de los desconocidos fue a apuntarle de nuevo con el arma, una sombra surgió de detrás de un árbol y golpeó al esbirro con algo en las costillas. Un golpe rápido y seco. ¿Era Volkov?

El tipo se dobló como un junco. ¿Lo había apuñalado el ruso?

Alsina quedó quieto y el segundo de los agresores, el de la porra, dio un paso hacia él y le golpeó en pleno rostro. Vio las estrellas y sintió que algo crujía. Cayó al suelo y, de reojo, con la vista enturbiada por su propia sangre, le pareció observar que el tipo de la porra ayudaba a levantarse al que iba armado, que había quedado rodilla en tierra. Apoyando a su compañero en su hombro y mirando alrededor, lo sacó de allí casi a rastras.

Entonces todo se puso negro.

* * * * *

Alsina despertó, conmocionado, en una habitación del Hospital La Paz. A la cabeza le vinieron varios fogonazos del incidente: los dos tipos, el disparo, Sampedro que caía… Estaba confuso. Reparó en que era la segunda vez que le atizaban fuerte en la cabeza en poco tiempo.

—¡Vaya, estás despierto! —dijo una voz junto él. Giró la cabeza y vio a Sampedro sentado en una butaca, sonriéndole.

—Ernesto…, ¿estás bien?

—Sí, sí —respondió este tocándose la parte de detrás de la cabeza—. Tengo un buen chichonazo, nada más. Me han hecho una radiografía y no hay nada. Me han dicho que me tome dos días de descanso y como nuevo. Debí estar muy poquito tiempo inconsciente. Tú, en cambio…

Alsina se tocó encima de la ceja derecha; llevaba un vendaje aparatoso de nuevo y pudo percibir la inflamación de la zona en la yema de los dedos.

—He recuperado el sentido enseguida —aclaró el joven policía— y he visto a los dos tipos desaparecer tras la esquina apoyándose el uno en el otro. ¡Has debido de darles una buena! Me he girado y te he visto tumbado, inconsciente y sangrando. Me he puesto a gritar: «¡Socorro! ¡Policía!», y ha acudido un montón de gente, la verdad, no sé de dónde han podido salir. Supongo que eran vecinos. Un taxista ha parado y te hemos subido al vehículo para traerte aquí directamente.

—Esos tipos…

—Apenas los he visto. Pelo corto, altos los dos y abrigo negro, largo. Poco más. Ha sido repentino y estaban muy cerca.

—Sí, estaba oscuro. Yo tampoco podría identificarlos.

—Los has despachado bien, ¿eh?

—No he sido yo.

—¿Cómo? —contestó Sampedro con extrañeza.

—Estoy un poco mareado.

—Debes descansar, Julio. Te han dado con la porra de hierro justo encima de la ceja, en la frente. Llevas cuatro puntos. El médico cree que no hay nada, pero quieren que pases aquí la noche, en observación. Mañana por la mañana te harán una placa por si acaso y a casa. Te han dado calmantes a mansalva.

—No me duele.

—Por eso. Y también tranquilizantes, para que descanses bien. Debes cerrar los ojos y dormir y ya mañana hablaremos.

Alsina no pudo decir que no, pero era evidente que les habían atacado. Aquello significaba que iban por buen camino. ¿Quiénes eran aquellos tipos? No pudo seguir pensando. Sentía que los párpados le pesaban y se sumió en un profundo y reparador sueño.

Arresto

A la mañana siguiente, después de que las radiografías mostraran que no había fractura y que todo estaba bien, Alsina pudo abandonar el hospital. Le dieron una solución yodada y apósitos para que él mismo se hiciera una cura diaria y le dijeron que volviera en una semana para quitarle los puntos. Le prescribieron al menos dos días de reposo absoluto.

Ya en el taxi, camino a la pensión, Sampedro dijo:

—Héctor Gómez me ha pedido que hagas una declaración en la DGS sobre el incidente. Sin prisa, cuando estés bien.

—De acuerdo.

—Yo iré esta tarde.

—¿Sabes? Ayer, cuando me dijiste que había despachado a los dos tipos…

—¿Sí?

—No fui yo.

Sampedro levantó el índice diciendo:

—Ya me pareció que decías eso, sí, pero, como te vi medio ido, pensé que delirabas.

—Mira, Ernesto, tu estabas en el suelo, fuera de combate, y el tipo de la pistola me apuntó por segunda vez. El de la cachiporra me cerraba el paso a cualquier posible escape y entendí que estaba jodido. Pero entonces, de detrás de un árbol, surgió un tipo y, sin pararse, apuñaló al de la pipa en un costado.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Y continuó caminando como si tal cosa, siguió su camino. El otro se dobló, herido.

—Sí, apenas podía andar cuando su compinche lo sacó de allí. Eso también lo vi yo.

—No te he contado lo más raro.

—¿Más raro que eso? ¿Que un tipo misterioso surgiera de la nada y nos salvara la vida?

—Sí.

—Tú dirás.

—Ese tipo era… Volkov.

—¡¿Cómo?! —exclamó Sampedro levantando la voz.

—Lo que oyes.

—¿El ruso? ¿Ese asesino del KGB?

Alsina asintió mientras el bueno de Ernesto se llevaba las manos a la cabeza.

—Esto no hay Dios que lo entienda.

—Por favor, llévenos a Claudio Coello con Juan Bravo —dijo de pronto Alsina al taxista.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Hazme caso; vamos a ver una cosa.

Cuando llegaron al lugar del ataque, dijeron al taxista que esperara y bajaron del vehículo. Allí, casi justo en la esquina, se veía el desconchado provocado por el impacto de la bala en el basamento del edificio, y la sangre seca del lugar donde había caído el expolicía. Este se acercó a la jardinera, de donde surgía una gran acacia, y dijo:

—Mira.

Allí, sobre la tierra, había otro buen charco de sangre seca.

—Aquí, justo, estaba situado el de la pistola. El tipo sangró y de lo lindo. Lleva una buena puñalada —dijo Sampedro.

—Quizá deberías mirar los atestados de ayer y llamar a los hospitales.

—Esos tipos no habrán acudido a ninguna clínica; al menos, a ninguna legal.

—Tendremos que intentarlo, ¿no?

—Sí, claro. Esta tarde lo miro. Pero ¿quién ha podido enviarnos a dos sicarios?

—Creo, Ernesto, que, por algún motivo, estamos tocando los cojones a alguien. Es demasiado evidente.

—Sí, pero… ¿a quién?

—Esto me está empezando a recordar mi investigación en Murcia en 1969.

—Pues por poco te cuesta caro.

—Por eso comienzo a pensar que igual deberíamos dejar el asunto, hijo. Estamos encallados y de pocas nos quitan de en medio.

—¿No crees que ese es, justamente, el objetivo del ataque de ayer?

—¿El qué?

—Asustarnos. Que dejemos el asunto.

—Sí, sin duda.

—Pues si hay alguien tan interesado en que lo dejemos, Julio, ¿no se te ha ocurrido pensar que no vamos tan mal encarrilados?

Alsina miró al joven, sonriendo, y añadió:

—Tengo que reconocer que, por momentos, me sorprendes. Y cada día más. Anda, llévame a la pensión, que estoy cansado. Creo que ya no estoy para estos trotes.

* * * * *

Alsina pasó, para sorpresa de Sampedro, dos días en absoluto reposo: iba de la cama al sillón del salón y del sillón a la cama. No habló del caso ni leyó sobre él. Se dedicó a leer novelas, sobre todo del Oeste, a escuchar los concursos de la radio y a ver la televisión con doña Blasa; poco más. Parecía que la investigación lo había saturado y que había entendido que debía seguir los consejos de los facultativos. Poco a poco, la leve sensación de mareo que sentía fue cediendo, y el tercer día llegó a bajar a la calle a comprar el periódico. Este decía que Kissinger había adelantado su viaje a España. Le pareció raro que aquello ocurriera con tan poca antelación, pues los viajes de grandes dignatarios a países extranjeros se preparaban con muchísimo tiempo; años, a veces. En el texto de la noticia se justificaba el cambio alegando que el

secretario de Estado norteamericano iba a hacer una gira por Europa y tenía que realizar múltiples entrevistas en diferentes territorios.

Entonces, por primera vez en varios días, el caso en el que había estado trabajando desde su llegada a España le volvió a la cabeza, no era capaz de encajar todas las piezas del puzle, pero una cosa estaba clara: Madrid iba a estar blindada en los días siguientes y era difícil que nadie, y menos la ETA, se atreviera a cometer un atentado. No solo venía Kissinger, sino que se iba a celebrar el proceso 1001 en el temido Tribunal de Orden Público, el TOP, en el que se iba a juzgar nada menos que a la cúpula del sindicato Comisiones Obreras. Pese a las luchas internas y las promesas de apertura, el franquismo nunca cedía.

Pasó el resto de la mañana leyendo y, cuando llegó Sampedro, comió con apetito. Al acabar, este le hizo un gesto para quedarse a solas y acudieron a su habitación.

—He averiguado algo que es, cuando menos, llamativo —comenzó el chaval.

—Tú dirás —contestó Julio sentándose en el borde de la cama. Pensaba echarse una buena siesta en cuanto Ernesto lo dejara a solas. Valoraba muy en serio la posibilidad de volver ya mismo a París.

Sampedro se sentó en la única silla del cuarto y dijo:

—He hablado con la novia de Parker.

—Montse.

—Tienes buena memoria. Sí, Montse. Como ya no podemos seguirlo, le pregunté y me dijo que hacía un par de semanas que no lo veía.

—Vaya, ¿y eso?

—Pues como andaba un poco mosqueada porque temía que se hubiera echado otra «amiga», telefoneó a la base.

—¿Y?

—Logró hablar con él y Parker le dijo que no podía salir de la base.

—¿Cómo?

—Sí, que no podía salir de la base, que todos los permisos habían sido anulados hasta nuevo aviso por el coronel al mando.

—¿Y eso? ¿Temen por la seguridad del personal o algo así?

—No, no, en absoluto. Según le explicó a Montse, era una especie de castigo y, según me ha contado ella, vino a decir algo así como «estamos pagando todos por la trastada de unos idiotas».

—La verdad, sí es llamativo, sí. Debe de haber pasado algo gordo cuando toman una medida de esa índole. Cuando yo estaba en el servicio militar y alguien cometía una tropelía de forma anónima, nos castigaban a todos.

—Y a mí.

—¿Y de qué puede tratarse?

—No tengo ni idea, Julio.

—Otra pieza más que añadir al puzle. Cada día tenemos más. Y encajar, no encajan.

—Bueno, quería contártelo —dijo Sampedro abriendo la puerta para salir.

Alsina, semiagachado ya para quitarse los zapatos, repuso:

—Ernesto.

—¿Sí? —contestó el otro poniendo cara de fastidio a la vez que alzaba las cejas y ladeaba la cabeza.

—¿Cómo es que has hablado con Montse?

—¿Qué? —contestó el joven tan nervioso que hasta se le escapó un gallo.

—Sí. ¿Las ha llamado? ¿Fue a verte a la DGS? Sampedro bajó la mirada como avergonzado.

—Vaya —dijo Julio—. Es eso.

Ernesto se giró, colorado como un tomate.

—Sé que no está bien, yo quiero a Merceditas, pero ella es muy decente. A veces, cuando voy a verla y la dejo en casa, en el portal, la cosa se pone, ya sabes…

—Intensa.

—Sí, y me consta que ella lo quiere, como yo. Pero es muy formal y está decidida a llegar virgen al matrimonio. Su madre le ha metido

en la cabeza que los hombres no respetan a las mujeres si se acuestan con ellas antes de casarse.

Alsina sonrió; aquella España no cambiaba.

—Sé que está mal, pero tengo mis impulsos y Monste…

—No te preocupes, hijo. No debía haberte preguntado, esos son asuntos privados.

—No me siento, precisamente, orgulloso.

—Olvidémonos del tema, ¿de acuerdo? Estamos investigando un asunto serio, lo demás es secundario.

Sampedro se despidió y salió de allí cabizbajo. Alsina pensó en lo hipócrita que era aquel Régimen: todo orden, catolicismo y familia, pero luego, sus prohombres vivían a lo grande sin tener límites para hacer realidad sus bajas o altas pasiones. Allí sobraban curas, caspa y mantillas y hacía falta más Europa. Pero para eso era necesario que, cuando Franco estuviese fuera de juego, hubiese alguien que quisiera propiciar el cambio. Por eso, después de darle muchas vueltas, estaba convencido de que debía aplazar su vuelta a París. Tenía que evitar que alguien matara al príncipe Juan Carlos y diera al traste con aquel proceso que parecía a ratos inevitable, a ratos una utopía.

* * * * *

Al día siguiente, Alsina acudió a declarar a Sol, a la temida sede de la DGS. Un subinspector que escribía a máquina con dos dedos fue dejando constancia de lo que el expolicía declaraba. Al terminar, salió a tomar un café con Sampedro.

Cuando volvieron les dijeron que Héctor Gómez los esperaba en su despacho. Los hizo aguardar un buen rato para recibirlos, pues estaba enfrascado en una montaña de papeles. Parecía, como siempre, muy ocupado y, como siempre, vestía como un dandi.

Sin dejar de ojear un informe, dijo haciendo un gesto con la mano:

—Pasen, pasen; siéntense.

Alsina y Sampedro tomaron asiento mientras el otro terminaba de leer los papeles que tenía en la mano. En su última visita les dio una buena reprimenda, y ahora había vuelto a tratarlos de usted. Buena señal. Finalmente, echó los papeles a un lado y soltó:

—Hay que joderse. —Cogió de la derecha de su mesa la declaración de Alsina. Tras un embarazoso silencio, continuó hablando mientras agitaba el informe en la mano izquierda:

—Son ustedes muy listos. Muy listos.

—¿Cómo? —contestó Alsina poniendo cara de póker.

—Sí, que leí la declaración de Sampedro, Alsina. Y ahora… leo la suya y veo que usted aduce que los atacantes dijeron algo así como: «¡El dinero!». Curioso.

—Y así fue.

—O sea, que usted sostiene que aquello era un atraco.

—Tuvo toda la pinta, sí.

Héctor Gómez sonrió:

—¿Y por qué Sampedro no declaró lo mismo?

—Porque en ese momento le habían atizado en la cabeza.

—Ya, qué conveniente, ¿no?

—Fue así, jefe —intervino Sampedro.

Gómez lo miró con cara de pocos amigos y, tirando otra vez los papeles sobre la mesa con desprecio, añadió:

—¡Qué coño, mejor así!

—¿No tienen ustedes ni idea…? —intervino Alsina. Gómez apoyó los codos en la mesa y se incorporó:

—Ni puñetera idea de quién fue, en efecto. Pero esto demuestra que le hemos tocado los cojones a alguien, y mucho. ¿No serían americanos?

—No tengo ni idea —repuso Alsina—. Estaba muy oscuro.

Había ocultado deliberadamente la supuesta intervención de Volkov.

—Igual pueden haber sido los del búnker que gente de Carrero, que vete tú a saber quién —dijo Gómez—. Pero una cosa es segura: este joven le salvó la vida, Julio.

—Así fue. Cuando el tipo disparó, Sampedro le golpeó el brazo y la bala no me dio de milagro. Debió romperle una costilla o algo similar, pues su amigo lo sacó de allí medio asfixiado.

—Bien hecho, hijo.

Entonces, Gómez hizo una de sus estudiadas pausas para preguntar como el que no quiere la cosa:

—Y ahora, ¿qué?

Alsina se incorporó un poco y dijo:

—Con el debido respeto: necesitaríamos equipos para vigilar el piso de la calle Mirlo y ahora también Claudio Coello.

Héctor Gómez negó con la cabeza:

—¡Qué obsesión! He leído sus informes: ustedes mismos dicen que los chavales de la calle Mirlo salen con chavalas y que la Guardia Civil repasó el asunto. Lo de Claudio Coello tampoco es grave, simplemente, un escultor bohemio.

—Pero Gorria y uno de los jóvenes vascos…

—¡No sabemos si fueron a ver al escultor! ¿Comprenden? La portera les dijo que no recibe visitas y el portero es un miembro de la Policía Armada. Julio, estamos viendo visiones. No puedo dedicar cuatro equipos, dieciséis tíos, a eso. ¡Viene Kissinger! Por no hablar del proceso 1001. Tenemos que blindar Madrid y necesito hasta el último hombre.

—Por eso mismo deberíamos investigarlos —insistió Alsina.

—No se canse, Alsina. No hay nada. Lo dice la inteligencia, la nuestra y la de los de fuera. Por cierto, Sampedro, Ruiz y Mínguez dejan lo de ese Gorria pero ya; es un pájaro menor. De momento, los necesito para otros menesteres.

Alsina y Sampedro se miraron. No había nada que hacer.

—¿Y el ataque? —preguntó el expolicía.

—¿Cómo? —repuso Gómez sin entender qué decía.

—Sí, el ataque demuestra que íbamos por buen camino.

—El ataque, queridos —dijo Gómez poniéndose en pie para dar por terminada la entrevista—, demuestra que hemos tocado los

cojones a mucha gente del Movimiento con esta tontería, y por eso, precisamente, no vamos a seguir haciéndolo. Punto y final.

Dos minas

Alsina acudió por la tarde a una agencia de viajes de Gran Vía para encargar un billete de avión de vuelta a casa. Vendería de nuevo el 124 y volvería a París en avión. Desgraciadamente, una chica muy amable le informó de que no había billetes hasta una semana después, pero que, si había alguna cancelación, le avisarían. Le dijo que de acuerdo. Si podía volver antes, mejor; en caso de que no fuera así, no pasaba nada por estar unos días más en Madrid. Lo importante era estar en casa antes del 24 de diciembre.

Las calles estaban llenas de luces por la Navidad y los escaparates engalanados por las compras navideñas. Hacía un frío terrible. Era uno de esos días en que el aire es tan helado que, al respirar, te escuecen los pulmones. Paró en el kiosco de siempre, de camino a la pensión, para cambiar una novela del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía que ya había leído por otra nueva. Mientras pagaba, una voz que le resultó conocida le hizo girarse:

—¿Todo bien? —preguntó alguien.

Era Volkov. Sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

—Usted…

—Me alegro de verle recuperado. Por un momento, temí por su vida.

—Pues ya ve —dijo Alsina metiendo el cambio en un monedero que llevaba consigo y retomando su camino.

El ruso se puso junto a él, caminando a la par.

—¿No me va a dar las gracias por salvarle la vida?

—Ustedes mataron a Durand —respondió el expolicía con cara de pocos amigos.

—Mire, Alsina, sé que, en cierta medida, usted se siente culpable por su muerte. De hecho, al seguirle a usted, dimos con él, sí.

Considere que lo del otro día fue mi pago a sus servicios. Estamos en paz.

—¡Yo no quería que ustedes mataran a nadie!

—Le entiendo, Alsina, pero este trabajo es así: unos mueren, otros se escapan y otros son detenidos o torturados. Son gajes del oficio. Lo tenemos asumido.

—No es mi oficio.

—En el momento en que aceptó el caso ya pudo imaginar que, si encontraba a Durand, este no iba a verse muy beneficiado. Es más, le haré una pregunta: ¿de verdad cree que los americanos iban a tratarlo mejor que nosotros? ¿Es usted tan ingenuo?

Alsina se paró en seco:

—No —respondió—. Ahora sé que lo habrían eliminado exactamente igual que ustedes. Durand les traicionó a los dos y quedó en tierra de nadie. Y además era un tipo inestable. Era un problema y me parece evidente que ambos querían quitarlo de en medio.

—En efecto, un exagente fuera de control. Era de manual. ¿Tomamos un café? Tengo que contarle una cosa.

—No me tomaría con usted ni un vaso de cicuta; es un asesino.

—Es mi trabajo: obtener información y participar en operativos. Hice lo que debía, no espero que lo entienda.

—¿Quién nos atacó el otro día?

—Ni idea. Ustedes estaban bajo nuestra vigilancia y vi venir a los dos tipos. Simplemente intervine. Con el jaleo que generó el disparo, más los gritos, se hizo necesario salir de allí a toda prisa. En eso estamos a oscuras, no sabemos quién los envió. Pero lo que quiero contarle es otra cosa.

Los dos estaban de pie, mirándose frente a frente, justo donde Fuencarral arrancaba en Gran Vía.

—Hable.

—Me cae usted bien, Alsina, y, aunque no lo crea, mis hombres me consideran un sentimental. Yo pensaba que estaba en deuda con

usted por lo de Durand y le salvé la vida. Ahora termino de contarle esto y le aseguro que quedaremos en paz. Es sobre su caso.

—Me voy a casa.

—¿A París?

—Sí.

—No debería.

—Usted dirá por qué. ¿Qué tiene que decirme?

—Porque el ataque demuestra que va usted bien encaminado. Y tengo que contarle algo importante: ha habido problemas en la base de Torrejón. Los americanos están enrabietados.

Alsina dio un respingo. Ocultó que sabía que habían arrestado a toda la guarnición y dejó hablar al ruso.

—Al parecer, hace una semana desapareció algo del arsenal.

—¿El qué?

—Vaya, le brillan los ojos, se le ve interesado. A la base de Torrejón de Ardoz llegaron diez minas antitanque procedentes de Fort Bliss, una base militar americana ubicada en Texas. Esas minas van provistas de mando a distancia y sensores acústicos extremadamente sensibles, y pueden ser activadas por control remoto. Parece que son un modelo más perfeccionado aún que otro que ya se usó con éxito en Vietnam.

—¿Y?

—Que han desaparecido dos de esas minas del arsenal de Torrejón.

A Alsina le dio un vuelvo el corazón.

—Pero….

—No sabe usted quién y cómo podría utilizarlas, ¿no? —dijo el ruso. Alsina quedó parado.

—No, no es eso. No entiendo por qué me lo cuenta. A ustedes no les interesa que salga adelante el plan de los americanos y que España sea una democracia con Juan Carlos.

—O sí.

—¿Cómo?

—Piense: con lo que tenemos ahora, con el franquismo, el PCE no tiene nada que rascar, siempre en la clandestinidad; pero, en cambio, con una democracia débil, Carrillo podría presentarse a las elecciones y el PCE podría ir subiendo hasta llegar a hacerse con el poder.

—Como en el 36, ¿no?

—Yo no hago preguntas, las órdenes vienen de arriba.

—Pero, entonces, ¿ustedes creen que los americanos van a apiolar al príncipe?

—No, nosotros no tenemos ni idea de lo que está pasando, pero algo sucede, ¿entiende? Han desaparecido dos minas y nos consta que Ezkerra ha pululado por Madrid.

—Y Ezkerra viene del PNV, que tiene excelentes relaciones con la CIA.

—Exacto.

Alsina entendió que debía ocultar que habían visto a Parker entregar una voluminosa y pesada bolsa a Gorria.

—Se ha quedado usted de piedra —dijo el ruso.

—Sí, lo confieso. Porque no entiendo nada.

—Pues si se aclara, llámeme a la Delegación Comercial; le ayudaremos en todo lo que sea posible —dijo Volkov tendiéndole su tarjeta.

Dicho esto, el ruso se dio la vuelta y Alsina retomó el camino a casa, lentamente y mirándose los zapatos. ¿Qué estaba pasando en Madrid?

* * * * *

—¡No entiendo cómo no los ves, cojones! —levantó la voz Alsina.

Todo el mundo en la pensión dormía. Sampedro y él estaban reunidos en la mesa del salón, que se hallaba repleta de papeles, informes y fotografías.

—Disculpa, Ernesto, no debería haber levantado la voz, pero tengo la sensación de que soy el único que ve lo que va a pasar aquí.

—Jefe, no es que no lo vea, es que no quieres darte cuenta de que todo lo que tenemos es circunstancial; no hay ni una sola prueba, todo está muy traído por los pelos.

—Veamos —dijo Alsina poniéndose de pie como el que va a hacer un gran discurso—. Sabemos que Parker entregó a Gorria, que es de la ETA, una bolsa pesada. Yo mismo escuché a Parker decir que participaba en una operación Jaque, que tenía que ver con el príncipe. Gorria se relaciona con Helena Forest y, en un acto cultural, uno de los nuestros ve a Argala, otro miembro de ETA. Hay informes que apuntan a que Ezkerra ha estado en Madrid, otro líder de la banda que viene del PNV, cuyas relaciones con la CIA son excelentes. Para rematar, Gorria va a un piso en Campamento y uno de los chicos vascos de ese piso acude a la calle Claudio Coello. Gorria, también. Y, por si todo esto fuera poco, el último inquilino que se ha mudado a ese inmueble no para de dar martillazos. Ah, ¡y huele a gas! Y cuando estoy decidido a volverme a París, me entero de que los americanos han perdido dos modernísimas minas antitanque. ¡Vamos ya! Es de Perogrullo: la ETA está haciendo un túnel en Claudio Coello para volar por los aires al príncipe Juan Carlos.

Sampedro, con los codos apoyados en el hule que cubría la mesa dijo:

—Julio, son todo evidencias puramente circunstanciales. Mira, ¿la bolsa?, no sabemos qué contenía. No sabemos si Parker tiene acceso al arsenal. No tenemos la certeza de que el individuo del acto cultural con Forest y Montera fuera Argala, no hay foto. No tenemos la seguridad de que Ezkerra haya estado aquí. Los chicos vascos de la calle Mirlo son conocidos como «los de la ETA» y ahí siguen, ni se esconden. Salen con chavalas y juegan al mus en el bar, joder. La Guardia Civil descartó que fueran etarras. Gorria sí, es de ETA. O lo fue. Pero vive como liberado en Madrid y no sabemos qué papel desempeña en la estructura, pero siempre fue caza menor. No pertenece a ningún comando operativo; ese tío está aquí para alojar a un huido o firmar un contrato de alquiler, poco más. Y sobre lo de

Claudio Coello, por Dios, el portero es de la Policía Armada, ¿no crees que habría visto algo? No se ha visto que el escultor reciba visitas, por lo que Gorria y el estudiante vasco irían, probablemente, a otro piso, ¿no lo has pensado?

Alsina quedó mirando al suelo:

—Pues yo lo veo clarísimo —insistió.

—Y otra cosa —apuntó Sampedro, animándose más aún—. ¿Para qué iba la CIA a proporcionar dos minas para volar a Juan Carlos, si es su hombre de cara al futuro?

—Sí, ahí me pillas.

Alsina quedó pensativo, mirando el plano de Madrid que habían colocado sobre la mesa.

—Mira —dijo señalando un punto cercano a Claudio Coello.

—¿La embajada americana?

—Está a escasos cien metros.

—¿De verdad crees que un comando de la ETA podría horadar un túnel atravesando una manzana entera para volar la embajada de los Estados Unidos? ¿Es eso lo que crees ahora, Julio?

—Cosas más difíciles se han visto.

—¿Y la CIA? ¿Iba a colaborar en volar su propia delegación diplomática?

—A ver —dijo Alsina volviendo a sentarse—, tú y yo, en esta misma investigación, hemos comprobado que algunas personas que hicieron trabajos para la CIA en su momento estuvieron implicados cuando lo de Kennedy. ¿Por qué no podría ocurrir aquí otro tanto? Los americanos están cabreados con Carrero por no dejarles usar las bases para la guerra árabe-israelí. Los americanos quieren ampliar el acuerdo de las bases y el Gobierno se mantiene firme en que quede como está. Un atentado de ETA contra intereses americanos justificaría un aumento de la presencia yanqui: más tropas, más bases, más CIA…

—¿No crees que estamos perdiendo el norte?

Alsina hizo una pausa para encender un cigarrillo. Pensó:

—¡Qué quieres, chico! Yo veo clarísimo que están preparando un túnel con explosivos en Claudio Coello. ¿Y si entramos en el sótano con tu placa?

—Julio, tú eres consciente de cómo están las cosas. Parece que hemos molestado a mucha gente. Si nos columpiamos en algo así, es el fin de mi carrera y lo sabes.

—Sí, tienes razón.

Volvieron a quedar en silencio. Alsina dijo entonces:

—¿Conoces a alguien que trabaje en la escolta del príncipe?

—Sí, un compañero de academia. Murciano, por cierto. Se llama Candel. Iba para piloto y llegó a ingresar en la Academia General del Aire, pero las matemáticas eran su cruz, cambia los números y las letras de sitio. Se lía. Tuvo que dejarlo y accedió al Cuerpo. Nos conocimos en la Academia de Policía, como te digo.

—¿De Murcia? ¿Lo conozco?

—Es imposible que haya trabajado contigo, nunca estuvo destinado allí.

—Bien, ¿y si le preguntamos si Claudio Coello es una calle por la que pase habitualmente el vehículo del príncipe?

—Te recuerdo que vive en El Pardo, con Franco.

—Ya, pero imagínate que va por ahí asiduamente, no sé, para visitar a una «amiguita» o a un conocido…

Sampedro asintió como valorando la posibilidad. Tomó su agenda de mano y dijo: «Espera». Acudió al teléfono del pasillo y, tras diez minutos, más o menos, volvió sonriente.

—Dice que mañana por la mañana libra. Tenemos una cita en la cafetería Manila, en Callao.

* * * * *

A las doce de la mañana del día siguiente, Alsina y Sampedro acudieron a la cita con Candel, el compañero de academia del joven policía. Resultó ser un tipo muy corpulento, de tez muy blanca y con pecas. Tenía los ojos azules y pelo castaño tirando a rojizo.

—Pareces de todo menos murciano —le saludó Alsina estrechándole la mano.

Candel estalló en una tremenda carcajada.

—Sí, sí. Me lo dicen mucho.

Zacarías Candel resultó ser uno de esos tipos grandes de buen corazón, de esos que parecen estar siempre de buen humor, positivo y bromista, quizá en exceso.

Tras el abrazo de rigor a Sampedro, los dos recién llegados pidieron un vermú y tomaron asiento. Candel se estaba atizando una buena jarra de cerveza. Aunque Alsina consumía alcohol en muy pequeñas cantidades, a Sampedro le chocaba ver a su amigo con un una bebida alcohólica en la mano.

—Vosotros diréis —soltó de golpe Candel, sin ningún tipo reservas. Se notaba que él y Sampedro tenían una buena amistad, de esas que ni la ausencia ni el paso del tiempo deterioran.

—Verás, como te dije en mi llamada de anoche, aquí Alsina es un excompañero con el que he trabajado en un asunto de inteligencia. El caso es que ese caso nos llevó a otra cosa y nos hemos topado con que vemos posible que tengamos un comando activo de la ETA en Madrid.

—Eso no es lo que dicen de arriba.

—Lo sabemos: todas las agencias e, incluso, la Político-Social, creen que la ETA no está operativa en Madrid. Pero nosotros andamos con la mosca detrás de la oreja con un piso. Bueno, dos, pero nos preocupa uno en concreto, en la calle Claudio Coello.

—¿Y?

—Que por otra información que nos llega de forma bastante tangencial, pensamos que podrían estar horadando un túnel para cometer un atentado con explosivos.

—¿Contra qué o quién?

—La embajada americana queda casi al lado —terció Alsina.

Candel ladeó la cabeza. Sampedro volvió a la carga:

—Por eso hemos quedado contigo; queremos curarnos en salud, descartar ciertas opciones. ¿Forma la calle Claudio Coello parte de

vuestros itinerarios con el príncipe?

—No, en absoluto.

—Ni lo has pensado —observó Alsina.

—Ni falta que me hace. No recuerdo haber pasado por esa calle estando de servicio con el príncipe ni una sola vez. Además, sabéis que vive en El Pardo. De hecho, cuando hacemos algún recorrido que se repite, no sé, por ejemplo, de El Pardo a Castellana para departir con Carrero, siempre siempre siempre cambiamos de itinerario. Es una norma básica de protección.

—Bien traído —dijo Sampedro.

—No, no creáis. Hace unos meses nos dieron un curso buenísimo, impartido por el mismo Servicio Secreto norteamericano.

—¿La CIA? —preguntó Alsina.

—No, no, nada que ver. El Servicio Secreto son gente preparadísima, lo mejor de lo mejor. Se encargan de la protección del presidente y de algunas personalidades de primera línea del Estado. Esos tíos son unas bestias, y no solo físicamente. Nos han enseñado bien.

Sampedro miró a Alsina como diciendo: «¿Ves?». Se hacía evidente que, si los americanos invertían en mejorar la seguridad del príncipe Juan Carlos, no tenía sentido que la CIA se involucrara en una posible acción contra él.

—Me alegra que Juan Carlos esté bien protegido —dijo Alsina.

—Hacemos un buen trabajo. Los tres hicieron una pausa.

—¿Algo más? —preguntó el escolta—. Mi mujer lleva días diciéndome que casi no me ve el pelo y la voy a llevar a comer a un sitio estupendo.

—No te entretenemos más, Candel —se despidió Alsina estrechándole la mano.

—¡Lo primero es lo primero! —bromeó Sampedro—. Ni se te ocurra pagar que esto va de nuestra cuenta. Es lo menos que podemos hacer.

Cuando Sampedro se sentó tras abrazar a su amigo y este salió por la puerta de la cafetería, Alsina dijo:

—Es evidente que queda descartada una acción contra el príncipe.

—Todo apuntaba ahí, la lógica nos lo decía. ¿Cómo iba la CIA a ir contra sus propios intereses?

—Ya. Pero Ernesto, yo lo escuché: Parker habló de una operación «Jaque» en la que andaban liados con «el príncipe».

—Los agentes secretos hablan siempre en clave, sobre todo sobre personas y lugares. Y lo sabes. ¿Te relajas ya?

—Sí y no.

—Explícate, porque me das miedo.

—Acepto que el príncipe no es el objetivo, pero sigo convencido de que en Claudio Coello están haciendo un túnel para volar algo o a alguien.

—Pero si nadie entra o sale del piso salvo el escultor.

—¿Y eso no te parece raro?

—Es un estudio, los artistas son así. No le gustará que lo molesten.

Entonces, Sampedro se calló de pronto. Miró a la mesa de al lado, donde un parroquiano había dejado el diario que el establecimiento dejaba a disposición de sus clientes. El joven policía tomó el periódico y lo tiró encima de la mesa:

—¿Te parece poco objetivo este?

En portada había una caricatura del secretario de Estado norteamericano. «Kissinger llega a Madrid el día 18», rezaba el titular.

Los dos amigos se miraron con preocupación.

Un guardia civil

Alsina llegó al Milano sobre las seis y media de la tarde y se dirigió directamente a la barra, donde el dueño andaba enfrascado sirviendo bebidas:

—Buenas tarde, Anselmo. ¿Habló con él?

—¡Hombre! Sí, sí —dijo girándose para buscar un papel junto a la cafetera—. Vive por aquí, me dejó su teléfono. Me dijo que le llame usted cuando quiera.

Alsina tomó la nota, le dio las gracias y salió a la calle para buscar la cabina más cercana:

—¿Diga? —dijo una voz de hombre al otro lado de la línea telefónica.

—Soy Julio Alsina, el amigo de Anselmo, ¿es usted José Ángel Briones?

—El mismo.

—Quería hablar con usted de los jóvenes vascos del piso…

—¿Está en el bar?

—Al lado.

—Bajo, pídame una cerveza.

Briones resultó ser un tipo bajito, algo pasado de peso y que empezaba a quedarse calvo. Tenía la mandíbula firme, como si hiciera fuerza con ella constantemente. Alsina se identificó y, sin más preámbulos, le preguntó por los jóvenes vascos:

—Me llamó la atención que la gente les llamaba «los de ETA»… —comenzó diciendo el guardia civil.

—A mí también —repuso Alsina.

—… así que me senté junto a ellos cuando jugaban al mus y escuché que se les escapaban palabras en vasco. Hablé con su portero, con la del colmado, con Pepe el del kiosco… Y me di cuenta

de que eran tíos muy normales pero que pasaban largos períodos de tiempo sin aparecer por aquí.

—Raro.

—Sí. Trabajo en la 111 Comandancia, en el servicio de información, así que hablé con mi jefe y coincidió conmigo. Me pidió un informe por escrito y nos presentamos ante el jefe de la Comandancia de Madrid, el teniente coronel Aguado. A él también le pareció raro que unos estudiantes vascos alquilaran un piso tan lejos del campus y nos pidió un poco de tiempo. Yo hablé con el portero y me dijo que tenía una copia de la llave. Que cualquier mañana que no hubiera nadie podíamos entrar sin problemas y salir de dudas.

—Es lo más lógico y sencillo.

—El teniente coronel Aguado volvió a decirnos que le parecía buena idea, pero que esperáramos. Finalmente llamó a mi jefe. El hombre estaba sorprendido y, al parecer, no se lo explicaba, pero desde «muy arriba» le dieron orden de suspender ese movimiento y nos prohibieron entrar en el piso.

—¿Cómo? —repuso Alsina muy sorprendido.

—Lo que oye.

—Pero ¿quién dio esa orden?

—Ni idea. Pero venía de arriba, eso me quedó muy pero que muy claro.

—¿Por escrito?

—No, por teléfono.

Alsina quedó parado, mientras miraba el vaso de cocacola que había pedido.

—Pero ¿entonces…?

—¿Sí?

—Entonces, nadie ha comprobado que esos tíos no sean de ETA.

—En efecto, así es.

—Pero yo había entendido que ustedes los habían investigado y esa posibilidad había quedado totalmente descartada.

—No. No se llegó a entrar en el piso. Se les decartó sí, pero antemano.

Alsina se pasó la mano por la barba, que ya empezaba a darle una apariencia demasiado bohemia.

—Pero, Briones, esto que me cuenta usted es grave, muy grave. ¿No le parece raro?

—Sí y no. Pequeñas investigaciones como esta se hacen a cientos y todos los días. La mayoría, bien es verdad, no conducen a nada. Pero somos un cuerpo militar; lo que ordena la superioridad se acata, punto.

—Ya, pero insisto, ¿no le parece raro?

—Sí, pero ya le digo, a veces hay investigaciones, digamos, de índole superior que los de abajo podemos joder, ¿entiende? Imagine que son un operativo del SIAEM o del SECED que pretende infiltrar agentes jóvenes en grupos de extrema izquierda. La estaríamos cagando. Y no me quiero ver destinado en el Sáhara.

—Ya. Podría ser.

—Podría ser.

—¿Y dice que el portero tiene la llave?

* * * * *

Epstein disfrutaba de una excelente cena y de una magnífica conversación en Las Reses, uno de sus restaurantes favoritos, en compañía de dos diplomáticos y un director general, cuando el encargado se le acercó discretamente para decirle algo al oído.

Se giró lentamente y comprobó que, en efecto, Alsina le hacía gestos desde la barra. Tras disculparse con los otros comensales, dejó la servilleta junto a su plato y se dirigió hacia él. Comenzaba a estar harto.

—¿Cómo me ha localizado?

—He ido a la embajada y me han dicho que no estaba, he insistido en que era urgente y ha bajado una secretaria que, al oír cómo me llamaba, me ha indicado que estaba aquí.

—Rachel.

—Esa.

—Estoy disfrutando de la compañía de unos amigos.

—Es urgente, tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿De etarras? ¿De que van a atentar contra el príncipe?

—Sí y no.

—¿No estará usted perdiendo el norte, Alsina?

—Nunca me he sentido más cuerdo. Mire, Epstein, la semana que viene está aquí Kissinger. Creo que están preparando un túnel en un semisótano a apenas cien metros de la embajada.

—Sí, en Claudio Coello.

—¿Lo saben?

—No, Alsina. Me ha llamado Héctor Gómez; está harto de usted. Me ha contado todo. Eso junto con lo que yo ya sabía, me hace ver que debe usted volverse a casa *ya*.

—Pero Kissinger…

—¡Alsina!

Varios comensales se giraron al oír a Epstein levantar la voz. Este se sentó en un taburete alto y pidió un *whisky*.

—¿Quiere algo? —preguntó al expolicía pasándose el índice y el pulgar por el puente de la nariz, su habitual gesto de agotamiento.

—Un agua con gas, por favor.

—Mire, Julio. Es usted un gran policía, pero tiene una virtud que a la vez es su mayor defecto: siempre va, en sus casos, una vuelta más allá. Eso, por una parte, es buenísimo, porque le hace llegar a donde no llegan los demás. De hecho, yo fui a París a por usted, ¿recuerda?

—Y Durand acabó muerto.

—Quizá esa sea la clave de todo. Pero permítame seguir: esa actitud suya de dar siempre una vuelta más de tuerca también es un defecto, porque hay que saber dónde y cuándo parar. Usted no se ve desde fuera; yo, sí. Lo de Durand le ha afectado y no quiere verlo. Se siente culpable y debe entender que los culpables son los rusos, somos nosotros y es el propio Durand. Punto. Como se siente mal, ha cogido este hilo y ha tirado de él, pero está dando palos de ciego, hágame caso.

—Pero hay indicios…

—Claro que los hay, Julio. Vivimos en Madrid, es una plaza importante para la CIA y en este país va a haber un cambio político dentro de poco. Este no es un lugar precisamente estable. ¿No ve que Franco se muere? Todo el mundo lo sabe y la lucha por el poder se ha desatado. Todas las conspiraciones pasan por aquí, por Madrid, como su kilómetro cero de la Puerta del Sol, ¿entiende? Usted, por mi culpa, al investigar a un tipo relacionado con la inteligencia, ha percibido una, dos, quizá tres, de esas conspiraciones que hay en ciernes. Y las está mezclando.

—Creo que pretenden atentar contra Kissinger —insistió Alsina.

Esptein puso una mano en la pierna del expolicía, con mucha confianza, como si fueran amigos de toda la vida.

—Mire, Julio, le aseguro que cada vez que me hace usted una observación, esta no cae en saco roto. Todas las cosas en las que usted incide las hago mirar por mi gente, confío en su instinto. Quédese tranquilo al respecto. Vino usted a cumplir una misión e hizo una buena investigación. Ha ganado un buen dinero y los pasaportes. Queda abierta la puerta a la posibilidad de colaborar con nosotros en otro momento, y en la España que viene no me queda duda que habrá sitio para policías como usted. Le aprecio. Vuélvase a París y descanse.

—Tengo ya el billete. Me ha costado porque estaba todo vendido, pero he conseguido uno para el día veinte. La verdad, no me he ido antes porque no he podido.

—¿A qué hora?

A Alsina le pareció extraña la pregunta, pero contestó:

—A primera hora, a las ocho de la mañana.

—Entonces, fantástico. Apenas quedan unos días. Verá qué bien le sienta volver a casa. Hágame caso.

—Han robado dos minas antitanque de la base de Torrejón —soltó Alsina de sopetón.

—¿Cómo cojones sabe usted eso?

Alsina sonrió.

—¿Ve? —añadió el americano recuperando la compostura al instante—. Por eso lo fiché. No sé cómo lo hace, pero siempre está usted en medio de todo. No tenga cuidado con eso y esté tranquilo: tiene mi palabra de que nadie va a atentar contra Kissinger y menos contra el príncipe Juan Carlos. Sé perfectamente dónde está la calle Claudio Coello, trabajo para la CIA, ¿recuerda? En la séptima planta de la embajada, junto a nuestros despachos, tenemos la habitación donde se encuentra acumulada la mejor tecnología que hay en toda la península, ¿me sigue? ¿De verdad cree que íbamos a permitir que nos excavaran un túnel a cien metros de la embajada? Sé lo del escultor, me lo ha contado Gómez, y lo de los jóvenes vascos de Campamento. No se preocupe, insisto, y váyase a casa. ¿De acuerdo? No le demos más vueltas. Tenga buen viaje y disfrute de lo que ha logrado, Julio.

Julio estrechó la mano que le tendía el americano y salió de allí cabizbajo.

* * * * *

Alsina aparcó su 124 en el portal del número 1 de la calle Mirlo. Allí le esperaban Briones, el guardia civil, y Prudencio, el portero del inmueble. Eran las nueve y media de la mañana y, al ser domingo, las calles estaban poco transitadas.

—Buenos días, caballero, me recordará. Don José Ángel le ha explicado, ¿no?

El conserje, estrechando la mano del expolicía, contestó:

—Sí, sí, ya vino usted a verme con otro compañero. Se trata de echar un vistazo para descartar si los chavales son de ETA.

—Exacto, es una inspección rutinaria —explicó el guardia civil—. Mejor esto que entrar a saco o llevarlos al cuartelillo. Es mejor asegurarse, no hay interés en molestar a gente inocente, si es lo que son.

El portero se mostró totalmente de acuerdo. Entonces, Alsina tomó la palabra:

—Mire, Prudencio, esto es lo que haremos. Aquí tiene las llaves de mi coche, Briones y un servidor entraremos en el piso con la llave que nos va a proporcionar. Si viera que alguno de ellos vuelve, empiece a tocar el claxon como si no hubiera un mañana. Si eso ocurre, nos saldremos del inmueble en unos segundos y evitamos problemas. ¿Está claro?

El conserje asintió con la cabeza.

—¿Seguro que no hay ninguno de ellos dentro? —insistió el expolicía.

—Seguro —afirmó el conserje—. Es más, llevan unas semanas muy raras, apenas aparecen por aquí.

Alsina miró al guardia civil y dijo:

—Eso es malo. —Briones asintió.

El portero quedó fuera y los otros dos subieron al piso. Les fue muy fácil entrar con la llave que les había proporcionado Prudencio.

—Ni echan el cerrojo —observó Alsina. Reparó en que aquellos chavales le despistaban mucho. Por un lado, veía clarísimo que eran un comando de la ETA, pero, por otro, ese tipo de imprudencias que solo eran atribuibles a aficionados le hacían pensar que eran simples estudiantes.

Se dividieron. Era el típico piso de estudiantes con muebles de mala calidad, buscados aquí y allá por los propietarios para ganar el máximo y rentabilizar el riesgo que suponía alquilar a gente tan dada a montar fiestas y generar problemas en el vecindario: un salón grande con un sofá cama, una mesa de considerables proporciones y tres cuartos con camas endebles y de una sola plaza. Dos de ellas estaban hechas y el piso parecía ordenado.

—Son disciplinados —observó Alsina en voz alta.

En uno de los cuartos halló unos tensores para hacer ejercicio y unas pesas. «Uno que se cuida», pensó. En la mesita de noche, *Crimen y castigo* de Dostoyevski. Había un póster turístico inmenso de la playa de la Concha en San Sebastián. Siguió a lo suyo. En otro cuarto había otro póster del País Vasco. Era una vieja ermita rodeada de verde. Curiosamente, vio muchos periódicos de prensa afecta al

Régimen: ejemplares atrasados de *ABC,* del diario *Pueblo* e incluso de *El Alcázar.* Le llamó mucho la atención. Fue a la cocina, lo más importante, y abrió el frigorífico. No había casi nada: una botella de leche semicuajada, un bote de mermelada a la mitad y un papel de envolver con unas lonchas de chorizo.

—No parece que pasen mucho tiempo aquí —reflexionó en voz alta.

Abrió un armario y vio un bote de Nescafé y otro de Cola Cao. Sobre el hornillo de la cocina había una cafetera. La tocó y estaba fría. Se acercó al cubo de la basura y vio que estaba vacío. Desgraciadamente, no estaba obteniendo mucha información. O eso, o es que eran realmente estudiantes.

Dieron vueltas y vueltas por el piso y no vieron nada, salvo un ejemplar de *El manifiesto comunista,* libro a todas luces prohibido pero que muchos estudiantes tenían en casa para hacerse los intelectuales y ligar con chicas o, simplemente, tocar los cojones.

—Este es un barrio de trabajadores, no crea, pero hay mucho comunista —dijo Briones.

Alsina volvió al salón y se colocó en el centro con los brazos en jarras. Oteó en todas las direcciones. No había nada que pudiera resultar inculpatorio.

—¿Sabe, Briones? —dijo el expolicía—. No veo nada raro, nada que apunte en la mala dirección, pero hay algo dentro de mí que me dice que estos chavales no son trigo limpio.

—Si le sirve de consuelo, a mí me pasa lo mismo.

—Es una vieja sensación, ¿verdad?

—Son muchos años de oficio, don Julio. A veces no sabe uno por qué percibe algo que no puede explicar, pero acierta.

Alsina, que seguía con los brazos en jarras, miró de pronto a un punto. Muy fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Briones.

Julio dio un paso hacia la ventana y señaló la caja donde se enrollaba la persiana de la ventana más grande. Estaba totalmente subida y las cortinas abiertas. Señaló un punto.

—¿Ve? Ahí, en donde cierra la caja. ¿No está como desconchado?

Briones observó y contestó:

—Parece que sí.

Alsina se giró y tomó una silla para subirse a ella. La colocó justo debajo de la caja, junto a la ventana, y cuando iba a subirse, comenzó a sonar un claxon. Una, dos, tres veces…

—¡Es Prudencio! —exclamó Briones.

—Joder —contestó Alsina.

—Tenemos que salir *ya* —dijo el guardia civil sin dejar lugar a la duda.

Alsina maldijo para sus adentros y colocó la silla donde estaba. Salieron sin hacer ruido y cerraron la puerta de un golpe, sin echar el cerrojo para dejarlo todo como estaba al llegar. De inmediato, y procurando pisar con tiento, comenzaron a bajar por las escaleras para evitar un encuentro inadecuado.

Un perro

—Pero Julio, ¡joder! ¿Has perdido la cabeza? —gritaba Sampedro fuera de sí. Estaban en el cuarto de Alsina, tras la comida, y este le acababa de contar su incursión en el piso de la calle Mirlo.

—Sinceramente, no lo veo para tanto. Estas cosas, en España, se hacen todos los días.

—Julio, te recuerdo que no eres policía, ¿de acuerdo? Lo que has hecho es allanamiento y te podía haber costado caro. Es un delito.

—Joder, Ernesto, lo dices como si viviéramos en una democracia parlamentaria. Aquí la Policía hace lo que le da la real gana. Entran, salen, y siempre sin orden judicial. Como si están los inquilinos dentro, se la pela; dos hostias y para adelante.

—Te vuelvo a recordar que eres un civil.

—¿Y qué podían haberme hecho? Una reprimenda y meterme en un avión hasta París. Punto. Hasta me habría venido bien: no he podido conseguir billete hasta el jueves y, en el fondo, estoy deseando irme.

—Bueno, al menos me queda el consuelo de que solo quedan cuatro días y no puedes liarla más aún. Prométeme que no vas a hacer ninguna imprudencia más.

Alsina miró al suelo. Sonrió. Sampedro tenía razón, estaba actuando de manera irresponsable. Bajó la voz, como arrepentido, y dijo:

—Mira, Ernesto, era mi último cartucho. No puedo hacer más ni llegar más lejos. He avisado a quien tenía que avisar. Creí que encontraría pruebas de que son un comando de la ETA.

—Y no ha sido así.

—Pero por poco, en la caja de la persiana…

—¿Ves? No te conformas nunca. A tu edad y con tu experiencia, deberías saber que un policía no resuelve todos sus casos y que eso forma parte del trabajo. Hay que saber aceptar esa frustración y volcarse en las cosas nuevas que salen.

—Hablando así pareces tú el veterano y yo el pardillo. Como si empezara de nuevo en este oficio.

Sampedro hizo una pausa mirando a su amigo con afecto:

—¿Y no será eso?

—¿El qué?

—Que te has vuelto a sentir vivo con la investigación de Durand y no te apetece volver a tu anodina vida de librero. Que echas de menos ser policía.

Alsina asintió, pensativo.

—Quizá tengas razón. Ahora, en cuanto pase la hora de la siesta, llamaré a Rosa. Ya no hace falta continuar con el paripé de que estamos peleados. Si Epstein o Gómez o el SECED nos tienen pinchados, sinceramente, me da igual. Tiro la toalla.

—Creo que hemos tocado las pelotas a mucha gente, Julio. Se hace necesario que vayas pensando en un cambio de aires.

—Comienzo a estar harto de esa frasecita, Ernesto. Lo de que «hemos tocado las pelotas a mucha gente». ¿Quién se supone que es «mucha gente»? ¿Los del búnker? ¿Los tuyos, los reformadores? ¿La gente de la familia Franco? ¿Los de Carrero? ¿La CIA? ¿Los rusos? ¿La ETA?

Sampedro sonrío y, poniendo la mano en el hombro de Alsina, dijo:

—Pues puede que a todos ellos.

—No jodas.

—Como lo oyes.

Un escalofrío recorrió la espalda del expolicía. Tuvo claro que era momento de irse a casa.

* * * * *

—¿Diga? —se escuchó por el auricular del teléfono.

—Rosa.

—Julio.

—Hola, cariño, ¿cómo va todo?

Al otro lado de la línea telefónica no se oyó nada. Julio volvió a tomar la palabra:

—No pasa nada, cariño, puedes hablar libremente. Da igual que nos escuchen, vuelvo a casa.

—¡Gracias a Dios!

—Sí, ya cumplí con el encargo de Epstein y lo otro no tiene pinta de clarificarse.

Rosa volvió a quedar en silencio. Alsina continuó su monólogo:

—Nos han retirado los medios y nadie aquí piensa que esté yendo en la línea correcta. Aquí hay mucho lío, conspiraciones y malas jugadas por doquier. Yo no puedo hacer más, así que vuelvo con la conciencia tranquila de que he avisado de lo que, creo, se les viene encima.

—Julio.

—¿Sí?

—¿No te das cuenta de que vas siempre una vuelta de tuerca más allá?

Ahora fue Julio el que quedó en silencio durante un instante.

—Eres la tercera persona que me dice lo mismo en veinticuatro horas, así que comienzo a pensar que es verdad.

—Lo es.

—Ya hablaremos cuando llegue, pero por las cartas sabes, más o menos, de qué va la cosa.

—De acuerdo.

—¿Cómo está Julito?

—Deseando verte.

—¿Y Joaquín?

—Como un adolescente: se ha echado un novio militar.

Alsina rio por lo bajo.

—Es incorregible, no para. Una conquista detrás de otra.

—Así es él. ¿Cuándo vuelves?

—El jueves, el vuelo sale a las ocho de la mañana. Cogeré un taxi hasta casa.

—Bien.

—Estoy deseando verte, Rosa. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes molestias?

—Náuseas matinales, pero muy leves, casi nada.

—Genial. Te quiero. Sabes que vine aquí porque no tuve elección.

—Lo sé, Julio.

—Lo he conseguido: el dinero y los pasaportes.

—Sí, ahora debemos concentrarnos en ser felices.

—Estoy de acuerdo.

—Y deja de meterte en líos. ¿De acuerdo?

—Así lo voy a hacer, Rosa. Te quiero. Tengo que dejarte. Os veo el jueves. Que venga Joaquín a comer.

—Se lo diré. Un beso, Julio.

—Un beso.

Cuando Alsina colgó el teléfono del pasillo, Sampedro se le acercó:

—¿Todo bien?

—Sí —repuso Alsina—. Estoy deseando volver.

—Normal. No le des más vueltas al asunto, has hecho todo lo que has podido y desde arriba nos insisten en que no hay nada, ni contra el príncipe, ni contra Kissinger, ni contra la embajada. Relájate en los días que te quedan aquí.

—Sí, mañana iré a revender el 124.

Entonces apareció Patro, una cría que ayudaba a doña Blasa en las labores del hogar.

—Don Julio, ha llegado este telegrama para usted —dijo tendiéndole una pequeña esquela. Julio abrió la notificación y echó un vistazo:

—Viene de Francia —comentó. Y leyó en voz alta:

—«Monroe fallecido ayer de un infarto. Stop. Me pidió que le dijera que las cintas están con Bob. Stop. Margaret Miller».

—¿Y eso? —preguntó Sampedro.

—Debe ser la amiga del reverendo. La de Provenza.

—Vaya, lo siento.

—Yo también, Ernesto. Era un buen tipo.

—¿Y eso de las cintas?

Alsina quedó pensativo y Sampedro insistió:

—¿Quién es Bob?

Entonces, el expolicía esbozó una inmensa sonrisa y exclamó:

—¡Qué cabrón el reverendo!

—¿Cómo? No te sigo.

—Esas cintas son, querido, tu seguro de vida. Tendré que posponer un día al menos la venta del coche. Mañana a primera hora salgo para Ávila. Sé quién es Bob y dónde están las cintas.

—Sigo perdido.

—Mejor, tú no sabes nada. Ya te contaré al volver.

Y, enigmáticamente, Alsina se dio la vuelta y se perdió en su habitación, donde se puso a hacer la maleta.

* * * * *

Julio desayunó magníficamente atendido por doña Blasa. Sampedro había salido para la DGS muy temprano, así que, sin prisa, cogió el coche y salió camino de Tremedal.

Aprovechó el trayecto para reflexionar y contemplar el paisaje. Paró dos veces a tomar sendos cafés con leche con un cigarrillo, sentarse y pensar con calma. Tenía tiempo.

Sentía mucho lo de Monroe, era un buen tipo, pero a fin de cuentas había vivido una vida larga de servicio a los demás. El telegrama, pese al fallecimiento del pastor, le venía muy bien. Se le planteaba la posibilidad de irse de Madrid cerrándolo todo, teniendo un as en la manga que le permitiera, por si las moscas, proteger al bueno de Sampedro.

Él tenía guardadas las fotos que hiciera en La Tercia en 1969. No solo estaban depositadas en el notario de Zúrich que había descubierto Epstein, sino que había dos series de copias más a buen

recaudo. Lo que había descubierto sobre Durand y Kennedy era peligroso y hacerse con las cintas en que Roscoe White contaba todo a Monroe era un buen golpe de efecto. Llegó a Tremedal pasadas las dos, pero se encaminó a casa del reverendo directamente. Ni siquiera se planteó comer algo en el bar del pueblo. La zona donde se encontraba la vivienda del reverendo estaba nevada. Temía que una gran cantidad de nieve, endurecida y convertida en hielo, le impidiera cavar.

Bajó del coche y comprobó que allí no se veía un alma. Solo el aullido del viento. Era un día tremendamente frío, pero el sol brillaba en todo su esplendor. Se arrebujó bajó su trenca y subió hasta donde se encontraban los eucaliptos para comprobar, con alivio, que la tumba del sicario que intentara matar al pastor estaba intacta. Apenas se percibía, con las hojas y ramas que habían echado por encima, que allí dormía el sueño de los justos un mal tipo. Además, un lentisco estaba creciendo casi al lado, supuso que por los nutrientes que proporcionaba el cuerpo de aquel desgraciado. Bajó a la casa y dio voces. Nadie contestó. El cristal que había roto el sicario seguía igual. Metió la mano, giró el picaporte y entró por la cocina. Había un pequeño lavadero donde halló una pala. Salió al exterior y se dirigió a la tumba de Bob, el perro de Monroe.

Allí, por suerte, apenas había una fina capa de nieve sobre el suelo. No tuvo que cavar mucho para dar con algo duro. Cavó un poco más y vio una caja de madera. Tuvo que apartar la tierra con las manos para poder extraerla. La colocó sobre el suelo y abrió la tapa: eran las cintas.

Había una nota que decía: «Para Julio».

PARTE TERCERA

El príncipe

Sampedro estuvo preocupado durante todo el martes. Alsina había desaparecido el día anterior camino de Ávila y aún no tenía noticias suyas. ¿Le habría ocurrido algo?

Madrid había amanecido literalmente tomada por la policía por la visita de Kissinger, lo que le supuso un alivio, porque nadie se atrevería a perpetrar un atentado en un momento como aquel. Estaban desbordados por el trabajo que eso suponía en la DGS, así que Ernesto no pudo acercarse a comer en la pensión y volvió pasadas las ocho de la noche.

A las nueve, al fin, apareció Julio Alsina. Parecía cansado. Se incorporó a la cena con los otros inquilinos y le hizo un gesto como diciendo que ya hablarían luego. Tras los postres, con un gesto de la cabeza, le indicó que lo siguiera a su cuarto y, señalando una caja que había sobre la cama, le dijo:

—Ahí las tienes, hijo.

Sampedro se lanzó a quitar la tapa de la misma y preguntó:

—¿Las cintas?

—Una copia de las originales.

—Eres la bomba.

—No imaginaba que pudiéramos hacernos con algo así, pero, como decía mi madre: «Así viene, así conviene». Lo siento por Monroe, pero el pobre hombre nos ha brindado un seguro de vida. Lo que tú y yo descubrimos en el asunto de Durand es información sensible; varios hombres han muerto por ello. Y no puedo asegurar que a Epstein y a sus hombres no se les vaya a pasar algún día por la cabeza que debemos ser eliminados.

—¿Y crees que esto los frenará?

—Por supuesto. Le voy a entregar las cintas originales como muestra de buena fe, pero debe saber que hay copias que son nuestro seguro de vida.

—¿Las has escuchado?

—Hablan en inglés, Ernesto. No entiendo nada. Pero eso da igual; esta mañana a las seis, en cuanto he entrado en la provincia de Madrid he parado en una venta y consultado la guía telefónica. Buscaba estudios de grabación. Como no ando mal de dinero, no ha sido difícil que me hicieran tres copias: una ya la he enviado a París en una caja.

—Esta me las ha dado a mí. ¿Y la otra?

—Depositada en un notario con unas últimas voluntades. Llegarían a la prensa en caso de que a ti o a mí nos ocurriera algo. Guárdalas en sitio seguro y no lo comentes con nadie, hijo.

—Menudo caso, el de Durand.

—Pues sí, y me quedo con ganas de saber toda la verdad. Pero hemos llegado demasiado lejos. La mayor parte del planeta cree que Oswald mató a Kennedy, y tú y yo sabemos el nombre de hasta tres o cuatro tipos que estuvieron implicados. Excolaboradores de la CIA todos ellos. Es más de lo que muchos sabrán nunca.

—¿Algún día se sabrá la verdad?

—Dicen que lo que pagas por saber hoy lo sabrás mañana gratis, pero no las tengo todas conmigo. Sabes que me mata el no saber, necesito averiguarlo todo, saber el porqué de las cosas, pero en este tema hemos sobrepasado nuestro límite con creces. No creo que nunca se sepa toda la verdad.

—Tienes razón, mejor dejarlo así.

—Y lo otro, lo del Príncipe, también. No he podido llegar al final del asunto.

—Si lo hay.

—Si lo hay, Ernesto. Que comienzo a dudarlo.

—Hoy me he acordado constantemente de ti: Madrid está copado por las fuerzas del orden.

—Lo he visto.

—Aunque hay algo que tengo que contarte.

—Tú dirás.

—Hoy me he encontrado con alguien en la DGS.

—¿Sí?

—Con Pepe Sainz, el Secreta, el comisario de Bilbao, ya sabes; ha venido a despachar con los jefes. Me lo he cruzado y me ha dicho que estaba de acuerdo con nosotros. Él también cree que la ETA está preparando algo en Madrid.

—¡Vaya!

—Sí, pero no le hacen caso. Es el tío que más sabe de la banda, tiene infiltrados por todas partes y no se mueve una hoja en el País Vasco sin que él lo sepa.

—Ya me dijiste, sí.

—De hecho, me ha contado una cosa…

Alsina alzó las cejas y Sampedro continuó hablando.

—Aunque no sé si debo contártelo. Te vas pasado mañana.

—A las ocho sale mi vuelo, en efecto.

—No sé si debo.

—No me dejes en ascuas, Ernesto.

—Prométeme que te vas.

El expolicía dio una especie de resoplido y levantó la mano:

—Te lo prometo. Sabes que estoy harto de este asunto. Además, ya le dije a Rosa que iba para allá el jueves y no hay marcha atrás. No soy tan suicida como para contrariarla.

—Bien. Pepe el Secreta me ha dicho que su gente en el norte había captado un rumor.

—¿Sobre qué?

—Sobre que la ETA prepara, en efecto, algo gordo en Madrid. Lo han llamado «Operación Ogro».

—¿Se sabe cuándo?

—Ni idea.

Alsina hizo un gesto de resignación:

—Pues ¿sabes qué te digo? Que cuando tenga que ser, será. Yo he hecho todo lo que he podido y no he llegado a nada. Así están

las cosas aquí: el franquismo se autodigiere y sus agencias solo son capaces de vigilar a la disidencia política y a sí mismos, pero ni se fijan ni el exterior ni en la ETA. Lo pagarán caro.

—Puede.

—Mañana por la mañana iré a deshacerme del 124 y le llevaré las cintas a Epstein. Ha sido un placer conocerte y trabajar contigo, hijo.

—El placer ha sido mío, Julio. Te admiraba ya antes de conocerte y tengo que decirte que ha sido un honor trabajar codo con codo.

Los dos amigos se fundieron en un abrazo.

Sampedro observó que Julio tenía lágrimas en los ojos:

—No hagas caso; me hago viejo y sentimental. Prométeme que vendrás a vernos a París.

—No me lo perdería por nada del mundo. Sobre todo por poder ver *El último tango en París*.

Alsina ladeó la cabeza y dijo:

—Este país no tiene solución, ya te digo. Anda, vamos a dormir que estoy agotado y mañana tendrás mucho trabajo con lo de Kissinger.

* * * * *

Alsina durmió como un niño y despertó, cosa extraña, casi a las nueve y media de la mañana. Todos los inquilinos de la pensión se habían ido a trabajar, así que desayunó con calma conversando con doña Blasa, que lamentaba mucho que los dejara para volver a París y que insistió en que le enseñara fotografías de Rosa y el niño. En la radio se felicitaban por el éxito que había supuesto la visita de Kissinger, que, tras entrevistarse con el Caudillo y, luego, con el príncipe Juan Carlos, había declarado que las relaciones hispano-americanas eran muy buenas. Aun así, el secretario de Estado norteamericano había deslizado una coletilla: «Pero hay que volver a examinarlas para mejorarlas».

Alsina se percató de que se refería al acuerdo de las bases militares que caducaba y que los americanos querían mejorar incrementando su presencia en Europa Occidental.

Llamó a la embajada americana, pero le fue imposible concertar una cita con Epstein, que debía andar loco con la seguridad de Kissinger. Eran más de las diez y media cuando tomó el coche para dirigirse a Móstoles, donde un amigo de Sampedro les había recomendado un buen lugar de compraventa. No le costó vender el vehículo a un tipo gordo, hortera y con patillas que pareció sorprenderse cuando el expolicía aceptó su primera oferta. En aquel momento le sobraba el dinero y no quería perder su última mañana en Madrid regateando con aquel usurero. De camino a la pensión, pasó por el kiosco de Gran Vía y compró todas las novelas que pudo de Marcial Lafuente Estefanía. Después, llamó de nuevo a Epstein, pero no hubo forma de hablar con él. Se fue a su cuarto a leer pensando que no podría entregarle, como quería, las cintas originales de Monroe, por lo que decidió enviarlas por correo aquella misma tarde, tras la siesta.

A la hora de comer, despachó un magnífico cocido con el que doña Blasa le despedía por todo lo alto. Durante todo el día echó de menos a Sampedro, que se mantenía muy ocupado por la seguridad de la gran visita. Pensó que, con aquel despliegue, era prácticamente imposible que nadie atentara contra Kissinger o contra la embajada norteamericana, por lo que la idea del atentado fue perdiendo importancia en su mente. Sampedro tenía razón al respecto.

Tras una buena siesta, tomó un café mientras leía un rato y, justo cuando iba a salir para dirigirse a correos, recibió una llamada: era Epstein.

—Alsina.

—Diga, al aparato.

—Me dicen que me ha llamado usted varias veces, pero es que esto ha sido de locos. No se hace una idea.

—Sí, quería haberle visto para despedirme y darle una cosa. Pero me temo que ya, a esta hora, será imposible.

—No, no, en absoluto; le envío un coche. Ya nos hemos quedado libres.

—¿Cómo?

—Sí, ¿no lo sabe? Kissinger se ha entrevistado esta mañana con Carrero y a las cuatro ha salido en avión hacia París.

—¿Ya?

—Sí, ha sido una visita relámpago. Ha adelantado su vuelta.

—¿No iba a recorrer el Madrid de los Austrias esta tarde? Lo ha dicho la prensa.

—Pues no, se ha suspendido. Así es la alta política. Además, está lloviendo muchísimo. Han decidido adelantar la vuelta y, como dirían ustedes, donde hay patrón…

—No manda marinero.

—Le espero en mi oficina. En breve le llegará el coche.

Alsina colgó extrañado. La visita de Kissinger había sido visto y no visto. No creía que eso fuera una buena señal, aunque Epstein parecía contento. Se lavó un poco la cara, se peinó y, tras ponerse la trenca, bajó a la calle llevando la caja en brazos. El coche ya le esperaba. Cuando llegó al despacho de Esptein, este, como siempre, se deshizo en elogios. Tenía la sensación de que el americano le hacía la pelota. El yanqui le indicó con un gesto su mesa de café y allí se sentaron. Epstein miraba la caja que Alsina había dejado sobre la mesa.

—¿Y esto?

—Ábrala.

Epstein quedó un tanto sorprendido al ver las cintas de audio.

—No entiendo.

—Son las cintas de Monroe.

—¿Cómo?

—Ante el cariz que tomaban sus entrevistas con White y dada la naturaleza de las cosas que el exmarine le contaba, Monroe comenzó a grabarlas. Supongo que para protegerse.

—*Motherfucker!* —exclamó el yanqui.

—Pues ahí las tiene.

—Es usted un tipo muy pero que muy valioso —dijo Epstein señalando a Alsina con el dedo— y nunca nunca deja de

sorprenderme.

—Es mi regalo antes de irme.

El americano quedó parado, por un momento y dijo:

—Ha hecho copias, ¿verdad?

—Como de las fotos que tomé en el 69, que no están solo en el notario de Zurich.

—Es usted un tipo listo.

—Mire, Epstein, no quiero que me malinterprete en ningún momento. Como ve, le he traído las originales.

—Un gesto de buena voluntad.

—Exacto. Es una muestra de que nunca haría nada que pudiera desvelar este asunto. He visto cómo terminaron White, Underhill y Durand.

Epstein ladeó la cabeza con fastidio. Pensó que aquel tipo llegaba siempre al final de las cosas. ¿Cómo sabía todo aquello?

Alsina siguió hablando:

—No soy idiota y les respeto. No quiero que ni yo ni los míos acabemos mal. La entrega de los originales es una muestra de mi voluntad a colaborar con ustedes, y las copias son un seguro de vida para mí, pero, sobre todo, para Sampedro. ¿Tenemos un trato?

Epstein sonrió y, sin pensárselo dos veces, estrechó la mano que Alsina le tendía y exclamó:

—*Deal!*

En ese momento, apareció una de las secretarias y el agente de la CIA encargó café para ambos. Cruzando las piernas elegantemente comenzó a decir:

—¿Sabe? Usted y yo estamos extrañamente conectados. Iba a llamarle hoy, precisamente, para que viniera a verme.

—¿Y eso?

—Se va usted mañana a los ocho y quería hacerle ver que nada había ocurrido ni con Kissinger ni con la embajada.

—Soy consciente. Madrid está tomada por la Policía y mañana comienza el proceso 1001 en el TOP. Es difícil que aquí se mueva siquiera una hoja.

—Por eso quería verle, para que quedara tranquilo.

—Y que así me vaya de una vez.

—Usted lo ha dicho, yo no —repuso el americano sonriendo.

Entonces, otra secretaria, una chica alta, rubia y con una minifalda muy corta, se asomó e informó de algo en inglés. Epstein miró a Alsina y contestó a la chica en su idioma.

—Perdone un segundo, Julio, tengo una llamada importante. Es de un periodista de *ABC* que trabaja para nosotros. La atenderé desde el despacho de al lado.

Alsina quedó solo sentado en el sillón hasta que la otra secretaria trajo los cafés. Le dijo que él mismo se serviría y dispuso dos tazas. Pasaban unos minutos y pensó que el de Epstein se iba a enfriar, así que decidió acercárselo. Estaban en la séptima planta, donde se situaban las oficinas de la CIA, quizá el lugar donde más cosas se sabían de toda España.

Escuchó la voz de Epstein al salir al pasillo y fue a la puerta de al lado. Estaba entreabierta y se paró al escuchar:

—¡Es un hijo de puta!

Alsina recordó que había dicho que le llamaba un periodista de *ABC,* por eso hablaba en español. No lo puedo evitar y quedó quieto, acercando la oreja a la puerta entreabierta.

—No, no, si lo de ayer fue muy bien —continuaba diciendo Epstein—. Es más, yo diría que mejor que bien. La entrevista con Franco, estupenda. Cuando Kissinger le dijo que Estados Unidos temía que, el día que faltara, pudiera desencadenarse un conflicto, Franco le respondió: «Dejo la mayor garantía para evitar eso: una gran clase media». Y luego, la entrevista con Juan Carlos fue muy bien. Está por la labor. El problema es Carrero. Es quien ha provocado que se adelante la partida de Kissinger, pues está muy cabreado.

Hizo una pausa, lo que permitió a Alsina deducir que la persona que había al otro lado del aparato estaba hablando. Entonces, Epstein volvió a tomar la palabra:

—Mira, nosotros queremos a España en la OTAN, pero insisten en que no se presentará la solicitud sin la certeza de que van a ser admitidos, y lo de las bases es otro tema difícil. Kissinger le dijo a Carrero que había que ampliar el acuerdo y este se negó firmemente. Dijo que quería que siguiera como está, en los mismos términos. Ya nos ha tocado bastante las pelotas al no dejarnos usar las bases con lo de Israel. En fin, el cabreo es tremendo y, encima, sigue negándose a dar paso a la ley de asociaciones, que es lo mismo que decir que, cuando Franco muera, él no va a legalizar los partidos políticos. Porque no nos engañemos: el heredero es él. El verdadero príncipe no es Juan Carlos, es Carrero.

Alsina quedó con la boca abierta y el café de Epstein en la mano. En ese momento, lo vio claro. Miró alrededor y comprobó que no había nadie en el pasillo. Sin dejar de pensar en lo que había escuchado, volvió sigilosamente al despacho de Epstein y se sentó.

¿Cómo no lo había visto antes? Lo tenía delante de las narices.

Ahora estaba claro: los agentes hablan siempre en clave, nunca mencionan a la gente importante por sus verdaderos nombres para evitar indiscreciones. «El príncipe» no era un nombre que definiera a Juan Carlos. Era un apodo, un mote, para referirse a otra persona.

Y esa persona era el objetivo de todo aquello. Esa persona iba a morir en Madrid. Ahora lo sabía.

Porque ¿quién era el heredero real de Franco? No el nominal, que era Juan Carlos. ¿Quién estaba el primero en la línea sucesoria real, la que importaba, la del poder? ¿Quién controlaba España, el Gobierno, la inteligencia? ¿Quién era, de verdad, «el príncipe»?

Revelación

—Alsina, ¿se encuentra usted bien? —preguntó Epstein al volver al despacho, interrumpiendo así los pensamientos del expolicía.

—¿Cómo? —contestó este algo confuso.

—Su cara, está usted blanco como el papel. ¿Se encuentra bien? ¿Llamo a un médico?

—No, no, estoy perfecto, solo es que a veces me baja la tensión —mintió intentando recomponerse.

—Si se está usted tomando un café…

—Por eso, enseguida hará su efecto. Pero no le quiero entretener más.

—No es molestia, hombre, una vez que nos hemos deshecho de Kissinger, esto se ha quedado tranquilo. ¿Ve usted como no pasaba nada?

—Así ha sido, sí.

—Mañana a las ocho sube usted al avión y a disfrutar de un buen descanso. Estamos muy contentos con usted, no hace falta que se lo diga. Y esto último, lo de las cintas, ha sido un detalle por su parte. Contamos con usted.

Julio se había levantado sin saber muy bien cómo. Se sentía como flotando en una nube. Estaba mareado, pero tenía claro que tenía que salir de allí lo antes posible y hablar con Sampedro. Tenían que avisar a Héctor Gómez, a Blanco, al director de la DGS y al mismísimo ministro, si era necesario. Si entraban aquella misma noche en Claudio Coello, 104, y en Mirlo, 1, evitarían una tragedia. Un atentado con bomba podía llevarse por delante, además, a muchos inocentes.

—Bueno, muchas gracias por todo, supongo que volveremos a vernos —se escuchó decir mientras estrechaba la mano del

americano.

No supo muy bien cómo llegó al ascensor. En el mismo, una música enlatada le hizo aumentar esa sensación de irrealidad que le invadía.

Salió a la calle; ya era noche cerrada. Estaban en diciembre y en Madrid. El aire le cortaba la cara. Vio una luz verde que se acercaba por la Castellana.

—¡Taxi! —gritó.

* * * * *

Sampedro llegó tarde a la pensión. Había tenido unas jornadas de trabajo muy largas por la visita de Kissinger, pero al haber adelantado este su partida, habían dejado libres a los trabajadores de la DGS.

Al día siguiente era el juicio contra la cúpula de Comisiones Obreras en el Tribunal de Orden Público, por lo que Madrid seguiría siendo un fortín, pero ya no con el nivel de exigencia que suponía la visita de un alto mandatario del país más poderoso del mundo y, por ende, aliado preferencial del Régimen. Eran las siete y, al no encontrar a Alsina en la pensión, supuso que este habría ido a visitar a Epstein, así que se sentó en el salón a leer la prensa para relajarse mientras llegaba su amigo. Esperaba tener tiempo para despedirse de él tras la cena, pues partía a primera hora del día siguiente.

Doña Blasa, que siempre le decía que estaba más delgado, le puso un vermut con unas aceitunas y se sentó con ella y su sobrina, a la que la buena mujer cuidaba algunas tardes. Era una cría de unos ocho años, rubia y con unos ojos azules muy grandes, por lo que todo el mundo decía que se parecía a Marisol. Doña Blasa miraba la tele y su sobrina jugaba con su muñeca, una Nancy rubia como ella. Sampedro abrió el periódico y se puso a leer. Entonces, la cría dijo de pronto:

—¡Qué feo, parece un ogro!

—¿Qué? —contestó Sampedro.

—Sí, ese señor.

Sampedro giró el periódico y comprobó que la niña, Purita, se refería a una fotografía que había en la portada. Era de Carrero Blanco y el titular decía que esa misma mañana se reunía con Kissinger.

—¿Este? —preguntó él señalando al presidente del Gobierno.

—Sí —contestó ella—. Parece un ogro, con esas cejas.

Entonces lo vio claro. Recordó lo que le había dicho Pepe Sáinz también conocido como Pepe el Secreta: la ETA preparaba una operación en Madrid, no sabía de qué se trataba, pero sí sabía el nombre, operación Ogro. Entendió, en ese momento, que Alsina tenía razón y que la ETA, en efecto, iba a matar a alguien. Pero que ese alguien no era otro que Carrero Blanco.

* * * * *

Cuando Alsina llegó a la pensión preguntó a doña Blasa por Sampedro y esta le contestó:

—Está en el salón.

Se dirigió hacia allí a toda prisa, pero se lo encontró de frente. Venía a su encuentro y parecía azorado.

—¡Lo he resuelto! —dijo él.

—¿Cómo?

—Sí, coño, lo de «el príncipe». ¡Ya sé a quién van a matar!

—Y yo.

—¡A Carrero Blanco! —exclamaron los dos al unísono.

Al momento, se chistaron los dos mutuamente y miraron alrededor. Afortunadamente no había nadie y no los habían escuchado.

—Vamos a mi habitación —sugirió Alsina.

Tomaron asiento, como siempre, Julio en su lecho y Sampedro en la única silla. El joven policía se llevó las manos a la cabeza:

—No puede ser, no puede ser —dijo.

—Yo lo tengo claro.

Entonces, Alsina le contó lo ocurrido con Epstein. Sampedro asentía conforme su amigo iba desgranando los datos.

—Claro —dijo Ernesto cuando terminó—, «el príncipe»; a eso se refería Parker, hablaba en clave. Nosotros creímos que se referían a Juan Carlos, pero es el apodo que le deben haber puesto a Carrero. A fin de cuentas, es el sucesor de Franco; el verdadero sucesor.

—Por eso no encajaba que la CIA le hubiera dado explosivos, o minas, o lo que fuera, a Gorria. No tenía lógica que los americanos instigaran una acción contra Juan Carlos.

—¿Y contra Carrero? —preguntó de golpe Sampedro.

—Eso es otra cosa, Ernesto. Kissinger se ha ido muy enfadado. Carrero no acepta la modificación del convenio de las bases, los americanos necesitan tener más presencia. Todo encaja.

—Por no hablar de la ley de asociaciones…

—Exacto, Carrero está bloqueando los planes futuros de americanos y alemanes para España: una democracia con dos grandes partidos y un rey más o menos testimonial, como en Inglaterra. Carrero es un obstáculo. Además, recuerda lo que me contó Plantard: está intentando crear un grupo de presión con Francia y tener la bomba nuclear. Seguro que los americanos lo saben.

Sampedro apoyó la cabeza en su mano derecha.

—Yo lo veo claro. «El príncipe» es él —insistió Alsina.

—Todo cuadra, Gorria, la bolsa de deporte, un tipo como Parker que estuvo en lo de Kennedy…

—La presencia de Ezkerra en Madrid…

—¡Exacto! Las relaciones de PNV con la CIA. ¿Entiendes? Ahora veo más claro que nunca lo de la calle Mirlo y lo de Claudio Coello. Creo que van a volar a Carrero por los aires. ¿Pasa por ahí a menudo?

—Espera —dijo Sampedro saliendo de la habitación.

Al rato volvió con un plano de Madrid que desplegó sobre la cama. Sacó un bolígrafo Bic y comenzó a exponer:

—Mira, aquí vive Carrero, en Hermanos Bécquer. Sé que se ha comentado mucho que lleva muy poca seguridad. Como sabes, es del Opus y dice que su vida está en manos de Dios. Pero cuando

supieron que la ETA tenía una operación que se llamaba «Turrón Negro» y que buscaban secuestrar a su mujer, aceptó que esta llevara más escolta.

—¿Y pasa por Claudio Coello? —insistió Alsina.

—Cuando lo nombraron presidente, en la DGS se insistió en que llevara un segundo coche, y él aceptó.

—¿Cómo? ¿Un segundo coche?

—Sí, todas las mañanas comulga en San Francisco de Borja y vuelve a casa a desayunar.

—¿Todos los días va al mismo sitio?

—Sí.

—¡Y será verdad!

—Como lo oyes.

—¿Y esa iglesia está…?

—Aquí —dijo Sampedro, señalándola en el plano—. Antes iba con su coche, blindado y dos escoltas, pero cuando accedió a aumentar su seguridad se les sumó otro vehículo, que les sigue de cerca con un conductor y dos inspectores.

—Algo es algo, pero eso contra un bombazo no sirve de nada. ¿Dices que va de su casa a la iglesia en coche?

—Sí. Aunque está cerca, no van andando por motivos de seguridad.

—Luego, para volver a su casa a desayunar, ¿cuál es el mejor camino posible?

Sampedro fue hablando a la vez que pasaba el bolígrafo por el posible recorrido:

—Tienen que bajar por Serrano, en Maldonado no pueden doblar a la izquierda, así que lo harán en la siguiente, Juan Bravo. Luego, a la izquierda por Claudio Coello, Diego de León y de vuelta a Hermanos Bécquer.

—Claudio Coello.

—Sí.

—¿Me estás diciendo que Carrero Blanco pasa todos los días con su coche por Claudio Coello?

—No tengo la certeza absoluta, pero creo que sí, es lo más probable.

—¡Hay que llamar a Héctor Gómez!

Acudieron a toda prisa al teléfono del pasillo y llamaron al jefe de Sampedro. Lo cogió una sirvienta que aseguró «no tener idea de dónde estaba el señor». Tras colgar se miraron.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sampedro.

—¡Llama a la DGS! ¡O a Presidencia del Gobierno!

—¿A la DGS? ¿A quién? Además, ¿cómo quieres que llame a Presidencia? ¿A decir qué? ¿Que Carrero cambie su itinerario?

—Al menos, hasta que mañana entren en el semisótano de Claudio Coello.

—¿Y si allí no hay nada? ¿Te das cuenta del riesgo que corro? ¡Un presidente del Gobierno cambiando sus hábitos por una corazonada de un inspector! ¿Y si fallamos? Me jugaría mi carrera, Julio. No, la orden tiene que darla alguien importante, como Héctor Gómez. Hay que seguir los conductos oficiales. Se lo decimos a él y ya que se encargue. Aun así, intentaré ponerme en contacto con su jefe, Eduardo Blanco.

En las horas siguientes Sampedro no logró hablar con el director general de Seguridad, y tampoco se sabía del paradero de Héctor Gómez, así que los dos amigos comprendieron que necesitaban a alguien con mando en plaza para ordenar que se entrara en el semisótano de Claudio Coello y en el piso de la calle Mirlo. Intentaron llamar al ministro de la Gobernación, pero un tipo que debía ser un chupatintas al otro lado del aparato les dijo que no molestaran.

—Bueno, bueno, no nos volvamos locos —apaciguó Alsina—. Igual hay tiempo. Si entran a primera hora, seguro que tenemos margen. ¿A qué hora es la misa?

Fueron a por el periódico a mirar los horarios.

—A las nueve de la mañana —confirmó Sampedro.

—Entonces igual hay tiempo.

—Sí, mañana a primera hora nos vamos a la DGS, hablamos con Gómez y lo paramos todo. Da tiempo, ¿no?

Alsina parecía pensar:

—Iremos muy justos —dijo—. ¿Qué hora es ya?

—Las diez de la noche.

—¿Y si nos vamos a la DGS?

—Allí no hay nadie importante ahora, Julio. Y menos después de lo de Kissinger, que ha tenido movilizado a todo el mundo. No puedo ordenar a ningún agente que haga lo que queremos, soy un don nadie y, aunque lo consiguiera, ¿y si me equivoco? No puedo meterme en un fiasco así. Necesitamos hablar antes con Gómez. Además, ¿quién te dice que van a hacerlo mañana? Esperarán a otro día sin tanta policía. Mañana es el juicio a los de Comisiones, ¿recuerdas?

—Llama a Gómez otra vez —insistió Alsina.

Sampedro le hizo caso, pero el preboste seguía sin aparecer por casa.

—Vamos a ver, Julio, no tiene por qué ser mañana, insisto. Hay mucha policía ahora mismo en la calle. Mañana a primera hora nos vamos a la DGS y hablamos con Gómez. Podemos convencerlo, incluso, para que Carrero no vaya a esa iglesia.

—Y que entren en los pisos.

—Claro. Vamos sobrados de tiempo.

—Sí, lo haremos así.

—¿Cenamos?

—Habrá que decirle a doña Blasa si quedan sobras.

El atentado

Alsina no pegó ojo en toda la noche. A Sampedro le ocurrió otro tanto. A las seis y media de la mañana coincidieron en la cocina y se prepararon un café. Inevitablemente, apareció doña Blasa en bata y zapatillas muy molesta porque no la habían avisado. Era una santa. Se empeñó en prepararles unas tostadas que ellos apenas pudieron probar. Se les había cerrado el estómago. A las siete ya estaban en la calle y bajaron andando a toda prisa hasta Gran Vía. En ningún momento dejaron de caminar en dirección a la DGS. Las calles estaban desiertas y el frío era terrible. Pasó un taxi solitario con la luz verde encendida y lograron pararlo.

Cuando llegaron a Sol, eran un poco más de las siete y media. No había casi nadie en la DGS, salvo el retén de guardia. Sampedro habló con el responsable, un sargento, que no entendió muy bien lo que decía sobre entrar en un piso no sé dónde, pero que le hizo ver que no podía enviar a sus hombres a ningún sitio y hacer que abandonaran la custodia del edificio más odiado de España.

Entonces subieron directamente al despacho de Héctor Gómez. No había nadie. Se sentaron a esperar. La secretaria no había llegado siquiera. Esperaron durante un tiempo angustioso. Aquello era gordo: no solo iban a matar a Carrero, sino que una explosión en el centro de Madrid podía provocar una auténtica masacre.

A las ocho y cuarto, mientras Alsina no dejaba de mirar el reloj, apareció la secretaria de Gómez. Virtudes era una chica alta, teñida de rubia y muy distinguida. Dejó el bolso y se quitó el abrigo, mirándolos con cierta extrañeza.

Ellos, que ya se habían levantado, le dijeron:

—¡Necesitamos hablar con el jefe, ya!

—Es urgente —añadió Alsina.

La chica los miró de arriba abajo y les informó:

—Hoy don Héctor no viene.

—¡¿Cómo?! —exclamaron los dos al unísono.

—Está de viaje. En el extranjero.

—¿En el extranjero? ¿Dónde? ¿Cuándo vuelve?

Ella los miró otra vez de arriba abajo y repuso:

—Todo eso, como comprenderán, es confidencial. Solo puedo decirles que hoy no viene.

—¿Y mañana? —preguntó Alsina ansioso.

—Quién sabe —contestó ella.

Se miraron y, sin decir nada, salieron de allí a toda prisa.

—La misa empieza a las nueve, Ernesto, ¿cuánto cojones dura una misa?

—Media hora, Julio.

—Entonces la cosa será después de las nueve treinta, cinco o diez minutos después. Depende de lo que se entretenga en salir. No tenemos tiempo. ¿Qué hacemos?

—Vamos a ver al director.

Acudieron al despacho del director general de Seguridad, Eduardo Blanco, militar. Un hombre duro. Les pareció raro que, en la antesala, donde estaba ubicada la mesa de trabajo de su secretaria, hubiera dos agentes de la Policía Armada.

—Buenas. Venimos a ver a don Eduardo —explicó Ernesto.

—No está.

—¿Cómo? —preguntó el joven policía—. Si he visto su coche abajo.

—Sí, ha llegado a su hora, pero se ha tenido que ir.

—¿Por qué? —espetó Alsina.

La mujer, algo rechoncha y con gafas doradas, dijo:

—Asuntos urgentes de Estado.

—¿Y cuándo volverá? —preguntó Sampedro.

—Eso no se sabe —respondió la mujer, y se giró para ponerse a buscar un informe en un archivador.

—Pues esperaremos aquí —dijo Alsina haciendo ademán de sentarse.

Los policías que custodiaban el despacho les indicaron con un gesto que no podían estar allí. La secretaria añadió:

—Esto debe estar despejado. Si vuelve, les avisaré por teléfono, no les quepa duda.

Se vieron obligados a abandonar la estancia. Bajando por las escaleras, Alsina dijo:

—Esto es raro, ¿no?

—Mucho, nunca he visto gente de guardia ahí.

—¿Será por lo del proceso 1001?

—Ni idea.

Alsina añadió entonces:

—A mí lo que más extraño me parece es lo de Gómez. Sampedro se paró y miró a su amigo:

—¿Por qué?

—Porque anoche llamamos a la sirvienta y nos dijo que el señor había salido. Y ahora resulta que está en el extranjero. Está claro que su criada mentía. Ese tío nos está esquivando.

—Una cosa no quita la otra. Bien ha podido salir de viaje a primera hora de la mañana.

Alsina miró a su amigo con una sonrisa irónica como mofándose de su credulidad.

Volvieron a la oficina de Sampedro; el tiempo corría.

—Menos cuarto, Ernesto —avisó Alsina.

Sampedro salió de allí para buscar a alguien en el edifico con rango suficiente como para cederle unos cuantos agentes y entrar en Claudio Coello. Volvió cabizbajo.

—No he encontrado a nadie con graduación superior a subinspector.

—¿Y qué hacemos?

—Déjame intentarlo por teléfono.

—Son las nueve, Ernesto.

—No sabemos seguro que lo vayan a hacer hoy.

—Es el día ideal.

—¿Hoy?

—Sí, por el juicio a la cúpula de Comisiones; sería un campanazo.

—Precisamente por eso lo veo difícil, hay muchísima policía en la calle. Fíjate, aquí estamos en cuadro.

Sampedro levantó el teléfono, habló con una secretaria, con otra, llamó a varias comisarías.

—Todo el mundo está de servicio y, otros muchos, ilocalizables.

A las nueve y diez, Julio se levantó con decisión, cogió el abrigo y caminó hacia la salida.

—¿Adónde vas?

—A Claudio Coello, ya vamos tarde.

Sampedro lo siguió. Bajaron a la parada de taxis e indicaron al taxista adónde tenía que ir. Le pidieron que pisara el acelerador, pues era una urgencia policial. El hombre, que se llamaba Venancio, hacía lo que podía. A la altura de la fuente de Neptuno, un camión de reparto de leche Puleva estaba generando un atasco tremendo. Sampedro bajó y corrió hacia el transportista que llevaba una carretilla llena de cajas. Le enseñó la placa y lo obligó a dejar la mercancía donde estaba y quitar el vehículo de en medio.

—¡Vamos, vamos! —gritaba Alsina en el asiento trasero mientras se movía rítmicamente de atrás adelante.

Al despejarse la vía, pudieron seguir por la calle Almagro. Por suerte, el taxista le pisaba.

Alsina miró el reloj: las nueve y veinticinco.

—¡Sáltese los semáforos! —gritó Sampedro.

Cuando encaraban Velázquez pasándose una luz en rojo, a punto estuvieron de chocarse con un 1500 negro. Alsina y Sampedro se miraron con aprensión. Pasaron junto a la esquina donde fueron tiroteados y el taxista encaró Claudio Coello.

—Pare aquí —ordenó Alsina—. No quiero que nos vean llegar.

Pagaron sin recoger las vueltas.

Alsina, resolutivo como siempre, salió a paso vivo hacia la vivienda.

—Son casi las nueve y media —dijo Sampedro.

Pararon delante de la fachada de la vivienda del supuesto pintor. Alsina observó que un cable ingresaba por la ventana del semisótano que seguía cubierta por una manta.

—Mala señal —dijo.

Entonces, se giró. La calle era estrecha y, justo en ese punto, en la acera de enfrente, había un coche aparcado en doble fila.

—Mira, Ernesto.

—¿Y eso?

—Para que el coche de Carrero aminore la marcha.

—No jodas.

Alsina siguió el cable con la mirada; continuaba por la fachada sujeto a un par de metros del suelo hasta casi el final de la calle.

—¿Qué hacen esos?

Al fondo, le pareció ver a dos tipos con monos azules, dos operarios. Uno estaba subido en una escalera de mano.

—El día es hoy. No hay duda.

Cruzó de acera para acercarse a aquellos dos individuos. Caminó como si nada, haciendo como que hablaba con Sampedro.

Al llegar a su altura se paró y dijo al joven:

—Cuéntame algo, disimula.

Alsina miró el reloj: las nueve y media..

Miró a los dos operarios: uno estaba subido en una escalera, mirando hacia el fondo de la calle, por donde debía venir el coche de Carrero. El otro miraba hacia abajo. Tenía una especie de carpeta grande en las manos, negra, que manipulaba muy concentrado. Era un tipo de mediana estatura, pelo abundante, raya al lado y nariz prominente y aguileña.

—Ese es Argala, no hay duda —dijo Alsina—. Irán armados, Ernesto. Somos dos contra dos. Yo no llevo el hierro, lo devolví.

En ese momento, se dio cuenta de que su avión habría despegado hacia París hacía ya hora y media. ¿Qué pensaría Rosa? Qué locura. Su mente apartó ese pensamiento y volvió a la realidad: los etarras.

Alsina sabía que, si iban a por ellos, los miembros del comando no dudarían en hacer fuego, pero los entretendrían lo justo para no poder explosionar la bomba.

Además, Sampedro llevaba su pistola reglamentaria. Eso equilibraba un poco las cosas.

—Ernesto —se escuchó decir—, saca la pipa, vamos a por ellos. No hay tiempo. Hay que echarle cojones.

Alsina dio un paso al frente para dirigirse hacia los etarras, que no los habían visto venir pues estaban mirando hacia el fondo de la calle. Justo cuando puso un pie en el asfalto para cruzar la calle, escuchó un clic inconfundible que le hizo girarse.

—No, Julio, para.

Era Sampedro, que le apuntaba con su pistola.

—Ernesto, ¿qué haces?

—No te metas.

—¿Vas a dispararme? ¿A mí? ¿Desde cuándo lo sabías?

Alsina vio a lo lejos, donde se entrecruzaban Claudio Coello y Maldonado, cómo una mujer y una niña cruzaban la calle mientras un coche, negro, enorme, aguardaba. Era Carrero. Detrás se adivinaba el segundo coche de escolta. Miró a Sampedro, miró a los etarras que seguían sin percibirle. Tenía que actuar, aquello era cosa de segundos.

No creía que Ernesto fuera capaz de dispararle, pero sin su ayuda los etarras sí que tendrían tiempo más que suficiente para reventarle la cabeza y accionar el dispositivo.

Vio el coche que había aparcado en doble fila en el número 104. Sin duda era el punto de referencia. Cuando el coche de Carrero llegara a su altura, accionarían la bomba. Seguro que estaba cargado de explosivos también.

Alsina supo entonces que solo tenía una posibilidad: llegar allí antes y parar el pequeño convoy.

De pronto, sin previo aviso, salió corriendo en aquella dirección. No sabía siquiera si llegaría a tiempo, fue un impulso. Mientras corría a todo lo que daban sus piernas, escuchó a Sampedro decir:

—¡Julio, Julio! —Como él había previsto, no había tenido valor para dispararle y corría tras él, puesto que oía sus pasos.

El coche de Carrero, un Dodge, había reemprendido la marcha. Iba directo hacia la trampa. Alsina corría y corría, sintiendo que no avanzaba apenas, como si se moviera a cámara lenta.

Intentó gesticular con las manos, pero era obvio que no le veían.

—¡No, no! —gritó.

En esos instantes de tensión, de peligro, su mente sufrió una suerte de iluminación: había estado en lo cierto todo el tiempo, se preparaba un atentado de la ETA. Las minas, el piso de Mirlo, Gorria… Todo era correcto excepto una cosa: el objetivo era Carrero.

Cuando le quedaban apenas treinta metros para llegar, vio que el morro del coche oficial estaba llegando al vehículo aparcado en doble fila. Supo que no iba llegar a tiempo. En ese instante, alguien tiró de él hacia la izquierda, justo detrás de un coche aparcado. Debía de ser Sampedro.

Se escuchó como en un sueño a uno de los tipos de mono azul, el de la escalera, que gritaba:

—¡Ahora, ahora!

De reojo, Alsina acertó a ver que todo volaba por los aires. La explosión fue ensordecedora, brutal, y múltiples fragmentos de cemento, cristales y piedras volaron como moscardones a su alrededor. No sabía si había sentido un golpe en la cabeza o era la onda expansiva. Una nube de polvo lo inundó todo.

Se dio cuenta, en mitad de aquella conmoción, de que no escuchaba nada. Se sentía como si estuviera en el fondo de una piscina, inmerso en el agua.

Alguien tiró de él otra vez y lo puso en pie. Era Sampedro, que le había salvado la vida. Otra vez. Observó que al joven policía le sangraban los oídos. Vio, a lo lejos, a los dos tipos vestidos de azul perderse por la esquina de Juan Bravo haciendo como aspavientos con las manos. Se pasó la mano por la cabeza y se la miró. Sangre, otra vez. Y ya iban tres.

Se giró.

Quería saber si los etarras habían acertado. Lo que vio le heló la sangre.

Un chorro de agua salía a presión de un inmenso cráter en el suelo. ¿Dónde estaba el coche de Carrero? Miró alrededor. El coche que seguía al del presidente, con dos escoltas y un conductor, estaba muy afectado. Había vehículos alrededor, todos destrozados y cubiertos de polvo y cascotes. Vio gente que corría aquí y allá. A la derecha, los cristales rotos de las ventanas le hicieron comprender que la explosión había sido tremenda. No observó que hubiera restos humanos.

¿Habría habido suerte y no se habrían visto afectadas personas inocentes? Se dio cuenta de que había llegado al pie del cráter.

«¿Dónde está el coche de Carrero?», volvió a preguntarse. Todo le daba vueltas y el mundo se volvió negro de golpe.

La Político-Social

Alsina volvió en sí totalmente desorientado. ¿Dónde estaba? Recordó la explosión y a Sampedro empujándole a un lado, tras un coche. Le vino a la cabeza la imagen del inmenso cráter. Una voz dijo:

—Se ha despertado.

Levantó la cabeza y vio a dos tipos. Estaba en una especie de sótano, oscuro, frío y con olor a humedad. Había una mesa con un flexo encendido y dos sillas.

Se dio cuenta de que él estaba sentado en otra y esposado a ella. Supo de inmediato que, en algún momento, se había meado encima.

Uno de los tipos se le acercó, era grande y calvo. Llevaba un ridículo bigotillo al estilo fascista e iba en mangas de camisa. Con tirantes y corbata. Sudaba como un cerdo pese al frío que hacía allí.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

El gordo le propinó una hostia.

El otro, un tipo flaco con traje gris y muy moreno de piel y de pelo, soltó una carcajada. Tenía la mirada torva y cara de rata, de mala persona.

—Estás en la DGS —dijo el gordo.

—¿Y por qué estoy detenido? ¿Quiénes sois vosotros?

El flaco tomó la palabra:

—Somos Gutiérrez y Marín, de la Político-Social, y nos vas a contar qué hacías en Claudio Coello y qué has tenido que ver con el atentado.

Alsina supo entonces que su situación no era buena. Aquellos tipos eran unos carniceros, todo el mundo lo sabía. Le harían confesar lo que quisieran que confesara.

—Acudí a evitar el atentado, preguntad por ahí. Me he pasado semanas avisando: a Epstein, a los de la CIA, a Héctor Gómez de la

DGS. Preguntad.

Los otros dos se miraron y sonrieron. El gordo se acercó de nuevo y le dijo:

—Éramos amigos de Guarinós, un gran hombre y un gran policía. Tú lo jodiste. Y lo vamos a vengar. Nos vamos a divertir contigo.

Alsina recordó a aquel miserable de la Político-Social que acabó mal por su culpa tras los sucesos del 69 en Murcia.

—Guarinós era un carnicero de tercera, como vosotros.

Otra hostia.

—Sabemos que eres un rojo —dijo el gordo—. Y nos vas a contar toda la verdad.

—¿Y Carrero? No vi el coche. ¿Está vivo?

—El presidente ha muerto y también el conductor y el escolta que lo acompañaban. Te puedes imaginar cómo está la situación y el cabreo de todo el mundo. Y nosotros lo vamos a averiguar todo.

En ese momento, se abrió una puerta y los dos esbirros se giraron. Apareció Héctor Gómez, que, sin mirar siquiera a Alsina, hizo un aparte con los dos policías.

No se alcanzaba a oír lo que decían, pero había polémica. Gómez agitó un papel delante de los dos agentes y, al final, estos se retiraron de malas maneras. El gordo cerró dando un portazo. Alsina dejó escapar un suspiro de alivio. Se había salvado por un pelo.

Al menos, de momento.

Héctor Gómez salió de la oscuridad y se le acercó:

—Has tenido suerte, Alsina. Al ver que no llegabas, tu mujer avisó a Plantard, y tenemos a la embajada francesa interesándose por tu paradero. Esa excusa me permite sacarte de aquí. No podemos meternos en un lío por ti: eres ciudadano francés.

—Y español. No entiendo por qué estoy detenido. ¿Y Sampedro?

Gómez lo miró, sonrió despectivamente y se giró para abandonar aquel sótano. Justo cuando iba a salir Alsina dijo:

—¿Qué hora es?

—Las nueve de la noche —contestó el otro saliendo por la puerta.

* * * * *

Debió quedarse dormido durante un buen rato porque el ruido de la puerta que chirriaba le hizo abrir los ojos. Entraron dos tipos trajeados, unos más alto y joven; el otro, algo canoso. El mayor llevaba un maletín negro en la mano y un fonendo al cuello. Un médico.

—Buenas noches —dijo el joven—. Soy el inspector de policía Mariano Cantero. Este doctor va a examinarle.

El médico se acercó a él.

—Tiene que quitarle las esposas —observó.

Cuando el inspector le quitó los grilletes, Alsina notó que las muñecas y los brazos le dolían muchísimo, como si le estuvieran clavando mil agujas. Soltó un gemido de dolor y comenzó a palparse las extremidades. El médico entendió lo que le pasaba.

—Es normal —dijo—. Por la falta de riego.

Mientras el médico le auscultaba, Alsina miró al policía y le preguntó:

—¿Estoy detenido?

—Calle ahora —dijo el facultativo.

Aquel hombre siguió a lo suyo: le tomó el pulso, le miró la lengua, la garganta y le hizo repetir unos extraños ejercicios en los que tenía abrir los brazos y juntarlos haciendo que las yemas de los dedos índices coincidieran. Le hizo repetir lo mismo, pero llevando un dedo y luego otro, alternativamente, a la nariz. Le examinó los ojos, le enfocó a los mismos con una linterna y le hizo dirigir la mirada aquí y allá siguiendo su dedo. Le palpó la cabeza, y él gimió de dolor.

—Tiene una contusión en la cabeza, muy leve. Esa de encima de la frente es antigua, de hará unos días.

Alsina obvió decir que antes había sufrido una tercera.

—Últimamente el universo parece empeñado en quitarme de en medio —dijo irónico el expolicía.

—Voy a tomarle la tensión —comentó el doctor.

Cuando terminó, pareció satisfecho.

—Está bien —sentenció—. Tiene un pequeño golpe en la cabeza, pero no hay indicios de daño neurológico.

—Bien —dijo el policía. Era moreno y bien plantado. Un tipo alto.

—¿Estoy detenido?

El otro, que ya se iba, se giró y mirándolo dijo:

—No… y sí.

—¿Cómo?

—Carrero ha muerto.

—Lo sé.

—Torcuato Fernández Miranda asumirá la presidencia de manera provisional. No hace falta que le diga que, ahora mismo, todo es confusión. Está usted aquí mejor que en ningún sitio. Hay mucha gente fuera de control. Espere, vuelvo en cinco minutos. No le esposo.

Los dos hombres salieron del sótano y Alsina quedó sentado. Aquello no tenía mala pinta. Al menos ahora. Al parecer, Gómez había espantado a los cabestros de la Político-Social. Esos sí que eran peligrosos.

El inspector Cantero volvió acompañado de dos agentes de la Policía Armada. Lo llevaron a la planta de arriba, a un calabozo. Uno de ellos llevaba ropa doblada en las manos. Se la entregaron antes de dejarlo allí.

Al menos ahora estaba en una celda, no en ese peligroso sótano donde cualquier cosa te podía ocurrir sin que nadie lo supiera. Entendió que era otra buena señal. Se cambió y se sintió cómodo y seco, gracias a un pantalón, unos calzoncillos y una camisa que no eran de su talla. Se puso su jersey, que no estaba mojado.

Sobre el catre había dos mantas, un detalle que le hacía intuir que no querían tratarlo mal. El cerrojo de la celda se descorrió y apareció uno de los policías con una bandeja: un tazón de caldo, un muslo de pollo asado y un panecillo. También había una Fanta de naranja.

—¿Qué hora es? Me han quitado el reloj.

—Las doce y media de la noche. Procure descansar.

Se sorprendió a sí mismo comiendo con apetito. No había tomado nada desde la mañana y la tensión lo había agotado. No era nada del otro mundo, pero el caldo le reconfortó y el pollo estaba bueno. No dejó ni una migaja del panecillo. La Fanta le supo extraordinariamente dulce y se dio cuenta de que había estado muerto de sed durante todo ese tiempo. Se tumbó, se tapó con las mantas y, más tranquilo, durmió profundamente.

* * * * *

Le despertó el cerrojo de la puerta. Otro guardia le traía una pequeña bandeja con un café con leche y un paquete de galletas María. El policía recogió los enseres de la noche anterior. Alsina volvió a preguntar:

—¿Me puede decir la hora?

—Son las ocho de la mañana.

Había dormido casi ocho horas del tirón. Cuando el policía lo dejó a solas, orinó en el váter que había en la celda y dio buena cuenta del café y las galletas. Estaba hambriento otra vez. Volvió a tumbarse mirando al techo. Ya no podría volver a dormirse. Carrero estaba muerto. Él estaba en lo cierto, y había mucha gente que no le había hecho caso. Si había justicia en el mundo, más de uno debería perder su trabajo.

No quiso pensar en Sampedro. Le había traicionado. ¿Desde cuándo trabajaba para ellos? ¿Desde el principio? Aunque ¿quiénes eran ellos? El franquismo se descomponía en facciones que se devoraban unas a otras. Se hacía muy difícil saber quién trabajaba para quién o, peor: quién era quién.

El cerrojo volvió a descorrerse. Se abrió la puerta y en ella apareció otro uniformado. Junto a él estaba Sampedro, con su sempiterno traje negro.

—Déjenos solos —ordenó al policía.

La puerta se cerró tras él y se plantó delante de Alsina. De pie. El expolicía permanecía sentado en el catre. Apenas miraba a su compañero.

—¿Puedo? —señaló Ernesto hacia el camastro mostrando su intención de tomar asiento.

—Claro —respondió Julio. Quedaron en silencio unos segundos.

—¿Desde cuándo estás con ellos?

—Desde la noche en que supimos lo de Carrero. Desde entonces y no antes, aunque no te lo creas. Antes, no sabía nada, como tú.

—Ya.

—No, no me entiendes. Sabes que siempre he estado con los reformistas, pero no te espiaba. Colaboraba contigo, Julio. La noche antes del atentado, cuando te dejé en tu cuarto, volví a llamar a casa de Gómez. Pasé por el pasillo, vi el teléfono y pensé que no perdía nada por hacer un último intento. Para mí sorpresa, cogió él mismo el teléfono y le conté lo que creíamos haber descubierto. No me llamó loco ni me dijo que errábamos, lo que me pareció raro, sino que puso muy serio y me dijo que tenía que hablar conmigo en persona. Me envió un coche y estuvimos hablando en su casa. Le costó convencerme. Quería que te despistara, que no llegaras a tiempo.

—Al menos no me disparaste.

—Nunca podría hacerte algo así, Julio.

—Sí, lo sé, me has salvado la vida. Dos veces. —Sampedro sonrió. Entonces Alsina volvió a tomar la palabra—: Ernesto, joder, ¡somos policías! Nuestro trabajo es evitar que se cometan delitos. Han muerto tres hombres, ¿lo sabes?

—Sí —dijo el joven bajando la mirada—. ¿Te crees que no lo he pensado?

—¿Dónde coño estaba el coche de Carrero? Miré en todas direcciones y había desaparecido.

—No te lo vas a creer…

—Dime.

—Voló por los aires, pasó sobre el edificio y acabó en pleno patio de los jesuitas.

Alsina miró a Sampedro con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes.

—Pero ¿cuántos pisos tiene el edificio? —preguntó el expolicía.

—Creo que cuatro.

—¿Cuatro?

Sampedro asintió con la cara muy seria.

—Dios —soltó Alsina.

—Sí.

—Debía de ser mucho explosivo, Enesto, como para hacer volar un coche blindado, con lo que pesa, por encima de un edificio de cuatro pisos. Eso es una barbaridad.

—Lo sé.

—O eso o algo de tipo militar. Como las minas.

Volvieron a quedar en silencio. Sampedro intentó excusarse:

—Mira, Julio. Héctor Gómez me convenció, me hizo ver que vamos camino de la democracia y que Carrero era un obstáculo. Sé que éticamente no es correcto, pero tenemos que conseguir que España sea un estado moderno.

—¿Y esa te parece buena solución? ¿Quitar a alguien de en medio de esa manera?

—Las cosas son complejas aquí; cualquier apertura se hace difícil. Carrero se oponía a los cambios que han de venir…

—Mira, hijo, yo coincido con el ideario de Carrero muchísimo menos que tú. Era un tipo inmovilista, del Opus y más franquista que Franco. Pero quitar a alguien de en medio así… Dime que no ha habido víctimas civiles.

—No. Milagrosamente solo han muerto él, el conductor y el escolta que lo acompañaba.

—El coche habrá quedado destrozado, claro.

—No te haces una idea. No me siento orgulloso de lo que he hecho, Julio. Pero creo que era lo correcto para mi país. Tú ya no vives aquí. No tuve mucho tiempo para pensarlo, también es verdad, pero me gustaría salir de aquí con la convicción de que al menos me crees, de que eres consciente de que hasta el último momento yo no sabía nada y que, si te traicioné, fue solo al final, y porque creí que

debía. La conversación con Gómez fue muy larga, y al final me convenció. Llegué a casa a las cinco, apenas pegué ojo. ¿Me crees, al menos?

—Te creo —contestó Alsina sin apenas pensárselo.

Sampedro lanzó un suspiro de alivio y se puso de pie:

—Tengo cosas que hacer.

—Te creo, pero quiero que quede claro que no estoy de acuerdo con lo que hiciste.

Sampedro asintió.

Dio dos golpes en la puerta de hierro y, cuando el guardia abrió, se giró para mirar a su amigo.

—Una cosa —dijo Alsina.

—¿Sí?

—¿En calidad de qué cojones estoy detenido? ¿Por intentar evitar el asesinato del presidente del Gobierno?

Sampedro negó con la cabeza.

—No estás detenido, Julio.

Y salió de allí cabizbajo.

Barajas

Un par de horas después se abrió la puerta de la celda y aparecieron dos tipos: uno con pajarita, empleado de la embajada francesa, y, el otro, un médico que le volvió a examinar. Cuando dio la conformidad a que Alsina estaba bien, el francés le dijo:

—Nos vamos.

Cuando salían de allí, como el que no quiere la cosa, y sin dejar de caminar, dijo:

—Me llamo Bertrand.

—¿Adónde vamos?

—Tranquilo —dijo el delegado de la embajada tirándole del brazo para que no se parara.

En la calle los esperaba un cochazo con la bandera de Francia que los sacó de allí a toda prisa.

Por el itinerario, Alsina sospechó, y preguntó:

—¿Vamos a Barajas?

El francés asintió.

Cuando llegaron al aeropuerto, se encontraron con dos agentes de la Policía Armada que les aguardaban para abrirles paso junto con dos mozos.

—Esas son mis maletas —comentó Alsina sorprendido y sin dejar de andar porque, Bertrand, literalmente, le empujaba.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba en pista. Un avión de Air France aguardaba con todo el pasaje a bordo. Dos azafatas le esperaban arriba de la escalerilla.

Los mozos subieron sus maletas y Bertrand se aseguró de que lo sentaban en primera. Antes de que Julio pudiera darse cuenta, el francés había salido del avión, y este se encaminaba ya hacia la

pista de despegue. Fue visto y no visto. Ahí fue consciente de que había escapado de una buena. Cerró los ojos. Estaba cansado.

EPÍLOGO

París, 24 de enero de 1974

Alsina dejó a Iñaki encargado de cerrar la librería a mediodía y salió a la calle. Hacía buen día y quería tomar un vermú antes de llegar a casa a comer. Era casi la una. Rosa y él habían ido adquiriendo las costumbres de los franceses, entre las que se encontraba comer temprano y cenar más temprano aún. No comían tan pronto como ellos, lo hacían sobre la una y cuarto, pero ya estaban muy lejos de la costumbre española de comer a las tres de la tarde. No sabía muy bien dónde, pero una vez había oído decir a alguien que comer y cenar tarde era de pueblos primitivos.

Cuando enfiló la calle hacia la Brasserie de Pedro, quedó parado por un instante. En la estrecha fila de mesitas que el dueño tenía en el exterior, estaba sentado Epstein.

Al verle venir, el americano se levantó y le tendió la mano:

—¿Cómo está, Alsina? Tenía que venir a París por unos asuntos de la agencia y me dije a mí mismo que no podía pasar por aquí sin verle.

Quedaron en silencio unos instantes. Alsina miraba al americano con mala cara.

—¿No se sienta? Me gustaría hablar con usted.

Pedro salía ya con el vermú de Alsina y unos trozos de queso en una bandeja, así que el expolicía le hizo un gesto con la cabeza para que los depositara en la mesa de Epstein.

—Usted dirá —dijo, tomando asiento con cara de pocos amigos.

—Está usted enfadado conmigo.

Alsina dio un pequeño trago al vermú. Sacó un paquete de tabaco de su abrigo y, extrayendo un cigarrillo con parsimonia, contestó:

—Sí y no.

—Quizá no lo sepa, pero Sampedro vino a verme cuando lo detuvieron, yo sabía que tenía usted pasaporte francés y avisé a la embajada.

—Lo sé, Sampedro me escribe con regularidad. Vendrá a vernos en Semana Santa.

—Lo ha perdonado usted, claro.

—Me han hecho cosas mucho peores.

—También es cierto que los franceses ya andaban preguntando por usted. Su mujer avisó a Plantard. Nosotros también nos interesamos por el tema. Dos embajadas de ese nivel interesándose por usted fueron motivo más que suficiente para que no quisieran meterse en un lío, aunque debo de decirle que hubo, por un momento, un llamativo vacío de poder. Y eso siempre es muy peligroso.

—¿Qué quería usted decirme? —preguntó Alsina yendo al grano.

Epstein, que sujetaba una copa de burdeos en la mano, sonrío:

—Vaya, así es usted, práctico, no pierde el tiempo.

—Me esperan en casa para comer.

—Ya. Bueno, pues le diré que me gustaría saber en qué estado sigue nuestro acuerdo.

—¿A qué se refiere?

—A lo de las cintas.

Alsina estalló en una carcajada.

—¿Para saber si me tiene que enviar a unos sicarios? No soy imbécil, Epstein, y soy un tío de palabra. Todo queda igual. Yo no sé nada. Ni quiero saberlo. No se lo he contado ni a mi mujer ni a mi amigo Joaquín.

—Bien. ¿Y por qué está usted enfadado con nosotros?

—Mataron a un hombre. Bueno, y a dos escoltas. Por no mencionar que me engañaron como a un chino.

—¿Matamos? Le recuerdo que quien mató a Carrero fue la ETA. Esa misma noche, el atentado fue reivindicado en una nota enviada a la prensa.

—Sí, y vi la rueda de prensa de los encapuchados contando cómo lo habían hecho.

—¿Entonces?

—Mire, Epstein, aun suponiendo que no hubiera sabido lo del robo de las dos minas de Torrejón, aun suponiendo que no me hubieran contado cómo Parker entregó una pesada bolsa a Gorria y aun suponiendo que no conociera de las excelentes relaciones de Ezkerra con la CIA, todavía tendría algunas preguntas en el tintero.

—¿Cuáles?

—¿Cómo es posible que un comando de la ETA deambule tanto tiempo por Madrid sin ser detectado? ¿Por qué se ordenó no entrar en el piso de Mirlo número 1, donde vivían unos tíos a los que el vecindario llamaba «los de la ETA»? ¿Cómo, teniendo vigilada a Helena Forest, nadie detectó los movimientos de Gorria y la presencia de Argala? También me pregunto, Epstein, ¿cómo no se investigó lo de Claudio Coello, lo de los martillazos, lo del olor a gas? ¿Cómo pudieron tender un cable así, a la vista, sin que pasara nada, a menos de cien metros de la embajada americana?

—Son preguntas interesantes, pero le recuerdo de nuevo que a Carrero lo mató la ETA. No lo olvide. Están todos identificados.

—Sí, leo los periódicos. No digo que no fuera así, pero está claro que alguien los ayudó. Alguien de dentro, y ustedes, claro. Probablemente, ellos ni lo sabían. Al menos, no todos.

—Es usted muy listo, Alsina. ¿Sabe lo que es un crimen colegiado?

—Pues claro, que tontería.

—En un crimen colegiado, ¿tienen todos la misma responsabilidad?

—Hombre, siempre hay uno que da la cuchillada, el golpe o el disparo fatal. Pero todos son culpables.

—Exacto. Pues la ETA apretó el gatillo.

—Ya, pero no lo veo moralmente aceptable. Si alguien me hubiera dicho hace un año que iba a correr hacia una bomba para evitar la muerte de Carrero Blanco, un tipo que me parecía lo más horrible del mundo, me hubiera echado a reír; pero soy policía y mi deber es evitar delitos.

—España está mejor sin él.

—Eso se lo reconozco.

—Usted empezó a tirar del hilo porque temía un atentado contra Juan Carlos que evitara una transición democrática. Bien, pues ha ocurrido exactamente lo contrario.

—Pues no veo qué han conseguido exactamente: Arias Navarro ha sido nombrado presidente del Gobierno, los del búnker se han reforzado y no veo ahí a los reformistas como Fernández Miranda o Fraga.

—Cada cosa a su tiempo. Franco está medio ido y doña Carmen consiguió lo de Arias, sí, una pequeña victoria totalmente efímera, provisional. A veces, se da un paso atrás para dar dos adelante.

—Ustedes la han pifiado con esto.

—Tenga paciencia, cada cosa a su tiempo.

—¿Y Arias? Era ministro de la Gobernación y le matan al presidente…

—Sí.

—¿Y lo ascienden?

Epstein sonrió.

—Ilógico, ¿verdad?

—A menos que los del búnker estuvieran metidos también.

—Esos tipos nunca ayudarían a la ETA en nada. No, Alsina, no. Carrero, como dirían ustedes, había tocado los cojones a mucha gente: no digo que ciertos sectores del Régimen se pusieron de perfil, a veces, una negligencia, no ver algo, es casi peor que apretar el gatillo. En lo de Carrero hay mucha gente metida, unos pocos, por acción y otros muchos por omisión. ¿O de verdad cree que fue la ETA la que detectó que iba todos los días a misa el mismo día con

poca escolta? ¿Cree que ellos encontraron el piso de la calle Claudio Coello? Y no, no me mire así, esas cosas no las hicimos nosotros.

—Todo este complot me da asco, Epstein.

—Como dicen ustedes: para hacer una tortilla hay que romper unos huevos. Pero no se obceque; insisto, hubo gente que participó de forma activa, pero otros lo hicieron en parte por mirar a otro lado. Siga usted la línea de los ascensos.

—Como con Kennedy.

Epstein arqueó las cejas y luego puso cara de sorprendido. Entonces, dijo:

—Pues sí, exacto, como lo de Kennedy. Hubo mucha gente implicada, pero otros, que pudieron recibir informaciones que eran preocupantes, digamos que se hicieron los locos. Es usted brillante: sí, hay un paralelismo entre estos dos magnicidios.

—Está claro que Oswald no fue.

Epstein estalló en una carcajada y llamó al camarero. Pidió otra copa de vino.

—A ver, Alsina, imagine usted que va a eliminar al presidente del país más poderoso del mundo, un tipo con un carisma impresionante que está poniendo a su patria, literalmente, del revés, por no hablar de que iba a cambiar el mundo. ¿Dejaría usted que fuera un golpe perfecto? Nunca dejarían de investigar y, al final, te pueden pillar. No, no, hay que preparar un cabeza de turco, un idiota que cargue con la culpa. Alguien a quien el pueblo llano pueda odiar y aparezca como el culpable para que la prensa y la opinión pública tengan una explicación y un muñeco al que azuzar y golpear.

—Y luego, a ese tipo se elimina lo antes posible.

—Exacto, es de manual. Es de primer curso de servicio secreto.

—Monroe me contó que había un informe de los Marines que afirmaba que Oswald era un tirador mediocre y que no pudo hacer todos esos disparos en tan poco tiempo y con tanta precisión.

—¿Y qué pasó con ese informe?

—Supongo que desapareció.

—¿Ve? Unos mataron a Kennedy, pero muchos no hicieron su trabajo. Antes y después del magnicidio, ojo. Ese informe estaba en poder del FBI.

—¿Qué pasó realmente?

Epstein hizo una pausa para que Pedro dejara sobre la mesa su nueva copa de vino. La cogió, esperó a que se fuera el camarero y miró el vino en la misma.

—¿Todavía sigue con eso, Alsina?

—Ya me conoce.

—Sí, un sabueso que persigue la verdad hasta el final.

—Desgraciadamente.

—Eso de Kennedy es, ¿cómo dicen ustedes? No recuerdo el refrán exacto. Nosotros decimos que es *water under the bridge*. Algo así como agua que pasó bajo el puente; que ya pasó, vamos.

—Decimos: «Es agua pasada».

—Exacto. Se entiende, ¿no?

—Perfectamente.

—Oswald era un pobre hombre. Colaboró con la agencia ocasionalmente. Estaba en Dallas y se hacía pasar por comunista para lograr infiltrarse. En Nueva Orleans también lo intentó. Era un desgraciado, siempre sin pasta.

—No disparó ni un tiro.

—Correcto.

—Pero estaba allí.

—Claro, así debía ser para que pudiera cargar con la culpa.

—¿Usted participó?

—Pero ¿qué dice, Alsina?

—Curiosamente, conoce los detalles.

—Es mi trabajo. En esa época yo estaba ya aquí, aprendiendo español. Además, soy demócrata.

—¿Y qué hacía Oswald allí?

Epstein hizo otra pausa.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Pues claro. Bueno, si no me mata después.

Epstein volvió a carcajearse y luego quedó pensativo durante un momento. De pronto, dijo:

—Si se lo cuento… ¿volveremos a ser amigos?

A Alsina le sorprendió la pregunta, pero se escuchó a sí mismo decir:

—Sí.

Epstein volvió a pensárselo. Entonces se incorporó un poco en su silla y tomó una servilleta de papel. Sacó un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta y dijo:

—Ya sabe que yo no le he contado nada.

Alsina, levantando la mano derecha, dijo:

—Tiene mi palabra.

La plaza Dealey

Epstein comenzó a dibujar un esquema de la plaza donde asesinaron a Kennedy, muy similar al que Roscoe White entregó a Monroe.

—Veamos —comenzó—, el coche venía por esta vía que se llama Elm Street, ¿me sigue?

—Perfectamente.

—El golpe estaba preparado minuciosamente. Aquello era una ratonera, Kennedy no podía salir vivo de ninguna de las maneras. Cuatro tiradores excelentes, fuego cruzado y un coche descapotable. Los tiradores iban armados con fusiles de mirilla telescópica Mauser Gewehr 43. A veces le ponían al coche como una burbuja de plástico, transparente, pero desde el frente se podía hacer blanco.

—Ese día no la pusieron.

—Exactamente. Otra casualidad, ¿no? Cada tirador va acompañado por dos hombres, un tipo con un *walkie* y otro que le facilita el acceso, le entrega el fusil, recoge los casquillos y se lleva el arma.

—Ese fue el papel de Oswald.

—Correcto. Los que llevan el *walkie* se encargan de la coordinación. Todos los tiradores han de hacer fuego a la vez. Esto es importante. En este edificio, el almacén de libros de texto de Texas, está Oswald. Se le consiguió un trabajo allí para el golpe. Su función es dar acceso a un operario de radio junto con el francotirador.

—¿Que eran…?

Esptein lo miró con cara de pocos amigos.

—No le interesa. El tirador era un cubano que fue policía con Batista y que fue reclutado por la agencia para trabajos, digamos, externos. No le diré más.

Alsina pensó en el tipo que intentó matar a Monroe.

—¿Sigo? —dijo Epstein con cara de pocos amigos.

—Discúlpeme, me pierde la curiosidad. Siga, siga.

—Bueno, qué más da; le diré que creo que el tirador se llamaba Yito del Valle. Aquí, en este edificio, el Dal-Tex Building, con otro equipo, está el otro tirador; un pistolero de la mafia. Creo que se llamaba Eugene Branding. Y aquí, en esta valla de madera, sobre una zona ligeramente alomada que queda cara a cara con el coche de Kennedy, hay dos tiradores con sus asistentes. Usted sabe quiénes son.

—White y Durand.

—En realidad lo conocían como Max. Había estado en las OAS, en Argelia, era un especialista. La historia de White ya la sabe: siempre estuvo trabajando para la agencia y se le hizo entrar en la Policía de Dallas meses antes del magnicidio. De hecho, iba de uniforme para despistar más aún y poder salir de allí sin problemas.

—Vaya.

—Los dos tiradores de la valla eran los que más daño podían hacer, como así fue. A una orden emitida por los *walkies*, disparan: primero lo hace Max, de frente, así la bala le entra por el cuello y Kennedy se lleva las manos a la zona de la corbata. Branding, desde arriba y desde detrás, alcanza al presidente por la espalda y Del Valle falla el tiro y su bala impacta a Conelly, el gobernador de Texas que iba sentado delante. White no hace blanco. Ahí, en ese jodido momento, el conductor frena por unos segundos y eso resulta fatal porque ahí, desde enfrente, White y Max le destrozan el cráneo. Hay una película en que se ve cómo recibe el impacto desde el frente.

—Que no se ha hecho pública.

—En efecto, no se ha visto. En ese momento, los agentes del FBI y de la Policía que había por la zona confiscaron todas las cámaras. Curioso, ¿no? Pero alguna se escapó. Además, los conspiradores grabaron el atentado. Lo hizo un tipo que trabajó muchos años para la Armada.

—Joder. ¿Y Oswald?

—Todos los tiradores salen de allí sin problemas y Oswald intenta tomar un autobús, pero se paralizan los transportes y acaba tomando un taxi a casa. Todo está preparado para eliminarlo casi de inmediato; ha quedado con un agente de policía, Tippit. No sé si le dijeron que le llevaría a cobrar o a sacarlo de la zona. El caso es que llega y se sienta en el coche patrulla. Parece ser que, en ese momento, escucha por radio que están dando ya su descripción como asesino de Kennedy, cosa que era imposible haber averiguado. Oswald entiende que lo han traicionado y que es el cabeza de turco; es tonto, pero no tanto. Sale del coche y antes de que Tippit se le acerque, le mete tres tiros.

—Pero la Policía de Dallas, entonces…

—La más corrupta de Estados Unidos. Oswald huye a un cine muy cercano donde se esconde, pero es localizado. Los agentes que lo encuentran no están en el ajo y, además, había muchos testigos, así que es detenido y no puede ser eliminado allí mismo.

—Y llega vivo a comisaría.

—Exacto. Tremendo error. Por eso envían a Jack Ruby, que lo elimina antes de que pueda contar nada. Oswald estaba confundido: de momento no había dicho nada, pero era evidente que acabaría cantando.

—¿Y Ruby?

—Pues justo cuando empezó a pensar en declarar, ya en la cárcel, sufrió una embolia pulmonar y murió.

—¡Qué oportuno!

—También es cierto que tenía cáncer, ojo.

—¿Y los tiradores? ¿Qué fue de ellos?

—Uno murió tiroteado, otro a machetazos, White en una explosión y Max desapareció.

—Usted y yo sabemos dónde se escondió.

—Exacto.

Alsina quedó parado, pensativo. Todo aquello era, en verdad, muy grave. ¿Cómo era posible que ocurriera algo así? El mundo, definitivamente, estaba podrido.

—Pero ¿quién lo mato?

—Ya se lo he contado, ¿qué más quiere, Julio?

—Sí, sí, pero esto es como lo de Carrero y la ETA, lo que yo pregunto es: ¿quién había detrás?

Epstein sonrió:

—Pues como usted dice, es como lo de Carrero: todos y ninguno.

—¿Podría ser más explícito?

—A ver, no me malinterprete, yo voto al partido demócrata, pero Kennedy, como Carrero, tocó las pelotas a mucha gente y eso era insostenible. Sobre todo, a los S.O.B.

—¿A quiénes?

—Los Kennedy eran una rareza: pertenecían a la aristocracia de Boston, pero, curiosamente, siempre fueron por libre. Quiero creer que estaban locos. Cuando digo que iban por libre quiero decir que el padre, y luego los hijos, nunca se asociaron con nadie. No estaban, por así decirlo, con el club de los que mandan de verdad. Hay un club en Chicago, otro en Texas, en California… Ya sabe, las grandes fortunas y las megacorporaciones se reúnen y defienden sus intereses en territorios concretos. Ponen y quitan gobernadores, senadores e, incluso, presidentes, en función de sus intereses. El dinero manda.

—No entiendo.

—Mire, Alsina, en el año 1930, James W. Gerard, embajador americano en Alemania, escribió un informe sobre los sesenta y cuatro hombres que gobernaban Estados Unidos.

—¿Y?

—Que entre esos sesenta y cuatro no estaba Herbert Hoover, el presidente del país.

—Vaya.

—Sí, es más: le diré que entre esos sesenta y cuatro solo había un político, ¿entiende?

—Sí, que el dinero es quien manda y toma las decisiones de verdad.

—Exacto. Los políticos están colocados ahí por el dinero. Solo la campaña de Eisenhower costó cien millones de dólares; si los grandes grupos empresariales no apoyan a un político, es imposible que llegue alto. Los Kennedy son una excepción. Se colaron ahí, digamos. Para Kennedy, los S.O.B. eran lo peor. Verá, es la abreviatura de Son of a Bitch, los «hijos de puta».

—¿Y quiénes son, exactamente?

—Las grandes corporaciones, los grandes grupos monopolísticos: las petroleras, la corporación del acero, las eléctricas… Kennedy, desde el primer momento, fue a por ellos. Por ejemplo, nada más llegar al poder paró una huelga del acero y logró que los trabajadores se conformaran sin que les subieran los salarios. ¿Sabe cómo lo consiguió? Porque el hijo de puta era adorado por la gente. Después de conseguir algo tan difícil, se plantan en su despacho los de la U. S. Steel Corporation, los del acero, y le comunican que han decidido subir el precio para ganar más.

—Tenían el monopolio, claro.

—En efecto. Imagínese, Kennedy convence a los trabajadores para aceptar que no les suban el sueldo y estos ricachones aumentan sus ganancias. El negocio redondo, ¿no? Pero el viejo Jack le echó valor y les dijo que no, que de ninguna manera, y hubo un preocupante cruce de amenazas.

—¿Y qué pasó?

—Pues que Kennedy, que había colocado a su hermano Bobby en el Departamento de Justicia, nada menos que fiscal general, fue a por ellos. El bueno de Robert Kenndy les echó encima al FBI y eso acabó en un juicio por monopolio que les iba a hundir. Conclusión, doblaron la rodilla. Imagínese cómo estaban de asustados los otros monopolios… Y Kennedy no se arredró: le metió una multa brutal a General Electric y nada menos que siete juicios monopolísticos a la mismísima General Motors.

—Vaya.

—Sí, el tipo era un kamikaze. Hay que verlo así.

—Luchaba por lo que creía que era justo.

—Se lo acepto Alsina, pero hay que ser más inteligente; no se puede ir contra todos los malos a la vez. No puedes enfrentarte a una multitud de enemigos que vienen por distintos frentes. Mire, si no, dónde están Kennedy o Carrero.

—Visto así…

—Por si fuera poco, Kennedy se mostró más peligroso porque habiendo sido extraordinariamente firme en la crisis de los misiles con los rusos, estaba siendo capaz de llegar a un acercamiento con la URSS, como demostraba el asunto de la venta de trigo a la Unión Soviética o su propuesta de ir juntos a la Luna. Y encima, estaba tendiendo puentes con Castro y pensaba sacar las tropas de ese matadero que es Vietnam. No hace falta que le diga lo que eso suponía para los halcones del Pentágono y, peor, la industria armamentística, que los tiene comprados.

—Fue demasiado osado, sí.

—Y no he terminado: quería finiquitar, mediante su hermano Bobby, a John Edgard Hoover, el director del FBI, que, dicho sea de paso, era un tipo de cuidado. Por no hablar de los anticastristas, que estaban enrabietados con él, y también la mafia. Ah, y los segregacionistas del sur, que estaban indignados por el progreso de las libertades civiles y su apoyo a la integración de la gente de color.

—Pero entonces, ¿quién dio la orden?

—Todos y ninguno. Pero piense una cosa, ¿quién fue el máximo beneficiado de su muerte?

—No sé, ¿las grandes corporaciones?

—No, el máximo beneficiado ese mismo día.

—Ni idea.

—¿Quién heredó?

—Johnson.

—En efecto Lyndon B. Johnson disputó a Kennedy la candidatura a presidente. Perdió. No se imagina las lindezas que decían uno de otro. Kennedy se refería a él como «nuestro hombre del petróleo» porque Johnson, que murió ahora hace un año, era texano. ¿Cree que es casualidad que mataran a Kennedy en Dallas?

—¿Está diciendo que Johnson lo mandó matar?

—No. Estoy diciendo que fue el máximo beneficiado. Johnson, en la campaña por el liderazgo del partido, llamó a Kennedy «niño bonito de Boston» o «vago hijo de millonario». Johnson se las daba de moderado, pero perdía esa moderación cuando se trataba de gas o petróleo. No se puede triunfar en política en Texas si no estás apadrinado por las petroleras. Era rico y tenía acciones, así como un gran rancho. Mire, Alsina, montar lo que montaron para matar a Kennedy en Boston o Nueva York era imposible, pero sí era viable en Texas. Es el estado, con diferencia, más ultraderechista de todos los Estados Unidos. La Policía de Dallas pidió al FBI la custodia de los dos edificios donde se apostaron tiradores, ¿me sigue?

—Menuda casualidad.

—En efecto. No se equivoque, allí mandan los amigos de Johnson, que, dicho sea de paso, odiaba profundamente a los Kennedy. Tras vencerlo en las urnas, Kennedy le propuso ser vicepresidente para aglutinar el voto conservador de esos estados tan reaccionarios. Y también para reunificar y consolidar el partido. Nunca interesan las divisiones en política. Así que sume usted: las petroleras y los S.O.B., el anticastrismo, la mafia…, todos estuvieron más o menos implicados en el golpe de Estado. Porque aquello no fue un asesinato, fue un golpe de Estado.

—Y la CIA.

—De eso no hablaré por motivos obvios. Pero fue como lo de Carrero, unos dispararon o estuvieron en la conspiración, y otros miraron hacia otro lado.

—Como el FBI.

—Correcto, hay evidencias de que Hoover tuvo al menos, indicios de lo que estaba pasando antes y después. No hubo interés ni lo hay en esclarecer este caso. Además, sería un trauma nacional y las consecuencias podrían ser impredecibles.

Alsina quedó pensativo.

—Pero, Epstein, esto que me cuenta usted es muy gordo.

—Usted quería saber, ¿no?

—Es cierto.

—Pero tiene usted razón, Julio, lo de Carrero y Kennedy es muy parecido.

—Solo que uno era adorado por el pueblo y el otro caía mal a casi todo el mundo.

—Carrero era un tipo espartano, austero y honrado —dijo Epstein—, y yo valoro esas cualidades. Pero era como el Régimen: lento, como un dinosaurio que va a la extinción, inmovilista. Se convirtió en un obstáculo y, si Kennedy tenía enemigos, imagínese Carrero Blanco: estaba enfrentado ya con el Vaticano, con los del búnker, con los renovadores; no le digo la oposición en la clandestinidad y, lógicamente, la ETA, que se la tenía jurada.

—Solo fue cuestión de utilizarlos como brazo ejecutor.

Epstein asintió. Entonces, volvió a acercarse a Alsina, como el que va a hacer una confidencia:

—Mire, nuestro papel es menor del que usted cree. Solo puedo decirle que un tipo elegante, muy bien situado en el Régimen, mantuvo dos reuniones con Argala en Madrid, en el hotel Mindanao. En una, le contó que Carrero iba todas las mañanas a San Francisco de Borja a comulgar, y eso fue como sentenciarlo a muerte. Aunque los etarras, en primera instancia, lo que querían era secuestrarlo.

—La operación Turrón Negro.

—Exacto, ese Pepe en Bilbao hace un buen trabajo.

—Impresionante.

—Después de eso, ese señor misterioso volvió a verlos una segunda vez. Fueron reuniones brevísimas.

—¿Y qué pasó en esa segunda reunión?

—Les dijo que se alquilaba un semisótano en Claudio Coello y les dio el nombre del propietario.

—Joder.

—Le comprendo, Alsina, y comprendo su sentido del deber, pero debe entender que España va a estar mejor sin Carrero. El diseño está hecho.

—Y andaba en tratos con los franceses por el tema nuclear.

—¿Cómo diablos sabe usted eso? —preguntó Epstein con aire divertido—. ¡No deja usted de sorprenderme!

—Un mago no debe desvelar el secreto de sus trucos.

—Pues sí, Carrero odiaba a Estados Unidos y miraba hacia Francia. Ya conoce usted el diseño que hemos hecho junto con los socialdemócratas alemanes ante la muerte de Franco.

—Sí, me lo sé de memoria —dijo Alsina como con fastidio—. Democracia con monarquía, con un bipartidismo moderado, ingreso en la OTAN y, luego, el Mercado Común.

—¿Y le parece un mal diseño ese?

—No, en absoluto. Me parece una jugada brillante y, probablemente, lo mejor para mi país.

—¿Entonces?

Alsina asintió como resignado.

—No se caliente la cabeza, usted hizo lo que pudo. Carrero estaba sentenciado, nadie podía salvarlo. Bueno, podría decirse que se sentenció a sí mismo.

—Sobre todo tras la entrevista de Kissinger.

—En esa entrevista, Carrero no dijo nada que no esperáramos, pero debo decir que el secretario de Estado intentó, al menos, que cambiara de parecer. Pero ese tipo era un muro. Kissinger salió muy disgustado, sí.

—Y de ahí que se adelantara la visita y su partida.

—Alsina, nosotros sabemos cosas, es nuestro trabajo.

—¿Algún día se sabrá la verdad?

—No —negó Epstein con la cabeza—. Como con lo de Kennedy, somos especialistas en hacer surgir cien mil bulos, teorías y falsos testigos que dicen lo que sea por un buen dinero. Nunca se sabrá. Y ahora, si me disculpa, tengo un avión que coger.

—Una última cosa… —apuntó Julio.

—¿Sí?

—Los sicarios. Nos los envió Gómez, ¿verdad?

—No. Gómez, al principio, les hizo investigar porque la alusión de Parker al príncipe le asustó. Pero al poco habló con nosotros y se

quedó tranquilo. Por eso les mantuvo vigilados: temía que ustedes estropearan el golpe a Carrero. Fíjese si es así, que solo dos de los hombres que les prestó eran realmente policías.

—¿Cómo?

—Lo que oye.

Alsina reparó entonces que todas las pistas que habían conseguido venían, exclusivamente de los seguimientos de Mínguez y Ruiz. Epstein siguió hablando:

—Era una forma de tenerlos entretenidos y controlados a la vez. Pero usted, como siempre, escapó a su control.

—Y por eso me envió los sicarios.

—No, los sicarios se los envié yo.

—¡¿Cómo?! —exclamó Alsina indignado.

—Tranquilo, tranquilo —contestó Epstein alzando las manos—. Déjeme hablar. Somos profesionales. Le envié a dos de nuestros mejores hombres con clarísimas instrucciones de no hacerles daño. Uno de ellos debía hacer un disparo por encima de la cabeza, como así fue.

—Porque Sampedro se abalanzó sobre él.

—No iba a darle, créame. Queríamos que pensaran que había sectores del Régimen que iban a por ustedes y que dejaran el caso.

—Pues uno de ellos salió mal parado. Volkov le dio una buena puñalada, o al menos eso decía el charco de sangre que dejó tras de sí.

—Así fue.

—¿Está muerto?

Epstein soltó una carcajada:

—¡No, no! Está recuperándose con su familia, en Iowa.

—Vaya, son ustedes buenos.

—No dejamos nunca a ninguno de los nuestros atrás. Eso es así.

—Que se lo digan a Durand, Underhill o White.

—Esos no son de los nuestros. Son trabajadores externos, colaboradores necesarios pero provisionales, como tenemos en Chile, en España o en Turquía.

—Ya.

—¿Algo más, Alsina?

El expolicía negó con la cabeza. Sinceramente, no quería saber nada más. Todo aquello le parecía repugnante.

—Entonces, si me permite, tengo un vuelo que tomar —dijo el americano.

—Y a mí me espera mi familia para comer.

Los dos hombres se pusieron de pie. Epstein le tendió la mano.

—Es usted un tipo fiable. Espero poder contar con usted. Ya sabe que le pagaremos extraordinariamente bien.

—Epstein, soy sincero si le digo que espero que no me necesite. Solo aspiro ya a vivir tranquilo.

—Es cierto que tiene usted una extraña habilidad para aparecer en el centro de los grandes asuntos: primero lo de Murcia en el 69, y ahora, esto. Pero eso es justamente lo que le hace muy valioso para nosotros. Cuídese, amigo.

Y dicho esto, se giró y echó a andar.

Alsina quedó de pie, parado, viendo alejarse la espigada figura del agente americano.

Edición en formato digital: septiembre de 2025

Diseño de cubierta: Eva Mutter

Copyright © Jerónimo Tristante, 2025
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-19822-89-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

PARTE PRIMERA

Librería
Espías
Una misión
Cena
Vera
La comandancia
La casa
Durand
Ferrández
El Calorro
Autopsia
Madrid
En casa
El Pozo
Un ruso
Un diplomático
Espías
Rosa
El canódromo
Disparos
El arte de la deducción
Engaño

PARTE SEGUNDA

Tremedal
Roscoe White

Cambios
Ballesteros
Dallas
Alsina
La llamada
Epstein
Indiferencia
El Julián
Montse
Plantard
Dudas
Peligro
Arresto
Dos minas
Un guardia civil
Un perro

PARTE TERCERA

El príncipe
Revelación
El atentado
La Político-Social
Barajas
Epílogo
La plaza Dealey

Créditos